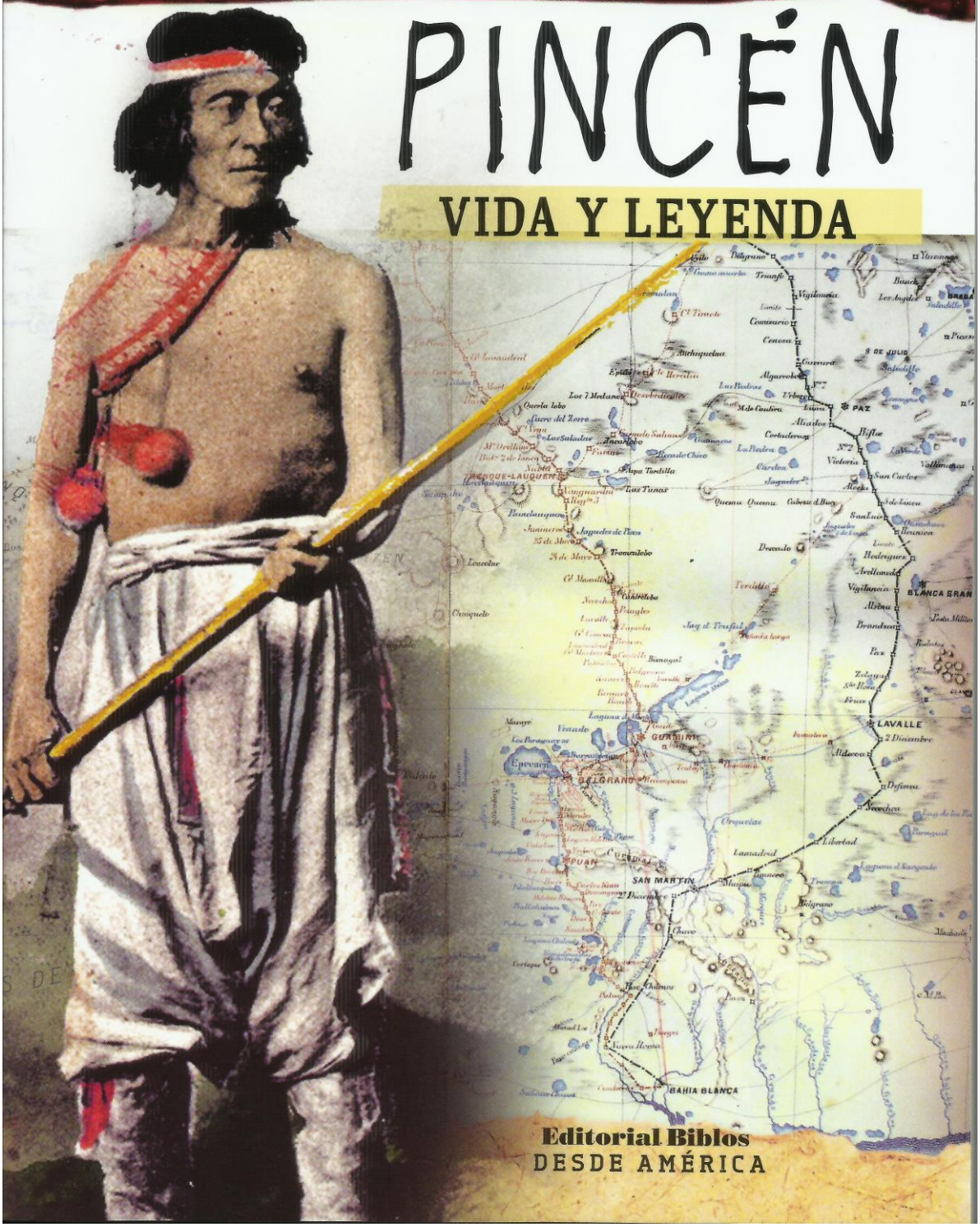
JUAN JOSÉ ESTÉVEZ

PINCÉN

VIDA Y LEYENDA



Editorial Biblos
DESDE AMÉRICA

Ésta es mi pampa sufrida,
proceso pa'revisar...
Cuestión de tirar el lazo,
cuestión de saber pialar.
La pampa tuvo su dueño:
fue el indio y la defendió...
No pudo aclarar el gaucho
para quién la conquistó.

Domingo Cicoria

Prólogo

No se trata de una novela histórica; el libro que el lector tiene entre manos es un texto muy documentado que narra la vida de uno de los líderes aborígenes más importantes de la historia americana. El rescate de la figura de Pincén, de su lucha, de sus derechos avasallados, contribuirá a entender por qué hoy resulta necesario consustanciarse con el reclamo de los pueblos originarios.

Siguiendo los pasos de Pincén, el lector conocerá el contexto histórico amplio y complejo que lo contuvo y en el cual pudo construir, al igual que San Martín (también mestizo y al que consideraba un ser superior), un liderazgo distinto, sustentado en principios de los que otros carecían o no estaban dispuestos a sostener a ultranza. Así es como se forjan los hombres diferentes. Y los pueblos que los eligen para conducir sus destinos, construyen en ellos un entorno legendario que se termina imponiendo a la realidad, para protegerlos de los impíos.

La antropóloga Martha Drovetto de Favetto, autora de una valiosa monografía que sabiamente tituló *"Pincén, una pasión compartida",* me contó que el poeta e historiador José Adolfo Gaillardou (el "Indio Apachaca") le advirtió alguna vez: *"Tenga cuidado, porque aquel que empieza investigando a Pincén no puede abandonarlo, pues queda atrapado en su leyenda y en su romántico papel de paladín de la libertad"*. Le confirmé que había atravesado por esa experiencia y me sumé a la advertencia de Gaillardou, que hago extensiva al lector.

Desde el instante en que el destino los puso frente a frente en el corazón de la provincia de La Pampa, el coronel Conrado Villegas y el cacique Pincén, el captor y el cautivo, conversaron en más de una ocasión durante el mes que estuvo preso en Trenque Lauquen. Lo hicieron con la ayuda de un lenguaraz para alcanzar precisión en los conceptos. Cuando Conrado Villegas agradeció al ministro Julio A. Roca sus felicitaciones por la captura de Pincén, agregó acerca del cacique: *"Está muy contento y dice que soy su amigo"...*

Días después, Villegas corrigió al director de *La Prensa,* el doctor Estanislao Zeballos, diciendo que considerar araucano a Pincén, tal como se afirmaba en algunos diarios, era "un gran error", pues era *"Indio Argentino, nacido en Carhué, en tiempo que mandaban allí dos caciques hermanos, llamados Cuñepán y Pablo"*. Añadía estos datos: que los indios de Pincén eran casi todos criollos, que despreciaban a los de Chile llamándolos "cobardes y maturrangos" y que tenían mucho desprecio por los ranqueles.

Años más tarde, cuando desde su presidio en la isla Martín García Pincén solicitó a Villegas su libertad, el 6 de mayo de 1882, se dirigió a él como *general amigo.* Sus diálogos alcanzaron un plano de intimidad que se advierte en estos documentos. Captura y encuentro constituyeron una bisagra histórica que significó, para Villegas, elevar a un grado superlativo su afamada trayectoria militar, y para Pincén, el cierre del capítulo más importante de su vida.

En 1976, al cumplirse el centenario del avance de Adolfo Alsina, se le preguntó a Martina Pincén de Cheuquelén, nieta del cacique, su parecer sobre las llamadas "campañas al desierto". Lacónicamente ella contestó con una frase que sintetiza a la perfección lo que ocurrió:

"Muy simple: Nosotros estábamos y ellos vinieron".

En esa acción de *estar* había nada menos que cuarenta mil años de historia.

J.J.E.

CAPÍTULO 1
Orígenes y juventud

Un cacique con muchos nombres

Varias son las formas en que se ha escrito el nombre del cacique Pincén a lo largo del tiempo. Para Antonio Edmundo Díaz Fernández, estudioso de la lengua mapuche -a quien he consultado personalmente-, las formas más antiguas halladas son *Ficen, Pisen, Pisen* y *Pissen.* La grafía originalmente correcta designa a un ave: *pisen o piren,*[1] también conocida como *piden (Rallus sanguinolentus landbecki),* que en la isla de Chiloé se denomina *cotufa;* tiene un tamaño aproximado de 40 centímetros y habita en lagunas, estanques y humedales de todo Chile. En el folclore chilote se considera al *pisen o piden* un anunciador de la lluvia.

Me contó José Mellao, *lonco* (cacique) de la comunidad mapuche Mellao Morales, provincia de Neuquén, que cuando van al poblado a hacer trámites, mientras se preparan para la partida es común que aparezca un *pisen* y, según el vuelo que haga, hacia un lado u otro, o bien por su forma, se dice que presagia un episodio importante, bueno o malo (no pocas veces han decidido viajar al día siguiente por temor a que algo malo pudiera sucederles de hacerlo en el día previsto).

Para el hombre que a fines de 1878 se dio a conocer como "Lincancho" en el diario *El Siglo* (presumiblemente Conrado Villegas, como se verá), *Pissen* quiere decir "nieve", interpretación que lleva a pensar en el color de piel del cacique. No es posible, sin embargo, dar por válido un significado único del nombre, aunque sí sostener que no es exacta la explicación de Estanislao Zeballos, quien en *La conquista de quince mil leguas* afirma que el nombre del cacique significa "el que dice de sus antepasados", por *pin*: "decir" y *then*\ "antepasados". Hay un error en esta afirmación, porque en mapudungún -la lengua mapuche- "antepasados" es *trem.*

En cuanto a las grafías, he tomado las más aproximadas a la fonética original del nombre, provenientes de indígenas que lo

1 No confundir con *piren o pire:* "nieve".

conocieron. En primer lugar, la carta de Coliqueo a Calfucurá fechada el 23 de octubre de 1867, y en segundo lugar, la de Pincén a Hilario Lagos escrita a ruego por Bernardo Namuncurá el 12 de mayo de 1873, firmada por "Catrinau y Piseñ". En ambas misivas estos indígenas importantes de aquel tiempo escriben *Piseñ.*

La pronunciación también tiene sus particularidades. El secretario de Julio A. Roca, Dionisio Schoo Lastra (1951: 65), cuenta que unos viajeros hermanos, luego de enfrentarse con cinco indios y dar muerte a tres de ellos, al aproximárseles Pablo Vargas (que los conocía en su condición de mestizo y baqueano) le preguntaron de dónde eran, y que Vargas contestó: "De Picen", pronunciando el nombre como los naturales.

Castellanizado como *Pincén* y finalmente aceptada esta nominación por sus descendientes, la única corrección que hacían algunas nietas del cacique era la acentuación como palabra grave y no aguda: "Nosotros somos Píncen, no Pincén", decía una de ellas, Martina Pincén.

Asimismo, el cacique aparece en tres circunstancias de su vida adoptando (o le fueron impuestos en cada ocasión) los nombres *huincas* de Vicente, Francisco y José. Se trata de la misma persona. Ni los documentos ni los descendientes mencionan la existencia de varios caciques Pincén, tampoco que haya habido un padre Vuta Pincén y varios hijos. Por el contrario, todos hacen referencia o manifiestan descender de un único cacique Pincén.

En la primera versión de *Pincén, vida y leyenda* he citado abundantes argumentos sobre este tema. Desde entonces han surgido muchos más, y la discusión cierra definitivamente, como se verá, con lo publicado no hace mucho por el padre Juan Guillermo Durán (Zeballos, 2004). Lamentablemente, aquello de los varios caciques Pincén ha provocado gran confusión en algunos autores respetuosos de la rica trayectoria de Meinrado Hux (1992), que han reproducido sus equívocas especulaciones. Es de esperar que a la luz de la información abundante que hoy damos a conocer se hagan en adelante las rectificaciones correspondientes.

Pincén se llamaba Catrinao Piseñ o Piseñ Catrinao en

mapudungún[2] (haciendo sonar fuerte la "s"). Piseñ era su nombre o apodo guerrero;

Catrinao (o sus variantes Cathunao, Catrenao o Catrinao), la denominación de su linaje familiar.

Para quien en noviembre de 1878 se dio a conocer como *"Lincancho"* en el diario *El Siglo,* la traducción de Catrinao es *catri*: "cortado" y *nao*: "abajo". Otra traducción, que considera *nao* como apócope de *nahuel* ("tigre"), dice que Catrinao (Catrinahuel) significa "tigre cazado" *{catri, catre o cathun:* "cortado, cazado").

Veremos luego los nombres de sus padres. Su esposa principal, a quien Pincén conoció de muy joven, se llamaba Llaytupán ("la que vigila a los pumas"). Era hija del cacique Rincunecul, también conocido como Rinque o Rinquín.

Sabemos por la transmisión oral que Pincén fue un eximio cazador de pumas o leones americanos. José Cayún, descendiente de aquellos Cayún que alojaron a Pincén y su familia cuando salieron del presidio de Martín García, le contó al padre Hux que el cacique Pincén *"era peleador de tigres, intrépido cazador de tigres cebados, los que todos temían, porque gustaban carne humana"* (Hux, 1972). Da más detalles:

> *Cuando le llegaba la noticia o corría un chasqui a su toldo a darle cuenta de que un ser humano fuera devorado por un tigre malo, al instante el* ulmén *[cacique] se ponía en campaña, utilizando siempre como arma una lanza corta, que para ese fin él tenía.*
> *Una vez -siempre me acuerdo de lo que me contaba mi abuelo Ramón (Cayún) cansado y extraviado, de regreso de una acción- [...] en medio de las voces de la noche [...] oyó un rugido cercano y extraño. Pensó de inmediato que fuese un tigre cebado que merodeaba allí. Exactamente. No se*

2 Aunque desde hace varias décadas los descendientes de araucanos o pampas araucanizados se llaman a sí mismos "mapuches", los del tiempo de la "conquista" y hasta finalizada la "campaña al desierto" nunca usaron ese término. "Soy de Pincén", "Soy ranquel", etc., decían. En realidad la palabra *mapuche* ("gente de la tierra") fue acuñada por el etnólogo norteamericano Edmond E. Smith en 1850 y se difundió a partir de sus publicaciones.

equivocó. Echó, pues, pie a tierra, se quitó las espuelas; se preparó dando alaridos y voces para provocar y desafiar al veza nagüel.

Apenas distinguía el bulto; se trabó en lucha [...] pero Pincén, diestrísimo en esa clase de encuentros, y que eliminaba en el primer o segundo lanzazo a su enemigo [...] esa noche no tuvo la suerte de matarlo. Lo hirió. El tigre, aunque embravecido, retrocedió y se dio a la fuga. Pero Pincén, insistiendo en la lucha, lo corre en la penumbra; lo corre, hasta que lo abandona y lo deja [...]

Cuando emprendió su camino pa' su toldería, confiándose al trote de su zaino, de vez en cuando veía como una especie de visión: el tigre que lo seguía, volviendo desafiante. Y siempre que empuñaba la lanza, se le esfumaba, desaparecía... Esa pesadilla lo acompañó al cacique hasta la madrugada, hasta que llegara a su toldería.[3]

Sigue contando Cayún que en las boleadas de avestruces Pincén cuidaba el fuego y la caballada:

La caballada pa' que nadie ni nada la espantara; y el fuego, que no les faltara ni se extendiera en el pajonal. Allí lo vieron rezando. Saltaba en agilísimas volteretas encima del fuego apoyándose en su lanza vigorosa. ¡Vaya a saber qué significaban esas ágiles torsiones!

Pincén logró lo que pocos pudieron: ser legendario en vida. Y él, que sabía lo que quería y adonde quería llegar, actuaba y vivía conforme su destino.

Los boroanos, San Martín y el cacique Pablo

Los boroanos eran una tribu que vivía en el valle Carhué (Chile), entre los ríos Cautín y Toltén, junto al volcán Villarrica, en el centro- sur de ese país. Su asiento principal estaba junto al río

3 La ortografía de todas las citas de este libro ha sido levemente actualizada para facilitar su lectura.

Uñoco, que los españoles denominaban Boroa (hoy provincia de Cautín).

Casi todos los boroanos abrazaron la causa realista durante la guerra por la independencia de Chile; pero una parte, acaudillada por el cacique Melipán y sus hijos, volcó su apoyo a los patriotas. Dos de ellos fueron Venancio Campos Coñuepán y Pablo Gaylquín.

A partir de la derrota de Rancagua (2 de octubre de 1814), para no caer en manos de los encarnizados vencedores, los patriotas chilenos e indios boroanos aliados buscaron auxilio en Mendoza (Argentina), y con la protección de la división al mando del coronel Juan Gregorio de Las Heras cruzaron los Andes buscando el amparo del general José de San Martín, que estaba organizando el ejército libertador. Una de las columnas ingresó por el paso del Planchón, conducida por el depuesto director supremo de Chile, el general José Miguel Carrera, sus dos hermanos y los boroanos acaudillados por los caciques Pablo Gaylquín y Venancio Coñuepán. Cruzaron también Pedro Melinao, Martín Campos Collinao y un familiar de éstos, el joven José María Railef, afincados años después en la pampa argentina.

Como se sabe, José Miguel Carrera y Bernardo de O'Higgins, referentes de dos tradicionales familias chilenas, competían por predominar y conducir el proceso libertador en Chile, conflicto que se trasladó a territorio argentino. San Martín no estaba dispuesto a que le instalaran tal disputa, puesto que habría hecho peligrar la organización del ejército libertador. En su carácter de director supremo de Chile en el destierro, Carrera exigía que se le reconociera el mando de las fuerzas chilenas en la Argentina. Al contundente planteo, San Martín opuso otro de mayor peso: el gobierno no era "la representación ambulante de una autoridad sin pueblo".

Los hermanos Carrera habían cometido desacatos en los que objetaban la organización del ejército de los Andes. El desafío ponía en cuestión la sapiencia y autoridad de San Martín, que además era el gobernador de Mendoza. En consecuencia, éste desconoció la autoridad de Carrera y nombró cabeza de las fuerzas chilenas a su amigo O'Higgins. Al mismo tiempo, exigió a

los chilenos que quedasen libres de servir a sus antiguos jefes y los instó a incorporarse al ejército libertador. Algunos lo hicieron y otros no.

En octubre de 1814, San Martín remitió a San Luis a los hermanos Carrera y a sus partidarios más leales -entre los que se encontraban los caciques boroanos- en la inteligencia de no querer "emplear soldados que servían mejor a un caudillo que a su patria". Las tribus boroanas que lo acompañaban se instalaron luego en la pampa bonaerense, en Carhué, y los hermanos Carrera continuaron rumbo a Buenos Aires. Allí arribaron el 10 de enero de 1815, día en que era elegido director supremo Carlos María de Alvear.

Apelando a su vieja amistad con Alvear, forjada en España cuando se iniciaron en el conocimiento de las artes de la guerra, Carrera pretendió influir para separar a San Martín de la gobernación de Mendoza y que se revocara la designación de O'Higgins. Pero se frustró el intento cuando Alvear fue desplazado del Directorio unos meses después, en abril.

Poseedor de una importante fortuna personal, José Miguel Carrera emprendió en 1816 un viaje a Estados Unidos con el objeto de comprar armas, disponibles por haber concluido la guerra que ese país mantenía con Inglaterra desde 1812. De este modo procuraba intentar la reconquista de Chile. Regresó en 1817, con algunos oficiales que habían actuado en el ejército de Napoleón, trayendo dos buques y armas, que le fueron incautados en Buenos Aires.

Equivocado, creyó que Buenos Aires daba apoyo logístico a sus adversarios. Estaba en un error, porque las autoridades de la metrópoli no apoyaban a San Martín a partir de la influencia de los partidarios de Bernardino Rivadavia. Carrera se alineó así en las guerras civiles argentinas detrás de los caudillos federales Francisco "Pancho" Ramírez y Estanislao López, en contra de Buenos Aires; pero éstos también lo desplazaron porque no les inspiraba confianza. Entretanto, San Martín y O'Higgins ya habían iniciado su campaña en Chile.

De la familia de Pincén, el cacique boroano Pablo (Gaylquín o

Levnopán) fue el primero en clavar sus toldos en Carhué, límite real por el que se ingresaba a los dominios indígenas: era la puerta al Mamuil Mapu, tierra de los bosques en la pampa central. Allí, probablemente a orillas del arroyo Pescado, cerca de la laguna Alsina (en el extremo norte de las sierras encadenadas del oeste bonaerense) transitó sus primeros años de vida pampa el niño Pincén, junto a los guerreros del boroano y patriota cacique Pablo. Los descendientes de Pincén revelaron importante información que podría hacer firme aquel vínculo de su tribu con los ejércitos patriotas: "Pincén se refería con mucho respeto al general San Martín [...] lo consideraba un ser superior".

Pincén mestizo: ¿chileno o puntano?

Conforme la versión recogida por el historiador Héctor Del Valle en *Cosas de la historia chica* y reafirmada por testimonios orales que he escuchado de descendientes de Pincén, es una hipótesis viable que cuando los auxiliares boroanos del cacique Pablo hicieron posta en San Luis, protagonizando algunos malones, se haya producido el encuentro entre los boroanos y el pequeño Pincén, cautivo junto con su madre. Refiere Del Valle:

> *Se ha dicho que Pincén era cristiano, nacido en Renca, provincia de San Luis; que en una invasión por esos parajes, los indios hicieron o tomaron muchos cautivos, entre los cuales una señora con un niño de tres años, el que se crió en los toldos de los invasores, resultando después el temible cacique. Se cree que su verdadero nombre de pila era Vicente Rodríguez, aunque hasta hoy [no] se haya podido confirmar ese dicho, suposición o versión.*

Testimonios como el de Martina Pincén (nieta del cacique) y su suegro Conrado Cheuquelén, otrora capitanejo de la tribu, sostienen la misma versión: "Pincén era de San Luis y el color de su piel no era tan oscuro como los demás de la tribu. El cacique era puntano".

Rosa Pincén (hija del cacique) transmitió a su hija Marcelina y

ésta a sus hijos que el cacique era más alto que los otros indios y que en los parlamentos, "cuando los abrazaba, se veía que les llevaba una cabeza de estatura".

Sólo las sierras separan Río Cuarto (Córdoba) de Renca (San Luis). Así pues, las fuentes que avalan el origen puntano del cacique bien podrían estar en lo cierto; aunque por otro lado es insoslayable que Pincén siempre dijo ser de Carhué.

Martina Pincén de Cheuquelén reveló así su condición de mestizo: *"Sí, me acuerdo bien de mi abuelo: el cacique Pincén era blanco y alto [...] ella, la abuela, que no era alta como el cacique, era muy chiquitita".* Al recordar cómo fue su captura en 1878, insistió en su color de piel al decir que *"el cacique se paró, alto como era, blanco"*. También indicó: *"El cacique era rubio, alto y gordo [robusto]. Después se achicó, cuando lo apresaron. Entonces enflaqueció. Los sufrimientos lo terminaron"*.[4]

Evangelio Cheuquelén (*choyquelén*: "el que es como el ñandú": de *choique,* "ñandú", y *len:* "ser o siendo como") escuchó decir a Martina

que cuando los demás indios le querían hacer una broma al cacique, para hacerlo enojar le gritaban: *"¡Pincén huinca, Pincén huinca...!"* La molestia era comprensible porque, entre los mapuches, el término, además de significar "blanco, cristiano", tenía sentido peyorativo.

El antropólogo Milcíades Alejo Vignati, luego de observar las fotografías del cacique, expuso sus conclusiones al historiador José F. Mayo. La opinión de Vignati es que las facciones de Pincén no eran las propias de un indígena cien por ciento: "Indudablemente hay mezcla; hay sangre india, pero atenuada; casi podría asegurarse que no es fruto de primera mestización, es decir que uno de los abuelos ha sido el portador de la sangre indígena".

Dionisio Schoo Lastra cuenta que en el presidio de Martín García las ancianas de la tribu de Pincén recordaban que "el cacique era hijo de una cautiva cordobesa de Río Cuarto", que "de ella había heredado el ser ladino" (que entendía el castellano) y "la

4 *Siete Días,* Buenos Aires, 23 de febrero de 1970, p. 30.

audacia que siempre mostró. Del padre no se hacía recuerdo".

Acerca de la madre, la transmisión oral familiar señala que era "blanca y de origen francés o español". Algunos dicen sencillamente "francesa o española". La bisnieta Noemí Esther Cuello Pincén escuchó de su madre Nicolasa Pincén: "La madre del abuelo era blanca, rubia y muy bonita. Ella era española".

El debate sobre el origen de Pincén se remonta a los días de su captura. El 17 de noviembre de 1878, bajo el título "El araucano develado", Zeballos publicó en el diario *La Prensa* referencias sobre el origen y las hazañas del cacique. En ese momento Pincén se encontraba prisionero en Trenque Lauquen a manos de Villegas. Zeballos, basado en los dichos del coronel Huenchuquir (un indio de ciento siete años, amigo suyo y comisionado de Calfucurá, que se jactaba de "conocer de pe a pa la historia de Pincén"), afirma en su artículo que Pincén era un indio araucano nacido en los valles chilenos de Villarrica. Conviene aquí saber que Carhué y Villarrica no se excluyen. Según esta versión -luego escribirá otra-, Pincén habría nacido en un paraje llamado Caruhué (denominación muy semejante al Carhué bonaerense) situado al oeste de Temuco (Chile), dentro de la región que los españoles denominaban Boroa, surcada por los ríos Cautín y Toltén, y cuyos valles se encuentran al oeste de un volcán de 2.840 metros llamado Villarrica.[5] Agrega el articulista que en ese lugar Pincén creció haciendo viajes frecuentes *a la pampa de Buenos Aires,* empleado por los comerciantes de Valdivia en el robo de ganados de la pampa argentina. Estos comerciantes lo llamaban Vicente, creyendo encontrar similitud entre su verdadero nombre y el que le daban (el indio Piseñ, el indio Vicent, el indio Vicente: Vicente Piseñ).

El padre Juan Durán (2006) halló otro relato de Zeballos entre sus notas personales, donde se pregunta por el origen del cacique y vuelve a citar al indio Huenchuquir, aunque afirma que Pincén

5 La palabra araucana *Carhué,* correctamente en mapudungún es *Caruhué* ("donde hay verde"; de *caru*: "verde", y *hue*\ "donde hay"). *Carhué* es una forma abreviada de *Caruhué.* Había un Caruhué (o Carhué) en Chile, y cuando los boroanos vinieron de allí y descubrieron en el sudoeste bonaerense el paraje que presentaba similares características al chileno, lo bautizaron con el mismo nombre.

era indio araucano nacido en Carhué, “donde creció haciendo viajes frecuentes *de la pampa de Buenos Aires a los valles andinos,* empleado en el comercio de ganados robados en la República Argentina para llevar a la de Chile” (Zeballos, 2004: 157).

Apoyado en la misma fuente, ¡Zeballos cita dos orígenes de Pincén! La obra de Durán revela que ésta no es la única incongruencia entre lo afirmado por Zeballos en sus manuscritos y lo que publicó en *La Prensa.* Si quedaba alguna duda tras definirlo como “araucano”, la primera respuesta le llegó al doctor Zeballos días después de la pluma de Conrado Villegas, quien el 24 de noviembre de 1878 le manifestó privadamente que Pincén no era araucano sino indio argentino (Chindemi, 1995: 53).

Villegas aclara entonces que Pincén no es nacido en el Caruhué de Chile, sino en su homónimo del centro-oeste de la provincia de Buenos Aires. Pero la aclaración no se agotó en lo epistolar. Villegas, queriendo tal vez erradicar la confusión pública creada por la difusión de *La Prensa,* el 13 de diciembre de 1878 se dio a conocer al redactor de *El Siglo* como jefe del ejército destacado en la frontera y, con el seudónimo “Lincancho” (¿para no polemizar con un aliado del ministro Roca?), hizo algunas rectificaciones más:

> *Indudablemente el que ha dado al Dr. Zeballos estos datos ha estado en un error [...] En cuanto al origen de Pissen [...] está en un error el señor Zeballos como lo vamos a demostrar como garantido por un interrogatorio hecho a Pissen y traducido por un capitanejo al castellano.*
> *Catrinao Pissen es hijo del capitanejo Huayllapán y de la india Amuypán hija de un cristiano cautivo. La traducción de Catrinao Pissen es cortado: nao, abajo; Pissen quiere decir nieve. Catrinao Pissen y sus padres son nacidos en Carhué y jamás han viajado a Chile, como dice el Dr. Zeballos, y tan es así que no conoce el río Negro. De manera que esa bravura que ha demostrado Pissen en todos sus combates no le viene de tener origen araucano, sino que es valiente como todos los que nacen en tierra argentina.*

La nota alude seguidamente a distintas contingencias de la vida de Pincén, y en uno de sus párrafos finales vuelve sobre la cuestión del origen:

> *Terminamos estas rectificaciones con un párrafo de la carta de Pissen al coronel Villegas [si Lincancho es Villegas, habla sobre sí mismo] por la que queda probado que Pissen es un indio puro de las pampas argentinas, y no araucano. El párrafo dice así: "Amigo, también le haré saber que no soy nacido en las Cordilleras ni en la otra tierra, soy porteño como usted y soy nacido en Carhué, así es que quiero a los porteños y me gusta estar en buenas paces; así estimado amigo que si usted no quiere creer lo que yo le digo pregunte a todos si es cierto o no, ahí está Baigorria, el general que me conoce de cierto donde soy nacido, que si no puede creer se puede anoticiar junto con los que conocen esta tierra; estimado amigo también el amigo Nahuel Payún; y como somos todos argentinos, vivamos juntos". Firmado: Catrinao Pissen.*

En conclusión, las reiteradas afirmaciones de Pincén sobre su nacimiento en Carhué contradicen la versión de sus descendientes sobre su remoto origen en el territorio argentino de San Luis, así como su condición de cautivo junto a su madre mestiza, llevados a Carhué en los primeros años de vida del niño. Los descendientes me han transmitido con honestidad todo cuanto les he consultado respecto de lo que escucharon u observaron de sus mayores. En esta hipótesis, sólo los tres primeros años de vida de Pincén habrían transcurrido entre los blancos; de allí que, excepto el rapto, tal vez nada importante debió haber ocurrido entonces como para que reivindicara un origen punta- no que sólo las ancianas recordaban. El cacique habría nacido entre 1807 y 1810.

La fisonomía de Pincén, por otra parte, no se condice con la de los araucanos. Es más, me atrevo a decir que al formar su tribu (compuesta por "criollos" en su gran mayoría y por una

importante cantidad de mestizos) Pincén hizo de ella una copia amplificada de su historia personal.

El parentesco con los hijos de Melipán

Una de las últimas noticias periodísticas acerca de Pincén, con fecha 9 de noviembre de 1886, la publica *El Oeste de la Provincia,* diario de Mercedes:

> *Dentro de pocos días el renombrado cacique Pincén irá a vivir al partido de Bragado. Se establecerá en la Barrancosa en casa de Pedro Melinao con quien lo unen vínculos de sangre.*

Si bien las terminaciones *pan* y *nao* (apócopes de *pangui:* "puma" y *nahuel:* "tigre") se encuentran en muchos nombres indígenas, era frecuente su adopción en el caso de la tribu boroana patriota de Melipán y sus hijos; y se sabe que en la cultura araucana ello es un indicador de linajes y parentescos, tal como lo fueron las dinastías de los huilliches *curá* ("piedra") y los ranqueles *guor* ("zorros").

El padre de todos estos caciques boroanos patriotas se llamaba Melipán ("Cuatro leones", de *meli,* "cuatro", y *pan,* apócope de *pangui*: "puma, león"). Tres de los hijos conocidos llevaban también nombres que incluían estos animales: uno es Coñuepán ("Pequeño león", pues *coñue* significa "recién nacido, pequeño, cachorro"); otro es Collinao ("Tigre color café claro") y el tercero es Melinao ("Cuatro tigres").

El padre de Pincén era el indio Ayllapán ("Nueve leones"). Su madre, mestiza, hija de cristiano cautivo, se llamaba Amuypán ("El león se fue").

Los asentamientos tribales en la pampa siempre han sido progresivos. Pudo ocurrir que los boroanos patriotas de Melipán decidieran afincarse en Carhué porque allí existía una avanzada de la familia, y que Huayllapán (o Ayllapán, padre de Pincén) haya sido familiar de los hijos de Melipán. Ello explicaría por qué Pincén reconocía a uno de ellos como "pariente".

Los indios boroanos patriotas

Con la derrota de los realistas en la batalla de Maipú, el 5 de abril de 1818, se conquistó la independencia de Chile. Fue un decisivo combate que constituyó una bisagra en la historia del sur continental. El triunfo fue reflejado, como tantos otros, en el canto popular. Las cuartetas que siguen (la composición es mucho más extensa) del "Cielito patriótico que compuso un gaucho para cantar la acción de Maipú", perteneciente a Bartolomé Hidalgo, testimonia la participación de los indígenas patriotas vencedores:

No me neguéis este día
cuerditas vuestro favor,
y contaré en el cielito
de Maipú la grande acción.

Pero ¡bien hayga los indios!
ni por el diablo aflojaron,
mueran todos los gallegos,
viva la Patria, gritaron.

Cielito, cielo de flores,
los de lanza atropellaron;
pero del caballo, amigo,
limpitos me los sacaron.

Viva nuestra libertad
y el general San Martín,
y publíquelo la fama
con su sonoro clarín.

Cielito, cielo que sí,
de Maipú la competencia
consolidó para siempre
nuestra augusta independencia.

Con la derrota de los españoles en Chile, los boroanos aliados a

los realistas huyeron a la Argentina. Pese a los odios del pasado, lazos de parentesco con los boroanos patriotas que ya estaban en Carhué facilitaron posiciones conciliatorias y que imperara entre ambos un tiempo de calma. Se hizo posible una paz "controlada o vigilada", aunque inestable entre todos ellos, bajo el cacicazgo principal de Juan Ignacio Cañiuquir. Mariano Cañiullán Rondeau y Juan José Melín se asentaron en Masallé; Juan Ignacio Cañiuquir, Francisco Cañiullán, Alvarez Alón y Alonso Guayquil, en Horqueta de los Arroyos, Malloleufú y Guaminí, cerca de laguna de Monte. Algunas familias lo hicieron en las cercanías de la laguna de Puán.

San Martín y O'Higgins triunfaban, se consolidaban y se cubrían de gloria mientras que, impotentes por no poder lograr sus objetivos, los hermanos Carrera asolaban la frontera de Buenos Aires con un rejunte de indios de varias parcialidades y soldados que los acompañaban. Los Carrera fueron derrotados y, una vez apresados, Luis y Juan José fueron ejecutados el 8 de abril de 1818. El pedido de clemencia de San Martín llegó tarde. Pero José Miguel Carrera logró escapar hacia el litoral, lugar donde halló respaldo en los caudillos federales López y Ramírez, enfrentados al Directorio de Buenos Aires.

Desde principios de 1820, Carrera enviaba al cacique Pablo mensajes sobre el éxito de los jefes litoraleños contra Buenos Aires y lo incentivaba a atacar la capital por el sur. Aspiraba también a que los indígenas pudieran sacarle a Buenos Aires todos los prisioneros de las Bruscas (depósito de presos de guerra situado muy cerca de la recién fundada Dolores). Los mensajes eran enviados por intermedio de José Biedma y su hijo Manuel, un intermediario criollo chileno que había conseguido pasaporte en Buenos Aires para ingresar a las tolderías de Guaminí como comerciante.

Pero Carrera se distanció del caudillo López y, sin protección, se vio obligado a internarse en territorio indio. Estuvo viviendo con el cacique Pablo en Guaminí, incentivó y participó del ataque al pueblo de Lobos el 3 de diciembre de 1820, cuando arrasaron Salto, seis días después de que Carrera se fugara de Rosario. En esta oportunidad también logró el aporte de dos mil lanceros de

Yanquetruz. El gobierno envió una expedición punitiva al mando del general Martín Rodríguez, que los persiguió pero no pudo darles alcance. Las fuerzas de Carrera se habían alejado rumbo a Guaminí, a las tolderías del cacique Pablo, donde llegaron luego de treinta días de marcha discontinua.

Los últimos nichos de realistas en Chile desaparecieron con la derrota de los Pincheira -famosa banda de esa época-, que también emigraron a territorio argentino, donde continuaron sus tropelías como bandoleros, dedicados al saqueo y el robo de ganado. Con ellos ingresó un cacique que había cometido muchos atropellos contra los boroanos del bando patriota: el pehuenche y realista Martín Toriano.

Con el ingreso de los Pincheira a la Argentina, algunos caciques boroanos del bando realista que habían combatido junto a ellos en Chile, como Cañiuquir y Rondeau, se les unieron, alterando la "paz vigilada" reinante hasta entonces entre las tribus boroanas del sudoeste bonaerense.

Venancio Coñuepán ingresó nuevamente a territorio argentino en 1820, junto a Venancio Cayupán, Pedro Melinao y Martín Collinao. Buscaban a los Pincheira, que habían atacado en Chile sus toldos y dado muerte al viejo cacique Melipán, padre de los perseguidores. Aquí se debe haber sumado en la persecución Pablo Gaylquín, junto a otros caciques, deseosos de vengar el asesinato del patriota Melipán.

Carrera volvió a territorio entrerriano nuevamente en busca de apoyo, pero con la muerte de Pancho Ramírez (10 de julio de 1821) esa posibilidad quedó trunca. José Miguel Carrera decidió retirarse a Chile, vencido y sin posibilidad alguna de éxito. En su camino fue alcanzado en Punta Médanos por tropas del gobierno, y el 4 de septiembre de 1821 finalmente fue fusilado en Mendoza.

Desaparecido Carrera, casi dos años después se hizo posible un primer acuerdo de paz con los boroanos. El tratado se firmó el 23 de julio 1823, reconociéndoseles como su lugar de asentamiento la amplia zona ubicada entre Carhué y Masallé, que ya ocupaban. En lo inmediato apoyaron las expediciones a la sierra de Casuhati del general Martín

Rodríguez y del coronel Federico Rauch. Pero estas expediciones dejaron serias heridas entre las tribus, y la paz se malogró por mutuos incumplimientos. Los malones se sucedieron en 1824 y también en 1825, año en que el gobierno dispuso expediciones punitivas que no llevó a cabo debido a la necesidad de mantener tranquila la frontera interna ante una eventual guerra con Brasil, que se presentía por los sucesos ocurridos en la Banda Oriental.

Tropelías de Rauch y lealtad a la causa federal (1825-1829)

Sólo una persona estaba en condiciones de parlamentar y acordar una paz efectiva entre el gobierno y las tribus: el capitán de milicias Juan Manuel de Rosas. A él le fue propuesto hacerlo. El parlamento tuvo lugar el 13 de diciembre de 1825 en las cercanías de Bahía Blanca; asistieron los caciques Pablo, Uñol y Chañil. El 20 de diciembre, en las proximidades de la laguna El Guanaco (30 leguas al norte de Salinas) se celebró un tratado de paz con las tribus pampeanas, serranas y también con los huilliches que incursionaban en territorio argentino. Asistieron a la firma 39 caciques y 50 representantes delegados de tribus de las provincias de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba.

El tratado revela que ya había dado comienzo el proceso conocido como segunda araucanización, con una creciente presencia de huilliches en territorio argentino. La paz alcanzada duró poco, porque las tribus no firmantes y algunas de las que habían pactado no lo respetaron y atacaron nuevamente la frontera.

El 7 de febrero de 1826, con arreglo a una ley sancionada el día anterior, fue nombrado presidente de las Provincias Unidas del Río de la Plata Bernardino Rivadavia. El 25 de abril se realizó un parlamento de paz sobre el arroyo Pecuén (partido de Pigüé), en el cual se les propuso a los boroanos que reconocieran la soberanía argentina. Entre junio y agosto, al registrarse malones en la zona de Salto, Arrecifes y Dolores, se acusó al cacique Pablo (Gaylquín) de ser partícipe de la invasión, lo que motivó las incursiones de Rauch. Los pactos concertados pocos meses atrás

nuevamente habían quedado como mudos testigos de una realidad compleja que el gobierno de Rivadavia no estaba en condiciones de resolver apropiadamente.

A partir de noviembre de 1826 se produjo la segunda entrada del coronel Rauch. Salió desde el arroyo Azul y fue acompañado hasta Sierra de la Ventana, Currumalán y Epecuén por caciques tehuelches aliados, entre ellos el cacique Negro, y los pampas Calfiao, Catriel, Pichiloncoy, Antúan, Joaquín y Huillitrú (o Vilitrú). Eran un total de 900 indios, a los que se agregaron 1.200 soldados de caballería y cuatro piezas de artillería. Pero no hubo combates: la expedición había sido sentida y la indiada huyó antes.

Se aprestaban a contramarchar el 1 de enero de 1827, cuando se presentó ante Rauch el joven Eugenio del Busto, personaje cautivo desde muy niño que había olvidado el castellano. Sin embargo, colaboró con la expedición, manifestando en lengua araucana a los auxiliares indios que la indiada tenía sus tolderías ocultas entre las sierras de Cura Malal (hoy partido de Coronel Suárez) y Guaminí.

Guiados por Del Busto, luego de dos días de marcha siguiendo los rastros del malón en su retirada hacia el oeste, lograron alcanzarlos el 3 de enero de 1827 por la laguna Epecuén. Tras vencerlos, dispersaron las fuerzas comandadas por los caciques Llanquinel, Uñol, Petey, Venancio Coñuepán y Maicá, que desordenadamente abandonaron el ganado y los cautivos. Victoriosos combates prosiguieron esos días. Una partida militar avanzó hasta las proximidades de la toldería de Lincón, pero se salvó gracias a que Catriel y Llampilcó dijeron que eran sus parientes. Se acordó con Lincón y la expedición siguió el 7 de enero hasta el río Colorado, para retornar luego.

El 31 de agosto tuvo Rauch otro enfrentamiento con estas tribus en el Puesto del Rey, donde los indios sufrieron cuatrocientas bajas. Desde octubre y hasta principios del año siguiente (1828), Rauch realizó dos incursiones más en la zona serrana y lacustre bonaerense. Lo acompañaron mil blandengues y otros tantos indios pampas y huilliches. Al decir del propio coronel prusiano en su parte militar, sus hombres habían hecho

“una horrenda mortandad entre los indios chilenos” contra quienes se dirigía el ataque.

La expedición de Rauch fue una especie de carnicería de indios en la que cayeron también algunas tribus pampas. Las de Epecuén, presas de pavor, abandonaron familias, cautivos y cuanto llevaban; se dispersaron en una extensión de 6 leguas y la persecución provocó un tendal de muertos. El mercenario se ufanaba de la utilidad de sus prácticas: “Hoy hemos ahorrado balas, degollamos a veintisiete ranqueles”, comunicó en una ocasión a su superioridad.

Desconocía Rauch evidentemente la realidad indígena que enfrentaba. También la desconocía el gobierno, que ante la duda disponía matar a propios y extraños: el 13 de octubre instruía a Rauch para destruir a los indios chilenos y a los cristianos que hubiese entre ellos. Además se le ordenaba hacer lo mismo con los ranqueles, y especialmente con el cacique Pablo. “El premio será el reparto de hacienda. Destruidos los salvajes, procederá a hacer lo mismo con los indios amigos”, rezaba la orden. Es de suponer que ésta iba principalmente dirigida a atacar al cacique Pablo porque se lo acusaba de haber perpetrado el malón sobre Salto, Arrecifes y Dolores entre junio y agosto de ese año.

No obstante, más allá de lo planificado, se atacó a cualquier tribu que encontró a su paso la fuerza expedicionaria. Los documentos de la época señalan que la sociedad porteña se hallaba alarmada por los malones y el gobierno se sentía presionado a dar respuestas urgentes. También, con respecto a esta segunda expedición de Rauch, que fueron dispersados en Epecuén los caciques boroanos Pablo, Venancio Coñuepán y Cañuilán, lográndose hacer prisionera a la china Luisa, mujer muy amada del cacique general Cañiuquir, que terminó finalmente en la estancia Los Cerrillos de Rosas, en Monte.

Un duro golpe había recibido la tribu en la que vivía el adolescente Pincén. Sus descendientes cuentan que le mataron a sus padres cuando el cacique era muy joven. ¿Pudieron haber sido éstas las circunstancias?

El gobierno de Rivadavia había caído en junio de 1827 y, tras

asumir interinamente Vicente López y Planes, en agosto lo había sucedido Manuel Dorrego, a quien las tribus le tenían especial afecto.

Los malones de los Pincheira se sucedían en ambos lados de la cordillera. En 1827, el gobierno de Chile envió al capitán Juan de Dios Monteros con veinticinco soldados y novecientos lanceros, comandados por el cacique principal boroano Venancio Coñuepán, a perseguir a las bandas pincheirinas y rescatar a las cautivas chilenas, entre ellas Juana Seguel, aparentemente hija del gobernador chileno. Acompañaban a Coñuepán sus hermanos Pedro Melinao, Martín Collinao y el joven José María Raylef. Los Pincheira fueron nuevamente derrotados, obligados a internarse en Mamuil Mapu, y se rescató a la cautiva Juana Seguel. Don Venancio y su gente no volvieron a Chile; quedaron en la zona de Tandil y desde allí expresaron al gobernador Manuel Dorrego sus deseos de colaborar con las autoridades argentinas. Tampoco regresó a Chile Juana Seguel; contrajo matrimonio con Francisco Iturra y regenteó una de las primeras pulperías bahienses.

Dorrego le reconoció a Coñuepán el grado de sargento mayor que O'Higgins le había otorgado en Chile, y el comandante de campaña Juan Manuel de Rosas lo puso bajo las órdenes del coronel Manuel Es- tomba, jefe de la Fortaleza Protectora Argentina (Bahía Blanca), lugar al que arribaron a mediados de 1828.

Venancio Coñuepán acompañó al ingeniero Narciso Parchappe en su expedición de Tandil a Bahía Blanca, oportunidad en la que se confeccionaron los planos de esta última. Levantaron sus toldos en las inmediaciones, en lo que hoy es Aldea Romana, en las cercanías del cementerio y del arroyo Napostá. Allí fueron reconocidos como fuerzas auxiliares en la fundación del fuerte; y desde entonces, como indios "federales", se mantuvieron leales a Rosas.

Ante la sublevación de Juan Lavalle y el fusilamiento de Manuel Do- rrego en diciembre de 1828, episodios sucesivos que concluyeron con la toma del poder, las tribus pampas cayeron en descontento. El entonces coronel de milicias Juan Manuel de Rosas

se reveló ante la determinación de Lavalle y con sus federales atacó Buenos Aires. Cuando los coroneles Morel y Estomba se plegaron a favor de Lavalle, los indios de Coñuepán dieron su primera muestra de lealtad a la causa federal.

Desde la Fortaleza Protectora Argentina partió en apoyo de Lavalle el coronel Andrés Morel al mando del Regimiento de Coraceros 7°.[24] Componían la fuerza además los indios del cacique Venancio Coñuepán; pero cuando llegaron a orillas del arroyo Napostá Grande, los boroanos de Coñuepán se sublevaron, acuchillaron a Morel y a cincuenta de sus soldados, logrando la dispersión del resto de la fuerza.

Esto provocó la reacción de Buenos Aires. Lavalle envió entonces al coronel Rauch -quien había luchado en el ejército prusiano- al frente del regimiento de Dragones. El 28 de marzo de 1829 fue interceptado por las fuerzas comandadas por Venancio Coñuepán, cerca del río Salado, en el paraje las Vizcacheras. Derrotado en combate, Rauch emprendió la fuga; pero un indio joven, al que los soldados llamaban Arbolito, lo esperó pacientemente en una rugosidad del terreno, lo dejó pasar, le boleó el caballo y cuando el animal se desplomó, rápidamente lo degolló.

Además del enrolamiento con la causa federal, Coñuepán compartía una motivación con todos los caciques pampas, serranos, boroanos y ranqueles: se habían juramentado dar muerte al despiadado de Rauch. Venancio Coñuepán también guardaba recuerdos poco gratos del ex militar napoleónico llegado al país en 1819, pero que diez años después moría conforme a la ley con la que había tratado a quienes le dieron muerte. Seguramente recordaría Coñuepán cuando Rauch persiguió con ensañamiento y atacó los toldos de su hermano el cacique Pablo, en la zona de Carhué, lugar en el que -como sabemos- se encontraba viviendo Pincén.

Luego de este hecho, Venancio Coñuepán ingresó definitivamente en la lista de los caciques con los que Rosas planificó y ejecutó sus proyectos permanentes. Vencido Lavalle en Puente de Márquez y Rauch en las Vizcacheras, desaparecido

misteriosamente el coronel Estomba y el partido unitario en desbande, Rosas se instaló innegablemente en la cumbre del escenario político. Sin embargo, el peligro de una recidiva unitaria siguió latente. El general Paz, con los restos del ejército unitario, se ubicó en forma amenazadora en el interior, vinculado a los ranqueles. Por su parte, los boroanos de Cañiuquir mantenían estrechas relaciones con los ranqueles y prestaban apoyo a los Pincheira, que incursionaban por el sur de Córdoba, San Luis y el sudoeste de Buenos Aires acosando a poblaciones rurales. El escenario que se le presentaba al nuevo protagonista político no era muy tranquilizador.

En julio de 1829 se firmó la paz en la estancia San Martín, pacto ratificado luego en la Chacarita de los Colegiales y al que asistieron todos los jefes indios. Los caciques firmantes fueron Juan Catriel, Cachul, Manuel Grande, Santiago Llanquelén y Venancio Coñuepán. Entre estos dos últimos había resquemores que se subsanaron tras la ardua negociación. Fuera de este pacto, quedaron marginados los ranqueles y los boroanos realistas.

Rosas, empezaba a tejer sus alianzas pampas, que tenían como objetivo dejar a los Pincheira sin posibilidades de asociarse con otras tribus para evitar que continuaran acometiendo contra los bienes de los vecinos y produciendo grandes matanzas en sus constantes asaltos a la frontera. Los esfuerzos de Rosas en ese sentido fueron ingentes, porque también procuró hacer contacto con los bandoleros para convencerlos de que abandonaran "la causa del rey".

Rosas y su política de alianzas

El 8 de diciembre de 1829, con treinta y seis años, Juan Manuel de Rosas asumió la gobernación de Buenos Aires. Su política para con las tribus consistía en brindar protección a las parcialidades aliadas y combatir *in extremis* a las que no se sujetaran a la autoridad de su gobierno. Si las tribus cumplían, él cumplía. Si las tribus no cumplían, las declaraba enemigas.

Además de las prestaciones en ganado y víveres, en los tratados que Rosas firmaba con las tribus figuraba la obligación de

los indios de vacunarse contra la viruela. Así lo cuenta José María Rosa, quien (sin citar la fuente) pone en boca de Pincén la siguiente expresión:

Juan Manuel muy bueno, pero muy loco; nos regalaba potrancas pero un gringo nos debía tajear el brazo. Según él era un gualicho grande contra la viruela. Y algo de cierto debió haber porque no hubo más viruela entonces.

Rosas se fijó como siguiente objetivo apartar a los boroanos realistas de Guaminí, de los pincheira y de los ranqueles. El 26 de julio de 1829 envió a Eugenio del Busto, sin escolta, a Guaminí, y como prenda de amistad remitió con él a la cacica Luisa, esposa de Cañiuquir, a quien Rauch había hecho cautiva en sus incursiones sangrientas de 1826 y 1827, y permanecía retenida desde entonces en el caserío de la guarnición del Monte.

La china Luisa consiguió que una comisión de boroanos se acercara a la frontera de Sierra de la Ventana a parlamentar, oportunidad en la que aceptaron hacer las paces; pero a cambio pidieron la cabeza de los caciques Venancio Coñuepán, Catriel y Cachul, al tiempo que se declararon pincheirinos y partidarios del rey de España.

Por lo visto, convencerlos iba a demandar un gran esfuerzo. Que estuvieran parlamentando ya era todo un avance.

Con gran habilidad, Rosas hizo caso omiso al pedido de los boroanos de Cañiuquir. Por conducto de la china Luisa, le mandó decir a su esposo que le enviaba a su mujer para que tuviese el gusto de reencontrarse con ella; que por lo demás, él era amigo de todo indio que dejara de ser ladrón, y que de allí en más llevara una vida ordenada, lo que equivalía a decir que se sujetase a las disposiciones de su gobierno.

La comitiva, al procurar la vuelta a los toldos, iba bien surtida de regalos que Rosas le enviaba a Cañiuquir. Unos indios pampas enemigos de los boroanos intentaron atacarlos, no se sabe si para dar muerte a la china Luisa, para hacerla cautiva o simplemente saquearlos. Entonces decidieron volver a Los Cerrillos y comentar a Rosas lo sucedido. Tan pronto como se enteró, dispuso Rosas que sesenta de sus soldados al mando del coronel Miranda

escoltasen la comisión india hasta los toldos de Guaminí.

Cañiuquir, agradado por ello, decidió seguir conversando con Rosas y, tiempo después, envió a la estancia San Martín una delegación de 150 indios al mando de su escribiente Pablo Millalicán. Varios jefes pincheirinos los acompañaban. Este nuevo parlamento culminó con la firma de un tratado de paz en noviembre de 1830. Lo suscribieron los caciques boroanos Cañiuquir, Rondeau, Caniullán, Melín, Marilem e Inatarú.

Pese a este acuerdo y a los esfuerzos denodados de Rosas por convencerlos, los boroanos de Cañiuquir y -seguramente instigados por éstos- los delegados de los Pincheira persistieron en reclamar la cabeza de Coñuepán, Cachul y Catriel; y volvieron a declararse partidarios de la causa del rey.

Pero la política de "negocio pacífico con los indios" -como prefería llamarla Rosas- o *hualln nahuel* ("tigre que rodea") -como la llamaban los indios- comenzó a dar algunos buenos resultados. Eugenio del Busto continuó en los toldos de Guaminí influenciando a los boroanos sobre la conveniencia de seguir acordando con Rosas y abandonar la alianza con los Pincheira. Hacia 1831 se firmó un nuevo pacto en la Chacarita de los Colegiales. Asistieron boroanos realistas, boroanos patriotas, pampas y los ranqueles de Llanquelén, ya separados del jefe Yanquetruz y afincados en inmediaciones del fuerte Federación.

Los boroanos de Guaminí, realistas, como consecuencia del pacto lograron que el jefe ranquel Yanquetruz les entregara doce unitarios refugiados en sus toldos, que a su vez Cañiuquir entregó a Rosas y éste los fusiló en San Nicolás.

Por entonces el poder de los Pincheira se había eclipsado tras la derrota sufrida a principios de 1832 a manos del general Bulnes. En mayo de ese año, el baqueano Eugenio del Busto, capitán, que aún vivía entre los indios de Cañiuquir, confirmó a Rosas que ya no existían más alianzas entre los boroanos al mando de ese cacique y los Pincheira.

La segunda araucanización de la pampa comenzó a profundizarse. Una mayor cantidad de pehuenches y huilliches pidieron autorización para instalarse en territorio argentino. La

condición impuesta por Rosas fue el sometimiento a las autoridades y leyes argentinas; a cambio de ello recibían racionamiento. Pero llegó un momento en que no se pudo racionar a todos y tampoco contener los malones. Hacia fines de 1831 los informes indicaban que habían ingresado a territorio argentino unos dos mil indios chilenos ya afincados en distintos parajes de la pampa central. Asimismo, agravaba la situación la presencia de cristianos en las tolderías (desertores de las filas federales y unitarias) instando permanentemente al robo de hacienda en lugares de la frontera que ellos conocían mejor que los indios. Sobre esta situación operaban también agentes unitarios que buscaban generar condiciones adversas a Rosas.

Pese a estos inconvenientes, la situación -que no era tan grave- fue aprovechada por el cacique pehuenche Martín Toriano. Con su tribu, Toriano se alejó de los eclipsados Pincheira y se acercó a Carmen de Patagones. Allí pidió la paz al gobierno y se estableció en las proximidades de la fortaleza de Bahía Blanca. Cerca de allí estaba la parcialidad boroana de Venancio Coñuepán, que tenía fresco el recuerdo de Toriano peleando en Chile a favor de los realistas y dando muerte a los boroanos patriotas.

Ante la llegada de Toriano, para evitar males mayores, Coñuepán se retiró hacia el fuerte Independencia (Tandil) bajo la protección de Manuel Estomba. Lo siguieron al nuevo asentamiento sus hermanos, los caciques Pedro Melinao, Martín Collinao y el familiar José María Railef.

También se situará a Coñuepán, en la segunda década del siglo XIX, junto al cacique Juan Landau y sus tribus en la laguna Cacharí, al norte del arroyo Gualicho (antigua denominación del arroyo Azul).

En la lectura de los documentos se advierte que, en la persistencia de su “negocio pacífico con las tribus”, Rosas juzgó pacífica la llegada del cacique huilliche Toriano, pese a las advertencias que le hicieron Venancio Coñuepán, Catriel y Cachul. No obstante, Rosas alertó con una observación a Toriano: si no hacía nada para evitar los malones, no podía considerarlo como amigo.

Poco después, Rosas empezó a recibir correspondencia de sus más fieles servidores informándole que Toriano no era ajeno, como instigador o consentidor, de las incursiones y malones realizados por los pehuenches y huilliches chilenos.

Contrariamente a lo que muchos han sostenido hasta la fecha, en 1830 se produce el primer y fugaz ingreso del cacique huilliche Juan Calfucurá a territorio argentino para visitar a su amigo Toriano en Bahía Blanca. Piedra Azul (de *calfú:* "azul" y *curá:* "piedra") convenció a Toriano de malonear sobre los campos de Tandil, donde estaban los indios de Coñuepán. Los curá eran pehuenches de la parcialidad huilliche; no eran boroanos sino antiboroanos, y los separaba de éstos una larga historia de enfrentamientos con luchas sangrientas.

Entonces el coronel Martiniano Rodríguez los siguió, los enfrentó y los venció, tomando prisionero a Toriano.

Juan Calfucurá logró escapar; pudo llegar a Mamuil Mapu y refugiarse en la zona de Chillihué.

Con el cacique Toriano prisionero, los boroanos de Coñuepán pidieron al teniente coronel Delgado que se lo entregaran para juzgarlo.

El cacique Juan Calfucurá

El jefe de la Fortaleza Protectora Argentina, coronel Francisco Sosa (alias "Pancho el Ñato") remitió a Toriano al fuerte

Independencia (Tandil). Los caciques boroanos de Guaminí (Cañiuquir, Rondeau y Melín) señalaron a Toriano y sus secuaces (entre los que estaba Calfucurá) como traidores; y solicitaron para ellos un gran escarmiento, ofreciéndose a darles muerte. Todos presionaron para que Toriano fuese llevado nuevamente al fuerte Argentino de Bahía Blanca (también conocido como Fortaleza Protectora Argentina), donde lograron que fuera ejecutado por disposición del comandante de esa fortificación, el 30 de agosto de 1831, aparentemente sin orden de Rosas.

De continuo, Venancio Coñuepán pidió permiso al jefe del fuerte Independencia para reunirse con sus familiares en Carhué. Autorizado, se trasladó con su tribu a las tolderías cercanas a la laguna de Monte y se estableció a orillas del arroyo Pescado, en la laguna Alsina (hoy Bonifacio), donde se encontraba la tribu de su hermano Pablo, parcialidad en la que vivía el joven Pincén. En Tandil quedaron sus familiares, los caciques Collinao, Melinao y Railef con sus tribus.

Primera noticia sobre el joven cacique Pincén

Cuentan que Yanquetruz, ya muy viejo, se enamoró de Milla Calquín (nombre que significa “Aguila de oro”), una jovencita de trece años, hija del cacique Santiago Llanquelén (“Caído en desgracia”). Pero Llanque- lén la había prometido a otro cacique, y por temor a que Yanquetruz la hiciera a toda costa su esposa, se fue con su familia y su tribu de tierras ranquelinas al fuerte Federación (hoy Junín), luego de firmar un pacto de amistad con los militares de la frontera. La actitud de Llanquelén fue considerada deshonrosa por los demás ranqueles, que no olvidaron el desaire y se juraron tomar venganza.

Hacia 1831, Rosas había dispuesto favorecer a la tribu de Santiago Llanquelén (en total unas 1.100 almas) dándole un espacio donde vivir en el paraje de la laguna El Morote y expresándole su amistad en ganado y obsequios varios. Considerando la expedición al Colorado, la incorporación de Llanquelén tenía como objeto contarlo en la lista de caciques amigos junto a Cachul y Catriel, y privar al jefe ranquel

Yanquetruz de un importante aliado. El amor no correspondido de Milla Calquín, causa de las disidencias entre Llanquelén y Yanquetruz, favoreció el plan de Rosas. Pero las sospechas de traición persistían; y para prevenirse de ellas, el contacto que tenía Rosas con el cacique Llanquelén era el comandante en jefe del Departamento Norte, general Angel Pacheco.

Pincén tenía más de veinticinco años en 1832, en vísperas de la expedición de Rosas al río Colorado, que llevó finalmente a cabo al año siguiente. Desde allí planeaba atacar y someter a las tribus rebeldes, cuyo principal núcleo eran los ranqueles conducidos por Yanquetruz. A su vez, Yanquetruz procuraba disociar a las tribus aliadas a Rosas, generando intrigas entre los boroanos de Guaminí y sus ex aliados los ranqueles de Llanquelén.

El 7 de enero de 1833, Pacheco comunica a Rosas que Llanquelén había citado a toda la indiada como a 10 leguas de sus toldos para un parlamento general. “Antes de ayer”, le decía, “debe haber tenido lugar esa reunión y espero averiguar por sus mismos indios si ha sido con algún objeto hostil”. Más adelante, Pacheco afirma que esos indios, y principalmente el cacique, a su regreso a Buenos Aires se han expresado muy recelosos de los chilenos boroanos.

Cuatro días después, Rosas le contesta en los siguientes términos:

> *Los recelos que tienen estos indios respecto de los Boroanos, y los temores que conservan de ser atacados por ellos, nacen a juicio del infrascrito de las intrigas del cacique Yanquetruz y sus aliados [...] y como aquel [Llanquelén] ha sido siempre enemigo de éstos [los boroanos] y amigo de Yanquetrúz, naturalmente se inclina a creer las falsedades de éste y sus aliados [...]*
> *Yanquetrúz sólo cuenta con doscientos indios de pelea y con las demás tribus sus aliados, si lo más llegarán a seiscientos; y como teme mucho ser atacado por los Boroanos en unión con las Fuerzas que comanda el teniente coronel Delgado [...] o por las Divisiones de los Andes, hace los mayores*

esfuerzos porque se le incorporen desprendidos de la amistad con el gobierno de Buenos Aires, el cacique Llanquelén y sus indios.

En la misma nota, Rosas le encarga a Pacheco que hable con Llanquelén sobre las intrigas infundidas por Yanquetrúz; que garantice a Llanquelén que los boroanos no lo van a invadir porque son aliados al gobierno, como sus indios. Agrega que los boroanos nunca han atacado a otros aliados al gobierno como Cachul y Catriel, que las invasiones hechas han sido ordenadas por él (Rosas) y que si quiere puede optar por retirarse de donde está (entendiéndose entonces que Llanquelén se había aliado con Yanquetrúz, convirtiéndose en su enemigo) o por creerle que los boroanos no lo van a invadir.

En su respuesta, que llega el 23 de enero, Pacheco comenta a Rosas que ha tenido una charla con Llanquelén. Le cuenta por qué el cacique duda de los boroanos: en Buenos Aires ha tomado conocimiento de que el cacique boroano Cañiuquir lo quiere matar.

Sobre esto, Rosas le escribe a Pacheco el 29 de ese mes que seguramente Llanquelén ha *soñado* todo lo que cuenta.

Dos días después, Pacheco y Llanquelén tienen una reunión. Pacheco le reitera al cacique el pensamiento de Rosas y le recrimina no haber informado que iba a hacer un parlamento con indios de Yanquetrúz. A lo que contesta Llanquelén que el parlamento no se ha hecho por nada grave, sino por cuestiones domésticas, que ésa y no otra es la razón por la que no se lo comunicó con antelación. Añade que en lo sucesivo sí lo hará, que está conforme con las explicaciones de Rosas, aunque, dice, va a estar más tranquilo si se hace un parlamento entre Cachul, Catriel y él junto a Rosas.

Pacheco trata de averiguar qué grado de relación tiene Llanquelén con Yanquetrúz, punzándolo con expresiones fuertes. Le recrimina cómo puede ser que siendo un hombre de talento y fiel amigo del gobierno y de Rosas, mande y reciba chasques de alguien (Yanquetruz) que todas las provincias consideran un

enemigo.

En la respuesta de Llanquelén está la primera noticia de Pincén. Le responde que él no ha visto a Yanquetrúz más que una vez en la vida; que supone ha estado aliado a los chilenos; que desde el chasque enviado por él mismo tiempo atrás no le ha dirigido otro; que es cierto que por conducto del cacique Pincén (dice *Picen*) le ha mandado decir que si quería le enviaría un hijo suyo en prueba de amistad; y que no viva descuidado con Cañiuquir porque ha vendido en Buenos Aires a los ranqueles.

Ante esta manifestación, que evidenciaba una lealtad poco comprometida hacia Rosas, Pacheco le advirtió a Llanquelén que Yanquetrúz era enemigo del gobierno, y que si él era amigo, debía cortar toda relación directa o indirecta con el jefe ranquel.

Ante tanta presión, y pensando en los beneficios que recibiría para su gente, Llanquelén presta su conformidad y se ve forzado a tomar partido por Rosas. Pero evidentemente no deseaba una alianza con los boroanos de Cañiuquir.

La respuesta de Llanquelén parecería indicar que hubo un encuentro entre Pincén y Rosas. Una nueva y detallada lectura de la carta lleva a esa conclusión. Educado entre los boroanos patriotas, el joven cacique Pincén aparece manteniendo excelente relación con el jefe ranquel Yanquetruz. Los documentos referidos a las tres décadas siguientes, sin embargo, no mencionarán a Pincén. Entenderá el lector cuán trabajoso ha sido reconstruir estos años de su vida, observando las circunstancias históricas que lo rodearon, que seguramente protagonizó como un actor de reparto.

La expedición de Rosas a los ranqueles (1833)

Ante la evidente actitud poco comprometida de Llanquelén, como medida de prevención, Rosas destacó más al sur las fuerzas de este cacique y no las envió a combatir contra Yanquetrúz, aun cuando en la última conversación mantenida entre Llanquelén y Pacheco aquél se había puesto a disposición de Rosas para marchar donde el gobernador mandase.

En el arroyo Tapalqué, Rosas había empezado a desarrollar

sus planes. Allí fueron convocadas las tribus aliadas. El 3 de abril llegó el primer contingente de 300 lanzas acaudilladas por los caciques Catriel, Cachul, Llanquelén y Pablo, y los caciquillos Nicasio y Antuán (también llamado Anteguán) que acompañaron a Rosas en calidad de escolta. El cuidó de sus vidas manteniéndolos cerca del cuartel general.

También logró sumar a los caciques boroanos de Guaminí, otrora realistas. El 12 de junio de 1833 se conocía la incorporación del cacique Melín; y quince días después, mientras Rosas esperaba en Bahía Blanca el vestuario de invierno para sus soldados, se le apersonó allí el cacique boroano Cañiuquir proveniente de Guaminí. Rosas los hizo racionar y los indujo a agregarse a las tropas de Manuel Delgado para que fuesen a exterminar a los ranqueles, luego de la victoria de Ruiz Huidobro sobre ellos en Las Acollaradas. Otro tanto consiguió de los caciques Rondeau y Guarquimil. Todos aceptaron, aunque Melín quedó en la Guardia Argentina un poco enfermo, pero escoltado.

Durante esta expedición, Venancio Coñuepán y Pablo Gaylquín formaron parte de sus filas. El primero fue ascendido al grado de teniente coronel, carrera militar que había iniciado en Chile luchando en el bando patriota. Otros caciques recibieron el mismo reconocimiento.

Los ranqueles fueron atacados por la columna centro el 16 de marzo de 1833, circunstancia en la que Yanquetrúz escapó a los montes con sesenta lanceros. Las tribus ranquelinas quedaron diezmadas tras los sucesivos ataques, y los prisioneros tomados se entregaron en custodia de los aliados boroanos. Rosas destacó también partidas para obtener la cabeza de Yanquetrúz y la de su hijo Pichuiñ Guala.

En la celebración hecha por Rosas el 25 de mayo en el río Colorado no consta que hayan participado Venancio Coñuepán ni Pablo Gaylquín; al parecer quedaron replegados con las fuerzas del general Pacheco.

Ya hemos analizado en párrafos anteriores las motivaciones de Rosas para proponerse el exterminio de los ranqueles y las relaciones que los ranqueles mantenían con los unitarios. Con

mayor razón cabe destacar las estrechas relaciones entre Yanquetrúz y el coronel Videla, la presencia permanente del oficial unitario Manuel Baigorria en los toldos del jefe ranquel y la participación de éste con sus lanceros en las contiendas políticas nacionales a favor de los unitarios.

Manuel Baigorria (1809-1875) había revistado a las órdenes del general José María Paz, y tras la derrota del jefe unitario, en 1831 huyó hacia territorio ranquel. Yanquetrúz ("El Tartamudo"); su sucesor, Pai- né Guor ("Zorro celeste"); el hijo del primero, Pichuiñ Guala ("Pluma de patito"); y Calvaiu Guor ("Zorro comilón de garbanzos", llamado Galván por los huincas y sucesor de Painé Guor), todos recibieron a Baigorria, le brindaron su amistad y lo protegieron. También lo hizo Coliqueo (nombre que significa "Siendo colorado") cuando se refugió entre los ranqueles luego de los sucesos de Masallé (1834), que se verán más adelante.

En las tolderías, Baigorria fue renombrado como Lautramán ("Cóndor petiso"); se instaló en la laguna del Recado o Trenel y formó una tribu compuesta por blancos desertores y nativos. Permaneció casi veintidós años entre los ranqueles, de 1831 a 1852; se casó con una hija de Pichuiñ (llamada Lonco Milla: "Cabeza dorada") y con una hija de Ignacio Coliqueo (Lorenza), además de tener tres esposas blancas. Baigorria acompañó a los ranqueles en todos los malones, sirviendo de este modo a la facción unitaria.

Una vez diezmadas y prisioneras en su mayoría, Rosas confió en que las tribus ranqueles se iban a sujetar a las condiciones impuestas a través de los boroanos; pero fueron los últimos, concretamente los otrora realistas, quienes no respondieron a sus expectativas.

Habiendo tomado conocimiento de ello, el 4 de abril de 1833 Rosas le hizo saber al cacique boroano Cañiuquir que estaba al tanto de sus posibles traiciones:

> *Mediten ustedes un poco y verán que mi amistad les vale mucho y que deben procurar conservarla a toda costa. También es necesario que no olviden ustedes que yo sé todo lo que pasa y*

que aunque alguna vez guarde prudencia y silencio, no es porque no sepa las cosas, sino porque soy generoso y caballero con mis amigos. Yo siempre hablo la verdad y por lo mismo no puedo conformarme con que mis amigos me engañen. Y así como soy buen amigo de mis amigos y no les sé faltar en nada, así también los persigo a los que me llegan a ser infieles y traidores.[36] Juan José Estévez

Unos meses después, las sospechas de Rosas se acrecentaron. En efecto, los boroanos de Cañiuquir, Rondeau y Melín (éste probablemente a regañadientes, porque conforme a algunos autores era enemigo de Yanquetrúz) no cesaban de mantener buenas relaciones con los ranqueles, y en el parte militar de fecha 15 de julio de 1833 Rosas los sentenció: "Si faltasen, se acabaría la amistad y se les trataría como a enemigos". Días después, el 19 de julio, desde el río Colorado alertó a Pacheco sobre la vital necesidad de parlamentar con los indios:

La conducta de los boroanos es criminal. En esta parte tengo que estar trabajando con mucha meditación porque están impuestos no sólo de las retiradas de Ruiz y Aldao sino también, según me parece, de nuestras vergüenzas domésticas.

Pese a los parlamentos, los acuerdos firmados y las advertencias, en los meses siguientes continuaron las buenas migas entre los ranqueles y los boroanos de Guaminí, por lo que se incrementó la animosidad de Rosas para con ambos.

Para un control del buen comportamiento de las tribus boroanas que habitaban la zona de Carhué, Rosas estableció un puesto de avanzada en la horqueta del arroyo Malloleufú y Guaminí, al mando del teniente coronel Manuel Delgado. Lo formaban más de cuarenta soldados del fuerte 25 de Mayo (situado junto a la laguna de Cruz de Guerra). Además se llevó como garantía al cacique Juan Ignacio Cañiuquir y su familia a las cercanías de Cruz de Guerra, permitiéndole esporádicamente y

con custodia la visita de las tribus que estaban bajo su mando.

El 16 de diciembre de 1833, Rosas convocó a Rondeau, Melín, Cañiulán y Cañiuquir para que explicaran por qué no se entregaba a refugiados ranqueles en sus toldos. Los caciques le contestaron que la ley de los indios protegía a todo aquel que pedía asilo y que el *travun* (caciques reunidos en parlamento) los había aceptado.

Los boroanos de Masallé daban largas al cumplimiento de lo pactado cada vez que el sargento mayor Del Busto iba a buscar cautivos. Cañiuquir alegaba que los caciques desobedecían sus órdenes, pero no podía desconocer que entre sus aduares se protegía a perseguidos unitarios: lo que más le preocupaba a Rosas.

Rondeau invita a Calfucurá...

Hacia fines de 1833, el cacique Mariano Rondeau, que se sabía en falta con Rosas, temió una represalia de éste y pidió el auxilio de Calfucurá. La invitación ya había sido cursada cuando en Bahía Blanca, en el toldo de Venancio Coñuepán, se produjo el encuentro entre Rondeau y Rosas, oportunidad en la que conversaron casi todo un día. En presencia de Venancio Coñuepán, Rondeau confesó a Rosas que había llamado a los huilliches (a Calfucurá) porque desde Buenos Aires, en tiempos de la administración anterior, algunos enviados le habían dicho que cuando Rosas volviera de la expedición al sur, iba a tomar represalias contra los boroanos por sus deslealtades.

Hemos visto que las exigencias y dudas de Rosas sobre la lealtad de los boroanos eran recurrentes. A la luz de los hechos, no parece descabellado que existieran. La correspondencia que intercambiaban daba crédito a esa ponzoña de los opositores de Rosas.

Habiendo aclarado las cosas, el cacique Rondeau y Rosas convinieron en seguir la amistad: Rondeau se juramentó que los boroas primero iban a morir antes de dejar pasar a los huilliches a robar en la frontera, y Rosas volvió a reiterar que si los boroanos no cumplían, los perseguiría por cómplices y a los huilliches por invasores y ladrones. Asimismo, si los boroanos cumplían el pacto

y tenían problemas por ello, Rosas los auxiliaría.

Volvió el cacique Mariano Rondeau a Masallé seguramente con la sensación de haberse enterrado mucho más en el guadal. Le había prometido a Calfucurá que se harían ricos robando la hacienda de los cristianos, que era tanta como paja había en el suelo, y a Rosas le había jurado lealtad. Además, había llamado a Calfucurá pensando que éste ignoraba que su amigo Toriano había muerto por instigación de quienes ahora oficiaban de huéspedes. A poco de estar entre los indios de Carhué, divididos aún como estaban, Calfucurá no tardaría mucho en enterarse del doble discurso de la tríada boroana de Guaminí. A no dudarlo, se encontraban en un serio problema.

Rondeau y Melín quedaron presos de las presiones que por un lado ejercía Rosas y por otro Calfucurá, entre ellas, el vengar la muerte de su amigo Toriano. Cañiuquir ya había expresado a Rosas sus temores sobre probables represalias que podían tomar los huilliches si éste insistía en su expedición al sur, y le había pedido que desistiera de la misma. Hay que tener presente, por otra parte, que Rosas había continuado con su plan, recordándoles a los boroanos que ellos mismos le habían "pedido la cabeza de Toriano" y que les había dicho en esa oportunidad: "¿Por qué razón creen ustedes que los indios partidarios del finado Toriano han de perdonarles, ni a ustedes ni a mí estos muertos?". En virtud de los hechos consumados, don Juan Manuel les exigió absoluto compromiso con la estrategia que impulsaba.

Cañiuquir se mantuvo esquivo y desleal a las presiones de Rosas; pero los caciques Rondeau y Melín finalmente decidieron cumplir con el pacto hecho en el toldo de Venancio Coñuepán en Bahía Blanca: "Antes la muerte, que dejar pasar a los huilliches a robar hacienda".

Intranquilidad entre los boroanos

La intranquilidad llegaba a tal punto que los restos de una parcialidad, dependiente del cacicazgo de Juan Manuel Catriel y Antuán, que vivía entre la laguna Epecuén y el arroyo Sauce Chico, solicitó autorización para trasladarse aTapalqué con el grupo

principal (tribus de Collinao, Melinao y Coñuepán). El gobierno se lo permitió el 26 de enero de 1834.

La situación de los boroanos leales a Rosas no era cómoda en Carhué. Coñuepán y Collinao enviaron chasquis para alertar a sus familiares del norte de Las Encadenadas: que tuvieran cuidado, les decían, pues algo iba a ocurrir. El 7 de mayo de 1834 Juan Cachul pudo comprobar que los boroanos estaban enterados de la entrada al país de dos mil araucanos y que Collinao les había dicho que tuviesen "cuatro ojos".

Los boroanos, que desconocían la invitación de Rondeau para que entrara Calfucurá, temían una invasión huilliche en represalia por la muerte de Toriano. Ante el desconcierto, la primera reacción de algunos hombres importantes de Guaminí fue poner la responsabilidad de la difícil situación que se vivía fuera de la tríada de Masallé y atribuirla a las presiones ejercidas por la autoridad argentina. Millalicán, primo de Coñuepán, le advirtió a don Venancio: *"Los güincas desean que nos acabemos los unos con los otros".*

He aquí otra forma de posicionarse frente a la situación y la confusión reinante. El pensamiento de Millalicán (indio instruido en Chile) debe haber tenido varios adeptos en las tolderías de Carhué. Las cartas estaban echadas sobre la mesa y la situación no tenía retorno.

La primera noticia del arribo de Calfucurá a la zona la proporciona el escribiente e informante Pablo Millalicán en una carta a Manuel Delgado fechada el 2 de julio de 1834:

> *Llegaron al Carhué como cerca de doscientos Yndios [...] entre ellos dos Yndios que vienen haciendo cabezas; uno es Dn. Juan [Calfucurá], el otro no me acuerdo: son los que se fueron huyendo con Quiñigual cuando fueron derrotados por los Boroanos [se refiere al combate de Sanquilcó y Pelicurá en el que intervinieron efectivos de 25 de Mayo con su jefe Manuel Delgado y lanzas boroanas]. Dicen que han estado muy cerca de los Huylliches [...] Ya le he dicho a Rondeau que debemos precisamente dar parte a S.E. de esos*

Yndios. Todavía no me ha dicho que daremos parte [...] Yo estoy con mucho cuidado.

¿Qué iba a comunicar Rondeau a Rosas? ¿Lo que éste ya sabía: la llegada de los que había llamado para que robaran las estancias de frontera? Seguramente, temiendo más una represalia de Rosas, especuló en hacer volver a esos doscientos indios con alguna promesa de mejor oportunidad. Sin duda, el cacique Rondeau atravesaba el momento más dramático de su vida.

Tampoco entendía Millalicán la ausencia de Cañiuquir. El jefe bo- roano no se hallaba en el lugar, sabía muy bien a qué había ido Calfucurá, y pese a que hacía consultas sobre la actitud que tomarían sus capitanejos, no desconocía el consenso que Calfucurá generaba entre los suyos. Un hijo de Cañiuquir, Antibil, estaba plegado al plan de "Piedra Azul" (Calfucurá) y probablemente se representaba el desenlace que se avecinaba.

La situación permite ver en la actitud de Cañiuquir, al convocar a los huilliches y pactar con Rosas, una omisión cómplice, desbordado por las circunstancias, molesto porque Rondeau le había arrebatado el protagonismo y la supremacía en el gobierno de la tribu.

El 7 de septiembre de 1834 hubo un último parlamento en Carhué. Deben haberse producido discusiones prolongadas y reproches de Juan Calfucurá hacia los caciques Rondeau y Melín, quienes lo habían hecho ir de Chile para que como general condujera las fuerzas ranquelinas y boroanas hacia la frontera. Ahora Rondeau y Melín le decían que eso no iba a ser posible, pero había mucha confusión, y debieron quedar al descubierto demasiadas contradicciones. Se bebió mucho y el sentimiento de traición campeaba en los ánimos de los chilenos.

Los sucesos de Masallé

En la madrugada del 8 de septiembre de 1834, Calfucurá dispuso que sus hombres atacaran los toldos de los caciques Rondeau y Melín en Masallé. Se hizo. Les dieron muerte. Pese a que Calfucurá de inmediato aclaró que sólo habían matado a los

caciques desleales y no habría represalias contra el resto de las tribus, el suceso conmovió a todos en Carhué, incluso a los que acampaban al norte de Las Encadenadas, quienes empezaron a advertir que Calfucurá les usurpaba el paraje y el mando.

Si bien los sucesos produjeron gran impacto entre las tribus de Carhué y el mismo Rosas habló de "gran mortandad", no hubo realmente una masacre; sólo un muerto más y ocho heridos, los que habrían salido en defensa de los líderes asesinados (Sulé, 2003).

En aquellos días, Calfucurá le ofreció el perdón a los sobrevivientes y matrimonio a la viuda de Rondeau; ella no aceptó, huyó y se refugió entre los blancos.

Cuenta la tradición oral de los descendientes (Lorenzo y Andrés Cejas Pincén, de Trenque Lauquen) que primero habían llegado de Chile unos pocos guerreros, y luego unos cinco mil, con sus familias. Relata Lorenzo (y Andrés también):

> *Entre ellos venía un general llamado Juan Calfucurá que tenía la desgracia que cuando se emborrachaba se ponía de mal genio y hacía desastres [...] Mató al cacique Rondeau y otros en Masallé y un indio que logró escapar le dio aviso a Pincén de lo que había ocurrido. Pincén entonces, al día siguiente, llegó a Masallé con sus guerreros, unos ochocientos en total, rodeó el toldo de Calfucurá, que aún estaba borracho, lo sacó de los pelos hacia afuera, le puso la punta de la lanza en el cuello y le dijo: "¿A qué viniste? ¿Amatarnos a nosotros o a pelear contra los huincas?".*

Afirma que a partir de ese momento se convino hacer un *vutatraun* (parlamento mayor), donde se estableció el territorio de cada cacique.

Es altamente probable que ante el desborde de los acontecimientos haya existido una reacción de los boroanos que no tenían sujeción a los caciques muertos. Deben haberse hecho oír. No hay constancia de que Pincén tuviera entonces la suficiente entidad de *ulmén* como para imponer condiciones a Calfucurá en

esas circunstancias; pero el relato de los bisnietos debe citarse porque aún hay mucho por conocer sobre el prestigio que entonces pudo tener la figura de Pincén entre los boroanos de Carhué.

Por aquel tiempo Pincén y muchos otros jóvenes guerreros emigraron de la zona, instalándose en parajes y aguadas distantes de Masallé, Carhué y Salinas Grandes.

Francisco Cañiullán, hermano del cacique Rondeau asesinado ese día, pudo escapar con veinticinco indios más treinta chinas y niños al fuerte 25 de Mayo. Desde allí el coronel Delgado le escribió a Rosas comentándole sobre Francisco y su gente: "Después que sus enemigos le han quitado cuanto ha tenido, todas sus prendas de plata y ropa y aún los toldos les han quitado"; añadiendo que sólo se habían escapado "con lo encapillado, sus ovejas, caballos y vaquitas", salvando "las que estaban distantes". Le suplicó que los mirase con lástima porque no tenían cómo abrigarse ni un cuero para hacer sus toldos, tampoco una olla para un hervido ni caldera para calentar agua. Y agregó que Francisco Cañiullán lloraba por la muerte de sus hermanos, especialmente los caciques, y le dolía porque los indios enemigos venían diciendo que era él, Rosas, quien había dado la orden de matarlos. En ese estado de cosas, pedían acabar con todo indio chileno y con los ranqueles.

No está demostrado que Rosas haya pedido a Calfucurá que asesinara a los caciques Rondeau y Melín. De haber sido así, no tendría asidero la carta que Calfucurá dirigió a Rosas explicándole que había tenido que dar muerte a esos caciques porque le habían sido desleales y que, a diferencia de ellos, él le sería leal de allí en más. Nadie da explicaciones justificando determinado proceder, cuando ha actuado de conformidad con lo que estaba acordado de antemano.

Por su parte, Meinrado Hux plantea su parecer entendiendo que no fue ajeno Rosas a las muertes de Masallé. Lo hace basado en una carta en la que Rosas le dice a José Félix Aldao:

Los indios chilenos fueron llamados por los ranqueles. Cuan-

do éstos mandaron decir que viniesen a robar, me lo avisaron, pidiéndome al mismo tiempo permiso para venir a situarse en Salinas [...] Yo creí conveniente dárselo.

Las palabras de Rosas están llamativamente sacadas de contexto... La verdadera carta tiene fecha 5 de septiembre de 1841, oportunidad en la que Rosas le hace saber a José F. Aldao que en esos días o poco antes (no en 1834) había permitido a Calfucurá y sus indios situarse en Salinas Grandes. Hay otras escritas en similares términos, una dirigida a Aldao el 15 de septiembre de 1841 y, con la misma fecha, otra al gobernador de Córdoba, Manuel López. Así lo corrobora en 1875 el comandante de Bahía Blanca, Daniel Cerri, al señalar que "Calfucurá era chileno y obtuvo permiso de Rosas para ocupar y poblar Salinas Grandes", refiriéndose no obstante al permiso otorgado con bastante posterioridad a los hechos de Masallé.

Finalmente, el argumento de mayor peso citado por los autores que procuran vincular a Rosas y Calfucurá en el episodio de Masallé se basa en la carta que escribió Calfucurá a Bartolomé Mitre en 1861, donde le dice:

"Yo no estoy en estas tierras por mi gusto, ni tampoco soy de aquí, sino que fui llamado por don Juan Manuel, porque estaba en Chile y soy chileno..."

No cuesta mucho tener una opinión poco favorable a la seriedad de las explicaciones de Piedra Azul cuando procuraba congraciarse con los gobiernos de turno para obtener beneficios. En este caso, Calfucurá no ignoraba que echar leña sobre el árbol caído era algo que les sentaba muy bien a los triunfantes de Caseros.

En definitiva, existe orfandad documental para sustentar las especulaciones que pretenden vincular a Rosas como planificador de las muertes de Masallé a modo de escarmiento a los boroanos que no le eran leales, aun cuando la situación lo haya favorecido.

Días después de los hechos de Masallé, Rosas le informó a

Tomás Guido que los araucanos (de Calfucurá y otros, como Tranamilla),[6] unidos a los ranqueles, habían sorprendido a los boroanos:

Han muerto a los primeros jefes de éstos que son Rondeau y Melín; han hecho gran mortandad, cautivándoles las familias y llevándoles todas las haciendas [...] Esta noticia debe considerarse de grande importancia para la República, porque ella facilita ya un cambio sin tropiezo para acabar o escarmentar para siempre a los Ranqueles.

Los boroanos otrora realistas, a los que Juan Manuel de Rosas no podía sujetar, quedaron desarticulados; y los ranqueles, sin aliados en Salinas Grandes y Carhué. De momento, la situación era propicia a Rosas en el plano de la política interna; pero también es cierto que necesitaba una fuerza indígena aliada en el corazón de la pampa que contuviera los malones de los huilliches (chilenos) y de los ranqueles. Ahora, esa fuerza estaba totalmente desmembrada.

CAPÍTULO 2
Pincén forma su propia tribu

Empezar de nuevo

Cuando Pincén tenía cerca de treinta años, junto con un grupo de guerreros que lo seguían, discrepó con la situación reinante y decidieron comenzar una historia diferente, alejados de todo aquello que conocían y llegaron a detestar. Eran una treintena de jóvenes, habían nacido en la Argentina, se sentían indios argentinos, y eso marcaba una diferencia sustancial, que en el caso de Pincén jugará un papel subyacente en sus futuras decisiones. Todo aparecía confuso, bajo sospecha, y los caciques supervivientes habían perdido autoridad. Era necesario empezar de nuevo.

La tradición familiar de los bisnietos señala que “el cacique era muy joven cuando le mataron a sus padres. Entonces, se reveló contra las injusticias sufridas y con 24 guerreros y 14 mujeres

6 Cacique chileno que con Calfucurá asaltó Masallé.

formó su propia tribu". Y que dijo en ese momento: "Yo voy a hacer la generación mía".[7]

El ingeniero Alfredo Ebelot, contratado para dirigir la obra del zanjeado en 1877, recogió la misma información al señalar también que Pincén había comenzado con apenas 30 guerreros y luego había sumado tras de sí a cuanto disidente e intransigente había en el desierto.

Según Zeballos (2004), el jefe del ejército que en 1878 se dio a conocer con el seudónimo "Lincancho" (ya he sugerido que podría ser Villegas) y que declaró haber entrevistado a Pincén, aludiendo al pasado del cacique, ratificó:

> *A la muerte de Hayllapán, Pissen tomó el mando de los indios que capitaneaba su padre, aumentándolos después con los indios desertores de otras tribus, o lo que ellos llaman indios gauchos [...]*

Cuando tenía un número regular de indios, se supo imponer a los jefes de las demás tribus que lo hostilizaban, ya fuera por envidia u otras causas. Pero el hecho positivo es que para llegar a hacerse potencia entre ellos tuvo que sostener infinitos combates en los que en su mayor parte fue victorioso. Esa fue la causa por la que en breve tiempo pudo tener tribu y campear por su respeto, pues no hay nada que al indio lo haga guardar consideraciones, salvo aquello que se impone por la lanza.

Lo ocurrido en Masallé marcó a fuego aquel núcleo inicial de la tribu de Pincén. Fue un sentir que los acompañó hasta el final de la mal llamada "conquista del desierto". Anticipemos la escena del 24 de noviembre de 1878, cuando el coronel Villegas, luego de hablar varias veces con su prisionero Pincén, le escribe a Zeballos:

Los indios de Pissen son casi todos criollos, y tienen mayor desprecio por los de Chile, diciendo que son muy cobardes y maturrangos. Asimismo tienen mucho desprecio por los ranqueles.

Días después, en el presidio del Batallón 6° de Retiro, Zeballos

7 Testimonio de Lorenzo y Andrés Cejas Pincén.

le preguntará a Pincén por qué se ha separado de Calfucurá. Responderá el cacique: "Porque yo soy indio argentino y Callvucurá es boroano de Chile, usurpador de nuestra tierra".

Conrado E. Villegas, oficial del 3 ° de Caballería.

Hay que reparar en que Pincén, además de reiterar su origen argentino, se incluye entre los boroanos que ya estaban afincados en territorio argentino, en alianza con el gobierno nacional, y se diferencia de los boroanos chilenos, que con su arribo usurparon posteriormente aguadas y parajes.

Zeballos afirma que hubo un cacique *"bastante audaz para erigir una república de Andorra, en medio de los grandes soberanos. Hubo un indio, de la plebe, que creyéndose con todo aliento de los hombres de gobierno, negó obediencia a Mariano Rosas y a Calfucurá, fundando su propia tribu y una nueva dinastía. No traía títulos hereditarios, ni el acatamiento de las grandes tribus; pero venía, como los caballeros andantes, a conquistar títulos y vasallos con prodigios de valor. Y como si su desobediencia a los grandes potentados de la pampa no fuera bastante alarde de rara audacia, clavó sus toldos entre Leuvucó y Salinas Grandes, cual si provocara las iras de ambos soberanos. Ese indio se llamaba don Vicente*

Pinthen [sic]".

Masallé fue un punto de inflexión en la historia de los pueblos indígenas. Un nuevo mapa tribal determinó los hechos y las políticas durante las cinco décadas siguientes.

Un mes después del mentado episodio, el cacique principal Cañiuquir mandó chasques a los demás caciques boroanos para consultarles su parecer sobre si seguían aún aliados y cuáles eran disidentes. Los caciques supervivientes pidieron a Rosas que castigara a los atacantes. El Restaurador ordenó el 5 de octubre movilizar las tropas de la guarnición de la Fortaleza Protectora Argentina de 25 de Mayo y, con auxiliares boroanos, persiguió a los atacantes de Masallé. Pero no les pudo dar alcance: lograron retirarse a tiempo por Chillihué hacia la cordillera.

La primera expedición salió del fuerte de Bahía Blanca al mando de los coroneles Juan Zelarrayán y Eugenio del Busto, con trescientos soldados y cuatrocientos indios de lanza al mando de los caciques Cañiuquir, Millalicán, Meligur, Guayquil y Venancio Coñuepán. Pero al no encontrar a Calfucurá, la expedición se desvió para atacar a los ranqueles, a sus refugiados unitarios y al cacique boroano Mariqueo, a quien le arrasaron la toldería. Los indios dispersos buscaron amparo en Cañiuquir, que alertaba al cacique ranquel Painé cada vez que el gobierno proyectaba un ataque a los ranqueles. Lo hacía aun en plena expedición, enviando mensajeros durante la noche, y cuando capturaban ranqueles los protegía diciendo que eran familiares suyos.

Sin opción, Rosas conservó en calidad de aliados a los boroanos de Cañiuquir para continuar la persecución de los ranqueles, que aquéllos hacían muy a su pesar; porque además ahora, entre la "gente del totoral" en Leuvucó, había familiares de boroanos refugiados.

El año siguiente a Masallé marcará el agotamiento de las relaciones entre Rosas y Cañiuquir por las conductas sinuosas del jefe boroano. Los caciques aliados, por el contrario, afianzaron sus lazos con Juan

Manuel de Rosas. Uno de ellos, Nicasio, célebre por los estragos que los botes de su lanza hicieron en el combate de las

Vizcacheras, y a quien Rosas por méritos ganados durante la campaña de 1833 había ascendido a la jerarquía de mayor, pronunció un brindis en los festejos del 25 de junio de 1835 por habérsele otorgado a Rosas la suma del poder público. Dijo Nicasio en esta ocasión que había acompañado en cinco campañas a Juan Manuel y que siempre habría de morir por él, porque el Restaurador era "su hermano y el padre de todos los pobres".

El escenario de los acontecimientos ya no estaba en Leuvucó; y mientras un nuevo caudillo pampa paulatinamente comenzaba a afianzarse en Carhué y Masallé, el viejo líder ranquel Yanquetruz, inseguro, enfermo y cuidado por su amigo el coronel Baigorria, se encontraba recluido en su escondite del río Diamante, donde murió en fecha no precisa de 1835. Algunos sostienen que pasó sus últimos días lamentando el amor no correspondido de Millá Calquín y odiando a Llanquelén, padre de esta joven.

En abril de 1836, los caciques menores Alonso Guayquil y Alvarez Alón se separaron del jefe Cañiuquir y solicitaron asilo a Rosas. Mientras se dirigían al paraje Tordillo, ubicado a dos leguas de 25 de Mayo, en la laguna La Botija -sitio autorizado por Rosas- fueron atacados por Cañiuquir, quien les robó la hacienda y se llevó cautivos a varios familiares. Otra versión indica que en esa misma fecha los caciques mencionados denunciaron arbitrariedades de Venancio Coñuepán y le pidieron a Juan Catriel que intercediera ante Rosas para obtener el permiso de retirarse con sus familias hasta 25 de Mayo, y que días después llegó la autorización.

En una muestra más de sus conductas erráticas, Cañiuquir pidió perdón a Rosas por sus deslealtades. Rosas le contestó que se afincara en la Chacarita de los Colegiales, tal como lo venían haciendo otros caciques de su tribu, abandonando de este modo la vida que llevaba. Cañiuquir rechazó el ofrecimiento, actitud que fue interpretada como una señal que dejaba al descubierto sus verdaderas intenciones. El fin de Cañiuquir se aproximaba.

Fueron alrededor de cuatrocientas las bajas que sufrió su tribu en marzo y abril de 1836, en dos ataques sucesivos perpetrados por los coroneles Juan Zelarrayán y Francisco Sosa, con tropas de

Bahía Blanca acompañadas por lanceros de Venancio Coñuepán. Las fuerzas atacaron primero las tolderías situadas en Malloleufú, y el cacique Cañiuquir logró escapar. Pero en la segunda expedición, conducida por los coroneles Mariano Rodríguez y Francisco Sosa, Cañiuquir fue perseguido hasta el Mamuil Mapu; lo alcanzaron en el paraje Llanguillú (probablemente Langueló) y le dieron muerte el 26 de abril de 1836.

Fue una orgía de sangre que horrorizó a los auxiliares boroanos de Venancio Coñuepán, quienes se sublevaron cuando se cortó la cabeza del cacique principal Cañiuquir y se la condujo como trofeo en una pica a la Fortaleza Protectora Argentina de Bahía Blanca, como ejemplo de lo que les ocurría a quienes eran desleales.

Las tribus se indignaron ante tamaña crueldad; muchas resolvieron aliarse a Calfucurá y atacar en represalia a las tribus aliadas a Rosas, asentadas en las cercanías de Bahía Blanca. El 24 de agosto de 1836, conducidos por Juan Calfucurá, algunos boroanos unidos a salineros y ranqueles, en número de dos mil, atacaron Bahía Blanca y las tolderías sobre el arroyo Napostá, oportunidad en la que fue muerto el cacique Venancio Coñuepán.

Muy pronto, el 1 de octubre, los mismos indios atacaron la zona de Tapalqué, donde estaban afincados los caciques Railef, Melinao y Tacunau (familiares de Coñuepán), y presumiblemente también a otras tribus pampas.

Las antiguas antinomias surgidas en las guerras por la independencia de Chile y prolongadas en las décadas siguientes comenzaban a cerrar el primer acto de una historia que había acabado con las vidas de Rondeau, Melín, Cañiulán, Yanquetruz, Cañiuquir y Coñuepán; actores y víctimas en la premonición de Millalicán: “Los güincas desean que nos acabemos los unos con los otros”.

Pincén entraba en una nueva etapa de su historia: Calfucurá comenzaba a adueñarse definitivamente de la zona de Carhué.

Entre los ranqueles

Luego de los hechos de Masallé, algunos grupos de boroanos y

disidentes del nuevo jefe pampa emigraron a tierras de los ranqueles. Pero la mayoría aceptó el discurso mesiánico de Calfucurá: puelches, picunches, boroanos y demás tribus se les debían unir porque él había sido "elegido por el Ser Todopoderoso para unir a todas las tribus en un gran imperio".

Frente a la actitud criminal de Calfucurá, las buenas relaciones que había entre boroanos y ranqueles permitieron que algunos boroanos desprendidos de Masallé pudieran establecerse en territorio ranquel. Entre los emigrantes, el cacique Ignacio Coliqueo conoció allí al unitario coronel Baigorria, al que lo uniría una larga amistad. En su camino hacia tierras ranquelinas, encontró a un joven que ya conocía de la zona de Las Encadenadas, donde habían vivido poco antes, que ostentaba tempranamente el grado de cacique y que todos conocían como *Pizeñ.*

En una carta fechada en la Tapera de Díaz el 23 de octubre de 1867, Coliqueo comentaba a Calfucurá que en otros tiempos (los que estamos analizando) Pincén había sido subordinado suyo o -como indica con mayor precisión-, "al menos hemos sido compañeros de armas", corrección que precisa la relación que había unido a estos caciques en tierras de los ranqueles. Como se ve, Pincén no fue un subordinado de Coliqueo sino un aliado, un compañero.

Pincén también conoció al coronel Baigorria en esas tierras. Recordemos la carta que dirige hacia 1877 al coronel Villegas, en la que reafirma su origen argentino, "porteño", de Carhué, y cita como testigo a quien fue su vecino en tierras ranquelinas:

> *Estimado amigo, que si usted no quiere creer lo que yo le digo pregunte a todos si es cierto o no, ahí está Baigorria, el general que me conoce de cierto donde soy nacido.*

El historiador Reinaldo Pastor cuenta por entonces a Pincén entre la corte ranquelina, destacando sus invasiones frecuentes al sur de San Luis y Córdoba, malones que eran característicos por su magnitud y bravura. Señala que de otros caciques se podía

esperar todo tipo de raterías, pero que las consecuencias de las incursiones de los Painé Guor (Mariano y Epumer Rosas) y de Pincén eran mucho más dañosas.

Se cree que Pincén, aliado a Coliqueo, pudo haber participado en el gran malón que Baigorria organizó en 1838 como consecuencia de las expediciones de los coroneles Maza y Ramírez a los campos de Trenel, así como la del coronel Granada a Salinas Grandes. Capitaneado por Baigorria, y teniendo como ventaja que se había hecho abandono del fortín Mercedes, el malón llegó a Tapalqué; luego saqueó las estancias de Junín, Rojas y Pergamino, pueblo que sitiaron el 2 de mayo de 1838. En tal ocasión, el juez de paz logró armar a los vecinos, y fortificando las entradas rechazaron el malón que finalmente se retiró. Pero se saqueó todo el ganado existente en las estancias cercanas, al punto de paralizar momentáneamente las comunicaciones por no existir caballo para montar un chasqui.

Ranqueles y boroanos, acaudillados por el unitario Manuel Baigorria, llevaron a cabo otras incursiones; pero fueron batidos por las tropas a las órdenes del coronel Hilario Lagos y del general Juan Pablo López en el combate de Los Leones y de la Tranquera de Loreto (hoy Maggiolo) el 22 de diciembre de 1838. Contaría Pincén entonces con no más de treinta años. Es probable que a esa edad su nombre haya comenzado a correr de boca en boca. Schoo Lastra cuenta que Pincén, en sus tiempos juveniles, había penetrado una noche hasta el pueblo de Pergamino dejando a su guarnición a pie y continuamente volvía sobre esos territorios. Fue una de sus zonas predilectas por la cantidad de estancias con abundante ganado vacuno y caballar. Una anécdota: dicen que en una oportunidad, cuando Pincén y cien de los suyos volvían de un malón con cerca de cuatro mil potros arrebatados de las estancias de Pergamino, dieron contra un cuerpo de línea que los aguardaba pie a tierra, cerrándoles con las bocas de sus armas el paso entre dos cañadones. Los indios, sintiéndose perdidos, se volvieron y miraron al cacique como requiriéndole que resolviera la dramática situación. Pincén, con un golpe de vista de buitre, improvisó con sus hombres una manga y, lanzando por entre ella

a los cuatro mil potros espantados, los llevó contra los soldados, que resultaron pisoteados y dispersos. Pincén ganó el desierto sin una baja y con todo el arreo.

El relato no consta en los documentos y su veracidad era discutida por muchos jefes de frontera de entonces, quienes, sin desconocer en Pincén al mejor guerrero de su tiempo, opinaban que la anécdota se debía a la imaginación de la gente, influida por las hazañas del cacique, que le habían dado a su nombre prestigio legendario.

Este joven cacique comenzaba a ser leyenda, aunque su nombre no consta aún en los partes militares que hemos consultado y es la memoria colectiva la que ha preservado estos relatos recogidos luego por los historiadores, de boca de los jefes militares que lo enfrentaron.

No es objetivo de este libro hablar de Coliqueo y Baigorria, pero la trayectoria de ambos estuvo muchas veces ligada a Pincén, por lo que resulta necesario, al menos someramente, ver los pasos de aquéllos.

Luego del segundo malón sobre Tapalqué, realizado por Calfucurá el 1 de octubre de 1836, de los continuos malones que este cacique llevó a cabo sobre la frontera en los años siguientes y tras la revolución de los hacendados del sur, Rosas prosiguió con su táctica de negociar la paz con las tribus. Es por ello que, ante una requisitoria de los ranqueles, convocó a la firma de un acuerdo en Azul. Painé hizo un convenio el 23 de abril de 1840, pero Baigorria y Coliqueo no estuvieron conformes, obviamente respondiendo a directivas de los unitarios. Tomaron en cambio parte en el movimiento revolucionario de San Luis, y año tras año regresaron a Buenos Aires, especialmente al Rincón del Arroyo Medio.

No se sabe con certeza la fecha en que los huilliches chilenos de Calfucurá pidieron a Rosas concertar la paz, solicitando autorización para establecerse en las cercanías de Salinas Grandes; pero es probable que lo hayan hecho a fines de 1840 o en los primeros meses de 1841. Rosas juzgó conveniente otorgársela, tal vez para restarle protagonismo al unitario Baigorria, devenido

cacique y permanente invasor de las estancias de frontera.

Tenía Pincén alrededor de treinta y tres años cuando nacía quien con el tiempo sería su más férreo oponente y finalmente su captor. El 3 de febrero de 1841, en Tala, pequeño pueblo de Canelones (Uruguay), Octaviano Villegas y María Lemus traían al mundo a Blas Excelso del Corazón de Jesús Villegas, quien más tarde se autodenominaría Conrado Excelso Villegas.

Pese a la reconstrucción del fortín Mercedes, los días 9 y 12 de diciembre de 1841 los indios incursionaron por Rojas y Pergamino, llevándose gran cantidad de ganado de las estancias. Tan sólo de una de ellas tomaron dos mil vacunos, y el juez de paz de Pergamino constató que el rastro dejado por los animales alcanzaba una legua de ancho.

Durante 1842 la amenaza de invasión se mantuvo intacta, ya que Manuel Baigorria, capitaneando trescientos indios de pelea y contingentes unitarios, procuraba perforar las líneas, y las zonas de predilección seguían siendo las estancias de Rojas y Pergamino. Acompañaban a Baigorria el cacique Coliqueo y los capitanejos Seficurá, Trumiqué, Guaiqueinea, Genchua, Meliguea, Aniqueo, Guaipil y Nahuel-Iuhé, que pertenecían a las tribus ranquel y boroana.

Al año siguiente, Baigorria capitaneaba una fuerza de 800 hombres: 450 de lanza, 100 de bola y más de 200 soldados “renegados”. Tenían muy buenas caballadas. A mediados de ese año invadieron Pavón, y el 2 de octubre las costas del Arroyo del Medio, llegando hasta 4 leguas de San Nicolás. Fueron perseguidos por el capitán Prudencio Arnold, quien al mando de 160 soldados puso en fuga un malón de 1.000 hombres y les arrebató 20.000 cabezas de ganado.

En diciembre de 1843, los indios y refugiados unitarios capitaneados por Baigorria se dirigieron el sur de Córdoba, y en los dos años siguientes volvieron sobre las estancias fronterizas de la zona de Salto y Arroyo del Medio, habiendo sido repelidos nuevamente por el coronel Vicente González y el capitán Arnold.

Así pasaron los años, registrándose esporádicos malones en los que tampoco encontramos el nombre de Pincén. Es probable

que continuara aliado a Coliqueo, y que en 1845 lo haya acompañado en un nuevo malón a Pergamino. Tendría entonces treinta y siete años. La falta de noticias sobre su participación en los grandes malones de ese tiempo obedece tal vez a su escaso renombre, fundamentalmente entre los blancos, o porque desempeñaba un rol distinto en la cadena de apropiación, traslado y comercialización del ganado. A ello parece apuntar el relato del indio Huenchuquir que cita Zeballos en *Episodios en los territorios del sur,* según el cual Pincén creció haciendo viajes frecuentes "de la pampa de Buenos Aires a los valles andinos", empleado en el comercio de ganados robados en la República Argentina para llevar a la de Chile.

También indicó Zeballos:

> *La fama de Pincén subió de grado en los pagos andinos y sucesivamente lograba arrastrar en sus correrías y aventuras nuevos mocetones araucanos que, cediendo al espíritu aventurero y a la codicia, lo acompañaban a buscar fortuna; y como la bola de nieve, la clientela de Pincén aumentaba sin cesar.*

Pese a la animadversión que Huenchuquir no ocultaba hacia la persona de Pincén, no se puede dejar de contemplar la posibilidad de que éste acrecentara su poderío mediante la comercialización de ganado, trasladándolo desde la pampa a los valles andinos, donde nuevamente era engordado para la venta. Su nombre no figura en los documentos, pero su paso quedó grabado en la memoria de los hombres y las mujeres de la frontera.

Creación y desaparición de la Confederación Pampa

Las negociaciones para crear la Confederación Pampa se llevaron a cabo en el Palacio San José de Paraná, luego de derrocado Juan Manuel de Rosas.

En los documentos de época encontramos caciques y caciquillos boroanos, ranqueles y soldados unitarios renegados de Baigorria invadiendo hasta 1853 distintos lugares del territorio

bonaerense en alianza con Calfucurá, Pichuíñ y Calvaiu Guor (Galván). El 2 de marzo de 1853 invadieron por Cristiano Muerto y Tres Arroyos.

En 1854, el unitario Baigorria pasó a servir a la provincia de Córdoba, y a mediados de ese año gestionó la paz entre el gobierno nacional y sus ex aliados: Calfucurá, Pichuíñ y Calvaiu Guor (Galván); pero la paz se frustró al año siguiente.

El 1 de junio de 1855, Laureano Diez escribió al ministro de Guerra Bartolomé Mitre:

> *Calfucurá se halla reunido con Catriel y Cachul, de consiguiente está el cacique Coliqueo que fue de los que nos pelearon.*

Gracias a sus hábiles disposiciones y haciendo uso del poder que detentaba desde Caseros, Urquiza en cinco años logró desbaratar y desmantelar el incipiente imperio de Calfucurá. Luego de su acercamiento con el jefe de Salinas Grandes, resultó padrino de bautismo de uno de sus hijos, Manuel Namuncurá.

Además de las motivaciones propias de las tribus para llevar a cabo incursiones de saqueo sobre las estancias fronterizas, Buenos Aires debió defenderse de aquellas de carácter político, fogoneadas por la Confederación al mando de Urquiza, malquistando a los jefes indios entre sí o con el gobierno porteño.

En territorio bonaerense fueron varias las expediciones punitivas llevadas a cabo en respuesta a los malones de los ranqueles y salineros. Por entonces, Valentín Alsina le escribía a Bartolomé Mitre:

> *Lo que sí es indudable es que Urquiza apura mucho a los indios, especialmente a los ranqueles, para que invadan.*

Entre los hechos más relevantes ocurridos en Buenos Aires, por sus resultados desastrosos se destaca el que tuvo como actor al general Bartolomé Mitre en marzo de 1855, cuando los indios de Catriel, Cachul y Calfucurá le provocaron 16 muertos, 234

heridos, la pérdida de la caballada y de gran parte del equipo, y él debió volver con sus maltrechas tropas de a pie hasta Azul. A esto hay que agregar dos episodios más: la muerte del coronel Nicolás Otamendi y 126 de sus hombres a manos de indios capitaneados por el salinero Yanquetruz (homónimo del cacique ranquel desaparecido veinte años antes) y la derrota sufrida por el general Hornos (1856), que dejó en el combate de San Jacinto (entre las sierras de este nombre y el arroyo Tapalqué) 18 jefes y oficiales y 250 hombres de tropa muertos por los lanceros de Calfucurá, además de 280 heridos. Hornos debió abandonar asimismo en el campo de batalla numerosos caballos, armas, municiones y otros pertrechos.

El 5 de mayo de 1857 asumió la gobernación de la provincia de Buenos Aires el doctor Valentín Alsina. Fue su ministro de Guerra y Marina el general Matías Zapiola, quien dispuso de inmediato una reorganización de la Guardia Nacional de campaña.

Calfucurá no aceptó las proposiciones de paz hechas por el gobierno, lo cual motivó que se organizara una expedición a Salinas Grandes. Las tropas se concentraron en Bahía Blanca y se internaron hasta el arroyo Pigüé y la laguna Chilihué (cerca de Salinas Grandes), pero no hallaron los toldos y fueron hostilizados a su regreso.

Al año siguiente, el gobierno de Pastor Obligado encomendó al coronel Emilio Mitre que efectuara una batida sobre los ranqueles, buscando sorprenderlos en sus tolderías instaladas en la zona de Leuvucó. Al mando de la expedición se encontraba el coronel Maximino Matoso. Concentró sus fuerzas en Rojas y Cruz de Guerra, las reunió en Médano Hacha (actual Rojas) y partió el 10 de enero de 1858 hacia Witaloo (Italo), donde los baqueanos erraron la senda hacia la laguna Trenel o Recado.

Había una gran sequía en todo el oeste de la provincia de Buenos Aires y en el norte pampeano, lo que obligó a las tropas a emprender una retirada, viajar de noche y descansar de día. En el camino dejaron muchos pertrechos, hombres desfalleciendo de sed, más de cinco mil caballos del Estado y de propiedad particular, y debieron abandonar los únicos dos cañones que

llevaban, además de pólvora y municiones.

Se evaluaba entonces que una de las causas de las derrotas reiteradas que sufrían las tropas de frontera era la falta de experiencia de soldados noveles y muchos "oficiales de academia", menos aguerridos que los indios en el campo de batalla. En este último caso se agregaba el error de los superiores: decidir emprender una expedición en el mes de enero, sabiendo que se marchaba a una zona desconocida y con frecuentes sequías. De un total de 22 jefes, 208 oficiales y 3.036 soldados que disponía la provincia de Buenos Aires, la fuerza destinada a la frontera consistió en 10 jefes, 96 oficiales y 1.194 hombres de tropa. La expedición encomendada a Emilio Mitre y conducida por Matoso evaluó este resultado. En palabras de Matoso:

> *No hemos conseguido triunfo ninguno, sino pasar algunos malos ratos, pero siquiera se les ha hecho comprender a los salvajes de la pampa que no les tenemos miedo, que somos fuertes, que los vamos a buscar a sus propias guaridas y que en adelante tienen que tener mucho cuidado con nosotros, que ya no son ellos solos los que invaden, que si hemos ido una vez y no hemos dado con ellos, en otra los encontraremos y que como hemos ido una vez, hemos de ir cincuenta y siempre.*

Sin embargo, la expedición produjo un daño impensado. La pieza de artillería abandonada fue encontrada por los indios ranqueles mientras estaban cazando avestruces. Avisado el supremo jefe ranquel Calvaiú Guor (Galván), se puso a manipular los explosivos y murió al producirse la explosión. El trono ranquel quedó libre para Panguitruz Guor (Mariano Rosas), quien ejerció el cacicazgo ranquel hasta 1877, en que falleció.

Hacia 1858, cuando Ignacio Coliqueo decidió romper su alianza con Calfucurá, la Confederación Pampa estaba en agonía. Coliqueo estrechó su relación con Baigorria y se estableció en El Cuero (estación Huidobro, al sur de Córdoba). Las definiciones apremiaban y no se podía estar "navegando a dos aguas", porque

ya era inminente la guerra civil que se desataría un año después.

Coliqueo y Baigorria participaron en la batalla de Cepeda, y el 11 de noviembre de 1859 se selló la unidad nacional con el pacto de Flores. No sabemos si Pincén, por entonces aliado a Coliqueo en tierras ranqueli- nas e integrando la Confederación Pampa, participó o no en la batalla de Cepeda.

A partir de la unidad de Buenos Aires con la Confederación de Urquiza, los sectores antes enfrentados comenzaron a acercarse; Baigorria entabló buenas relaciones con Buenos Aires y más concretamente con Bartolomé Mitre. Además, Coliqueo intentaba que otros caciques abandonaran su alianza con Calfucurá y se hicieran amigos de Buenos Aires.

Calfucurá le comentaba por entonces a Rivas: “Coliqueo y Baigorria están trabajando para desunirnos a nosotros”.

Pincén, en medio de estas presiones, finalmente adoptará la decisión de no acompañar a Coliqueo, pero tampoco seguirá a Calfucurá. Eran momentos de definición para nuestro cacique, que se irá apartando de uno y otro hasta convertirse en una tercera entidad.

El díscolo e indisciplinado Pincén

Calfucurá ejercía una fuerte influencia sobre sus caciques aliados y mantenía así su liderazgo, consolidado a base de amabilidad y generosidad para con las tribus, sobre todo las chilenas, provocando un continuo éxodo de lanceros que arribaban a Salinas Grandes a sumársele. Calfucurá regalaba parentescos como quien otorga títulos; todo aquel que sirviese a sus intereses y acumulara méritos podía llegar a convertirse en un hermano, primo y hasta hijo, si era necesario.

Rodeado seguramente de obsecuentes e informantes, se decía asimismo “adivino” y por ello sus indios no se atrevían siquiera a pensar mal de él. Tampoco era original en esto, puesto que un cacique chileno de principios del siglo XIX había actuado del mismo modo, aunque siendo más creativo: hizo creer a sus tribus aliadas que solía convertirse en pájaro y de esta manera escuchaba en los parlamentos las cosas que se tramaban contra él

o contra sus intereses. Así había consolidado su liderazgo.

Pincén, que además de unos cincuenta y cinco años y experiencia acumulada tenía la sabiduría de un *guenpín,* conocedor de las tradiciones, y de lo que podía o no ser cierto en la cultura araucana, no le creía a Piedra Azul y le negaba obediencia. Como sabemos, sólo se aliaba a él cuando las circunstancias así lo exigían.

Pese a que por entonces aún era Pincén un cacique de segunda línea, su palabra se hacía respetar, conformaba un grupo de caciques intransigentes y era uno de los que más cuestionaba las decisiones y estrategias del *lonco* de Salinas Grandes.

El general Mitre le escribió a Calfucurá el 10 de abril de 1861 haciéndole proposiciones de paz, preocupado porque el jefe salinero pudiera servir a las fuerzas de Urquiza en la contienda armada que se avecinaba. Las tribus aliadas del *toqui*[8] de los Curá atravesaban por entonces un período de pobreza; de ahí que la propuesta de Mitre implicara para ellas una posibilidad más de obtener racionamiento. El jefe salinero convocó a los caciques que por entonces se le aliaban y, habiéndose realizado dos parlamentos, los *ulmenes* decidieron ratificar y adherir a las negociaciones de paz con Mitre. Pincén también había sido convocado, pero al parecer dio un sí poco comprometido. El díscolo e insubordinado Pincén (al decir de Huenchuquir) se haría escuchar una vez más.

En los parlamentos, cuenta Calfucurá, les preguntó a los que más les gustaba invadir y robar si después de que hiciera las paces con su compadre no iban "a invadir a ninguna parte a escondidas" de él, y le contestaron que "no, nunca".

Mitre le había pedido a Calfucurá que para concretar los tratados enviase una comisión a Buenos Aires. El jefe pampa le respondió a través de Pedro Navarro:

> *Así es que mando los caciques Vanchuquir, el mayor Andrés, Lanquimán, Pinces [Pincén], Cayuqueo, Pichipuel, Marillán,*

8 Título que conferían los mapuches al líder, quien portaba un hacha que hacía las veces de bastón de mando, llamado también *toqui.*

el capitán Praipí [Traipí] [...] Siriaco, que es un hijo mío, querido compadre; todos estos hombres son los que me harían quedar mal; por eso los mando para que me los aconseje bien y lo mismo le dice a su gobernador Mitre, que los aconseje bien y que me los regale lo mejor que pueda [...] esos hombres que mando son los que habían de hacerme perder, por eso que los mando para que él mismo [Mitre] me los aconseje bien.

Pincén decidió no ser parte de la embajada y, horas después de partir el chasque con la carta citada, ese mismo 26 de abril, se marchó de Michitué hacia sus toldos, apartándose de los planes de Calfucurá. Al día siguiente Cafulcurá le escribió nuevamente a Pedro Navarro exponiéndole las alternativas de sus tratativas de paz: no figuraba Pincén en la nómina de caciques comisionados para ir a Buenos Aires.

En otra misiva de esa fecha, dirigida a Mitre, Calfucurá lo ponía al tanto de lo ocurrido:

Y así le digo a mi hermano que cuando tengamos la paz firme, si algunos caciques quieren ir a robar, yo les avisaré para que los castiguen; que yo también haré lo mismo aquí.

Más adelante menciona a los integrantes de la comisión y los describe como hombres que no están muy conformes con hacer la paz. En ninguna de las dos veces que escribió la nómina figura Pincén, que al parecer ni siquiera fue a Buenos Aires a probar si se convencía o no.

Algo que desconocemos, ocurrido entre la redacción de la primera y la segunda carta, determinó que Pincén decidiera no ir a Buenos Aires. Como era frecuente en estos casos, los caciques que sí fueron ya estaban convencidos de firmar, pero seguramente iban a obtener algunos regalos del gobierno “para terminar de convencerse” y para que Calfucurá obtuviera también su parte por haber hecho el esfuerzo.

Ruptura con Ignacio Coliqueo

Las relaciones entre la Confederación y Buenos Aires se rompieron allá por 1861. A causa de un incidente con sus camaradas de armas, Baigorria fue destituido de las fuerzas de la Confederación y decidió marchar a la provincia de Buenos Aires. Coliqueo lo siguió. Esta partida de las tierras ranquelinas suscitó serios enfrentamientos con Mariano Rosas, partidario de los federales de la Confederación.

En una clara demostración de subordinación hacia Mitre, Coliqueo atacó las tolderías de Mariano Rosas. Al respecto, Calfucurá le comentó al comandante militar de Bahía Blanca el 29 de julio de 1861:

Le aviso querido señor que aquí también el cacique Coliqueo vino a invadir a los ranqueles con 80 hombres y le costó la mortandad de 28 hombres y viendo que no podía hacer nada con ellos, anda disparando por los campos como el avestruz de las boleadoras y anda pidiendo gente por todas partes, hasta en los cristianos, en ninguna parte le dan [guerreros] porque es un traidor.

El cacique Ignacio Coliqueo

En respuesta a este ataque, Mariano Rosas hostigó la columna de la tribu de Coliqueo, que marchaba hacia territorio bonaerense a incorporarse a las fuerzas de Mitre. Coliqueo pretendía sumar la mayor cantidad de gente en su marcha hacia Buenos Aires. También convocó a su amigo y compañero de armas Pincén, creyendo que éste se le iba a subordinar. Es más, se anticipó Coliqueo a prometerle esto a Mitre, tal como se desprende de la misiva que desde Rojas le dirigió Mitre a su ministro de Guerra, Juan Gelly y Obes, el 17 de agosto de 1861:

> *Sobre Coliqueo le he escrito a Baigorria para que me indique el modo mejor de gratificar los indios [...] Baigorria trae al presente como trescientos indios, con Coliqueo, entre los cuales está incluida la tribu del cacique Ralinqueo [Raniqueo], esperando como ciento y tantos más de la tribu del cacique Pisen [sic] que obedece a Coliqueo.*

Días después, Mitre no contaba aún con información sobre el total de la fuerza que se integraría y que aportaría Baigorria. El 21 de agosto así lo manifestaba con preocupación; pero el mismo día de la batalla de Pavón se supo que parte de la indiada no se había hecho presente.

¿Participó o no Pincén en la batalla de Pavón? Lo más probable es que haya faltado a la cita, y que ello constituyera uno de los puntos de partida del desencuentro con Coliqueo. La actitud de éste fue muy mal vista entre las tribus, y el calificativo de traidor que le dio Calfucurá pudo haber sido compartido en la coyuntura por otros caciques integrantes de la ahora desarticulada Confederación Pampa, organización que había tenido en Calfucurá y Coliqueo sus máximos referentes.

Pincén continuó sus alianzas circunstanciales con Calfucurá, tal como lo había hecho en 1858 en la batalla de Pigüé, donde fue replegado.

El 28 de noviembre de ese año, ocurrió un hecho desgraciado cuando los guerreros de Pincén invadieron por San Lorenzo de

Tandil. Así lo narra Antonio del Valle:

> *En gruesas divisiones los indios se habían esparcido a objeto de lograr mejor éxito de su invasión. El comandante [Benito] Machado había logrado apenas, dada la sorpresa con que los indios invadieron, reunir cien hombres, pues el Regimiento estaba en esos momentos fraccionado y en distintas comisiones.*
> *No obstante ello se pone en campaña, llega a San Lorenzo, pero se reconoce impotente para repeler la invasión [...] No teniendo otro recurso, idea un original plan: Machado hace que sus soldados imitando a los indios se pongan vinchas y manda clavar las lanzas en tierra. Cuando pasan grupos de indios con arreos, Machado les habla en la lengua, y aquellos [...] acuden a reunirse con los que creen sus compañeros, dejando también sus lanzas clavadas. Los soldados del 17 aprovecharon esta circunstancia [...] y a golpes de puñal matan más de 150 indios; otros muchos escapan heridos llevando la noticia.*

Cuestión de indios: estrategias

En 1860 ya se propugnaba abandonar el sistema de guerra defensiva llevado a cabo hasta el momento por Buenos Aires, que importaba el castigo puntual de cada indio o grupo de indios capturados o abatidos con motivo de un robo. Se señalaba que con ello no se conseguiría la completa seguridad de los propietarios de campos en la frontera y que con esa política no se iba a lograr disminuir la gran cantidad de guarniciones que el Estado tenía desplegadas, como tampoco el enorme gasto que insumía su mantenimiento.

El proyecto de Santiago Arcos, presentado para su corrección y eventual difusión al jefe de la frontera sur, el coronel Wenceslao Paunero, se manifestaba en este sentido, y proponía la adopción y el seguimiento de un sistema de ocupación de ciertos puntos considerados importantes, como Toay, laguna del Recado, laguna de Monte y el fuerte Argentino. Este sería el primer paso para

ganar mucho terreno y luego continuar hasta la frontera natural de Buenos Aires, entonces pretendida en las márgenes de los ríos Negro y Neuquén. Pero en tren de evaluar los pros y los contras, el avance escalonado ofrecía como inconvenientes que el estado de Buenos Aires no disponía de población ni fondos suficientes para mantener la cantidad de guarniciones necesarias en el vasto territorio a ocupar, considerando la necesidad de renovar a menudo los planteles. Desechado este avance por insostenible, y siempre dentro de lo que denominaba guerra ofensiva, Santiago Arcos propuso una variante que calificaba de más eficaz, más barata y, al ser más rápida su implementación, que podía sortear la poca estabilidad de los gobiernos, pues de abandonarse por alguna cuestión doméstica, se podía retomar luego. Decía expresamente:

> *Para que los indios no invadan, es preciso que invadamos nosotros. Es preciso ir a buscar al indio en sus tolderías. Batirlo cuando el indio no esté pronto para la guerra. Incomodarlo incesantemente, destruyendo sus caballadas, y haciéndole sufrir los mismos males que ellos hacen sufrir a nuestras poblaciones fronterizas.*
> *Haciendo el desierto más peligroso para el indio que para el cristiano, podremos conseguir que el indio abandone los campos desde donde nos acecha, y se retire tanto que ya no le haga cuenta venir a robar nuestros ganados.*
> *Cortada toda relación con ellos, no podrán mandar sus bomberos ["espías"], ni recibir los frecuentes avisos que ahora reciben para venir a robarlos juntos, donde hay más ganado y menor fuerza.*
> *¿Pero es posible esto? ¿Es posible hacer a los indios la guerra ofensiva que pedimos? ¿Es posible alcanzar, destruir, dispersar tribus que no tienen paradero fijo? Sabemos que el mayor número lo cree imposible.*

Con muy cortas esperanzas de alterar una creencia tan generalizada, Santiago Arcos expone su propuesta de efectuar una batida general sobre la pampa, atacando distintos puntos; se

define partidario de la táctica ofensiva del coronel Rauch y de "Pancho el Ñato" (el coronel Sosa), y estima que en el primer año la cantidad de tropas que recorriesen permanentemente la pampa sería de tres mil efectivos, dos mil en el segundo año y mil quinientos en el tercero, ya que las fuerzas indias irían disminuyendo.

Sobre la disciplina de las tropas hacinadas en acantonamientos de frontera, tema sobre el que Julio A. Roca manifestará su preocupación cuando quince años después critique el plan del ministro Alsina, adelantaba Santiago Arcos:

> *La guerra ofensiva no obliga al soldado a permanecer constantemente en el desierto. Los diferentes cuerpos podrían residir parte del año en los pueblos. Esta vida alternada, en vez de enervar la disciplina, como la enerva la vida ociosa de los fortines, la vigorizaría, y una guerra ofensiva constante acabaría por darnos buenas tropas, instituciones militares, espíritu militar en el país, y lejos de ser un elemento de desorden, las tropas bien disciplinadas serían la mejor garantía de estabilidad.*

De modo que la disidencia que van a sostener Alsina y Roca años después ya era un tema de debate instalado al menos en las mismas filas del ejército y la política, que hacia 1860 creían imposible sostener un sistema de ofensiva permanente desplegado en un territorio que sólo el indio conocía en detalle.

Algunos lo van a intentar en los años siguientes, con expediciones signadas por los fracasos, y van a motivar el abandono de la idea de incursionar con grandes ejércitos en territorio aborigen, manteniéndose de allí en más el sistema de avance progresivo.

Acuerdos de paz y nueva ofensiva contra los ranqueles

Cuando en los primeros días de agosto de 1862 la tribu de Ignacio Coliqueo se instaló como pueblo estable en la Tapera de Díaz (hoy localidad de Los Toldos, Buenos Aires), la amistad entre

este cacique y el general Bartolomé Mitre se profundizó. Coliqueo se sumaba a cuanta expedición había contra las tribus del oeste y esto disgustaba a Pincén, quien consideraba que su ex amigo y aliado se había convertido en su enemigo.

Calfucurá, aunque dolido por el abandono de Coliqueo, en su doble juego diplomático también envió comisionados a Buenos Aires para firmar la paz. Idénticos tratados firmaron los caciques Catriel y el propio Coliqueo, quienes pidieron racionamiento que empezaron a percibir meses después. Quedaron al margen de los acuerdos todos los caciques ranqueles y Pincén.

El 5 de octubre de 1862, con motivo de las elecciones presidenciales, resultó triunfante la fórmula compuesta por Bartolomé Mitre y Marcos Paz. Fue designado ministro de Guerra el general Juan A. Gelly y Obes, y jefe interino del Ejército el coronel Emilio Mitre, hermano menor del Presidente.

Gelly y Obes le había escrito a Emilio Mitre el 28 de julio señalándole la necesidad de invadir a aquellas tribus que no habían acordado con el gobierno. Las fuerzas expedicionarias partieron el 4 de diciembre desde Bragado, Rojas y Río Cuarto. Se la llamó “expedición a los ranqueles”. Pincén, que era el jefe de un estado tapón en la ruta hacia los ranqueles, también recibió la poco amigable visita.

Las columnas fueron comandadas y distribuidas de la siguiente forma: Emilio Mitre, como jefe de la frontera norte, se dirigió al sur de Santa Fe (fuertes Melincué y La Esquina); los coroneles Ideas y Baigorria, desde el río Cuarto, se encolumnaron hacia la laguna del Bagual, situada al sur de San Luis. Como se advierte, se trató de cubrir una posible retirada de los ranqueles hacia el norte, mientras que el general Julio de Vedia y Mitre, partiendo desde Bragado con mil soldados, cuatro mil caballos, mil vacunos y doscientos de los mejores lanceros de Ignacio y Justo Coliqueo, se dirigió primero hacia el oeste de la actual provincia de Buenos Aires, pasó por Trenque Lauquen y de allí a la laguna de Trenel (o del Recado) para asaltar luego las tolderías ranquelinas en Leuvucó.

La presencia de Ignacio y Justo Coliqueo era fundamental para

la expedición, puesto que eran los únicos en la frontera que conocían la zona sobre la que se iba a llevar a cabo la operación militar.

En diciembre de 1862, en el oeste de la actual provincia de Buenos Aires (la amplia zona que rodea Trenque Lauquen), tal como durante la expedición realizada años antes, había una gran sequía. Esta fue padecida por la expedición al punto que cuando llegaron a Trenel, el día 21, se había perdido la tercera parte de la caballada. Hubo que hacer jagüeles de una vara y media para obtener un poco de agua, y salvo insignificantes enfrentamientos con algunos grupos aborígenes (no existe constancia de que hayan sido los de Pincén) no hubo mayores encontronazos con las tribus.

Los 104 jagüeles que halló Villegas al arribar al paraje Trenque Lauquen (margen noroeste de la laguna) el 12 de abril de 1876, presumiendo entonces que habían sido cavados por los indios, tal vez fueron cavados por los hombres de la expedición de Maximino Matoso (1858) o los de esta nueva expedición al mando de Julio de Vedia y Mitre. La laguna seguramente estaba seca.

En busca de mejores tierras, huyendo de la sequía y prevenidos por los bomberos de que una expedición militar cortaba las arenas de la pampa como el más filoso de los careneros,[9] las tribus pusieron prudente distancia mudando sus campamentos más hacia el oeste. La "expedición a los ranqueles" seguramente no tuvo un éxito profundo, pero impresionó a todos los habitantes del desierto.

Mitre había desatado una guerra a muerte contra los ranqueles. Le escribió el 10 de enero de 1863 a Calfucurá:

> *Mandé en efecto al coronel Vedia a buscar a los ranqueles hasta sus tolderías [...] Baigorria ha hecho otro tanto [...] y no he de parar aquí, voy a hacer una guerra a muerte a los ranqueles hasta que los concluya o me pidan la paz.*

9 "Caronero" era el segundo facón, más largo que el llevado en la espalda por el gaucho o el soldado. Recibe ese nombre por colocarse debajo de la "carona" (tela ubicada antes de la sudadera en el recado o montura).

Seis días después, entusiasmado, Coliqueo le informó a Mitre los resultados de su expedición a los ranqueles, prometiéndole actuar mejor en otra...

Pincén clava sus toldos cerca de la frontera

Acabada la sequía y luego de las grandes lluvias que deben haber caído a partir de abril, Pincén se estableció en el sector de sus dominios más cercano a la frontera, las aguadas de Atranentrú (Las Tunas, partido de Trenque Lauquen), Anchiqueluá ("Afrecho de maíz colorado", de *anchi o amchi:* "especie de afrecho que queda después de estrujar la chicha", y *queluhuá:* "maíz colorado") y Chrenqué Lavquén (Trenque Lauquen: "Laguna redonda y aposada", de *chrenqué:* redondo y aposado, y *lavquén*: "laguna").

Los ranqueles eran permanentemente asediados por el ejército, y la venganza no se hizo esperar. El 19 de abril de 1863 una partida de ranqueles atacó la Tapera de Díaz y se llevó unos dos mil caballos. A los ranqueles les molestaba más la traición de los Coliqueo que la expedición del ejército. Justo Coliqueo salió en persecución de ellos y recuperó la casi totalidad de la caballada, provocándole esta acción algunas bajas.

Ignacio Coliqueo sabía que todas las tribus del desierto no lo miraban con buenos ojos, y así se lo hizo saber a Emilio Mitre en un parte de guerra el 29 de abril de 1863. No obstante, luego de aquella batida, los ranqueles no volvieron a invadir Los Toldos por algunos años; excepto Pincén, que en diciembre de 1863 atacó 9 de Julio, se plantó a diez cuadras de distancia del campamento y rumbeó su arreo hacia 25 de Mayo. De Vedia se enteró de esa incursión y mandó en su persecución al capitán Arístides E. Coria y al teniente primero Carlos Parodi con una compañía del regimiento 5°. Luego de un audaz enfrentamiento, conforme el parte militar, los indios se retiraron.

Calfucurá estaba en amigables diálogos con el gobierno a través del general Rivas. Su estrategia consistía en "cortarse solo" cuando los beneficios eran pocos, pero cuando eran muchos y arreciaban los reclamos de sus caciques aliados para que repartiera el racionamiento, se quedaba con lo mucho y entregaba

migajas a los caciques, diciéndoles que el gobierno le había dado poca cantidad. Esto ocurría, claro está, cuando no intercedía un intermediario, puesto que en tal caso entre él y el intermediario se llevaban casi todo.

Piedra Azul se quejaba de la parte que le había robado el intermediario y los caciques se lamentaban de no haber recibido prácticamente nada, por lo que reanudaban sus malones, esos que Calfucurá decía no poder contener. En junio de 1863 le comunicó a Rivas:

> *En todas las cartas que le escribo le mando avisar que hay varios indios ladrones que no puedo contenerlos de ningún modo.*
> *Estos me están trastornando mis buenas paces que tengo con mis amigos, pues son unos hombres que viven tan distantes de mí que cuando quiero conversar mando chasques. Viven por la costa de los ranqueles, que se echa siete días [...] si agarran algunos, no los dejen vivos. Mátenlos, que a mí me es corto el tiempo para arreglar todo por todas partes donde se encuentran varios caciques.*

Ocupaba Pincén esa amplia zona que quedaba "por la costa de los ranqueles" y las aguadas del oeste bonaerense. No sería extraño que Calfucurá deseara que ese "irreverente" e "indómito" cacique pereciera en manos de las fuerzas militares.

Se encontraba otra vez Pincén cerca de los Coliqueo; pero ya no había amistad entre ambos sino frecuentes desencuentros, pequeños combates que se prolongarían por una década.

El 1 de noviembre de 1863, Julio de Vedia y Mitre le escribía a Mitre desde 9 de Julio:

> *Coliqueo anda con sus indios en el campo, bastante afuera, Raniqueo me pidió permiso para mandar una partida de gente segura (son sus palabras) a ver si podía dar un malón a los ranqueles. Ya se hará usted cargo que no me hice rogar. En carta de Raniqueo, fecha de ayer, me dice que esa*

partida lleva orden de matar a todos los que logre tomar, reservando sólo uno para que dé informes; que esa orden la ha dado para probar al gobierno su lealtad, y que él ha quebrantado para siempre con los indios malones.

El año 1864 no trajo mayores sobresaltos a la frontera, salvo el ataque registrado el 28 de febrero al fortín Vallimanca (hoy 25 de Mayo), donde Carupán, hijo de Calfucurá, con doscientos lanceros dio muerte a la mayoría de los casi cuarenta hombres que se encontraban en la fortificación, mientras otros lograron huir hacia la estancia Los Gauchos de Unzué. Ese año la zona de predilección para malonear fue el sur de Córdoba y Santa Fe, por lo que la frontera de Buenos Aires atravesó un breve período de tranquilidad.

Ignacio Coliqueo junto a familiares y capitanejos.

Desde 1863 se venía gestando la guerra del Paraguay, que finalmente estalló en 1865. Las fronteras quedaron desguarnecidas por el traslado de jefes y regimientos a combatir

al país del norte, permaneciendo al frente de la frontera centro-oeste el coronel Nicolás Granada. Toda o casi toda la infraestructura militar se trasladó a Paraguay, adonde también fue la atención del ministro de Guerra. No será la única vez que ocurra algo así, como se verá.

Desprotegida la frontera, los malones sobre las estancias fronterizas se hicieron sentir con toda su intensidad. A diferencia de la paz que reinaba en 1864, en 1866 Calfucurá y sus salineros, Lincopán y otros, arremetieron contra las estancias de Junín y Rojas el 26 de marzo. De Pincén no se tuvo noticias, aunque es de suponer que maloneó sobre las fronteras del mismo modo como lo venía haciendo, es decir, en forma independiente. Sabremos de él en 1867, año a partir del cual las noticias sobre nuestro cacique se irán acrecentando, y se harán frecuentes hasta que su figura y prestigio desborden los límites de la fama y se entronquen con la leyenda viviente que alteró aun más el tenso clima de tres sucesivos despachos ministeriales y mantuvo en vilo toda la frontera de Buenos Aires más el sur de las provincias de Córdoba, San Luis y Santa Fe.

CAPÍTULO 3
Guerra y paz

El combate de Foro Malal

Hacia 1867, Pincén acampaba en la zona que conforma el actual partido de Trenque Lauquen y partidos linderos, en parajes y aguadas medanosas que aún existen en los distintos campos del centro-oeste de la provincia de Buenos Aires.

El 30 de septiembre, Justo Coliqueo había salido a bolear con parte de su tribu y había llegado a Foro Malal (Corral de los Huesos -hoy Timóte-, provincia de Buenos Aires). En este lugar buscaba el preciado avestruz del que obtener carne, cuero y plumas para vender. Los indios hicieron alto y se apearon, y el capitanejo Huenher (también llamado “Pancho” Soria) salió a recorrer el terreno. Hacia el mediodía se aproximaron al lugar seis indios de Pincén en actitud poco amistosa. Era lógico: las

relaciones entre ambas tribus no eran buenas, y nunca se sabía cuándo los Coliqueo andaban de boleadas o constituían la avanzada de una invasión en un ataque de suprema lealtad a los *huiricas.*

Su campamento se encontraba descansando cuando los seis indios se acercaron sorpresivamente a todo galope, frenaron los caballos a unos metros, giraron en el lugar y volvieron la marcha hacia atrás. Cumplían la misión de "indios bomberos". Justo Coliqueo mandó montar y salir en persecución de los seis, matándolos cual ñandúes apenas los alcanzaron. Al volver se toparon con pequeños grupos de guerreros de Pincén que pretendían tomar venganza por sus compañeros muertos; pero ellos tampoco tuvieron suerte: los indios de Coliqueo les mataron veintiséis hombres tras haberlos perseguido en un radio de 10 leguas.

Los Coliqueo sacaron muchas ventajas de este hecho, además de haberle robado a Pincén 74 caballos (20 ensillados) y un indio cautivo que se dejó vivo, ya que las instrucciones del ejército para los "indios amigos" era que al menos uno debía quedar con vida. Del cautivo, seguramente el gobierno obtuvo valiosa información, contando para ello con la intermediación de los Coliqueo, sus aliados. Pero más que eso, los Coliqueo obtuvieron del gobierno el grado de sargento mayor para Justo, quien pidió que se ascendiera a sus hermanos Simón y Antonino, los que también habían participado del hecho de armas.

Desde Tapera de Díaz, Ignacio Coliqueo informó a su superior -el jefe de la frontera oeste Nicolás Granada- el modo en que habían batido a los enemigos en Corral de los Huesos, indicando que el malón de 160 indios iba encabezado por *Vicente Piceñ.* Se refirió asimismo al combate de Foro Malal y a la enemistad entre ambas tribus en la carta que desde allí también le escribió a Juan Calfucurá (ya citada parcialmente) con fecha 23 de octubre de 1867:

> *AI señor general y cacique principal de las tribus amigas de la República Argentina.*

Estimado hermano:
Por aquí no ocurre novedad, después de haber tenido un encuentro mi hijo Justo en los campos de Foro Malal con el cacique Piseñ y Neciel quienes según se ve nos persiguen como a enemigos mortales; pero usted comprende que ellos han pertenecido a mí, al menos hemos sido compañeros de armas.

Por mi parte estoy dispuesto a hacerles frente donde quiera que los encuentre; han sido derrotados vergonzosamente en Foro Malal a bola y garrote, qué sería si fuese con lanza y unas pocas carabinas. Usted saque en consecuencia el resultado que tendrían estos infelices, que tratan de robarnos las caballadas y haciendas para dejarnos a pie y dejarnos en la miseria, pero se equivocan, les ha de costar trabajo antes que hagan su gusto y bien caro les puede costar. Pero no hay cuidado, el gobierno tiene bastante tropa y está dispuesto en cualquier tiempo a castigar la osadía de los que quieren empobrecer el país con sus continuas invasiones y lo peor es, por donde estamos nosotros se creerán que no tenemos gentes o que no somos tan hombres que ellos, acaso no nos conocen.
Llegará el día en que llorarán a la mujer cautiva, al hijo, a la madre, al padre, que tarde será entonces que se arrepentirán de habernos insultado.
Todos amamos nuestros hijos, nuestras mujeres y nuestros hermanos y aún a nuestros compañeros que los veamos morir por la lanza vengadora. Si mi Chalu Piseñ, Vecuti y Andrés y otros caciques no escarmientan de invadir por esas fronteras, les he de hacer una visita que no temo de que me he de perder.
Mariano Rosas, quien realmente es mi enemigo por los antecedentes que usted sabe [los enfrentamientos previos a la batalla de Pavón], ahora los consideran sean los más amigos porque desde que hemos venido aquí nunca nos han invadido y no nos ha hostilizado de ningún modo.
Usted sabe muy bien lo mucho que le estimo como le habrá

dicho su hijo Umay [Alvarito Rumay], por consiguiente no debe dudar de mi amistad que será eterna y este vínculo será aún más estrecho para que se deben portar con sus hijos, sobre esto le he hablado mucho de palabras y por cartas.
Muchos recuerdos [...] Su hermano Ignacio Coliqueo.
P.D. El prisionero que le tomamos a Piseñ ha sido de la casa de Nirrian, quien le hemos salvado la vida y está en casa de mi hijo Justo, por lo tanto deseo le haga saber a mi hermano Mazall que no tenga cuidado por su sobrino, que aunque muchas veces no correspondan bien a quien servimos como Tranamill [Tranamilla] que es el que más viene en las invasiones a corresponder el servicio que le hicimos. Así se portan muchos malvados.

Esta carta permite sacar algunas conclusiones. A Coliqueo parece no importarle en absoluto que al convertirse en aliado de los *huiricas,* se ha transformado en enemigo de las tribus. Sólo un hombre acostumbrado a hacer un doble juego diplomático como Calfucurá podía escribirle y contestar sus cartas.

Cuando Coliqueo dice que Pincén y Neciel le han pertenecido, se refiere a ellos y a Vecuti y Andrés, por cuanto todos vivían en tierras ran- quelinas. Es decir que los otros tres eran capitanejos aliados a Pincén y tal vez fueron de los primeros que lo siguieron. La carta revela también que algunos guerreros que peleaban con Pincén estaban vinculados familiarmente con residentes en Salinas Grandes. Y es una muestra de que aquellos indígenas que pretendían de los caciques una actitud más comprometida con la defensa de los territorios se reunían tras la figura de Pincén.

La ley 215: avance de fronteras

Mientras tanto, el gobierno se aprestaba a dar un nuevo golpe sobre los territorios aborígenes, y para ello tendía todas sus redes y negocios. El coronel Alvaro Barros había logrado entenderse con Calfucurá y que éste le permitiese fundar en 1867 el pueblo de Olavarría y el fuerte General Paz (hoy Carlos Casares) por parte

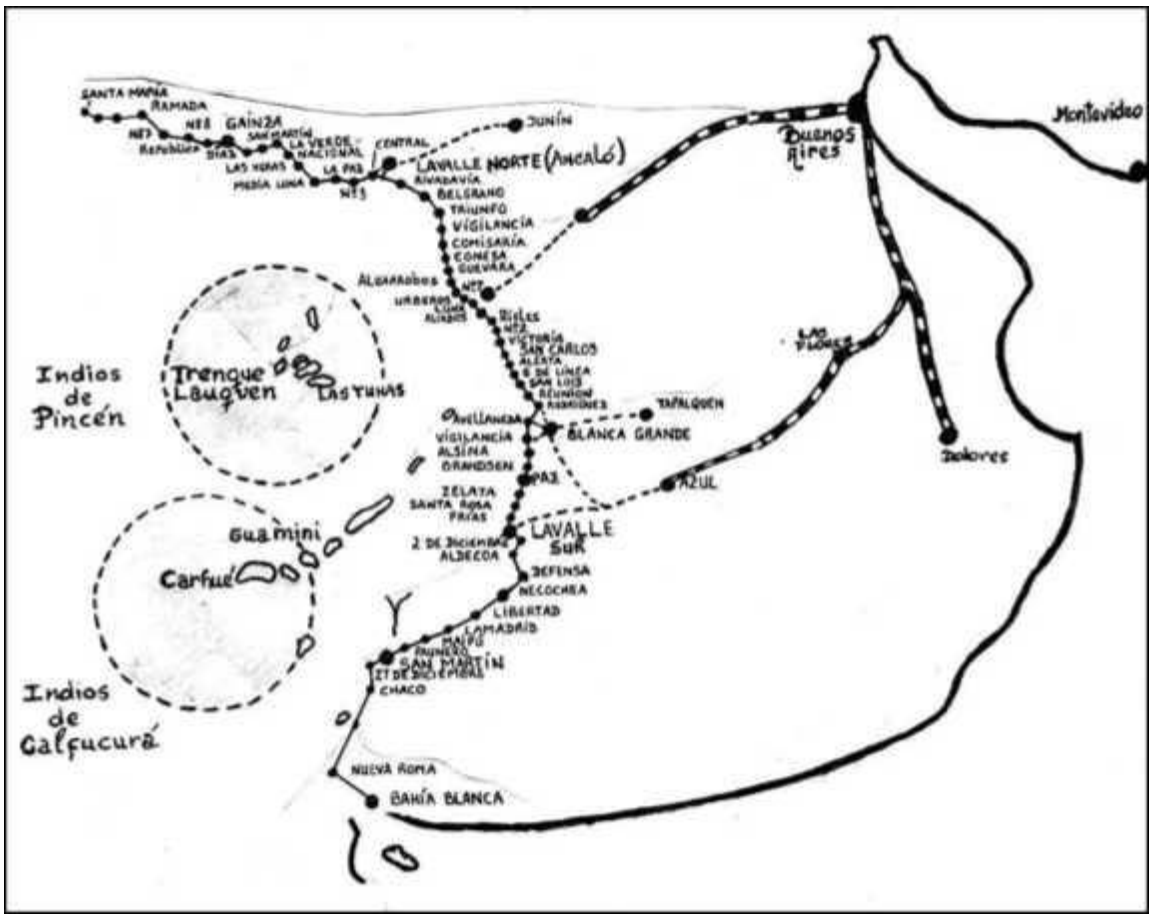
del coronel Nicolás Granada, adelantando la línea de fortines hasta La Verde.

A las restantes tribus -entre ellas la de Pincén- no les agradaron en absoluto estos acuerdos. Por eso la crónica del año siguiente (1868) da cuenta de muchas negociaciones de paz, mucha preparación para adelantar las fronteras y muchos malones de protesta. En particular hubo varios malones de ratería en la zona del oeste.

La ley 215 de avance de fronteras fue aprobada por el Congreso Nacional el 13 de agosto de 1867. Autorizaba el traslado de la frontera sur hasta los ríos Negro y Neuquén. Preveía la creación de colonias agrícolas o "reservas", donde las tribus que se sometieran (que renunciaran a la vida nómada y a malonear sobre las estancias y poblaciones, acuerdo mediante) podrían dedicarse a la agricultura, a la cría de ganado y al desarrollo de artesanías.

Nada de esto se instrumentó durante los dos años que siguieron, como tampoco lo hicieron las colonias que se formaron una vez concluida la "campaña al desierto", a partir de 1879. Fue una de las vías formalmente humanitarias en las que se escondió el acceso lujurioso a la tierra de algunos miembros del gobierno, familiares, amigos y proveedores del Estado, a los que se buscó recompensar.

Recién en 1869 se comenzó a ejecutar la única fase que le interesaba al gobierno con el proyecto de 1867: el avance de la línea de frontera. La estrategia utilizada fue la que se despliega cada vez que se pone en marcha un mecanismo de exclusión: mientras se mostraba una actitud pacífica y negociadora con las tribus (a modo de maniobra distractiva y no exenta de seductoras dádivas), se aprestaban los preparativos y se llevaba a cabo el corrimiento de la línea fronteriza con la instalación de nuevos fortines de avanzada.



Las tribus y la frontera en 1869

Cuando Calfucurá advirtió que los perjuicios eran mayores que los beneficios, organizó sus tribus aliadas en un movimiento de resistencia; pero era demasiado tarde. Quiso sumar a Coliqueo, pero no lo logró. Lamentablemente, su tardía reacción nada pudo hacer, puesto que los *huiricas* no habían dejado pasar la oportunidad.

Combate en la cañada de Arín

En esos días, el coronel Martiniano Charras movió la división norte para ocupar la nueva comandancia y línea de fortines. El 16 de octubre salió de Junín, el 18 de Chañar, y el 22 llegaron a Ancalú Grande, donde establecieron el nuevo campamento y el fuerte Lavalle, ahora comandancia de la frontera norte. Se le opuso toda la indiada del cacique Pincén, quien apareció el 20 de octubre. Unos cien guerreros avanzaron hasta los arrabales de Junín, pero fueron perseguidos y atacados en la laguna de Arín, paraje también conocido como cañada de Arín.

El coronel Martiniano Charras le dirigió el 21 de octubre de

1869 un parte al comandante general de Armas, Rufino Victorica, relatándole su visión del hecho. El 16 de octubre se encontraban en la estancia de Daule y se sabía que para la luna llena del día 20 se anunciaba una invasión. Dispuso marchar de inmediato hacia Ancalú Grande, punto estratégico elegido para la nueva comandancia.

Aquella noche, protegidos por la densa neblina de la madrugada, los invasores aparecieron en casi todo el frente simultáneamente en pequeños grupos y en número total de ciento cincuenta. En esas condiciones, impedir la entrada del malón fue imposible, y sólo atinaron a dificultarles la salida.

Estaban acampados a las dos de la tarde cuando los centinelas dieron el parte comunicando que la indiada con el botín se avistaba en dirección al sudeste. Habían elegido la cañada de Arín para pasar el arreo y allí fueron las tropas, durante 7 leguas, al trote y al galope según lo permitía el suelo guadaloso. Viéndose atacados, los pampas abandonaron ciento veinte caballos del malón (distribuidos luego entre la tropa) y el arreo que llevaban (mil quinientos yeguarizos) y vacunos de las estancias de Idoyaga, Emilio Mitre y Tomás Saavedra, entre otras.

Dice Martiniano Charras:

> *Los indios invasores pertenecen según declaración del prisionero, al capitanejo Pichen, que vive cerca de la laguna de Gazulauqueu, de aquí a seis o siete días de marcha. Este había dirigido esta columna los primeros tres días, mas el mal tiempo lo indujo a volverse a los toldos dejando continuar los demás indios al mando de un tal Antelén.*

Pese a este dato sobre la ubicación de los toldos de Pincén, por entonces el Ministerio de Guerra que encabezaba Martín de Gainza no contaba con información precisa. Así lo expresaba el ministro en el proyecto que elevó al Parlamento y que tenía como finalidad ocupar puntos estratégicos de las pampas: Choele Choel, Salinas, Leuvucó y Poitagüé. Expresamente señalaba Gainza:

Sabido es que los indios tienen sus principales campamentos en Salinas al comando de Calfucurá y en Leuvucó al de Mariano Rosas, habiendo otros capitanejos como Baigorrita, Pincén, etc., que acampan en las principales aguadas que hay en la pampa, en uno u otro lugar.

A los continuos ataques de Pincén respondió el gobierno con expediciones esporádicas al interior del desierto buscando los toldos pampas. Uno de los jóvenes oficiales que apuntó sus sables hacia Pincén fue el entonces teniente coronel Conrado Villegas, de veintiocho años. Llevó tropas del regimiento 3° de caballería hacia las tolderías de Pincén, lo que no hizo mella sobre el "indómito", que respondió haciendo sentir su presencia sobre toda la frontera oeste y las estancias colindantes. Es escaso lo que se conoce sobre el cómo y el cuándo de esta expedición, que fue el primer encuentro entre Villegas y Pincén.

La tradición oral de la familia Cheuquelén-Pincén (Gerónima y Evangelio) transmitió de sus mayores que el primer encuentro que tuvieron Villegas y Pincén fue en un médano cercano a la estación La Zanja, en el partido de Trenque Lauquen.

Nuevas propuestas de paz

Al año siguiente de efectivizarse el avance de la frontera (1870), el gobierno buscó recomponer las relaciones con las tribus más importantes. El fortalecimiento y equipamiento de los nuevos puestos de frontera demandó apaciguar los ánimos y la vía fue la misma que se venía usando: ofrecer racionamiento por medio de tratados de paz.

Se hizo un convenio con los pehuenches en enero; en abril, Lucio V. Mansilla hizo su excursión a los ranqueles y el coronel Francisco de Elias firmó un convenio con Catriel. A los llamados "indios amigos": huilliches del sur, Cañumil, Reuquecurá y Coliqueo, se les aumentaron las raciones como medida de prevención. Pero el resto de las tribus estuvieron en pie de guerra y los malones fueron llevados a cabo por Pincén y Antemil (Antumilla: "Sol de oro", de *Antú,* Sol; y *milla,* oro).

Después de tantas y tantas maniobras de estas características, Pincén era un descreído a ultranza de las intenciones aparentemente buenas o amistosas del gobierno. Se ha repetido hasta el hartazgo que nunca aceptó firmar tratados de paz con los gobernantes y que procuró la ruptura de aquellos que habían firmado otros caciques. Nada más alejado de la verdad, como luego veremos.

Pincén nunca hizo la paz exclusivamente a cambio de racionamiento; ésta era sólo una práctica inaugurada e implementada desde antaño por los sucesivos gobiernos y facciones políticas en sus relaciones con las tribus con el objetivo de conseguir que los indios se sumaran a las causas que sostenían en las distintas luchas intestinas, donde se discutía en realidad el manejo del poder y los beneficios que ello importaba. La práctica de intercambiar obsequios durante la negociación y luego de la firma de un tratado de paz tomó en nuestro suelo una forma particular en la relación del gobierno con las tribus: ambos ofrecían paz, es decir, no invadir uno al otro, pero sólo obsequiaba el gobierno, o sea el poderoso, que tenía el manejo de los fondos públicos, y los caciques se declaraban "pobres" con derecho a la dádiva.

Hay que ver cómo este mecanismo que ha sobrevivido en el tiempo juega un rol principal en el modelo de exclusión argentino, donde estas medidas distractivas esconden siempre un nuevo zarpazo avariento de las minorías económicamente poderosas.

En el caso de Pincén, sólo acordó con el gobierno obligado por una poderosa circunstancia: la recuperación de su gente prisionera en los fuertes y fortines y en la isla Martín García. Por lo demás, el apodera- miento de lo ajeno no era una práctica exclusiva de las tribus, a juzgar por el reparto lujurioso que desde 1492 se hizo de las tierras ganadas al indio.

El cacique Cañumil (Caniumilla: "Cresta de oro"), que algunos citan como pariente de Calfucurá y otros como un probable hijo de Pincén, estaba aliado a los *huiricas* y había sido objeto de malos tratos y represalias. De ahí que Calfucurá decidiera operar en la zona, en venganza por lo que le había sucedido a Cañumil. Pincén

apoyó estas acciones, según surge de una carta que el 6 de noviembre de 1870 le escribió Manuel Namuncurá al coronel Francisco de Elias, comandante de la frontera sur con asiento en Bahía Blanca. En ella, Namuncurá ("Pie de piedra"), hijo de Calfucurá y futuro heredero del trono de Salinas Grandes, le hizo saber que la última invasión había sido provocada por los capitanes Aninir (Anegnerr), Pichen (Pincén), Necul ("Ligero, veloz") y Millagüenque. Los capitanes nombrados respondían a las órdenes de Pincén. Namuncurá no eludió su participación, buscando una excusa bastante infantil y poco creíble: "Viendo tantos capitanes, me puse en marcha con setecientos indios". No quería perder prestigio o aparecer distraído ante tamaña ofensa, la que pretendían vengar tantos valientes guerreros de su generación.

Calfucurá -al igual que los ranqueles- entró en relaciones con el gobierno con la finalidad de hacer la paz; pero Pincén se mostraba reacio a esos pactos porque no creía en la buena predisposición del gobierno. Pese a ello, en enero de 1871, el comandante de Guardias Nacionales Angel Ignacio Murga, destacado con su fortificación en lo que hoy son las inmediaciones de Tandil (antes Cristiano Muerto), le escribió a Pincén ofreciéndole hacer las paces. También Cafulcurá quiso convencer a Pincén de que accediera al planteamiento de Murga, y le escribió a éste el 6 de enero de 1871:

> *Le doy a saber que el capitán Pisén recibió la carta que ha mandado; así es que lo he convencido a que se hagan los tratados con usted; que me dice que le escriba al Superior Gobierno y le escribió de los dos capitanes: Pincén y Pichi Quintré. Pronto irá la Comisión.*

Pincén demoró en contestar. Al parecer, lo manifestado por Calfucurá a Murga respecto de Pincén no era tan real, puesto que el que estaba ansioso por hacer las paces era el jefe salinero, y pedía en sus cartas a los jefes de frontera racionamiento para Pincén. Sus descendientes cuentan haber escuchado de sus

mayores que Calfucurá nunca distribuía el racionamiento que pedía para otros caciques, situación de la que había sido víctima el propio Pincén.

El 25 de febrero de 1871, Murga informó desde Patagones, sitio convenido para encontrarse con la comisión de Calfucurá, que el jefe salinero recomendaba el aumento de su racionamiento para distribuir entre Antemil, Quentriel y Pincén, quienes habían ido a Patagones con ese objeto. Decía también que los caciques Pincén y Quentriel eran los más importantes y habían figurado en todas las últimas invasiones.

Fracaso de las negociaciones, recrudecimiento de los malones

Las gestiones de paz no prosperaron. Durante algún tiempo las fuerzas fronterizas fueron desmanteladas porque las rencillas domésticas nuevamente desviaron la atención del Ministerio de Guerra, ahora hacia la provincia de Entre Ríos, donde se había producido la sublevación del caudillo Ricardo López Jordán.

Pasaron los meses y el gobierno no dio respuestas a los caciques respecto de las tratativas en marcha. Los capitanejos más intransigentes de Calfucurá comenzaron a abandonarlo, cansados de su permanente predisposición "acuerdista", y se plegaron a Pincén, que mantenía una constante actitud ofensiva.

Güenechú, Güichú, Güentú, el valiente Anegnerr, Millagüer y Ta- payú (este último también conocido en la frontera, y cuyo valor Pincén apreció mucho) volvieron a malonear sobre la frontera norte y oeste. En 1871, a principios de mayo, invadieron con mil indios de Pincén y un contingente de ranqueles por la zona de Ancalú o Lavalle Norte (hoy General Pinto).

El fortín Media Luna divisó la invasión y el coronel Martiniano Charras reunió 130 soldados del regimiento 3° de caballería y 150 guardias nacionales. El malón estaba descansando en el Médano Acha (partido de Vedia) y el sargento mayor Conrado Excelso Villegas, con el 3° de caballería a sus órdenes, cargó violentamente sobre ellos, al punto que no tuvieron tiempo a ensillar y, montando en pelo, se organizaron para el combate.

Cinco horas y media duró el enfrentamiento. El malón se

retiró, pero no sin dejar muchos muertos en las filas del ejército. El combate se conoció como La Picaza. Según los partes militares, el ejército salió victorioso, pero considerando la cantidad de bajas que les infligió el malón, no existe plena seguridad de que esta versión sea totalmente verídica (un malón mal montado, que casi no hizo tiempo a tomar sus armas).

En recuerdo de este combate, hay en Junín un monumento en el cementerio. La inscripción dice: "A los vencedores de La Picaza, muertos el 3 de mayo de 1871". En este enfrentamiento, Villegas quebró su lanza en el cuerpo de un guerrero indio. El herido fue salvado por dos soldados; no tanto por cuestiones humanitarias: la finalidad era obtener información o intercambiarlo por cautivos. Se destacó en los informes la actuación brillante del sargento mayor Conrado Villegas.

El comandante del fuerte Triunfo, Manuel López, explicó cómo los indios (el número no bajaba de mil) lograron luego arrebatar las caballadas del fuerte Lavalle al notar la debilidad de las fuerzas allí acantonadas: había sólo dos centinelas custodiando los fortines a derecha e izquierda del fuerte. En julio de 1871 volvieron a malonear sobre las estancias juninenses.

Los guerreros de Pincén llegaron a la estancia de Emilio Mitre, sobre la laguna del Morro, y su capataz Cuitiño les salió al cruce repeliendo la invasión con unos cuantos peones que logró juntar. A este encargado le fue mejor que al capataz de La Muía Colorada, que murió el 29 de julio cuando los indios atacaron esa estancia, de donde se llevaron cautivos a su mujer e hijos.

Una nueva invasión se registró poco después en la frontera. La zona de Junín tuvo noticias de la incursión el 24 de septiembre: eran indios de Pincén. Una de las partidas fue perseguida por Villegas desde el fortín 3 de línea.

Villegas y Pincén tenían así sus primeros encuentros, prologando los que a partir del avance de 1876 protagonizarán en distintos puntos cercanos a la comandancia de Trenque Lauquen.

Invadir a Pincén

El presidente Sarmiento había relevado a Charras de la

jefatura de la frontera norte, nombrando en su lugar a Francisco Borges. Este instaló su comando en el fuerte Federación (Junín), lugar poco poblado debido a los frecuentes malones de Pincén.

De este fuerte dependía el fuerte General Lavalle (en el centro de la línea) y los fortines Nacionales, Las Heras, 3 de línea y Central por la derecha, así como también Rivadavia, Belgrano, Triunfo y Vigilancia por la izquierda. De extremo a extremo cubrían unas 30 leguas.

Borges se ofreció al ministro de Guerra para hacer su primer gran acto de servicio, expedicionando sobre Pincén. En una comunicación fechada el 18 de octubre de 1871 le manifestó su intención de atacar sus tolderías en febrero del año siguiente. Pero la intensidad de los malones hacía que otros jefes estuvieran más apresurados.

El jefe de la frontera oeste, el coronel Juan C. Boerr, mal de salud, presentó su renuncia, pero ésta no le fue aceptada. El coronel Nicolás Levalle debía reemplazarlo hasta que se restableciera. En su ayuda le enviaron al joven militar Estanislao Heredia, que ascendieron al grado de teniente coronel y que se ofreció gustoso a encabezar la expedición contra Pincén.

Los jefes de frontera ardían de deseos de expedicionar sobre Vicente Pincén, pero suponer que se encontraba en alianza con Juan Calfucurá los hacía dudar de llevar a adelante un manotazo sobre sus toldos, porque una acción de esa naturaleza podía poner en peligro las negociaciones de paz que en ese momento Rivas emprendía con Piedra Azul. Algunos indicios, sin embargo, empezaban a desnudar la realidad, esto es, a indicar que la relación entre Pincén y Calfucurá en realidad estaba agrietada y empezaba a convertirse en fractura.

Rivas era el receptor de esas versiones y se las transmitía al ministro de Guerra; éste, Martín de Gainza, las trasladaba a los demás jefes de frontera, que alimentaban la esperanza de ser elegidos para apresar al más indomable de los caciques, el que más los asediaba.

El 20 de octubre de 1871 atravesaron la frontera sudeste de Junín los indios de Pincén, en un frente discontinuo de 6 leguas. El

malón entró sorpresivamente a las estancias y, habiendo tomado conocimiento de esto, el flamante teniente coronel Heredia intervino mientras el malón arreaba el ganado hacia las tolderías. Tras un pequeño combate, Heredia recuperó mil quinientos caballos y otros tantos vacunos. Luego persiguió al malón durante 7 leguas, provocándole algunas bajas. Ese fue su exitoso bautismo de fuego, preludio de un final que no imaginaba y que llegaría en poco tiempo.

Días después, los indios ingresaron por el mismo sector. Les salió al cruce el regimiento 2° de caballería, recuperando un inmenso arreo de diez mil cabezas de ganado lanar (que es lento en el desplazamiento y mucho más en la huida) y unas tres mil cabezas de ganado yeguarizo.

El jefe de frontera, Francisco Borges, terminó de elaborar su plan de ataque a Pincén; sólo restaba saber quién lo llevaría a cabo. Al conocer el plan, Gainza le respondió:

> *Estoy contento con su idea del ataque al cacique Pincén. Si usted destruye esa madriguera habrá dado un gran paso.*

No era fácil salir a batir a Pincén, y mucho menos en el estado en que se encontraban los puestos de frontera. Sólo Borges, con la tropa mejor equipada y con el auxilio permanente de la indiada de Coliqueo, podía salirle al frente. No cabían dudas. El ministro deseaba el pronto ataque y así se lo hacía saber a Borges:

> *¿Qué cree usted que sería lo mejor que hiciéramos con esos chinos y chinas? Estoy ansioso porque dé usted un gran golpe al indio Pincén. Tengo mis razones muy poderosas para ello.*

Era casi una orden, porque el estado de la frontera no permitía que las decisiones se tomaran terminantemente desde la metrópoli porteña. Gainza presionaba en forma permanente para que se expedicionara sobre las tolderías, aunque dejaba un margen de libertad a los jefes para que decidieran la oportunidad.

El coronel Francisco Borges.

Le escribe a Borges:

Veo con placer que el 13 habrá marchado la expedición que lleva por objeto sorprender a los indios de Pincén. Creo como usted que ha de dar un buen resultado y, como usted comprende, me felicitaría doblemente de ello por ser usted quien ha tomado la iniciativa.

Expedición a Las Tunas

Boerr, repuesto tras su alejamiento de la fuerza por razones de salud, se plegó a la iniciativa. El 13 de diciembre, bajo su supervisión, mandó al sargento mayor José Diez a buscar a Pincén con cien hombres bien montados, cuarenta fusileros y sesenta baqueanos de la tribu de Coliqueo. A juzgar por la cantidad de baqueanos, o bien no conocían en absoluto el terreno a inspeccionar (el paraje Las Tunas) o bien, para ser más precisos, estaban alistados como soldados. Los indios de Coliqueo iban

encabezados por el capitanejo Francisco Calfuqueo, hermano del cacique Ignacio Coliqueo, fallecido pocos días antes.

La expedición salió desde el fuerte General Paz y en su camino a Las Tunas (los indios le llamaban *Atranentrú)* hicieron algunos indios prisioneros para que les proporcionaran información sobre el lugar exacto donde se encontraban los toldos de Pincén.

Los prisioneros buscaron permanentemente la oportunidad de escapar. Pincén debía enterarse de que la expedición se dirigía hacia los toldos: por eso no bien se presentó el momento propicio, algunos lograron liberarse y partieron rápidamente a darle aviso. Gracias a esto, toda la tribu que estaba acampada en parajes cercanos se retirará a lugares más seguros. No obstante, el 6 de diciembre la tropa sorprendió a parte de la tribu en Médano del Avestruz (Choiqueló).

Al día siguiente llegaron a Las Tunas y sólo encontraron allí a catorce indios que cumplían la misión de bomberos. Los corrieron, mataron a diez de ellos y se reconoció entre los muertos a dos de los mejores baqueanos de Pincén, que habían sido desertores de Bahía Blanca.

En dos notas, el jefe Boerr informó al ministro sobre la fracasada expedición contra Pincén y Tapayú. El consuelo era que por lo menos se había reconocido el terreno, le habían hecho algunas pocas bajas a Pincén y también tomado algunos prisioneros, a la vez que se informaba la muerte de tres indios de Coliqueo y del lenguaraz Baigorria.

El intento no tuvo el resultado esperado por Gainza y los jefes de frontera. El 27 de diciembre de 1871, Gainza se lamentaba ante Borges por la infructuosa marcha al desierto y lo ponía al tanto de otro proyecto de invasión que preparaba Rivas:

> *Muy sensible ha sido que haya fracasado su invasión a Pincén por una casualidad. El general Rivas, con fecha 22, me escribe que estaba preparando una expedición contra el mismo Pincén: veremos si ésta se logra.*

Pero la expedición de Rivas, proyectada para el 22 de

diciembre, no se llevó a cabo. Este general entendió que era conveniente aplazarla por un motivo: las consecuencias dañosas que podía producir una alteración de la relativa paz reinante en el desierto, pues peligrarían las negociaciones que Rivas mantenía con Calfucurá.

Pero si bien no era posible una expedición, con poco menos que eso Gainza se conformaba. Le encomendó, pues, a Borges que se preparara:

> *Aplazada la expedición es necesario que le peguemos un manotón serio a esos indios que tiene usted a su frente tres o cuatro jornadas. Vaya pensando en ello, tomando datos y preparándose para efectuarlo cuando convenga, que será en marzo o abril. Que nadie sepa esto sino usted.*

Como solía hacerlo frecuentemente, en su doble juego diplomático Calfucurá había entrado en amistosas relaciones con el gobierno nacional a través de los comandantes Rivas y Murga. Muchos caciques y capitanejos hasta ese momento se habían mantenido en relativa amistad con él, aunque no pocos ya habían decidido empezar a caminar solos y únicamente en ocasiones se le unían para algún malón de rapiña. Entonces Piedra Azul, que veía a Pincén consolidar día a día su liderazgo mientras el suyo se debilitaba, pensó que la única forma de mantener ese prestigio, poder y beneficios era situándose como el gran jefe de todas las tribus, predominio que si no estaba en riesgo para él, se encontraba amenazado para sus hijos, herederos del cacicazgo de Salinas Grandes.

Para lograrlo necesitaba el aporte de los lanceros araucanos de su hermano Reuque Curá, quien como encargado en la precordillera de las cuestiones de comercio del ganado robado gozaba de considerable poder. Necesitaba Piedra Azul convencer además a los ranqueles de Mariano Rosas y a los irreverentes de la tribu de Pincén.

Fue difícil rehuir a semejante convite. Y al llamado guerrero de Calfucurá respondieron los araucanos y demás tribus,

consiguiéndose reunir el más poderoso núcleo de lanceros indios que se haya conocido, perfectamente organizado y disciplinado. Sólo se esperaba el momento propicio, que algún acontecimiento interno y político de orden nacional facilitara esa extraordinaria empresa.

Pese a que no se había conocido columna tan organizada y disciplinada, tal como Evaristo Ramírez Juárez resalta en su libro *La estupenda conquista* para ensalzar el triunfo de los ejecutores, el resultado obtenido amerita abrir juicio sobre ambos aspectos.

Los maltratos que recibieron de los blancos los caciques Manuel Grande, Chipitruz y Calfucir fueron la excusa que Calfucurá pudo esgrimir para organizar su gran malón. Para Pincén esto no fue así, porque los caciques maltratados eran sus amigos; de ahí que decidiera participar con sus lanceros, aunque no personalmente.

La ausencia de Pincén tuvo como explicación no haberse prestado a la maniobra de Piedra Azul; porque si en las apariencias el malón tenía como finalidad vengar a los caciques maltratados, el objetivo real de Calfucurá -que presentía el final de sus días- era mostrarse como el gran monarca que legaba en su hijo Manuel el liderazgo de la causa pampa. Vano intento, porque la capacidad de acaudillar de los Curá ya había sido puesta en duda con el liderazgo de Pincén.

La batalla de San Carlos

Si suscita hasta hoy los más encendidos comentarios la batalla librada por más de 800 indios contra 268 efectivos del cinematográficamente legendario Regimiento 7º de Caballería de Estados Unidos al mando del coronel Coster (muerto en la ocasión junto a sus soldados), y los pormenores del enfrentamiento y errores cometidos se siguen analizando en los colegios militares norteamericanos, mucho más importante fue la batalla de San Carlos en Bolívar, donde participaron más de cinco mil combatientes, se pusieron sobre el campo tácticas de combate dignas de estudio y el suceso contó con un trasfondo que determinó el desenlace que finalmente tuvo.

Ramírez Juárez ha hecho un interesante análisis de la batalla, con didácticos dibujos sobre las distintas etapas del combate y la forma en que estuvieron dispuestas las fuerzas de ambos bandos. Los dibujos fueron realizados por el ingeniero Jordán Wisocky en 1877 sobre la base del parte de guerra del general Ignacio Rivas. El, quien más conocía los movimientos de Calfucurá, fue nominado para encabezar las fuerzas que se impusieron aquel 8 de marzo de 1872.

El parte de guerra redactado tres días después no dice que Pincén haya estado presente en esta acción; pero la actuación de los *conas* (guerreros) que éste envió, ubicados en el ala central llamada Salinas Grandes, merece una breve referencia.

Las fuerzas de Calfucurá formaron del siguiente modo:

COLUMNA CENTRAL
Comandante: Cacique Catricurá
Unidad: Salinas Grandes y Pincén
Efectivos: 1.000 lanceros

COLUMNA IZQUIERDA Comandante: Cacique Reuquecurá
Unidad: Reuquecurá Efectivos: 1.000 lanceros

COLUMNA DERECHA Comandante:
Cacique Namuncurá Unidad: Araucanos Efectivos: 1.000 lanceros

COLUMNA DE RESERVA
Comandante: Cacique Mariano Rosas
Unidad: Ranqueles
Efectivos: 500 lanceros

En la primera media hora, las fuerzas de Calfucurá superaban levemente a las fuerzas militares comandadas por Rivas, ya que los indios aliados al ejército no se batían tan férreamente como lo había prometido Cipriano Catriel. El problema se solucionó cuando éste amenazó a sus lanceros con fusilarlos por la espalda

si no peleaban con valor.

Un dato llamativo: quien ofició de lenguaraz entre Rivas y Catriel fue Santiago Avendaño, sospechado por el gobierno de asesorar a Calfucurá en cuestiones de comercio del ganado robado.

A partir de la amenaza de Catriel a sus indios, el resultado fue volcándose paulatinamente en favor de las fuerzas al mando de Rivas. El comienzo del fin de Calfucurá tuvo lugar cuando el batallón 2 de infantería de línea, con 170 hombres, más otros tantos guardias nacionales e indios aliados, más 140 lanzas de Coliqueo, atacaron la columna central integrada por indios salineros y de Pincén.

La escuadra central al mando del hermano de Cafulcurá, Catricurá ("Piedra rota"), que conducía a guerreros salineros y de Pincén, estaba en relación de superioridad de dos hombres a uno respecto de las fuerzas que lo enfrentaron: el batallón 2 y sus aliados. No obstante, el jefe salinero mandó cargar sobre las filas de los ejércitos 2° y 5° de infantería de línea, las que echaron pie a tierra juntamente con las tropas de los regimientos 5° y 9° de caballería de línea, vecinos que se habían sumado y los indios de Catriel.

Encontrándose a distancia de certero impacto, las tropas comenzaron a hacer uso de sus fusiles y carabinas, disparando sobre el malón, que no retrocedía. Los que sobrevivieron a la descarga echaron pie a tierra y se trabaron en combate cuerpo a cuerpo, a lanza, sable, cuchillo y bola, aunque siempre sin dispersarse, es decir, manteniéndose en formación.

Se produjo lo inevitable: fracturado el centro de la línea de combate, el escuadrón central de Calfucurá se dividió en dos grupos. Estos, superados en la embestida, optaron por retirarse de la batalla, al igual que lo hicieron luego las otras alas, perseguidas en todas las direcciones que tomaron. La batalla de San Carlos determinó el fin del reinado de Calfucurá.

Los indios de Pincén continuaron en pie de guerra. Expertos en quitar las caballadas de los fuertes y fortines sin ser advertidos, pronto volvieron a maloquear sobre los fortines de avanzada,

alzándose con las caballadas. El objetivo era claro: sin caballos, las tropas no podían salir a perseguir los malones.

El 12 de marzo de 1872, a modo de campanadas, retumbaba en Buenos Aires la noticia del triunfo de las tropas del ejército en la batalla de San Carlos sobre las fuerzas combinadas de las tribus.

La Iglesia Católica ofrece su colaboración

Desde su asunción el 12 de septiembre de 1870 como vicario capitular de Buenos Aires, monseñor Federico Aneiros había procurado acordar con las autoridades nacionales la manera de hacer realidad la manda constitucional destinada a promover la conversión de los indios. Ese día, monseñor Aneiros le hizo notar al entonces ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, doctor Nicolás Avellaneda, que el gobierno y la Iglesia tenían idénticos objetivos:

> *La Iglesia deplora siempre con el gobierno y el pueblo las funestas invasiones de los indios salvajes y suspira ardientemente por contribuir a cortar tantas desgracias, con la Constitución Nacional que ordena su conversión al catolicismo.*

En el transcurso de ese año obtuvo la autorización del Papa y la Congregación de Padres Lazaristas para establecer una misión que, amparada en la manda constitucional, bajo la protección del Estado y con el auxilio inmediato de las tropas del ejército, se abocara a la tarea pastoral.

Más adelante se podrá observar cómo las tribus resistieron -en la medida de sus posibilidades- la coacción a abandonar sus creencias, particularmente la tribu de Coliqueo en los sucesos de Tapera de Díaz y, de algún modo, cuando los “salineros” rechazaron la expedición apostólica del padre José María Salvaire.

1. El subrayado es mío.

Los objetivos del Estado y la Iglesia, una vez más, fueron funcionales uno al otro. Para los Estados siempre ha sido bueno contar con la bendición de los dioses en la persecución de objetivos materiales; porque cuando han dado muerte o cárcel a

quienes pretendieron entorpecer o dificultar la posesión de esos bienes, lo hicieron no sólo bajo el cargo de enemigos, sino también del de infieles o herejes, con lo cual el exterminio adquiría una justificación supraterrenal.

La Iglesia colaboró en la celebración de acuerdos de paz que, se sabía, constituían maniobras de distracción para consolidar o implemen- tar avances fronterizos. La prédica constante que desde el gobierno se hacía sobre el "salvajismo" y la "barbarie" de los actos de los indios fue aprovechada por el discurso eclesiástico, dirigido a minar la resistencia cultural de los aborígenes, teniendo como primer flanco a los llamados "indios mansos" o "indios amigos", en proceso de aculturación, donde hallaban espíritus más propensos a quebrarse.

Para solventar las misiones, además de la contribución que se esperaba del Papa y del gobierno argentino, se formó un *consejo para la conversión de los indios al catolicismo,* destinado a recaudar fondos entre los fieles e integrado por autoridades de la Iglesia y apellidos ilustres de Buenos Aires. Es una pena que se olvidara que antes de la conversión, la Constitución imponía "proveer a la seguridad de las fronteras conservando el trato pacífico con los indios". La única garantía de una paz duradera -no sin esfuerzo- era cumplir con la palabra empeñada. Pero hacía bastante tiempo que esa virtud no gobernaba las mentes de los actores en aquel escenario político, y se renovaba el sempiterno "antón pirulero", donde en medio de vueltas y más vueltas cada uno hacía lo que más convenía a sus intereses.

El 10 de junio de 1872, el diario *La Verdad* revelaba que el coronel Borges había anunciado desde el fuerte Lavalle Norte (Ancaló), con fecha 1 de ese mes, que había tenido lugar una pequeña invasión de indios por la frontera extrema izquierda del norte y extrema derecha oeste en la provincia de Buenos Aires. Villegas, al mando del 2° de caballería y 50 infantes del 2° de línea, le había salido en persecución: tomó la rastrillada a las diez y media de la mañana, a 15 leguas del fortín Lavalle. El arreo de yeguarizos que llevaban los indios no era importante y algunos de ellos iban quedando cansados en el camino. El ministro de Guerra

le comentó a Rivas: “No creo que los alcance [Villegas] porque huían [los indios] precipitadamente y el robo era de yeguas”.

Días después se registró otra incursión de unos doscientos indios que llevaban rápidamente un arreo pequeño de yeguas, abandonando algunas en el camino. Esta rastrillada fue seguida por el coronel Benítez.

Muerte de Estanislao Heredia

El 27 de junio de 1872 se produjo otra invasión entre los fortines Reunión y San Luis. Heredia partió hacia el lugar de inmediato con ochenta hombres desde el fuerte General Paz. Recorrió más de 2 leguas sin hallar rastro alguno de indios. Como en los anteriores casos, de resultado infructuoso, había perdido la esperanza de hallarlos ese día.

Además de la Memoria de Guerra y Marina, seguiré el relato de Eduardo Gutiérrez, entonces destacado como soldado en el fuerte General Paz, para conocer detalles de este hecho de armas que puso de luto las guarniciones de frontera.

Los indios de Pincén vencieron y dieron muerte a una de las promesas de la nueva oficialidad. Heredia creía que la invasión no era de gran magnitud, como no lo habían sido las anteriores, y por esa razón pensó que fatigar a todo el regimiento en una travesía por el desierto resultaría inútil. Tomó escasos cincuenta hombres,[10] los correspondientes oficiales y al baqueano Peralta, y se internó en busca de los indios de Pincén. Una legua había galopado cuando divisó entre veinte y treinta indios que, al verlo, comenzaron a huir. Era la clásica “emboscada pinceniana”, y Heredia mordió el anzuelo sin advertir que los indios no huían, sino que simulaban hacerlo cuando en realidad se alejaban esperando que los soldados los siguieran. Se dirigieron hacia un alto médano y, tras él, desaparecieron a la vista de Heredia, que cebado los perseguía tenazmente. Al llegar a la loma, comprendió que había sido víctima de una emboscada: lo aguardaban de 300 a 400 lanceros de Pincén. Viéndose perdido, Heredia mandó echar

10 La Memoria de Guerra de 1873 cuenta que Heredia había requerido sólo treinta hombres; de ser así, queda mucho más al descubierto su imprevisión.

pie a tierra a sus soldados y formar un cuadro, iniciando descargas de fusilería en forma continua a las sucesivas cargas que desplegaban los indios de Pincén.

En determinado momento, con un ímpetu vertiginoso, los indios rompieron una de las caras del cuadro. Sin tiempo a sacar el sable, los soldados se entreveraron con los indios cuerpo a cuerpo.

Heredia había ordenado a un ayudante que diera aviso al resto de la tropa de que había quedado al mando del segundo jefe; pero se ignoran las causas por las que los refuerzos no llegaron a tiempo. Otra posibilidad es que el ayudante no cumpliera la orden; se comentaba entonces que había enloquecido o quedado perturbado por la magnitud del enfrentamiento.

Cuerpo a cuerpo, los guerreros de Pincén demostraron su capacidad de combate con armas blancas. Una a una se fueron produciendo las bajas del ejército, hasta que por último también cayó de un lanzazo el comandante Heredia, que hasta ese momento se había defendido a tiros de revólver y a sablazos.

Del combate sólo logró escapar malherido el baqueano Peralta, quien llevó a la rastra y a punta de fusil hasta el fuerte Paz al ayudante que debía hacer cumplir la orden de Heredia. Los muertos indios fueron treinta, cifra importante y similar a las bajas del ejército, lo que pone de relieve el valor con que se defendieron los hombres de Heredia.

Otro relato de este hecho surge del jefe de frontera que con el seudónimo "Lincancho" hizo algunas aclaraciones al doctor Zeballos en el diario *El Siglo* el 13 de diciembre de 1878. Se desnuda en su texto una imprevisión de Heredia:

> *En cuanto al combate en que pereció nuestro malogrado amigo el comandante Heredia, éste tuvo lugar en "San Carlos", seis leguas al sur de las lagunas denominadas "Las Encadenadas"; y el oficial que pereció con él fue el Porta Barquiza [...].*
> *Cuando los indios rodearon al finado Heredia y a los que lo acompañaban, Heredia dio la orden de cargar; la carga se efectuó, pero al salir del círculo de los indios, Barquiza había*

adelantado más terreno que Heredia debido a su buen caballo; pero viendo que le habían boleado el caballo a su jefe, dio media vuelta y volvió a entrar en el círculo donde murió como bueno al lado de su jefe y amigo.
Pero esta fatalidad no tuvo lugar porque Pissen hubiera puesto los medios para obtener estos resultados, sino que fue una equivocación de Heredia que creyó que los indios eran la vanguardia que estaba de servicio.

A fines de agosto de 1872, Pincén volvió sobre la frontera. El 24 Borges le comunicó a Rufino Victorica que había regresado luego de perseguir durante más de 20 leguas una partida de indios que había penetrado al partido de Junín en la madrugada del 22. El malón había arrebatado dos arreos de hacienda yeguariza de los establecimientos del general Mitre y de Inocencio Molina. Borges los persiguió durante siete horas y sólo logró hacerles dejar una cuarentena de animales, abandonando la persecución por la postración de sus caballos, convencido de que no podía darles alcance.

Hilario Lagos sobre los territorios de Pincén

El 23 de agosto de 1872, desde el fuerte Paz, Hilario Lagos se internó en la búsqueda de Pincén, secundado por el comandante José Garmendia, jefe del batallón Guardia Provincial, al mando de dos compañías de la misma, dos del 5° y 7° de infantería de línea, el piquete de baqueanos, 15 indios de Coliqueo y 25 soldados del regimiento 5° de caballería, haciendo un total de 190 hombres.

El 2 de septiembre, en el parte de la expedición, Lagos le recordó a Borges su sospecha: que en algún paraje cercano a la frontera acampaban los malones antes de atacar las estancias:

El lugar llamado las Tunas, a poco más de treinta leguas al Sud-Oeste de este campamento, es efectivamente el punto de estación y partida de las frecuentes invasiones que se dirigen a la frontera Norte, a la del Oeste y aún a la del Sud, en cuyas direcciones están perfectamente marcadas las

1. El subrayado es mío.

rastrilladas que forman al entrar y salir.

Luego de hacer un reconocimiento práctico de las inmediaciones, concluyó que Las Tunas era un lugar apropiado para situar una fuerte división, porque había excelentes pastos, agua abundante en grandes jagüeles cavados por los indios y mucha leña fuerte de los montecillos de chañares, espinillos y otros arbustos. En su informe técnico, anexo al parte de Lagos, el ingeniero Melchert menciona "Carrú Manuel, Pata y abundantes plantas de higo" -tunas- que le dan nombre al lugar.

Finalizó Lagos evaluando que los sacrificios no se harían en vano, porque con el conocimiento del terreno, si además lograban tener buenas caballadas, podrían "dar serios escarmientos a los salvajes".

En esta primera incursión sobre los territorios de Pincén, Hilario Lagos no encontró a sus guerreros, pues mudaban permanentemente sus asentamientos. Pero esta invasión fue el prólogo de la que llevará a cabo en noviembre. La expedición había sido acompañada por indios de Coliqueo; era ésta una nueva afrenta que la tribu de Pincén no iba a pasar por alto. Para evitar que se repitiera, se propuso algo novedoso: sumar la tribu de Coliqueo en pleno.

Ataque a la Tapera de Díaz

Era la madrugada del 19 de septiembre de 1872 cuando indios de Pincén, conducidos por el cacique Anegneer, e indios de Calfucurá, comandados por el cacique Martín, atacaron la Tapera de Díaz. Allí estaban los caciques Coliqueo. La noche anterior había habido una fiesta en la tribu; y en horas de la mañana todo hacía pensar que era el momento propicio para realizar el ataque, puesto que algunos estaban aún bajo los efectos del alcohol y otros profundamente dormidos.

Tras el ataque, se reunió a todos los miembros de la tribu sin producir matanzas, incluidos los Coliqueo. El objetivo era incorporar por la fuerza a la tribu, volviéndola al desierto para que dejara de servir a los *huiricas.* Antes de ser tomado prisionero,

Justo Coliqueo tuvo tiempo de mandar chasques a Junín y 9 de Julio solicitando apoyo a Francisco Borges e Hilario Lagos.

Los caciques Anegneer y Martín habían comenzado el gran éxodo cuando, en horas de la noche, se les acercó Borges con un centenar de sus hombres. Al llegar la columna de indios a la altura de la estancia La Amelia (cuartel 4º de General Viamonte, Los Toldos), las tropas arribaron haciendo sonar sus fusiles y en continua gritería. Esto provocó que el malón pensara que la tropa que se acercaba era altamente superior en número y prefiriera rehuir el enfrentamiento. Allí, en el medio del campo, quedó la tribu de Coliqueo.

No obstante la retirada, hubo algunos enfrentamientos debido a que los hombres de la Guardia Nacional de Junín persiguieron al malón durante varias leguas, a la vez que recogieron el ganado yeguarizo y vacuno, unas seis mil cabezas en total, además de hacer ocho cautivos.

El malón sufrió unas cuarenta bajas. Justo Coliqueo reclamó a Boerr el faltante de cuarenta indios de su tribu que habían sido llevados por el malón. Pero más tarde la cuestión quedó aclarada al tomarse conocimiento de que los indios faltantes se habían sublevado. Así se lo notificó Borges a Gainza en el parte sobre el hecho. Los cuarenta desertores no compartían la alianza con los cristianos que mantenían los Coliqueo. Entre los sublevados se encontraba el capitanejo Cheuquelén, a quien hallará Villegas el 12 de abril de 1876 en la laguna Trenque Lauquen y lo bautizará con su nombre: Conrado.

Se menciona la participación del capitanejo Martín, a quien se conocía como aliado a Calfucurá, pero tal vez ya no lo estaba, teniendo en cuenta que simultáneamente a este hecho Piedra Azul se encontraba, como casi siempre, realizando gestiones para firmar un tratado de paz. Mariano Rosas ya lo había firmado en nombre de los ranqueles, por intermedio del misionero Marcos Donati. En consecuencia, Pincén, que no había recibido proposiciones de paz, quedó expuesto a la permanente persecución de los jefes de frontera.

1. El subrayado es mío.

El desafío del coronel Benito Meana

Los indios de Pincén decidieron buscar otra zona como destino de sus malones, eligiendo el sur de las provincias de San Luis, Córdoba y Santa Fe. Al frente de la frontera sur de San Luis se encontraba el coronel Benito Meana y su inmediato jefe era el general José Miguel Arredondo.

Meana tuvo aviso de una invasión y dispuso la pronta salida de 50 hombres (25 de caballería y 25 de infantería). Después de una ruda marcha de varios días, alcanzaron el malón que llevaba un gran número de hacienda. El jefe al mando de los guerreros indios (unos cien hombres) era el propio cacique Pincén.

Las fuerzas del ejército y las de Pincén bajaban unos médanos al mismo tiempo hacia un llano, y al ver el coronel Meana -conforme al relato de sus memorias- que al mando de los indios iba el propio Pincén, se echó el quepis hacia atrás y, portando sólo su lanza, se retiró del resto de la tropa a cierta distancia. Entonces desafió a duelo al cacique. Pincén comprendió el desafío y también se adelantó un trecho a sus indios, a la vez que le gritó a Meana: "Yo también guapo, huinca que venís a mi tierra", mientras hincaba los ijares de su redomón con las espuelas grandes de hierro, haciéndolo mover de un lado a otro.

Pero Pincén no se acercó al centro del llano y esto hizo interpretar a Meana que no había aceptado el duelo. Entonces le gritó: "Buen capitanejo maula, ya que no aceptás la partida, voy entonces a sablear a los pampas", y volviéndose rápidamente hacia su tropa, formada y en actitud de combate, le ordenó al trompa[11] que tocara a la carga. Los guerreros indios recibieron del cacique orden de retirada, llevándose el arreo que pudieron (generalmente el caballar, que era el más ligero), y el resto del ganado fue recogido por las fuerzas de Meana, quien consideró inútil salir en persecución de un malón que se hallaba liviano y bien montado.

Hasta aquí el relato de Meana. Pero ha pasado de generación en generación otra versión del hecho que tuvo como uno de sus

11 Se llamaba así al soldado que transmitía las órdenes del combate, en plena batalla, con los distintos sones de su trompeta.

depositarios últimos a mi abuelo materno. Damián Mieres nació a fines del siglo XIX y a relativamente pocos años de finalizada la "conquista del desierto", tal vez a poco de haber fallecido Pincén. Fue hombre de campo hasta su madurez, y en alguna oportunidad escuchó lo que le transmitió a mi madre, seguramente el relato de algún viejo indio conchabado como peón a principios del siglo XX.

Mi madre le preguntaba a mi abuelo sobre sus vivencias cuando en un momento surgió el tema Pincén y allí comenzó su relato. Por San Luis, un jefe militar había desafiado a duelo al cacique Pincén y éste no le había copado la parada, adivinando que se trataba de una emboscada al ver que, detrás del oficial que lo desafiaba, sus soldados le estaban apuntando, esperando que se acercara para matarlo. Habiendo advertido la maniobra del oficial, el cacique se fue con el arreo eludiendo la acción.

La versión del testimonio oral es llamativamente coincidente con el suceso referido por el coronel Meana. Hay quienes relataban el hecho de otra manera. Pese a la escritura, que por entonces ponía en ventaja a quien podía acceder a ella, la transmisión oral puede revelar otras verdades, en muchos casos tan considerables como los testimonios escritos.

Combate en la laguna del Trapal

El oficial del regimiento 4° de caballería, Teófilo R. Ivanosky, destacado en el fuerte Villa Mercedes, informó a su jefe el 2 de octubre de 1872 que los indios, en singular combate, habían dado muerte al mayor José Jáuregui y a otro soldado.

Hombres de infantería en número de 14 persiguieron a unos 30 o 40 indios de Pincén, dándoles alcance en la laguna del Trapal ("pajonales"). Ivanosky, que iba al mando de la tropa, en su informe relató que al ser alcanzados, la mayoría de los indios los esperaron "dispuestos a pelear, trabándose un combate pie a tierra y arma blanca de más de una hora, dando por resultado haber sido muerto el mencionado mayor, un soldado del regimiento 4° y tres heridos más" de la parte de ellos. Los indios muertos fueron ocho, y menos de diez los heridos.

4 El subrayado es mío.

Los indios combatieron en desigualdad de condiciones. Los

soldados portaban las famosas corazas que -pese a su renuencia- se les obligaba a usar. Desde Villa Mercedes, el 4 de octubre de 1872, Martín de Gainza recibió el siguiente informe:

> *Vea si sirven las corazas. En este reñido combate de uno contra tres a arma blanca, fuera del mayor y un soldado muertos, sólo hemos tenido cuatro heridos leves. Las lanzas resbalaban en el pecho, sin sufrir más que el golpe.*

El fin de las alianzas entre Pincén y Calfucurá

Pincén dirigió a sus guerreros hacia otras fronteras del norte de su territorio en octubre de 1872. Desde Azul, el 27 de ese mes, Rivas le informó al ministro de Guerra que había leído en los diarios la invasión en la frontera sur de Santa Fe, y que no tenía dudas acerca de quiénes eran los indios invasores: el capitanejo *Pisen,* Necul y Tapayú. Añadió:

> *Estos indios, sé positivamente, ya no están con Calfucurá, sino en las tolderías de los ranqueles. En la última reunión que ha tenido Calfucurá no existían. Este parlamento lo presenció el capitanejo Peralta de la tribu de Catriel y es quien me trajo la noticia.*

Poco después, Rivas le reiteró a Gainza que Pincén ya no hacía alianzas con Calfucurá. La carta es de fecha 2 de noviembre de 1872 y dice en uno de sus párrafos:

> *La separación de Pincén de Calfucurá es un hecho que no tiene duda, pues a más de habérmelo asegurado Peralta que estuvo en los toldos del segundo, lo confirma el cautivo Marías Moreno, que ha estado tres años en esas tolderías y que fue traído por la Comisión que fue asesinada en Bahía Blanca.*

La comisión pertenecía a Calfucurá y fue salvajemente asesinada luego de que culminaran de negociar comercialmente. Pese a ello, el jefe salinero continuó con las tratativas de paz, sin conmoverse. Hizo asimismo una nueva muestra de su falta de lealtad para con las demás tribus delatando frente a los jefes de frontera a Pincén y a los capitanejos que se habían ido con él.

Rivas le informó a Gainza el 4 de noviembre que el capitán Solano, al volver de los toldos de Calfucurá, le había dicho que los principales caciques de esa tribu estaban predispuestos para la paz, agregando:

> *Solano me asegura que Calfucurá y sus indios no han tenido ninguna parte en estas últimas invasiones; todas ellas han sido practicadas por Pisen y los que le acompañan.*

El mismo día, Rivas le informó a Lagos que Pincén estaba en Choy- queló, respondiendo seguramente a una inquietud de Lagos, que planificaba una segunda expedición sobre Pincén.

Al día siguiente, Gainza le comentó a Borges:

Según Rivas el indio Pincén, que manda como doscientos in-

dios, es el que está invadiendo, pues no quiso tratar con Calfucurá sobre la paz y se separó de él.

Habida cuenta de la ruptura de relaciones entre Pincén y Calfucurá, nada impedía ahora que se efectuara una expedición contra aquél, sin que se vieran afectadas las relaciones de paz que Piedra Azul mantenía con Rivas.

En efecto, el permanente deseo de expedicionar sobre Pincén se volvió a poner de manifiesto en la carta que el 11 de noviembre de 1872 le envió Rivas a Gainza:

No me atrevo por el momento a asegurarle pero tengo casi seguridad de poder destruir la conducción de Pincén por sus mismos indios, creo que lo conseguiré, oportunamente se lo demostraré de un modo más preciso: lo que efectivamente se alcance no dejará de ser de suma importancia.

Por todos los medios se buscaba debilitar y atacar al cacique Pincén, en este caso fomentando traiciones entre sus capitanejos. Todos lo pretendían como botín, y Calfucurá -que lo aborrecía por irreverente e insubordinado y lo veía como un competidor- restaba su colaboración para que el ejército se hiciera del preciado tesoro. Se deduce esto de la carta que desde Junín le dirigió Borges a Gainza, tomando conocimiento el 13 de noviembre de que Pincén estaba mal con Calfucurá (según el mismo Calfucurá).

De este modo, Piedra Azul profundizaba las grietas existentes entre los agrupamientos indígenas, facilitando la labor que -en el mismo sentido- dirigían los sucesivos ministros de Guerra. No se puede excluir del análisis de lo ocurrido durante las “campañas al desierto” estas desavenencias entre los caciques, porque ello conduciría a simplismos y a esconder bajo la alfombra que las mismas jugaron un papel fundamental a la hora de otorgar ventajas sustanciales a las fuerzas estatales.

CAPÍTULO 4
Guerra y paz
Hilario Lagos y el "descubrimiento" de Trenque Lauquen

Lagos era un militar de poca suerte. Sus pares en la frontera tenían fama bien ganada, como Rivas, que acababa de obtener más laureles en San Carlos, y como Borges, que además del prestigio cosechado en su carrera militar gozaba de toda la confianza del ministro de Guerra. Así pues, Lagos deseaba congraciarse con Gainza, remontar la cuesta de un éxito que hasta el momento se le había negado. Decidió entonces encabezar la expedición a Pincén. Pero el cacique se enteró de su iniciativa.

Días antes que partiera la operación militar, los indios de Pincén sorprendieron el campamento del fuerte General Paz (actual Carlos Casares) y arrebataron sus caballadas, no dejando más que unos pocos que estaban atados dentro del cuadro. El objetivo era claro y magistral: la tropa sin caballos era poco menos que indefensa; entretanto, Pincén tenía un poco más de tiempo para proseguir el traslado de sus tolderías mucho más hacia el oeste. El golpe fue perpetrado a plena luz del mediodía.

Lagos seguía con su mala racha; ni siquiera podía emprender un desquite, pero no se resignó. Debía levantar su prestigio, sobre todo después de este papelón: frente a sus narices, Pincén le llevaba casi toda la caballada.

Con los pocos caballos que le dejaron, envió a 9 de Julio algunos de sus hombres para que le trajeran más e hizo montar 180 plazas de su regimiento. Salió del fuerte Paz el 8 de noviembre con casi 400 soldados: 90 hombres del regimiento 5º de Lorenzo Winter, 150 del regimiento 7° de Marcelino Freyre, 80 indios de Coliqueo, 25 guardias provinciales de José Garmendia y el baqueano Carpió Caro.

Invadieron por Las Tunas hasta Trenque Lauquen, Mary Lauquen y Sanquilcó. Al llegar allí, se desprendió con 180 hombres hacia los toldos de Pincén. El coronel Dolveo Guevara avanzó aun 15 leguas más allá. Pero no hubo noticias del cacique: había tomado distancia al saber que una expedición se

1 El subrayado es mío.

aproximaba.

Sin embargo, Lagos lo buscó, siguió uno a uno sus parajes, se internó hasta el médano de Loncotué y luego hasta Langheló, donde seis días después de haber partido, el 14 de noviembre, cayó sobre unos toldos de Pincén. La indiada se encontraba festejando el haber dejado sin caballos el fuerte y, sin temor a ser invadidos por creer que nadie se iba a atrever a penetrar tanto en el desierto, no habían dispuesto indios bomberos ni advertido que los caballos se alteraban al sentir el olor del *huinca.*

La tropa se quedó a cierta distancia y, al día siguiente, en horas de la madrugada, cayó un malón de sables y fusiles sobre los desprevenidos guerreros. No tuvieron tiempo de defenderse. La tropa tomó más de setenta prisioneros (cuarenta guerreros más treinta mujeres y niños), se rescataron los caballos que eran del fuerte y se robó el ganado que pertenecía a los indios.

Aunque Pincén negará haber tenido una espada, sus descendientes (la nieta Martina y los hijos de ésta, Gerónima y Evangelio Cheuquelén) afirmarán que Pincén había tenido una: en aquella oportunidad, entre los trofeos de esa expedición "venía la espada del cacique Pinthen, quien", dice en su parte el coronel Lagos, "escapó gracias al excelente caballo que montaba".

Dice en su parte el coronel Hilario Lagos que Pincén "escapó gracias al excelente caballo que montaba". También se menciona acerca de este hecho en *La Prensa* del 17 de noviembre de 1878, y en su libro *La conquista de quince mil leguas* de 1878 Estanislao Zeballos dice que Pincén estuvo a punto de ser prisionero porque jamás desamparaba a su pueblo; era el primero en el peligro y el último en la retirada:

> *Ese día montaba un hermoso caballo gateado overo y dirigía en persona la fuga y salvación de la chusma. Fue acometido; pero el coronel Lagos dice en su parte que escapó gracias al excelente parejero. En la persecución que le hizo el capitán D. Rudecindo Roca del 7° de línea, Pincén tiró una espada. La recogió ese oficial [Roca] y la regaló el Museo del Dr. Zeballos. Trae escrito en el lomo un nombre que dice:*

Manuel Yunquiñanil. Es una espada con el escudo de Chile, con vaina adornada de plata y que algún indio chileno regaló a Pincén.

No obstante, Zeballos agrega que luego de su captura, en el presidio del batallón 6 de Retiro, Pincén le manifestó que esa espada no había sido de él.

En la obra de Durán consta que el enigmático hombre que en diciembre de 1878 se dio a conocer en *El Siglo* con el seudónimo "Lincancho" (¿Villegas?) le rectificó a Zeballos:

En cuanto a la invasión del coronel Lagos, año 1872, nos encontramos allí y por lo tanto podemos asegurar que ese día Pissen habría sido nuestro prisionero si no hubiese querido la fatalidad que en los primeros toldos donde llegó el coronel Winter disparó un indio al que no se pudo alcanzar; y fue éste que llevó el aviso a los demás toldos de donde sacaron a Pissen atravesado en un caballo, pues hace tres días estaba de borrachera preliminar, indispensable entre los indios cuando van a practicar una invasión.
Luego entonces no es cierto lo que asevera el Dr. Zeballos de que Pissen fue el último en salir del campo en la retirada que hicieron éstos cuando fueron invadidos.

La tradición oral de Trenque Lauquen cuenta que el indio que dio aviso al cacique Pincén fue el abuelo del vecino Jacinto Moyano. Entre los trofeos de la expedición, se menciona la espada de Pincén y, aunque éste muchos años después le negara a Zeballos haber tenido una espada, sus descendientes (la nieta Martina y los hijos de ella) siempre afirmaron: *"Pincén tenía una espada"*.

Si la espada que se encuentra en el Museo de la Patagonia de Ba- riloche como perteneciente a Pincén fuera la que menciona Zeballos, al doctor se le pasó por alto algo más que un detalle al mirar la hoja: cerca de la empuñadura, en visible grabado se lee el nombre *Cañumil.* Tiene además un grabado en el lomo, pero por

1. El subrayado es mío.

pequeño y desgastado no se leen las palabras, ni siquiera las letras se distinguen bien. Si alguna vez se leyó allí *Manuel Yunquiñanil,* actualmente no se puede distinguir. Y por último, si hubo en esa espada un escudo con estrella, hoy ya no existe; la espada muestra unas ramas de laurel que coronan un espacio en blanco.

Señala Guillermo A. Terrera en *Caciques y capitanejos en la historia argentina* que Mariano Cañumil era un cacique pampa que vivió en el sudoeste de Buenos Aires entre 1860 y 1878. Referencias no muy claras indican, como mera posibilidad, que habría sido hijo de Pincén.

Los familiares de Pincén y demás indios cautivos fueron llevados a la isla Martín García. La lista de prisioneros consigna 5 capitanejos, llamados Güentú, Loncoy, Llencú, Martínez y Carqueo, 38 indios y 30 mujeres. Por ellos, Pincén aceptó negociaciones de paz.

El ministro de Guerra le comentó a Rivas el 16 de noviembre de 1872 que aún no tenía noticias de la marcha de Lagos. También lo tentaba a invadir a Pincén:

Sería una gran cosa que usted consiguiese la destrucción de Pincén. Dígale de mi parte a Cipriano [Catriel] que si hacemos la paz con Calfucurá, yo quisiera que él hiciera con sus indios una batida por la pampa, persiguiendo y acabando a los indios ladrones que son los que nos están invadiendo en toda la línea...

Cuatro días después llegaban las noticias sobre el éxito de la expedición de Hilario Lagos. Aparte de estas novedades, Garmendia le adelantó a Gainza que la posición que ocupaba Pincén era un lugar llamado Las Sepulturas, 30 leguas al oeste de Las Tunas:

> *Para llegar a este lugar el comandante Lagos tomó la misma ruta que seguimos la vez pasada a esta laguna pasando de allí quince leguas más lejos a otra laguna llamada El Carrizal, allí, sin duda por ser muy pesada su columna y afirmado en los datos que recibiera para contar con un éxito favorable a nuestras armas, dejó doscientos y tomó aquellos más ligeros y marchó a las Sepulturas, marcha de quince*

leguas que la efectuó con la previsión de poder llegar al alba al lugar de la sorpresa, pero el baqueano que le había dado la casualidad se extravió y llegaron después del amanecer, la sorpresa no pudo ser completa y sólo se tomaron los habitantes de cinco o seis toldos.

Y sigue diciendo Garmendia:

La luz del día por una parte, la posición de los toldos desparramados en una gran extensión, y la rapidez con que urge [sic] estos huracanes del desierto, impidieron que hubiera sido completamente anonadada una de las tribus más temibles por su valor como por su odio cartaginés hacia nosotros. Sin embargo, el comandante Lagos tomó veinte indios de pelea y como treinta mujeres entre las que vienen algunas cautivas cristianas. Respecto al botín de guerra, se tomaron como mil yeguas y caballos y doscientas vacas y algunas majadas de ovejas.
Las pérdidas de Lagos se reducen a siete soldados del 1° *que se han perdido y un oficial muerto. La pericia militar del comandante Lagos en esta expedición es recomendable como su humanidad y generosidad, después de la sorpresa no ha sido muerto un solo indio y sus familias han sido respetadas. Esta política conciliadora dará sus resultados y creo que Pincén pedirá la paz, y descansarán las fronteras de la República de los ataques audaces de este indio temerario.*

Desde el fuerte Paz, el 22 de noviembre de 1872, Lagos le comunicó a su jefe inmediato superior, el coronel Borges, las contingencias:

1. El subrayado es mío.

El cacique Pincén está situado entre Calfucurá y Mariano Rosas, siendo éste una tercera entidad muy importante por su prestigio y por su valor. Ha rechazado siempre toda proposición de paz.

[...] Resolví pues atacar a Pincén, con la circunstancia, de que ya tenía noticia fidedigna, que hacía reuniones para traernos una fuerte invasión. Resuelto y decidido a seguir adelante, en este nuevo propósito, que en nada afectaba las negociaciones que el señor general Rivas tiene con Calfucurá, pues que éste ha declarado que Pincén no entra en los tratados, tomé aquella dirección hasta setenta leguas al Sud Oeste.
De las Tunas fuimos a Tenqué-Lanquén, de Tenqué-Lanquén a Mayé-Lanquén y de allí á Sanquilcó.

De Sanquilcó, Hilario Lagos forzó la marcha hasta Loncotué, donde hallaron toldos de Pincén. Los indios aterrados partieron en todas direcciones, iniciándose una batida general de 5 leguas en derredor:

Sucesivamente se me fueron reuniendo las fracciones destacadas en persecución de los indios; todas han traído abundante botín de prisioneros, caballadas, hacienda vacuna y lanar. El cacique Pincén pudo escapar, gracias al excelente caballo que montaba.

Anoticiado por los prisioneros de que Pincén reunía sus lanceros para atacar la columna, Lagos emprendió la retirada. Los conas de Pincén asediaron la columna, que presurosa emprendió la retirada abandonando un inmenso arreo. Sin embargo, les tomó a los indios unas mil cabezas, la mayoría yeguarizos.

El mayor respeto por los rendidos es un código que no faltó:

Los prisioneros son veinticuatro indios de lanza, treinta personas, entre mujeres, viejos y criaturas y cuatro cautivos cristianos. Antes de entrar en esta lidia previne a los señores jefes que ordenaran a sus soldados el mayor respeto por los rendidos, y principalmente con las señoras y niños, complaciéndome sobremanera de haber obtenido este resultado es decir, de evitar que nuestras tropas se

entreguen también al bandalaje igualándose o poniéndose en peores condiciones que los bárbaros. Estoy seguro, señor coronel, de haber interpretado en esta medida los sentimientos de V.S. y del Superior Gobierno.

Al día siguiente, el mayor Freyre condujo los prisioneros a Buenos Aires para que fuesen puestos a disposición del ministro de Guerra. Los muertos del ejército fueron ocho "extraviados en la tormenta" (en realidad, desertados de las filas) y un oficial, fallecido de muerte natural (no violenta).

La expedición no tuvo un éxito que militarmente pudiera destacarse. Es más, en la interna militar -por así decirlo- de entonces, las críticas no faltaron, se habló de "fracaso". No evaluaban aún las importantes consecuencias que sobrevendrían, excepto el ministro de Guerra, que hizo oídos sordos por una razón: la labor científica del ingeniero Federico Melchert alentaba mejores resultados en el futuro inmediato.

Melchert acompañó la expedición para efectuar relevamientos del terreno y planimetría; agregado a la Memoria de Guerra y Marina, su informe tiene un valor singular para quienes deseen enriquecer el conocimiento de la flora histórica y otras importantes descripciones del terreno y los parajes.

Hilario Lagos atestigua haber dejado una guardia en Las Tunas en la expedición llevada a cabo en agosto. El historiador Carlos Antonio Moncaut, sobre la base de una comunicación fechada meses después, el 28 de mayo de 1873, afirma: "Fue el propio coronel Lagos quien hizo levantar el primer fortín en la pampa virgen en el mismo lugar que hoy ocupa la ciudad de Trenque Lauquen".

La existencia de un fortín en Trenque Lauquen años antes de la fundación es una circunstancia que recoge la transmisión oral. Hacia 1905, don Pedro Conde Dorado, procedente de España, se radicó en Trenque Lauquen, fundada escasas décadas atrás. Este hombre escuchó una historia trágica y risueña, que transmitió a su hija María Francisca Conde de Del Huomo, y ésta la narró a sus hijos y nietos, nuestros informantes.

4. El subrayado es mío.

La historia: antes de haberse fundado el pueblo -hoy próspera ciudad-, donde actualmente se ve la plaza principal, había un fortín, normalmente con cuatro o cinco soldados. Una noche, uno de ellos tuvo una urgencia intestinal, viéndose obligado a buscar la única letrina que existía: la intemperie. Estaba ocupado en su urgencia cuando arribó al lugar un malón que quemó el rancho y mató a sus ocupantes; el paisano bendijo por siempre el llamado de sus tripas. En el pueblo se remataba entonces la historia con un "Ese sí que se salvó cagando". Pedro Conde Dorado contaba a su hija que en el Trenque Lauquen de las primeras décadas también se hablaba de las hazañas de Pincén; en particular la anécdota de cuando escapó escondido entre la estampida de potros provocada por él mismo para evitar que las balas de los rémington lo alcanzasen.

El mensaje introductorio a la presentación del Congreso de la Memoria de Guerra de 1873 evalúa los resultados logrados por la expedición de Lagos sobre Pincén. Acerca de los prisioneros tomados al cacique, a quien menciona como *el caudillo más indómito de la pampa,* dice:

> *Hasta hoy no ha reconocido dependencia de nadie, mandó una comisión solicitando la paz y el canje de sus prisioneros por cautivos que ha tenido que comprar a otras tribus.*

La captura de indios iba a mostrar una faceta de Pincén desconocida hasta el momento por el gobierno, que sólo veía en él a un gran guerrero con fama de salvaje y sanguinario. Pincén revelaría ante su enemigo el inmenso amor por los suyos, gran virtud, sin duda la mayor, pero a la vez su talón de Aquiles...

El ministro de Guerra continuó recibiendo informes relativos a la expedición de Lagos. El 23 de noviembre, Borges le dio su opinión:

> *Creo también que esta operación nos proporcionará el poder tratar con Pincén, jefe de todos los indios descontentos y uno de los más terribles por su audacia y con el que entiendo*

está invadiéndonos.

Al día siguiente, el jefe de frontera, Rivas, expuso idéntico parecer al ministro, afirmando que por cartas del comandante Lagos conocía el resultado alcanzado sobre los indios de Pincén. Cita Rivas las frases de Lagos:

> *Ellos son más o menos los que yo había previsto [...] Si este hecho no nos trae entorpecimiento en los arreglos con Calfucurá, debemos felicitarnos, porque algo se ha obtenido en sentido favorable, como también el conocimiento en los campos cuyo trayecto ha seguido esa expedición. De todos modos creo que hoy debemos estar muy precavidos porque es indudable que los indios que han sufrido ese golpe invadan la frontera Centro o alguna de estas fronteras.*
> *[...] Hoy le escribí a Calfucurá haciéndole referencia de este hecho y demostrándole que debe alegrarse de que ese indio Pincén, que le ha sido desobediente, haya recibido tal castigo; y por su contestación apreciaré la posición que toma en vista de él, precaviéndome para las consecuencias según sea ella.*

Todos los jefes militares tomaban conocimiento de los alcances y perspectivas de esta expedición. Julio A. Roca fue puesto al tanto el 13 de diciembre de la primera consecuencia deseada por Gainza:

> *La expedición que ordené y efectuó el comandante Lagos está dando sus resultados. El cacique Pincén ha mandado una comisión pidiendo la paz. Esto le probará a usted que este indio tan valiente ha inclinado la cabeza.*

1. El subrayado es mío.

El tratado de paz de 1873

La comisión de Pincén se presentó en el fuerte Paz y solicitó a Lagos el inicio de negociaciones, ofreciendo hacer un tratado de paz y exigiendo la liberación de los cautivos indios.

Lagos le comunicó a Gainza el 15 de diciembre de 1872:

> *Hoy he llegado a este Fuerte y me he encontrado con una comisión del cacique Pisen, que viene conduciendo cuatro cautivos, dos pertenecientes a Coliqueo y dos muchachos que se llevaron en la invasión de septiembre. La carta que Pisen me ha mandado se halla extraviada, pero espero que me la mandarán de Buenos Aires, en ella me hace algunos pedidos, según me refiere el comandante Winter.*

De la situación también procuró sacar provecho Coliqueo, reclamándole a Lagos que le exigiera a Pincén la entrega de los indios plegados al malón que había llevado meses atrás sobre la Tapera de Díaz.

Lagos le transmitió este requisito a Pincén y pidió a sus superiores autorización para hacer algunos gastos con el fin de dar regalos a la comisión. Demandó instrucciones precisas y le escribió a Gainza sobre las bases a proponer para arribar a un arreglo definitivo. Dice Lagos:

> *Hoy mismo marcha a los toldos de Pisen, uno de los indios que han venido en comisión, en razón de que éstos traen doce días de plazo para regresar, y para evitar desconfianzas que puedan abrigar por la demora, marcha este indio a decir a Pisen que los otros capitanejos quedan en el Fuerte, hasta que el Superior Gobierno resuelva sobre este asunto. Tengo fe que Pisen tiene los mejores deseos para arreglarse, tanto más cuanto que este indio tiene en nuestro poder una hija y algunos parientes.*

Al parecer, el entusiasmo de Lagos coopera para que al día siguiente informe al ministro Gainza, como una novedad, la llegada de la comisión de Pincén, integrada por tres capitanejos y cinco indios. Las proposiciones de paz que traían ofrecían obediencia al gobierno nacional sobre bases a arreglar con otra comisión de mayor importancia, que él mandaría en caso de ser

aceptadas sus proposiciones.

La contestación de Lagos fue franca y leal. Le manifestó a Pincén que sin órdenes ni instrucciones del ministro no podía aceptar ninguna transacción, y mucho menos hacerle promesas. Que esperaría instrucciones de Buenos Aires.

Mientras tanto, la comisión solicitó prevenir a Pincén de su demora, pues teniendo plazo de doce días, vencido este término se considerarían rechazados o presos, y en tal caso Lagos les concedió permiso para hacerlo de ese modo.

Escribió Lagos al ministro:

> *La carta que me escribe Picen anda extraviada por Buenos Aires, pero en cuanto me llegue, se la mandaré a V.E. Sin embargo, el comandante Winter me ha impuesto de ellas, antes de remitirlas, dice que su contenido es más o menos el siguiente. Empieza por aceptar el canje de cautivos con cuyo objeto nos manda cuatro cautivas, dos cristianas del partido de Bragado, y dos indios de Coliqueo, de los prisioneros que llevaron en la invasión que hicieron a los toldos de aquel.*

Aquí Lagos hace una afirmación contundente sobre Pincén, quien era consciente de su poder de convocatoria entre los rebeldes:

> *Ofrece hacer someter a todos los capitanejos que no obedecen a Calfucurá y por último, que su indiada no invadirá nunca, siempre que se les ayude a vivir [...] mandándoles en cambio, por lo pronto 4.000 yeguas, y alguna ropa y vicios y arreglándose, 2.000 yeguas, también vicios de yerba, tabaco; pero esto último será cuestión de arreglar con la comisión que vendrá, cuando V.E. resuelva aceptar las negociaciones.*

1. El subrayado es mío.

Sigue diciéndole Lagos a Gainza:

> *Pide con gran empeño la libertad de una hija y cuatro chinitos de los prisioneros que están en el Retiro, siendo*

sumamente conveniente que V.E. ordenase que me sean remitidos cuanto antes todos aquellos prisioneros, según lo acordó V.E. a mi indicación de tenerlos aquí en depósito, pues estos que han venido tienen la duda de que o los han muerto o los han repartido, lo que los pone muy exaltados. Ahora lo importante es que V.E. comisione quién debe entenderse en estos asuntos, pues siendo una cosa que encierra responsabilidad y trascendencia conviene las maneje una persona que tenga su íntima confianza. En cuanto a mí, crea, señor ministro que estoy más que satisfecho con haber contribuido a haber realizado una operación, que estoy persuadido de ofrecer beneficiosos resultados para el país y especialmente para mí, la satisfacción de haberle probado que no en balde había merecido sus particulares distinciones.

El ministro informó a los demás jefes de frontera sobre las distintas alternativas de estas negociaciones.

El 21 de diciembre de 1872, Rivas tomó conocimiento de que los tratados con Pincén aún no se habían celebrado. Sabía del envío de una comisión y que el coronel Borges había sido mandado a 9 de Julio para hacer los arreglos de paz bajo nuevas bases.

Borges y Pincén

Tras solicitar al ministro que designara una persona de su íntima confianza encargada de llevar adelante los arreglos de paz con nuevas bases, Lagos recibió la instrucción de Gainza de que debía ser el coronel Borges quien representara al gobierno en tales tratativas.

El 24 de diciembre, Lagos le contestó al ministro de Guerra desde el fuerte Paz:

Por ello quedo impuesto de su resolución acerca del giro que debe darse a la negociación con Pincén. Espero el 25 al coronel Borges. Ayer he mandado hasta Chivilcoy al capitán

García con la comisión de transportar hasta este campamento a los indios prisioneros, si V.E. resuelve mandarlos.

Si alguna duda existía sobre la ruptura entre Pincén y Calfucurá, quedó resuelta al conocerse el 25 de diciembre que Calfucurá aceptaba los tratados de paz con el gobierno a cambio de racionamiento. Así se lo informaba Rivas a Gainza en una carta de esa fecha.

Cinco días después, los prisioneros que le habían tomado a Pincén fueron trasladados desde el cuartel 6 de Retiro hasta Chivilcoy, y de allí al fuerte Paz, donde Borges los recibió.

Al día siguiente informó Borges a Gainza:

Desde el 26 me encuentro en este punto y hasta hoy he estado demorando la comisión de Pincén por la circunstancia de que recién anoche llegaron las chinas de Buenos Aires y también porque la comisaría no ha recibido los regalos de ponchos, botas [...] que V.E. ordenó que estuvieran aquí el 25. Mañana como no puedo demorar más ya esto haré regresar la comisión llevando sólo vicios y diciéndole a Picen que con la que venga a tratar le mandaré los regalos y que espero V.E. active su remisión.

Borges dirigía la negociación desde Junín y se apersonaba al fuerte Paz siempre que arribaran comisionados de Pincén. Lagos actuaba de intermediario en su condición de jefe de frontera. Gainza le envió una recomendación a Lagos el día 31 con el temor de que la más mínima descortesía pudiera tirar por la borda la incipiente negociación. Llamativamente, le dio instrucciones que bien podrían haber molestado a Borges, encargado de hacer las tratativas. 1. El subrayado es mío.

Presumiblemente las expresiones de Gainza tuvieron por finalidad incluir a Lagos en la estrategia para que no se viera desplazado, advertirle que tuviera sumo cuidado y que asumiera un perfil duro en la negociación, extorsionando a Pincén con los

prisioneros. En este sentido hizo esta sugerencia:

> *Espero que arreglará convenientemente las paces con el indio Pincén, sacando partido de los prisioneros y prisioneras.*

Ninguna cosa ocurrió que disgustara a la comisión de Pincén, que fue colmada de atenciones y marchó al desierto a notificarle a su cacique los resultados obtenidos. El gobierno había instruido a los jefes de frontera para que los acuerdos se hicieran seriamente.

En la frontera esperaron noticias sobre el parecer de Pincén, a la vez que se arbitraron los medios para cumplir lo pactado. El 11 de enero de 1873, Borges le informó a Gainza que todavía no le había llegado aviso de haber regresado la comisión de Pincén. "Así lo sepa", le escribió, "marcharé en el acto al oeste". Entretanto se ocuparía de averiguar si se habían recibido y entregado los caballos de Pincén.

La situación en aquella frontera no era la más deseada. Un escueto pero claro panorama le pintó Borges a Gainza el 17 de enero (mientras esperaba el regreso de la comisión de Pincén trayéndole la respuesta del cacique):

> *Los partidos de Rojas, Pergamino, puntas del Arroyo del Medio Pelado y el mismo Junín están llenados de haciendas y cada vez más introducen más y más, y esto me tiene con zozobra, pesa una inmensa responsabilidad sobre mí, y trato por esa razón de cubrir de la manera que creo ofrece mayores garantías de seguridad.*

Borges le comunicó a Gainza la necesidad de reforzar la segunda línea de fortines. Le decía que el calor de ese enero era más agobiante que otros años, y que los animales sufrían enormemente por la invasión de insectos chupasangre que diezmaban las caballadas. Zeballos los describe de este modo:

> *La sabandija es uno de los grandes enemigos de toda expedi-*

ción militar. Llámase sabandijas a los insectos ofensivos como los mosquitos, zancudos y moscas bravas, que durante la estación de los ardientes calores de la pampa hacen casi imposible la vida, pues acosan al hombre de una manera terrible. Los animales sucumben a veces al asalto de las plagas y los caballos sufren torturas indescriptibles por lo general, se lanzan desesperados a la carrera, bañados en su propia sangre, que mana de las heridas que les abre el aguijón de la mosca brava, y a las cuales sucumben no pocas veces.

Concluyó Borges su informe al ministro expresando una doble preocupación: que si no refrescaba a tiempo los iba a tomar el rigor del invierno con los caballos a la miseria, y que nada sabía aún de la comisión de Pincén.

Diez días después, aún no había noticias. Borges se lo comunicó a Gainza diciendo: “Espero con impaciencia la llegada de la comisión de Picen para ver si arreglo definitivamente los tratados de paz”.

Mientras tanto, Calfucurá cerró negociaciones de paz con el gobierno el 30 de enero y le escribió a Gainza formulándole sus peticiones, a la vez que, haciendo gala -una vez más- de la representación de todo el pueblo indio (a la que hacía poco honor), le reclamó al ministro, con una de las pocas frases célebres que se le conocen: “Nosotros, que somos dueños de esta América, no es justo que nos dejen sin campo”.

Su hijo Manuel Namuncurá ya contaba con el apoyo del anciano cacique para sucederlo en el trono salinero. Lo envió como emisario en todas las negociaciones importantes y le escribió a Gainza:

Excmo. señor, mi hijo Namuncurá pide se le mande un sello con el nombre de él como igual al mío y otro a Reumay.[1]

[1] El subrayado es mío.

Pincén se hallaba atado de pies y manos. Las deliberaciones deben haber sido intensas en sus toldos y probablemente

arreciaban las dudas sobre las actitudes que en definitiva iban a tomar los jefes de frontera. El gobierno especulaba con que el cacique no iba a atacar mientras hubiera gente suya prisionera.

El 1 de febrero de 1873, Gainza le manifestó a Rivas que la comisión de Pincén aún no había regresado, aunque hacía mucho que había salido para sus toldos, y agregaba: "Pero como yo le tengo los chinos y chinas prisioneros, y hay algunos de importancia, no creo que nos invadan".

En la soledad de su toldo, el cacique meditaba los pasos a seguir; su corazón no le permitía ver otra alternativa. Mandó llamar a Bernardo Namuncurá como escribiente y le dictó una carta para el presidente Sarmiento y otra para el ministro de Guerra. Luego despachó la comisión con las notas e instrucciones para proseguir las negociaciones, en las que aspiraba lograr la libertad de su gente prisionera a cambio de firmar la paz, pero no quería ser burlado.

En horas de la noche del 1 de febrero, la comisión llegó al fuerte. El diálogo con Borges lo puso al tanto de los requerimientos del cacique. Y el 3 de febrero Borges le informó a Gainza:

> *En este momento recibo aviso del Oeste que en la noche del Iº ha llegado la comisión de Picen y recibió una carta de éste que incluyo a V.E. así como una dirigida al señor presidente... una vez allí veré lo que puede hacerse entreteniéndolos hasta recibir instrucciones de V.E. y me diga también si permitir bajar los capitanejos a verse con V.E. como pide Picen.*

Pero el gobierno enfrentaba un problema que hacía desviar la mente de los funcionarios de las cuestiones de frontera: la invasión del caudillo entrerriano Ricardo López Jordán. Borges estaba inquieto porque tenía una comisión india esperando una respuesta y Gainza no contestaba los requerimientos hechos por Pincén.

El cacique Manuel Namuncurá

El 7 de febrero de 1873, Borges le reclamaba al ministro llevar ya dos días esperando su resolución sobre el asunto Pincén...

Veo por los diarios la invasión de López Jordán y esta malhadada circunstancia, que nos obligará a desguarnecer nuevamente las fronteras, hará también modificar nuestras exigencias y conductas con los indios y acceder a sus pedidos a fin de que nos dejen tranquilos por esta parte, por lo que ahora más que nunca creo conviene permita V.E. bajar los comisionados de Picen a verse con V.E. que es todo el deseo de ellos, les demos los 400 animales que piden para empezar el trato, unos cuantos indios de los más insignificantes apreciándoles los más importantes a la iniciación de los tratados y entrega por su parte de los cautivos cristianos. Todo esto en el supuesto de que la invasión de Jordán sea positiva y haya que desguarnecer las fronteras.

1. El subrayado es mío.

De modo que según la evaluación del coronel Francisco Borges, en consonancia con el pensamiento de Martín de Gainza, de no existir el problema de Ricardo López Jordán se hubieran seguido dilatando las negociaciones hasta obtener resultados más ventajosos para el gobierno; pero de continuar la situación creada por aquella sublevación e invasión, el Estado se veía obligado a hacer más concesiones de las pensadas a fin de mantener la paz en la frontera, que iba a quedar desguarnecida.

Aparecerían, sin embargo, complicaciones que resolver. El 8 de febrero Gainza le comentó a Borges que todo el gasto que implicaba otorgar el fraccionamiento pedido debía hacerse por licitación y eso iba a demorar un poco:

> *No puedo sacar a nueva licitación hasta no quedar aclarado el asunto con Amadeo, pues sería proceder muy ligeramente. Por la carta de Pincén veo los pedidos exagerados de este indio y veo también que manda una cautiva de diez años y pide a cambio su hija y seis o siete más. Es necesario no dejarse engañar con este indio. Con la hija de él y algunos otros de los prisioneros que son de importancia lo tenemos medio agarrado, y es necesario, cuando mande un cautivo, mandarle otro, pero siempre reteniendo los más principales, hasta que hayamos arreglado definitivamente la paz.*
> *El número de cabezas que pide es excesivo, comparado con lo que se da a Calfucurá, y los arreglos que usted haga deben ser calculados en la [¿cantidad?] que este cacique manda; y casi sería mejor hacer el arreglo por semestres; pero si usted le parece que sea por trimestre no veo inconveniente. Puede estipularse darle algunos sueldos al año a él y sus capitanejos principales [...] Si lo encuentra conveniente, después de ver a la comisión de Pincén, mándele algunos regalos de animales vacunos.*

Y finalmente le manifestaba el deseo de una paz razonable, lo que implica decir que Borges debía tratar de lograr que Pincén disminuyera sus pretensiones.

Pero Borges, que conocía la racionabilidad de los pedidos del cacique, ya había despachado la comisión, con la respuesta anticipada de que el gobierno deseaba la paz y aceptaba los requerimientos hechos por Pincén (en la forma que se verá más adelante). Asimismo, le mandó decir al cacique que podía continuar el intercambio de cautivos por prisioneros. [121]

El 10 de febrero, Gainza tomó conocimiento por Borges de la llegada de la comisión y le comunicó a Rivas su satisfacción por este arribo:

> *Por fin llegó la comisión de Pincén, trayendo un cautivito de diez años y en cambio pedía su hija, su hijo político y cuatro o seis indios principales, más animales y vicios. Le he dicho a Borges que en cambio del muchacho de diez años, le mande otro de la misma edad y así sucesivamente. Que en cuanto al ganado aporte con arreglo a la tribu de Pincén; que haga algunos regalos, etc., etc., pero que no remita ningún prisionero hasta no haber concluido la paz.*

Del 16 al 18 de febrero la comisión quedó debatiendo y negociando con Borges punto por punto el acuerdo. El día anterior lo más importante debió estar acordado, porque Borges le comunicó a Gainza pormenores de las tratativas:

> *Después de doce días de permanencia en Fuerte Paz, he regresado [a Junín] ayer tarde y dentro de cuatro a seis días más habré concluido definitivamente el tratado con Picen, el que llevará la comisión para ser allí ratificado por éste y* los demás capitanejos disidentes de Calfucurá hoy adheridos a Pincén y son muchos,[1] *pues según todos los datos que he podido adquirir no deben bajar de 500 y que Picen y los suyos hacen pasar de mil.*
>
> *La familia de Picen quedará en nuestro poder como garantía del tratado hasta tanto haya entregado éste el número de cuarenta cautivos y los indios restantes le serían siendo entregados conforme esté remitiéndolos en número igual. Se*

1. El subrayado es mío.

abrirá un camino desde los toldos al Fuerte Triunfo de la Frontera Norte para que por él puedan venir a negociar al Bragado y 9 de Julio, considerándose como enemigos cualquier indio que transite por otros caminos que no sea éste, debiendo venir y regresar munidos del correspondiente pasaporte.

Se compromete Picen a dar aviso de cualquier invasión que se intente mandando chasques cortando campo y prender y devolver cualquier desertor que llegue a asilarse en sus toldos, comprometiéndose además a tratar el rescate con los indios que no obedecen sus órdenes, de todos aquellos cautivos que le sean anoticiados.

Nosotros por nuestra parte les daremos ochocientas (800) yeguas al año, 800 A[12] de yerba, 800 de azúcar, 800 cuadernillos de papel y 400 botellas de ginebra, entregándoles estas cantidades divididas en cuatro trimestres, de los cuales les mando entregar el 1° inmediatamente, el 2° a la ratificación del tratado, y los dos restantes, el 3° el 1° de junio y el 4° el 1° de octubre.

Lo que sigue es importante en cuanto al cumplimiento...

Creo ventajoso este tratado y tengo fe en que lo cumplirán si nosotros, como también lo creo, les cumplimos religiosamente. La entrega de raciones se les hará aquí en Junín, he establecido esto así para poder vigilar el que no les roben los proveedores. Las primeras 200 yeguas que voy a entregarles las he comprado a ciento cuarenta pesos m/cte. (140 m/c) son todas de cuenta y gordas de cogote. Los demás artículos los dará el proveedor de la frontera.

El señor don Juan Esteban Trejo a quien he tomado las yeguas se compromete a entregar por igual precio las que se precisan este año. Le aviso a V.E. pues es muy posible no haya contratados y él las quiera dar a este precio.

12 La arroba tiene un peso equivalente a 11,502 kilos. Una simple cuenta indica que le debían entregar anualmente poco más de 9.000 kilos de yerba y otro tanto de azúcar.

Nótese el crecimiento de la tribu de Pincén, con varios centenares de capitanejos desprendidos de la autoridad de Calfucurá, razón más que suficiente para que éste se sintiera muy molesto con Pincén. Hay que advertir también cómo los proveedores del Estado hacían su gran negocio sin importarles que con los fraudes que perpetraban comprometían la paz de la frontera y la vida de muchas personas.

De inmediato Martín de Gainza mostró su conformidad y satisfacción con el acuerdo al comunicarle a Julio A. Roca que la paz estaba hecha con Pincén y sus aliados, además de revelarle los objetivos que perseguía al hacer la paz con Calfucurá:

> *Y hasta tengo aquí un hijo de Calfucurá en comisión [...] Exijo la toma de Carhué y Salinas. Parece que si consigo esto, a la vuelta de un año tendré amarrado de pies y manos al gran general de las pampas.*

A fin de cuentas, Pincén tenía razón en sus desconfianzas para con el gobierno y sus agentes. Una y mil veces se lo había advertido a Piedra Azul, y éste, muy confiado en su habilidad, amante de los uniformes, los obsequios y las falsas distinciones -como tantos otros jefes indios-, se acercaba a dialogar y a firmar pactos a cambio de racionamiento, mientras cedía espacios de poder y geográficos.

Esta divergencia había llevado a la ruptura entre ambos. Al parecer, Calfucurá no sólo era un boroano de Chile usurpador de Carhué; tampoco sabía cuidarlo. Por el momento, Pincén no lo podía hacer; su hermana y su cuñado estaban presos, por ellos se les pedía nada menos que cuarenta cautivos; otros guerreros estaban en la misma condición y le exigían a cambio un cautivo por cada uno de los prisioneros. Se encontraba atado de pies y manos.

1. El subrayado es mío.

Pero muchos capitanejos se le habían sumado, pues él encarnaba la lucha por la defensa de las tierras y esto ejercería una fuerte presión, porque -aunque no lo pudiera imaginar en ese momento de debilidad- en poco tiempo más tendría el poder

suficiente para convertirse en el nuevo líder de la causa pampa.

Borges le informó a Gainza el 26 de febrero desde Junín:

> *Antes de ayer ha regresado a sus toldos la comisión del cacique Pincén llevando para ser allí ratificado el tratado de paz celebrado igual en un todo al que de oficio remito a V.E. para que le sirva ratificarlo igualmente y devolvérmelo para ser canjeado a la vuelta de la comisión que espero dentro de un mes. Mucho ha costado llegar a esta [instancia] por la exigencia que tenían de que les diéramos mayor cantidad de raciones* y sobre todo que les entregara la familia de Picen inmediatamente, pero al fin hemos convenido en que ésta sería la última que entregaré, conservándola en rehenes[3] *hasta tanto hayan entregado tantos cautivos como prisioneros tenemos nosotros.*

Añadía su fe en el cumplimiento fiel del tratado si daban en plazo las raciones estipuladas y si otros vándalos no se interponían robándoles los cargueros con mantas y plumas que los comisionados llevaban para vender y cambiar pacíficamente, tal como había ocurrido en Bahía Blanca poco antes.

Borges elevó al ministro de Guerra el tratado para su ratificación con el pedido de que volviera firmado el día 13 de marzo para canjearlo. La fecha había sido pactada de regreso de la comisión pacificadora, y en ella fue aprobado y devuelto a la frontera.

Varios temas preocupaban a los jefes de los cantones por entonces: la llamada “sabandija”, que enflaquecía los caballos; la sequía del verano con la consecuente falta de aguadas y pasturas; la falta de maíz para las caballadas, por no haber llegado aún el tiempo de la cosecha; y el alambrado de la línea oeste desde Melincué, cuyo extendido definitivo Borges reclamaba permanentemente al ministro.

Gainza le había manifestado el 27 de febrero de 1873 al gobernador de Buenos Aires su preocupación por el estado en que se encontraba la frontera y en particular el fuerte Lavalle Norte a

cargo de Borges. Pero el gobernador le contestó evasivamente que, pese al estado en que se hallaba, la frontera estaba protegida por el valor y la sapiencia de los oficiales que estaban al mando y al frente de las líneas.

A buen entendedor, pocas palabras. El gobierno nacional no estaba dispuesto a invertir fondos en la lucha de fronteras, teniendo su atención puesta en las luchas intestinas que le demandaban mucho dinero. Esto significaba también que tampoco iban a ser suficientes los fondos para la compra del racionamiento pactado con las tribus, viéndoselas en figurillas los jefes de frontera y encargados de las negociaciones de paz para hacer coincidir los reclamos aborígenes con la disponibilidad de recursos con que contaba el Ministerio de Guerra.

Los jefes de frontera procuraban la paz, porque además ésta les permitía conocer la ubicación de las tolderías, el número de guerreros de cada tribu y las posibilidades reales de avanzar la frontera o consolidar las posiciones alcanzadas. Aun contando con felicitaciones de sus superiores, no dejaban de preocuparse, ya que todos los esfuerzos invertidos podían desmoronarse por las luchas intestinas, las licitaciones que demoraban la provisión de racionamientos acordados y los proveedores, verdaderas aves de rapiña que sacaban tajada de los acuerdos de paz.

A modo de ejemplo: el Estado les compraba ganado al precio de gordo, pero a las tribus les llegaba flaco y del peor. Consecuencia: las tribus, insatisfechas porque no podían recuperar a sus familiares presos en los fuertes de frontera y tampoco eran retribuidos conforme se había acordado, otra vez desprendían los malones, con muerte y desolación sobre la frontera, cautivos cristianos, incursiones militares, más muerte, desolación, cautivos indios, nuevos tratados de paz, y los proveedores con los bolsillos llenos.

La sentencia del comandante Manuel Prado

La rapiña de estos sujetos debió producir hondo impacto en la mente de aquel joven cadete de quince años incorporado a la frontera de Trenque Lauquen, para que años después, en su

madurez, definiera a los proveedores con estas palabras:

> *Cuando nos manden a la basura por inútiles, iremos todos ladrando de pobres, sin pan para los cachorros, mientras ellos [los proveedores enriquecidos a expensas del Estado] serán ricos y panzones, cebados con sangre de milicos, dueños sin que les cueste un medio de todas estas tierras que dejamos jalonadas con huesos de nuestras osamentas [...].*
> *Habían conquistado 21.000 leguas de territorio y más tarde, cuando esa inmensa riqueza hubo pasado a manos del especulador que la adquirió sin mayor esfuerzo ni trabajo [los proveedores luego devenidos en propietarios de miles de hectáreas], muchos de ellos [gauchos y milicos] no hallaron siquiera en la estercolera del hospital, rincón mezquino en que exhalar el último aliento de una vida de heroísmo, de abnegación y de verdadero patriotismo [...]*
> *Al verse después en muchos casos, despilfarrada la tierra pública, marchanteada en concesiones fabulosas de treinta y más leguas, al ver la garra de favoritos audaces clavada hasta las entrañas del país y al ver como la codicia les dilataba las fauces y les provocaba babeos innobles de lujurioso apetito, daban ganas de maldecir la gloriosa conquista.*
> *Pero así es el mundo, los tontos amasan la torta y los vivos se la comen.* (Prado, 1976)

Una de las firmas proveedoras del Estado era Roca Hermanos, uno de los tantos "favoritos audaces" que clavó sus garras en las entrañas del país apropiándose de miles de hectáreas de campo.

El 1 de marzo, Borges le respondió a Gainza que se alegraba por la aprobación del tratado. "Ahora necesitamos estar en disposición de poder racionarlos inmediatamente", añadía. Había pactado con Pincén que ratificara para el día 15 de ese mes, pero el Estado tenía otros tiempos:

> *Por lo que V.E. me dice tendremos que faltar a causa de*

tener que sacarse a licitación esta provisión y no hay tiempo material para poder hacerlo, espero por lo tanto me indique V.E. el medio para salvar este inconveniente.

El ministro le contestó el 4 de marzo:

Recibí su carta del 1°. Los tratados de Pincén están ratificados, previéndole únicamente agregue un pequeño artículo que de hecho se ejecuta, cuando los indios faltan a sus compromisos; pero que es necesario consignarlo.

Es curioso: el jefe de frontera Francisco Borges preocupado por los casi seguros incumplimientos en los que iba a incurrir el Estado, y el ministro Gainza sabiendo que ello iba a ocurrir, además de complicar la negociación al incluir una nueva exigencia en un tratado ya negociado, previendo sanciones si acaso los indios no cumplían con lo pactado.

No va a ser Pincén quien deje de cumplir, como se verá.

Gainza se había mostrado prematuramente triunfalista ante Julio A. Roca al hacerle saber que le exigiría a Calfucurá la entrega de Carhué y que estimaba que en un año tendría a Piedra Azul amarrado de pies y manos. En algún momento las negociaciones de paz con los salineros entraron en un callejón sin salida, y todo hacía presagiar una ruptura en los acuerdos logrados.

La exigencia de abandonar Carhué era inaceptable porque significaba nada menos que el éxodo de su pueblo hacia la precordillera y, por otro lado, darle la razón a todos los capitanejos que se habían ido con Pincén. En consecuencia, por aquellos días se temía una gran invasión de Calfucurá. Por eso Borges solicitó reforzar la frontera.

Luego de visitar los toldos de Calfucurá, unos indios de Catriel le avisaron a Rivas que tal invasión no se iba a realizar. Envalentonado, quien debía contener la supuesta arremetida alardeó ante el ministro:

Temo tanto a la invasión de Calfucurá con los araucanos,

que voy a prender velas a San Antonio para que se realice; si tal sucede, le garantizo que les voy a dar una sableada que es probable no la olvidarán en su vida.

El nerviosismo que generaba la situación a algunos los envalentonaba; otros preferían no hablar, y la mayoría se preparaba silenciosamente para "el baile" que podía llegar en cualquier momento. En las tolderías seguramente se sabía que esto no era más que una jugarreta de Calfucurá para demostrarle al gobierno cuán enojado estaba por solicitarle que abandonara Carhué. No podía ignorar que ése era el objetivo. Calfucurá se inclinó por no tensar demasiado la cuerda; y a la frontera la tranquilidad llegó dos días después, cuando el jefe salinero le avisó a Rivas que todo estaba tranquilo en Salinas y le pidió algunos vacunos.

Mientras tanto, se esperaba que Pincén ratificara el tratado; pero él había recibido noticias de que el valentón Rivas iba a sablear a Calfucurá. Pues bien, si Piedra Azul iba a ser sableado y estaba negociando la paz, ¿qué seguridad podía tener Pincén de que esa sableada no lo alcanzaría también a él?

Por otra parte, la "sabandija" había hecho estragos entre la caballada, y a Rivas no se le ocurrió mejor idea que realizar una operación combinada con los indios de Catriel para apoderarse de la caballada de Calfucurá. Le pidió permiso a Sarmiento el 2 de abril de 1873 y, al parecer, el presidente se lo otorgó. La operación se puso en marcha en los primeros días de abril, con Murga a la cabeza, pero se debió suspender porque a raíz de las copiosas lluvias en el oeste de la provincia de Buenos Aires las tribus habían trasladado las caballadas más al oeste. Rivas decidió entonces abandonar la idea que tenía, le dio a Calfucurá los caballos que pedía y prosiguió con él las negociaciones.

Comenzaron a registrarse innumerables invasiones que se atribuían a los indios que habían invadido el sur de Córdoba, a los ranqueles de Mariano Rosas y de alguna manera también a algunos capitanejos de Calfucurá; pero no se sospechaba de Pincén. El cacique cumplía con las cláusulas pactadas, pese a las

reservas que tenía y aun cuando el tratado no estaba definitivamente concluido.

En efecto, Pincén informó a las autoridades y jefes militares las invasiones que se preparaban cerca de la frontera. El 14 de abril de 1873, el oficial Augusto Daus, desde 9 de Julio (zona que comandaba) le escribió a Garmendia:

> *Me apresuro a comunicar a usted que en este momento llegó chasque que envía el cacique amigo Pincén al comandante Lagos que se hallaba aquí, donde le dice que a diez leguas de Las Tunas está acampada una fuerte invasión que se dirige a nuestra frontera.*

Se refería Borges a lo mismo en carta a Gainza fechada una semana después:

> *Estamos esperando por momento la invasión que nos traen los ranqueles que en los primeros momentos como creía V.E. por mi telegrama de ayer, creí fuese de grandes proporciones, pero posteriormente recibí nuevos avisos los que me han mostrado que se trata por lo pronto de invasiones ordinarias, pues el aviso comunicado por Picen es el siguiente: que los capitanejos Añosa y Martrú "ranqueles" y otros indios sueltos tratan de mandar invasiones parciales mientras reúnen mayor número de indios para hacer una gran invasión.*
> *Los chasques dicen que al pasar por Las Tunas han encontrado una fuerza acampada cuyo número no pueden calcular por haber pasado de noche y que saben están mal montados.*

También estaba interiorizado Lagos de la invasión que se preparaba. Y en una misiva fechada el 16 de abril de 1873, puso al ministro al tanto de algunos detalles:

> *Ya debe conocer V.E. por el coronel Borges las noticias de in-*

vasión que nos transmite Picen, tan ciertas, que el chasque que traía la noticia se ha encontrado la invasión acampada en Maye- Lauquen, donde esperaban la incorporación de otros indios para encaminarse directamente a dar su malón. La fuerza principal se compone de ranqueles, y estos vienen a situarse por dos o tres meses a inmediaciones de Las Tunas.

Tres días después, Gainza le escribió a Rivas sobre esta concentración de indios ranqueles en Maye Lauquen y Las Tunas. Y el 21 de abril, Borges le volvió a comentar al ministro las novedades sobre la probable invasión y la marcha de las negociaciones de paz:

Hasta este momento, 11 de la noche, no tenemos novedades ninguna [sic], los indios no se hacen sentir por ninguna parte [...] La comisión de Pincén debe haber salido hoy de regreso para los toldos pues le he dado orden a Lagos que la despachara. Según me dicen estos indios en estos días va a mandarme Picén varios cautivos, entre ellos un jovencito hijo de un mayordomo.

Se refiere a un joven que otros indios habían hecho cautivo y Pincén había trabajado mucho para conseguirlo.

El esfuerzo que hacía para recuperar a su gente era extraordinario. Los cautivos que debía enviar -más de cincuenta- los compraba a otras tribus. Debía pagar bien por ellos y lo hacía sin dubitar, pues sólo al entregar tal cantidad podía recuperar a sus familiares y demás miembros de su tribu.

La comisión que había enviado regresaba a sus toldos tras haber estado más de doce días en el fuerte Paz. Los comisionados explicaron al cacique las razones de su demora. El cacique quedó más tranquilo y -luego de convocar al escribiente Bernardo Namuncurá- desde Choique Loo (Médano del Avestruz) le escribió a Borges el 12 de mayo de 1873:

Mi muy respetado hermano:
Por ésta tengo el mayor gusto en contestarle la suya de fecha 13 de febrero, en la que me he impuesto de todo, tanto en su estimada nota como de palabra, como que yo le mandé una persona entendida y él me ha impuesto de todo.

Respetado señor: mi demora ha sido por causa de los cuentos que nos decían, que la guerra nos traía el señor general Rivas y que era por la orden del señor ministro de Guerra y así estábamos muy prontos a recibirlo [ya] que cada uno de nosotros íbamos a entrar en las fronteras y para ver si era cierto lo que se decía, tuve que mandar a Angilem y además dándole saber que salían unos indios gauchos para esas fronteras. Pero siento que me lo hubieran detenido, pero sin embargo le han dado la libertad y así es que hoy vuelvo a mandar a mis capitanes, que es el capitán Curumancu, Colliú y Licancio [...] son los que van encabezando a mi gente y mi Segundo Nahuel Payún manda al capitán Caniuy con otros más.
Así es, señor, usted vea que quisimos tratar de todo corazón y sólo esperamos que usted cumpla con nosotros, como jefe de frontera y yo no le he de faltar a usted ni tampoco mis indios que tengo a mi mando y también espero en usted que no me ha de faltar. No sea cosa que me quiera quitar los campos como lo están haciendo con nuestro general, que le quieren quitar Cargüé.
Pero señor, si están en ese acuerdo, que van a quitar Cargüé, es que todos los capitanes están muy enojados y está en riesgo que no trate [la paz] este señor general, pero él sabrá cómo hacer sus cosas. Yo no me adelanto más, todo le hablaré por lo que me convenga.
Señor, pido a usted me largue pues a toda mi familia y un indio que se halla en donde Martín Rodiyaú, llamado Juan Díaz y la mujer de Licancio llamada Como con los cinco hijos, Cohigual y mi hermana llamada Leflay y otra muchacha llamada como ésta [...] y Roni un viejo y la hija llamada Nipay y la muchacha Trenti Calviguen e Ilcha, en

fin, a toda mi familia espero que me los mande sin falta alguna, así es que hoy le mando cuatro cautivas pero éstas me han costado mis buenas prendas y un gran trabajo como ellas le dirán.
Por el chico que usted me pedía no he podido conseguirlo pues había dado ocho chicos y otras prendas [y] no me lo quieren largar. Por éste es el motivo que no se lo mando.
Respetado señor, hoy le firmo los tratados, aunque es poco lo que me da, pero espero que la ración no sea desflorada, que sean buenos animales y espero me los mande pronto sin demora ninguna. No sea que usted me esté diciendo luego que no hay haciendas.
Señor, además espero de usted me les haga buenos regalos a mis capitanes y a los soldados, y a mí espero me mande dos ponchos de dos paños finos pero que sean lindos y un cojinillo arribeño con sobrepuesto de gamuza y recado todo completo y a Nahuel Payún espero le mande un poncho lindo de paño y a la comisión espero le regale de igual.
Señor, ya usted se enterará de mis buenos deseos pero pido a usted que se me aumente la hacienda sea de cuatrocientos y las cosas de vicios. Señor, le firmo los tratados para que usted no viva en desconfianza, así nada más, mi respetado hermano, sólo espera salud y vida, éste su afectísimo hermano.
Bísente Catrinau y Piseñ

Para Antonio Díaz Fernández, Leflay (o *leflai)* significa "no voló" o "no corrió". Según el *Diccionario mapuche* de María Espósito, significa "inmortal".

El término *nuestro* del tercer párrafo, que adjetiva a "general", parece introducido por el escribiente Bernardo Namuncurá. Los salineros sabían de las pretensiones del gobierno sobre el Carhué. Bernardo Namuncurá estaba negociando la paz con Rivas y firmó el tratado en nombre de Calfucurá, quien por escrito accedió a las exigencias del gobierno. Se lee en el artículo 4º:

Siendo indispensable para el cumplimiento de los artículos contenidos en este tratado la ocupación del Carhué, como punto estratégico; el cacique don Juan Calfucurá y sus tribus no se opondrán ni directa ni indirectamente a su ocupación, por el contrario, contribuirá con cien de sus indios, y un capitanejo de confianza a la cabeza para aumentar la fuerza cristiana y hacerla así más respetada de sus indios.

El tratado es extenso; en él se acuerda la posible ocupación de las tierras del Sauce Corto o Pihué (Pigüé) por parte de Calfucurá y sus indios, donde se les daría instrumentos de labranza y racionamiento. Volvamos a la carta de Pincén: Licancio era uno de los integrantes de la partida que llevó la nota de Pincén; tal vez se ofreció para integrar la comisión, preocupado por la situación de su esposa (Como) y sus cinco hijos, presos del ejército.

El precio que Pincén estaba pagando por recuperar los cautivos indios del fuerte Paz era muy alto. Las cautivas devueltas podían dar fe de ello. Pincén había ofrecido ocho niños y prendas de vestir a la tribu que tenía el joven que Borges deseaba recuperar, pero no había podido convencer al cacique de esa tribu. Debe haber sido muy especial ese joven para que un jefe de frontera se ocupara especialmente de él y un cacique no lo entregara a otro cacique a cambio de ocho niños y prendas de vestir. Tal vez el que lo tenía cautivo especuló con obtener más beneficios a sabiendas de que Pincén era presionado para conseguir que se lo diera.

Quien haya leído cartas de caciques como Calfucurá, Namuncurá, Mariano Rosas y otros coincidirá en que Pincén no hacía pedidos desmedidos, sino los usuales en una tratativa de paz, como ritual de cortesía.

El escribiente Bernardo Namuncurá pidió permiso a Pincén para enviar una carta a Borges. Aprovechando la oportunidad para hacer algunos pedidos personales y lamentarse de su suerte, Namuncurá le decía:

Señor, usted se ha de acordar que yo soy el secretario del

señor general don Juan Calfucurá, que hace como más de diez años que estoy en este servicio, pero sin suerte ninguna. Sólo sirvo para enemigo de los jefes, no de usted, señor.
Hoy me llama este señor cacique Piseñ con quien está usted tratando. Yo he hablado mucho con él, hasta que lo he convencido y lo he hecho firmar los tratados y soy yo que firmo a ruego de estos dos caciques, pues ahora verá que hago para el buen vivir, pero así espero de usted me mande poncho de paño lindo y un par [de] botas, dos mudas de ropa, dos chiripás de paño fino, un sombrero [de] felpa que yo le agradeceré infinitamente, así no me estiendo más.
Sólo pide este cacique Piséñ que se le pase a este capitán Currimancú que se va con otros para Buenos [Aires] y le pide que todos los que van a esa frontera se irán con pase y el que no lleve pase tendrá el castigo y [no] será largado hasta no llegar la orden de este cacique así no se me ofrece otra cosa de éste su afectuoso servidor.
Bernardo Namuncurá

Esta carta explica de algún modo por qué Pincén llamó a Bernardo Namuncurá. Los Curá se habían dirigido en otras oportunidades por carta al arzobispo Aneiros; y para obtener la liberación de su gente prisionera y hablar con el ministro Gainza, Pincén necesitaba que interviniera la máxima autoridad eclesiástica.

La paz que firmó Pincén

Las rencillas domésticas argentinas fueron complicando el panorama nacional, a tal punto que ese mismo mes, mayo de 1873, el ministro Gainza debió constituirse en la ciudad de Paraná. Fue reemplazado interinamente en Buenos Aires por Uladislao Frías. La causa era un nuevo levantamiento de López Jordán, aunque esta vez el enfrentamiento iba a ser decisivo.

No es difícil imaginar que toda la atención y actividad del gobierno, tanto política como económica, la de sus principales figuras y por supuesto también del ministro de Guerra, se

centraron en la provincia de Entre Ríos, quedando todo lo concerniente a los arreglos con las tribus en manos de los proveedores, de los jefes fronterizos de segunda línea y, en última instancia, del ministro interino. No necesito explicar lo que empezó a ocurrir.

Los proveedores enviaban el racionamiento que querían y cuando querían, actitud que trajo como consecuencia que los caciques tomaran represalia contra la frontera, acusando a los jefes fronterizos de ladrones. Malón tras malón, la paz comenzó a abandonar las pampas y todos los esfuerzos hechos hasta el momento se dilapidaron.

La comisión enviada por Pincén a Buenos Aires debió demorarse un tiempo en el fuerte Paz. En la pampa, un acontecimiento provocó un nuevo tambaleo del escenario donde se desarrollaban los hechos: el 3 de junio de 1873 a las diez de la noche, en Chiloé, falleció el cacique Juan Calfucurá.

La ocupación de Carhué, acordada con Piedra Azul, quedó en la letra de un tratado, igualmente refrendado por sus hijos Namuncurá y Reumay. Sin embargo, se ha sostenido que antes de morir, Calfucurá les pidió a los herederos del trono pampa que no abandonasen el paraje. La situación en Entre Ríos no sólo insumía atención, también obligaba a los traslados de armamento, soldados y oficiales.

El tratado de paz entre el gobierno y Pincén, aprobado definitivamente por el Ministerio de Guerra, quedó sellado el 14 de junio de 1873. He aquí el texto completo:

> *Don Francisco Borges, coronel de la República Argentina y comandante en jefe de las Fronteras Oeste y Norte de Buenos Aires y Sud de Santa Fe, en representación del Excmo. Gobierno de la Nación, y los capitanejos Juan Curuñancu Caniu y Licancio en representación de los caciques Vicente Catinau Pisen y Naguel Payan [Nahuel Payún] y de los capitanejos Santiago Chico, Nahuen, Ambrosio, Chanchillán, Auncao, Nicull, Millauchel, Urquizano, Gerónimo Vinaiché, Praimán, Pablo Lefúo,*

Vicente Chico, José Badía, Huerafrán López, Soldado Pedro Chanquelán, Aamancú, Cumindo, Catendrú, Antelao y Coliqueo Ignacio (Segundo) han convenido en lo siguiente:
Artículo 1°: Desde hoy en adelante los caciques y capitanejos, arriba expresados, y que firman el presente tratado por sí o según son representados, se comprometen a

mantener a sus tribus en la más completa paz con el gobierno y pueblo de la República Argén-
tina, y por su parte el Gobierno Argentino se compromete a proteger y amparar la residencia tranquila y permanente de dichos caciques, capitanejos y sus tribus en los campos que actualmente ocupan.
Artículo 2°: En el terreno intermedio de la línea de fronteras y los campos fijados para residencia de las tribus, el jefe de frontera podrá establecer los fortines que juzgue necesario y en el caso de establecer algún poblador de una u otra de las partes contratantes fuera de la línea necesitará licencia escrita del jefe de la frontera.
Artículo 3°: Los caciques y capitanejos quedan obligados a entregar al jefe de la frontera a los desertores o cristianos que van a asilarse entre ellos, debiendo el jefe de la frontera pagar los gastos de remisión y a regalar con generosidad a la comisión que venga a entregarlos.
Artículo 4°: El Gobierno Nacional se compromete a hacer respetar la ocupación de los campos que hoy ocupan las tribus, a no invadirlos nunca y a que puedan vivir tranquilamente bajo el amparo del gobierno[4] *y en el caso de que alguna vez los capitanejos o indios nieguen la autoridad del cacique Picen, el jefe de la frontera lo ayudará a hacer obedecer y considerará como enemigos a los indios que se subleven.*
Artículo 5°: La tribu del cacique Picen podrá comerciar libremente con las poblaciones cristianas, con la obligación de hacer este comercio entrando y saliendo siempre por el fuerte Triunfo de la Frontera Norte y debiendo presentarse siempre a la entrada y salida al jefe del fuerte referido, quien

les permitirá descansar allí y les dará mantención, considerándose como enemiga toda comisión que venga armada por otro camino y que no sea el del Triunfo o no haya pasaporte del cacique.
Artículo 6°: Los caciques y capitanejos se comprometen a no dejar pasar por sus campos ninguna invasión contra las poblaciones de la República Argentina y a dar aviso por chasques cortando campo de cualquier invasión que aunque no deba pasar por sus campos tengan noticias de que se prepara o dirige contra las referidas poblaciones.

Artículo 7°: Los caciques y capitanejos que firman este tratado reconocen la soberanía del Gobierno Argentino sobre todo el territorio de la República y el Gobierno Argentino reconoce a las tribus del cacique Picen la posesión tranquila de los campos que ocupan.
Artículo 8°: El Gobierno Argentino se compromete a entregar al cacique Picen todos los prisioneros y familias que tiene pertenecientes a su tribu y el cacique Picen se compromete a entregar todas las cautivas cristianas que existen en su tribu, debiendo efectuarse el cambio de cautivos y prisioneros a número igual y conforme los vaya entregando el referido cacique Picen.
Artículo 9°: El cacique Picen se compromete también a negociar con las tribus que no obedecen sus órdenes, las cautivas que estos pueden tener y que le indique el jefe de las fronteras, siendo éste el que pagará el rescate que con anticipación se haya combinado.
Artículo 10°: El Gobierno Argentino se compromete también a entregar al cacique Picen para mantención de su tribu la cantidad de doscientas yeguas de cuenta, doscientas libras de yerba, doscientas de azúcar, doscientas de tabaco, doscientos cuadernillos de papel y cien botellas de ginebra cada tres meses, o sea, 800 yeguas, 800 libras de yerba, 800 de azúcar, 800 de tabaco, 800 cuadernillos de papel y 400 botellas de ginebra al año en cuatro entregas y entregando la I^{o} inmediatamente, la 2° una vez firmado el tratado por los caciques Picen y Nahuel Payan y los capitanejos

expresados, la 3° el día 1° de julio del presente año y la 4° el 1° de octubre, efectuándose el racionamiento en el pueblo de Junín, por el jefe de la frontera quien cuidará de que tanto los animales como los demás sean de superior calidad y exactamente lo convenido en el presente.

Artículo 11: El cacique Picen se compromete a ordenar que las comisiones que vengan a negociar con las poblaciones cristianas no cometan robos ni violencia alguna, en la inteligencia que si algún indio llega a cometer algún delito será castigado por el jefe de la frontera con arreglo a las leyes de los cristianos y también a devolver y entregar al jefe de la frontera a cualquier indio o capitanejo de su tribu que llega a faltar a lo convenido en este tratado de paz como asimismo el jefe de la frontera se compromete a castigar con toda severidad a cualquier cristiano o indio de su dependencia que llegue a faltar en lo más mínimo a los indios que vengan pacíficamente a negociar o/a cualquiera de los artículos del tratado.

Artículo 12: Tanto el jefe de la frontera en representación del Gobierno Argentino, como los caciques y capitanejos que firman este tratado, se comprometen bajo el más solemne juramento a cumplir fielmente en todas sus partes, en fe de lo cual firman a continuación. A ruego del cacique Picen, Nahuel Payún por no saber firmar, firmó

Bernardo Namuncurá

El sepelio de Calfucurá

Le contaba un anciano indio a Luis Scalese, historiador de Trenque Lauquen: "Poco tiempo después de la muerte del gran cacique Calfucurá, nuevamente seguí a mi madre a la fiesta de Namuncurá, que iba con elementos de la tribu de Cipriano Catriel, ya que mi padre, muerto por heridas recibidas en una corrida de los *huiricas,* había sido su mayor platero". Al recordar al padre se siente orgulloso, pues era también muy bailarín y lancero. Entonces, ahogando una sonrisa de satisfacción, recuerda "el cierre cosido con tientos, el cuero fresco que encerró su cadáver y que lloró cuando vio matar el caballo emprendado sobre su

tumba". Una india vieja interrumpe para agregar que ella sabe que se solía enterrar a los indios con sus pertenencias, ya que también su padre, conducido por el caballo hasta los toldos de Trenque Lauquen, herido mortalmente, fue enterrado con un trozo de lanza rota incrustada en las espaldas "para que fuera usada por el muerto, en el reino del Gualicho".

El anciano indio continúa su relato sobre Calfucurá:

Llegamos a Salinas Grandes (Chasileu) y en todos los claros del monte de Caldén, había en preparación asados de vaca y de potranca, mientras que la gente, que eran familias enteras, de quién sabe cuántas leguas a la redonda, formaba grupos de bailes con tamboriles, cornetas y ruidos. También se negociaban muchos casamientos, pues los mozos ofrecían a los padres, haciendas, prendas y otras chucherías, según su grado de riqueza y se prometía en canje de la novia a primera vista o ya conocidos.

En una gran explanada estaban los caciques, que hablaban y bebían, preparando sus correrías, negociaciones de haciendas con enviados chilenos del Arauco o entraban en la rueda de los bailarines gritando, besando, "loncoteando", y tirándose por la pendiente de un barranco, que bajaba a la laguna, volviendo blancos de sal, con sus camisas o taparrabo hecho jirones y entrando otra vez en rueda o yendo a comer asado, bebiendo aguardiente en abundancia.

En un momento dado, las cornetas y los gritos de atención concentraron toda la gente y Namuncurá presentó los nuevos caciques y capitanejos a quienes había que obedecer, entre ellos, uno de ojos atrevidos que se llamaba Pincén.

¿Por qué está Pincén en el entierro de Calfucurá? La respuesta más humana (que estar en el sepelio de quien lo había traicionado un año antes no disminuía para él su virtud) o más política que pueda encontrar el lector -que era un modo de mostrar ante los hijos de Cafulcurá su capacidad para superar las disidencias internas contra el enemigo común- acaso explique aquello que nos

revela la transmisión oral.

Gestiones en Buenos Aires

Luego de formalizar el tratado de paz, parte de la comisión de Pincén regresó a los toldos y el capitanejo Curruñancu ("Avestruz negro", de *curru:* "negro" y *ñancu:* "avestruz"), con algunos más, se dirigió del fuerte Paz a Buenos Aires. Luego de varios días de marcha, fueron recibidos por el ministro interino de Guerra Frías y por Eudoro Balsa, quien de inmediato le notificó a Gainza lo ocurrido. Este le contestó el 21 de junio de 1873: "Recomendé la comisión de Pincén. Me alegro que la hayan regalado bien".

Pero allí en Buenos Aires, en medio de sonrisas burlonas mal disimuladas, tratados como algo exótico, deben haber advertido que todo el mundo hablaba de Entre Ríos, de López Jordán, y que nadie ponía su atención en el problema que querían plantear. Seguramente comenzaron a sospechar que sus requerimientos iban a pasar a un segundo plano.

La comisión de Pincén fue retenida en Buenos Aires, tal vez a la espera de una respuesta o para que a su regreso por la frontera no advirtiera el alejamiento de las tropas. Si algo no debían saber era que los regimientos irían eventualmente a reforzar las fuerzas de Entre Ríos, y en algún momento las fronteras quedarían desguarnecidas.

Estamos en 1873. El 21 de junio, ocho indios más de la tribu de Pincén fueron entregados al jefe militar de la isla Martín García. Ignoraba el receptor si iban destinados al presidio o al servicio de las armas. Luego se aclaró: "Los indios de que se trata van presos en las mismas condiciones que están los demás indios". Se trataba de aquellos lanceros y mujeres que le retenían a Pincén en calidad de rehenes. Pocos días antes se había firmado un tratado de paz que, como se ve, el gobierno nunca respetó.

El 1 de julio el presidente Sarmiento y el ministro interino de Guerra, Uladislao Frías, aprobaron el tratado concertado con el recientemente fallecido Juan Calfucurá. Aun mes de su muerte, la sucesión en Salinas Grandes estaba aún en discusión. El tratado finaliza diciendo: "Por fallecimiento del señor general don Juan

Calfucurá, queda de cacique principal el señor don Manuel Namuncurá y el señor don Alvarito Reumay". Firmó a ruego de éstos -por no saber firmar los anteriores- Bernardo Namuncurá.

Si bien se estableció una conducción bipartita, luego cobró mayor protagonismo Manuel Namuncurá.

En Entre Ríos, entretanto, las fuerzas oficiales día a día se imponían frente a las adictas a López Jordán. La clave del triunfo fue el traslado de prestigiosos oficiales que actuaban en la frontera. El 10 de julio, desde Paraná, Gainza le comentó a Julio de Vedia el triunfo de Luis María Campos, anunciándole que debido a que éste se había enfermado, llamaría al coronel Francisco Borges para reemplazarlo.

De este modo, las negociaciones de paz con Pincén sufrían otra estocada: se alejaba de la frontera quien había firmado la paz con el cacique en nombre del Estado nacional y quedaba a cargo Hilario Lagos, con un estilo más duro y sin recursos para calmar el ánimo de los caciques.

La comisión de Pincén, sospechada de saber más de lo que debía, fue retenida en Buenos Aires, tal vez alojada en el batallón 6 de Retiro. El 23 de julio Eudoro Balsa le informó a Gainza los motivos:

> *Aún están desarmados los regimientos mandados al Oeste y Norte en reemplazo de los cuerpos de línea. Mañana veré nuevamente al señor presidente sobre este asunto. Entretanto y por lo que pueda [¿tronar?] no despacho las comisiones de Pizen y Calfucurá. Quizá los indios sepan lo que pasa, pero conviene que no vean.*

Los problemas con los proveedores y los jefes de frontera se acrecentaron aun más. El 28 de julio de 1873, desde Salinas Grandes, el cacique Andrés Raniqueo le manifestó a Julián Murga su queja por no haber recibido el racionamiento que le había sido prometido. No era el único. A Pincén sólo se le cumplió con el envío del primer trimestre. La Memoria de Guerra y Marina del año siguiente informará:

Racionamiento a los indios amigos: [...] Trimestrales al cacique Pincén y su tribu: Doscientas cabezas de ganado vacuno al corte sin desflorar, o igual número de yeguas de cuenta, doscientas libras de yerba paranaguá, doscientas libras de azúcar blanca segunda clase, doscientas libras tabaco negro en rama, doscientos cuadernillos papel de hilo, cien botellas de ginebra. Precio con yeguas: treinta y cuatro mil setecientos cincuenta pesos moneda corriente. [34.750 $ m/c] Con vacas: treinta y cinco mil novecientos pesos [35.900 $ m/c].

En el segundo trimestre, por provisión contratada con el proveedor Esteban Trejo (tal vez el juez de paz de 9 de Julio), bajo la fianza de Alejandro Costa, se le enviaron artículos por el valor de tan sólo el 4% de lo pactado (1.454,60 pesos fuertes). Y en el tercer trimestre, la irrisoria suma de 174,60 pesos moneda corriente en objetos varios. Concluye el informe que en todo el año se le enviaron 3.636,49 pesos moneda corriente, es decir, poco más que la suma entregada en un año a un capitanejo llamado Huincabal, de trayectoria desconocida.

En comparación con otros caciques importantes, Catriel, Calfucurá y Mariano Rosas recibieron cada uno más de 10.000 pesos fuertes por trimestre; y en total por año, la cantidad de 51.665,27; 44.998, 19 y 22.944,84 pesos moneda corriente respectivamente.

Esto no era lo acordado, pero el cacique Pincén seguramente estaba preocupado por otro incumplimiento, que constituía la razón principal por la que se había visto forzado a negociar la paz: algunos de los indios prisioneros de su tribu habían sido trasladados a Martín García. Por ello la comisión del cacique procuraba en Buenos Aires que se respetara la palabra empeñada y se los pusiera en libertad.

Gestiones realizadas por el arzobispo Aneiros posibilitaron obtener el indulto del cacique Manuel Grande y la consecuente orden de libertad. En nota de fecha 29 de agosto de 1873, se le

comunicó al comandante militar de la isla Martín García, coronel Luis Paz, lo dispuesto por el gobierno: "que con el portador venga a esta ciudad el cacique Manuel Grande y su familia, por consiguiente les dará V.S. el correspondiente pasaporte".

La comisión enviada por Pincén a Buenos Aires estaba preocupada por la actitud del gobierno, que no los dejaba regresar a los toldos. Sospechando que algo raro ocurría, recurrió al "Dios-se-sano" (Dios, Segundo y Sano, conforme lo interpretaba Calfucurá), a quien le pidieron que reclamara al gobierno la libertad de su gente.

Relata el cardenal Santiago Copello:

> *El 16 de septiembre de 1873 monseñor Aneiros se dirige al ministro del Interior, encargado del Ministerio de Guerra, en estos términos: [...] Se permite el infrascripto recomendar a V.E. la adjunta solicitud del comisionado del cacique Pincén y hasta se avanza a pedir gracia para aquellas infelices familias que no pueden ser culpables. Agradeciendo la bondad con que se ha indultado a Manuel Grande y considerando mucho menos culpables a las familias que siguen detenidas en la isla Martín García, no puedo menos de extender a ellas mi súplica, esperando todo de la generosidad del Excmo. Gobierno Nacional.*

La comisión llevaba casi tres meses en Buenos Aires, había hablado con el ministro de Guerra y con monseñor Aneiros, pero todas las gestiones resultaron infructuosas. Las familias de Pincén permanecieron en Martín García a la espera de una decisión final del ministro. En la toldería, esposos, esposas, padres e hijos lloraban desde hacía casi un año por no tener a sus seres queridos, que no habían sido tomados en combate, sino cuando estaban acampando a orillas de las lagunas y parajes entre Las Tunas y Langheló.

Pincén aún no había tomado conocimiento de la decisión final. Durante octubre y noviembre continuó reclamando, y hasta llegó a recomponer su relación con los Coliqueo (con los que estaba

distanciado desde 1861) para solicitarles que, como amigos de los cristianos, le pidiesen al gobierno por la libertad de su gente. Tampoco dieron resultado esas gestiones.

En los primeros días de diciembre de 1873, Gainza y Vedia vencieron a Ricardo López Jordán (hijo) en la batalla de Don Gonzalo,[13] acontecimiento que puso fin a la sublevación del caudillo entrerriano. Como la mayoría de sus contemporáneos, por sus méritos (combatiendo contra un compatriota en luchas intestinas), Martín de Gainza fue ascendido al grado de general.

La frontera había sido desatendida y, como consecuencia lógica, los malones recrudecieron. El 21 de diciembre de 1873, Gainza le comunicó al jefe del regimiento 5º, teniente coronel Plácido Laconcha, que era necesario y urgente enviar fuerzas a la frontera.

Pasada la Navidad, el general Ignacio Rivas llevó a cabo una expedición con rumbo a Salinas Grandes, donde tuvo un enfrentamiento con guerreros de Alvarito Reumay. El 28 de diciembre partió del fortín Ne- cochea, acompañado por Catriel, Murga y el capitanejo amigo Ancalao. En la noche del 3 de enero de 1874, un indio de este capitanejo escapó de la columna y "llevó la alarma a las primeras tolderías, que se hallaban situadas en inmediaciones de Malla Lanquen" (Malle Lauquen, en Trenque Lauquen). Aun forzando las marchas hasta ese punto, no fue posible tomar las familias que ocupaban esas tolderías, "en las que se encontraban vestigios recientes de su ocupación".

La columna fue observada y seguida por grupos de indios, que se reunieron en número de cuatrocientos y respondieron a la provocación. Del combate resultaron seis indios muertos, cuatro soldados y el teniente Benigno Palao. Si la columna llevaba como destino Salinas Grandes, desvió mucho su recorrido -tal vez a causa de perseguir al indio que escapó- y arribó a Malle Lauquen, paraje que estaba camino a los dominios de Pincén.

En los primeros días de enero del año siguiente, como veremos luego, Pincén revelará a Hilario Lagos otra versión de lo

13 En esta batalla fueron estrenados los fusiles rémington, que hicieron estragos entre los jordanistas.

ocurrido a Rivas en su expedición.

1874: agravamiento de la situación

Luego de la victoria sobre López Jordán, Martín de Gainza, además de recibir felicitaciones y estrenar su uniforme de general, dispuso la persecución del vencido y se ocupó de la captura y el destino de los soldados del bando contrario. De vez en vez reclamó desde Nogoyá el envío de tropas a la frontera.

Mientras tanto, el cólera, aparecido y expandido rápidamente en la ciudad de Buenos Aires, también se había manifestado en el seno de los regimientos de frontera. Durante noviembre y diciembre del año anterior y hasta enero de 1874 había mermado un poco, pero quedaban recidivas.

Frías le escribió a Gainza el 8 de enero informándole que el presidente de la Nación había ordenado el regreso de las fuerzas de línea a la frontera. Había gran malestar y los informes hacían alusión a la imposibilidad de contener los malones en caso de que los indios se cansaran de esperar respuestas. Pincén continuaba reclamando la entrega de los prisioneros que le habían sido tomados hacía más de un año y el cumplimiento estricto de lo pactado. Como hemos visto, una parte de ellos había sido remitida a Martín García y luego incorporada al batallón 1 de Buenos Aires. A todo esto, la cuestión se había complicado más, puesto que entre los capturados había indios de Coliqueo que se encontraban en la tribu de Pincén durante el ataque de Hilario Lagos. El 3 de enero de 1874 el cacique Justo Coliqueo se los reclamó a Lagos y éste se los negó. Los motivos se los expuso por carta al general Victorica: “Se los negué por tener algún medio con qué sujetarlo”.

Existían sospechas sobre las actitudes que podían asumir los “indios amigos” en el futuro y dudas sobre la lealtad, que los Coliqueo habían demostrado sobradamente al gobierno desde 1861. Pero Bartolomé Mitre, que había sido su primer y gran aliado, que siempre los había protegido, era candidato opositor para las elecciones de abril. ¿Qué actitud asumirían los Coliqueo? ¿Por qué se negaban a entregar al ejército a los familiares de Pincén? ¿Era una forma de colaborar para enrarecer el clima

preelectoral y demostrar adhesión a Mitre? También estaban bajo la lupa del gobierno los jefes de frontera, algunos muy cercanos al mitrismo. Las sospechas que pesaban sobre los Coliqueo dejarán de ser tales, como veremos al analizar el modo en que se perfilarían las fuerzas políticas y el enrolamiento que tendrían los distintos jefes de frontera. Romper ex profeso alianzas, la creación de sospechas infundadas y otras actitudes propias del turbulento clima político de entonces fueron corrientes en aquellos meses.

Como vimos, el cacique Justo Coliqueo, a su vez, tenía en custodia unos familiares de Pincén que se negaba a entregarle a Borges, pese a los reclamos que en tal sentido se le habían efectuado. Pincén mandó una comisión para convencer a Coliqueo de que se los entregara a él y también intercediera para que le devolvieran los que estaban en Martín García.

Hilario Lagos tildó de sospechosos a estos comisionados, suponiendo que pretendían que los indios de Coliqueo se sublevaran. El tema generó disidencias entre los hermanos Coliqueo, cuestión que se agravó más por la enfermedad mental del cacique Justo.

A partir de enero, las tropas fueron regresando a la frontera. El día 12, desde Concordia (Entre Ríos), Conrado Villegas informó a Martín de Gainza que demoraría su viaje a la frontera por encontrarse los buques en cuarentena, y le pidió permiso para enviar tropas por tierra.

En la frontera, Namuncurá tomó represalias contra Rivas por la expedición de fines de diciembre del año anterior, donde fue atacado Alvarito Reumay (hermano de Namuncurá). Pincén también había sido atacado por Rivas; sus indios se habían defendido y las “buenas paces” comenzaron a quebrantarse.

Pincén y Nahuel Payún escribieron cartas a Hilario Lagos, jefe interino de la frontera, y enviaron una comisión portadora de las mismas que se presentó por el fortín Triunfo (tal como lo establecía el tratado de paz firmado el año anterior, art. 5°). En franca violación de lo acordado, Lagos tomó prisioneros a los comisionados y, para mayor perjuicio, Victorica lo autorizó.

Esta actitud no surgía de la nada. A partir de la muerte de

Calfucurá, y en un flujo constante, más intenso que el anterior, elementos desprendidos de la tribu de Namuncurá y de otras tribus distantes de Salinas Grandes y próximas a la frontera -las más entrenadas en lidiar con los cristianos- comenzaron a unirse bajo el mando de Pincén.

Namuncurá no estaba muy feliz por el éxodo de muchos de sus capitanejos y no dejaba pasar oportunidad para atribuir a Pincén malones que él mismo realizaba, tal como acostumbraba hacerlo su padre Calfucurá.

Desde el 15 de enero, Lagos tenía información de que Pincén iba a realizar una invasión, y el chisme había tenido origen en las tolderías de Salinas Grandes. Esta sospecha se la había hecho conocer Lagos a Gainza y, temiendo que pudiera ser cierta, detuvo la comisión de Pincén, que se componía de veintitrés hombres. Al día siguiente, Lagos elevó al inspector y comandante general de Armas las cartas que portaban los comisionados; también por nota explicó su parecer. He aquí el texto completo de las misivas:

Estimado amigo:
Tengo el placer de escribirle a usted, deseando que la presente lo encuentre en la mejor felicidad con su familia y capitanes, yo quedo bueno a Dios gracias.
Me pongo el atrevimiento de escribirle por el motivo que nosotros estamos haciendo las paces, sabemos invadir por el motivo que no le dan las raciones, porque usted los tiene como una bolilla [dando vueltas] y con embrollos. Yo no he visto jefe que engañe porque no debe ser así. Porque si usted quisiera hacer las paces no haría lo que ha hecho, que se ha agarrado los treinta mil pesos y los cuatro recados de plata que le ha mandado el Señor Gobierno y el Gobierno no sabe, pero sí le encargo que no se descuide, no le vaya a salir la cuenta errada, porque lo que hace con nosotros, si a usted le hiciesen esa picardía, ¿le gustaría? Me parece que a ningún jefe le gustaría que le hiciesen esa picardía.
Por ese motivo nos sabemos enojar nosotros, porque no hemos de hacer las paces ya que nosotros no estamos para el

gusto de usted. Si usted sigue bien con nosotros y quiere hacer bien las paces nos dará mil quinientas yeguas y cien vacas, porque nosotros no tenemos con qué mantener las familias y las gentes, y cuatro barriles de azúcar y cuatro pipas de bebida y cuatro pallo de tabaco y cuatro bolsas de fariña.

Si usted no quiere hacer las paces con nosotros, entonces voy a invadirlo a usted, voy a traer familias [recuperar los cautivos indios] y a matar gente sea mujer o hombre, si es que usted no quiere hacer las paces con nosotros. Si va a cumplir con lo que digamos, vamos a estar bien tranquilos, entonces no habrá disgusto ninguno, porque estaremos todos en silencio.

El caballo que me mandó pedir se me ha perdido, así es que no tengo qué darle, y usted hágame el favor de mandarme dos yuntas de bueyes, dos ponchos de paño fino y seis mantas finas y una pieza de lienzo y cuatro sombreros de felpa y cuatro pañuelos de seda y dos guitarras y cuatro [botas] granaderas y cuatro pares de medias. A mi comisión démele todo el vestuario y vicios y que no venga con lo que llevan. Sin más lo saluda su amigo.

Naguel Payún

Es frecuente leer misivas amenazadoras de jefes de frontera dirigidas a los caciques, pero estos últimos generalmente respondían en forma sumisa para obtener los beneficios que solicitaban y como forma de congraciarse con el que, poseyendo una mayor tecnología armamentística, imponía las reglas de juego. El tono amenazante en esta carta es revelador del estado de necesidad que atravesaba la tribu de Pincén y de la impaciencia de los caciques frente a los incumplimientos del gobierno.

Curioso pedido el de las guitarras, que sólo he visto en una carta de Calfucurá. Como se advierte, en la tribu de Pincén se tocaba la guitarra y al parecer gustaban mucho de escucharla como para incluir tal solicitud en los pedidos oficiales. También en la tribu de Pincén se tocaba la acordeona, como se verá en una

comunicación del 18 de abril de 1873, en la que Borges resume a Gainza los pedidos de la tribu de Pincén con esta expresión: "Piden hasta acordeones". El pedido de bueyes tiene que ver con la necesidad de contarlos para las sementeras. Muchos documentos de la época indican que las tribuas hacía bastante tiempo habían comenzado a sembrar maíz y construir corrales para la cría de ganado.

También la autoridad máxima de ambas tribus, el cacique general Vicente Pincén, le escribió a Hilario Lagos:

> *Estimado compadre:*
> *Tengo el gusto de escribirle, deseando que la presente lo encuentre con felicidad, que por aquí yo quedo bueno con toda mi familia y mis capitanes.*
> *Escribo a usted contestándole que me pide un caballo. ¿De dónde quiere que yo saque un caballo siendo tan pobre? Y me dice que le vamos a ver en Las Tunas con cien hombres, ¿por qué me dice eso? Yo no creía que usted diga esas cosas que me dice en su carta.*
> *Compadre, éstas, mis comisiones las tiene en su estado [su fuerte] ¿por qué se han tardado tanto tiempo? Entonces usted tendrá en miras venir a invadir. Si es que vamos a estar en buenas paces, mándeme mi comisión [comisionado] Courrín y dentro de doce días que esté aquí [...] También le digo que me dé mil quinientas yeguas y cien vacas y cinco barriles de azúcar y ídem de yerba y cuatro bolsas de fariña y cuatro cajones de ginebra.*
> *He sabido que el Sr. Gobierno me ha mandado treinta mil pesos y cuatro recados de plata; dicen que usted lo ha agarrado todo.*
> *¿Por qué me hace eso?, como si usted fuera pobre me hace esa picardía. Mándeme nomás los treinta mil pesos y los cuatro recados de plata; yo estoy haciendo las paces con usted, por eso no invado por ese lado; por eso tiene viva la gente de sus fortines, porque si yo no quisiera la paz, mi gente hace tiempo hubiera invadido.*

Usted cada vez que me escribe me dice que me va a invadir y que no me tiene miedo, venga nomás que aquí lo espero con los brazos abiertos. Y si usted no viene yo he de ir a darle una visita a su pago.

Yo no sé por qué quiere usted sacarnos de mi tierra. Yo no le he quitado su pueblo; yo estoy en tierra propia y usted sí que está en tierra ajena[6] *y en cuanto se descuide ha de tener que salir de ese pago.*

He sabido que usted ha quitado la mitad de la gente que le han entregado a Courrín. ¿Por qué se ha hecho y por qué los hombres que tiene usted están todos lastimados, mancos y rengos? Es preciso que me los mande a todos y que dejen de trabajar, demasiado han trabajado y cuando venga la comisión Courrín entonces diré que vamos a estar en buena paz, que estaré alegre y contento.

Los hombres que me debe entregar primero aquí van los nombres: Carriqueo, Kiunto y Catriam y una chica que la tiene usted mándemelos, y una hermana mía me han dicho que usted la ha fusilado.[14] Yo no sé qué motivos tendrá usted para que la haya fusilado, ningún motivo.

[...] Yo también le digo que aquí ha venido Cipriano Catriel, el general Rivas y Murga. A todos les hemos quitado las caballadas y los cargueros, uno de Cipriano Catriel y el otro del general Rivas. Los hemos peleado y les hemos matado muchos, así es que ni una mujer enferma han llevado, en lugar de llevar han dejado.

Así es que si yo hubiera ido habría dejado el tendal, así es que se han escapado porque Catriel y Rivas han invadido. Por eso si usted quiere invadir puede venir nomás.

Hágame el favor de regalarme dos ponchos de paño fino, cuatro mantas finas, un sombrero de felpa fino y dos botas granaderas y un jorellón de papel de escribir, tinta, lapicera y pluma, esto es si vamos a estar en paz, mándeme un frasco grande de tinta del sello. Sin más lo saluda a usted su compadre.

---

14 Se trata de Leflay, capturada en la expedición de noviembre de 1872.

Pincén no se amilana frente a las amenazas de Hilario Lagos. Lejos de adoptar el lenguaje conciliador y mendicante de otros caciques, aun en la desventaja se sobrepone y no cede un centímetro, tanto en la disputa epistolar como en el campo de batalla. Incluso así, soportará más de lo que cualquier hombre soportaría, por amor a los suyos. Pese a haber tomado conocimiento de que su hermana Leflay había sido fusilada, deja abierta una puerta para la paz.

Y más allá de esto, ¿qué espíritu de arrojo y amor por su gente inspiraba a estos comisionados que se dirigían a la frontera, sabiendo que difícilmente seguirían con vida o regresarían al seno de sus familias? ¿Acaso los jefes de frontera tenían la autoridad suficiente sobre sus soldados para enviar mensajeros a las tolderías sin que se hicieran desertores? Evidentemente no, porque usaban cual palomas mensajeras a los indios que enviaban los caciques para contestar sus cartas. Volvemos a preguntarnos entonces por la dicotomía "civilización o barbarie".

Hilario Lagos prosiguió con su actitud belicosa para con Pincén y el de enero de 1874 elevó estas cartas de los caciques a su superior, no sin exponer sus pareceres:

> *Acaba de llegar a este punto una comisión del cacique Picen manifestando a nombre de aquel y del capitanejo Naguel Payún, las exigencias insolentes, que expresan las copias auténticas de las cartas, que remito para conocimiento y resolución del Superior Gobierno.*
> *Debo explicar que el cobro de 30.000 pesos a que se refiere es un chisme de los indios de Coliqueo que como V.S. sabe bien, es completamente infundado, pues lo único que se ha autorizado a gastar en regalos, y no entregarles en efectivo, ha sido la cantidad de 10.000 pesos cuyo [¿monto?] tienen sobradamente recibido, como prueban las cuentas de la casa de S.S. Roca Hnos. que ha hecho las entregas. Resulta pues, que estos bárbaros engreídos con el fracaso de la expedición*

del señor general Rivas vienen centuplicando sus exigencias, creyéndonos débiles.
De palabra me manda decir Pincén, con toda desfachatez, que él es quien invadió a la Blanca Grande, que lo dispense porque estaba muy pobre. Es incalificable el cinismo de estos salteadores.

Opino que deben considerarse rotas las negociaciones y proceder inmediatamente a apresar varios indios de importancia que han venido a la tribu de Coliqueo, donde hacen pésima atmósfera y desmoralizan aquella, que indudablemente abriga malísimas intenciones.
Considero grave la situación de la frontera, si no imponemos enérgicamente a todos estos vándalos, tanto de afuera como de adentro. Además, parece que la invasión que penetró ayer a la frontera del oeste ha venido de acuerdo y acompañada hasta cierta distancia de esta comisión de Picen, y en tal caso, no puede ser más desleal la conducta de los indios.
Por último, las declaraciones tomadas a los prisioneros apresados en el oeste, así como las referencias del capitanejo Maza, no dejaron duda para poder asegurar que lo único que está deteniendo momentáneamente las invasiones es la esperanza de llevarse sus familias prisioneras. Por consiguiente, me afirmo más en mi opinión de no permitirles sacar una sola mujer, antes al contrario, asegurar a los sospechosos y bribones conocidos. Este informe merece la atención y resolución inmediata, permitiéndome recomendar a V.E. el envío de instrucciones superiores, para proceder prontamente, como lo requieren los sucesos, previniendo que tengo motivos para creer que los Coliqueo o sus capitanejos resistirán la entrega de los culpables.
Tal vez convendría que yo bajase por 24 horas a Buenos Aires a dar explicaciones más detalladas y precisas; si el gobierno lo cree necesario, sírvase V.S. avisármelo por el telégrafo para trasladarme inmediatamente allí.
Dios guarde a V.S.

Hilario Lagos

El 27 de enero, Rufino Victorica elevó este informe del comandante Lagos al gobierno nacional. El deseo de Lagos de invadir a Pincén lo expresaba en cuanta correspondencia militar partía de Junín, y sabía que si no entregaba los prisioneros le iban a llover malones por doquier.

La buena predisposición de Pincén para lograr que el gobierno cumpliera con el acuerdo de paz encontró un nuevo escollo. En 14 Jagüeles (partido de Tapalqué), las tropas al mando de Reginaldo Ferreyra se enfrentaron con un grupo de indios, resultando victoriosos los primeros, luego de causarle once bajas al malón. Extraño es que Ferreyra no haya identificado en su comunicación a Rivas la tribu a la que pertenecían los indios ni qué cantidad de éstos conformaba el malón. Sin embargo el general Rivas, superior de Ferreyra, en su elevación a Victorica atribuye este episodio a unos quince indios de Pincén.

En la tribu de Manuel Namuncurá tampoco estaban bien las relaciones con Rivas luego del ataque a Alvarito Reumay. Rotas las paces con aquél, el jefe salinero se dirigió por carta a Lagos el 30 de enero. Primero le confesó su intención de negociar la paz, le dijo además que los proveedores no habían enviado el racionamiento y que por esta razón algunos capitanes suyos estaban disgustados y habían invadido la frontera. Que él (Namuncurá) se había manifestado contrario a estas invasiones, pero no había podido contener a sus capitanejos. Seguidamente le comenta las consecuencias de esas invasiones: “Por estos incidentes se ha presentado en el territorio el señor general don Ignacio Rivas, acompañado de Catriel, Murga y otros, a traer la guerra”. Más adelante le aclara que Rivas no ha llegado a sus toldos, pero que ha atacado algunas tolderías ubicadas delante de las suyas. Esa era la causa por la que él no había entrado en la guerra desatada por Rivas; pero sí lo había hecho su hermano Alvarito Reumay.

Prosigue Namuncurá confesándole a Lagos que si Rivas persiste en llevarle la guerra, él entrará en la contienda, que su decisión personal es mantener la paz y que les permita a algunos

capitanes portadores de la carta concurrir a saludar a Manuel Grande y a Justo Coliqueo.

Junto con la misiva de Manuel Namuncurá, portaron los comisionados una carta de Alvarito Reumay. En ella le manifestaba a Lagos que había entrado en guerra con Rivas, Catriel y Murga; que le había ocasionado gran mortandad de caballos patrios; que había dejado por el suelo la carpa del general en el combate, destruido su colchón y un plano; y que Rivas no había atacado los toldos de su hermano Manuel: “Sólo ha llegado en algunos primeros toldos de algunos capitanes que estaban más allegados”.

Al igual que con la comisión de Pincén, Hilario Lagos detuvo la de Namuncurá y esperó instrucciones de Gainza. Le escribió a éste expresándole su satisfacción por la vuelta de Borges a la jefatura de la frontera, comentándole que durante el tiempo que él había estado al frente, de las cinco invasiones que lograron penetrar, sólo una se había ido sin ser batida, y las restantes habían sido aniquiladas, muriendo muchos indios y siendo tomados varios prisioneros que se encontraban en los fuertes y fortines.

En los primeros días de febrero de 1874, Gainza se hizo cargo otra vez del Ministerio de Guerra y se enfrentó nuevamente a la problemática de la frontera. Rivas le escribió el día 10 sus conclusiones sobre la expedición llevada a cabo en diciembre. Amén de reconocer lo que todos sabían: que la expedición no había tenido los resultados anhelados, evaluó como saldo positivo haber comprobado que los lugares donde se asentaban las tribus no estaban tan distantes como se pensaba, y que el ejército podía llegar a ellos sin mayor dificultad. Agregaba Rivas que conceptuaba de suma importancia la ocupación de Carhué, y que una vez llevada a cabo esta operación, a los indios sólo les quedaría como recurso buscar refugio en los montes pampeanos.

La evaluación era acertada. Lo puso al tanto de los últimos acontecimientos: que había llegado al fuerte bajo su mando una comisión de cuatro indios de Namuncurá, pidiéndole la paz nuevamente, y que era su opinión entretenerlos hasta tanto el ministro dispusiera la ocupación efectiva de Carhué. Que el

"entretenimiento" podía consistir en entregarle a esa comisión el racionamiento correspondiente al último trimestre del año anterior (con lo cual reconoce que a la tribu de Namuncurá no se le había cumplido el racionamiento pactado). Finalmente le anoticia al ministro que los indios de Catriel -leales al gobierno desde muchas décadas atrás- se encuentran de a pie, en la miseria total, y que es conveniente darles racionamiento. Como se suele decir en derecho: a confesión de parte, relevo de prueba. Ni siquiera se le cumplió a las tribus leales.

La cuerda estaba tensada al máximo y, a mayor abundamiento, Rivas le propuso al ministro de Guerra que retuviera en Buenos Aires las comisiones de Pincén y Namuncurá hasta que ambos caciques entregaran a los responsables de los malones registrados en diciembre.

A los pocos días, Borges regresó a Junín y reasumió el mando de la frontera norte. Se encontró con una situación opuesta a la que había dejado. Le escribió a Gainza el 24 de febrero de 1874 acerca de la conveniencia de que Lagos fuera personalmente a darle un panorama de la nueva situación y se adoptaran medidas definitivas sobre "el asunto indios de Pincén, Namuncurá, etc.". Sigue la carta de Borges:

> *Estos indios están desesperados por volverse a sus toldos, están con mucho miedo pues comprenden que después de las amenazas que han hechos sus caciques son ellos los primeros que deben pagar su atrevimiento e insolencia. No los he prendido ya a fin de ganar tiempo y no contrariar quizá lo que haya V.E. arreglado con el general Rivas y por lo que veo no estamos todavía preparados y necesitamos por lo menos quince días para que estén los cuerpos en sus colocaciones [...] pues veo que estos indios van a darnos mucho que hacer, tienen hambre y van a tenernos continuamente en movimiento.*

A diferencia de sus camaradas, pensaba que prender las comisiones era "hacerles una declaración de guerra antes de estar

preparado". Pero había llegado tarde para procurar desandar el camino de los conflictos: "Ceder a sus exigencias que son enormes y dejarnos imponer la ley no creo que debamos tolerarlo". Finalmente solicitó a Gainza instrucciones para operar conforme lo arreglado con Rivas.

Los jefes de frontera procuraban aplacar el clima de descontento de las tribus hasta la llegada de las tropas; Rivas haciéndoles entrega del racionamiento adeudado, y Borges avisándole al ministro que las tribus tenían hambre y sugiriendo la entrega de los indios prisioneros. Las tropas no habían regresado a la frontera, y con la disposición de fuerzas que tenían era insostenible contener el descontento.

Las intrigas, las sospechas, estaban a la orden del día. Los caciques Pincén y Namuncurá habían recibido información de Catriel según la cual Rivas pensaba invadirlos. Le escribieron a Justo Coliqueo -con el que mantenían buena relación- comentándole las intenciones de Rivas; pero para desgracia de estos caciques las cartas fueron interceptadas.

La correspondencia revelaba que Gainza no tenía el control absoluto de la situación. El ministro le refería al general Rivas el 28 de febrero de 1874:

> *Es necesario, amigo mío, desconfiar de los indios todos. Tengo cartas de Namuncurá y Pincén a Coliqueo, en que aquellos aseguran que Catriel les avisó que usted les iba a invadir. ¿Será esto una mentira? Puede ser; pero repito, debemos siempre estar en guardia.*

Gainza también estaba un tanto desactualizado de lo que ocurría en la frontera, de lo que en su ausencia se había ya encaminado. Hilario Lagos había logrado que todos vieran "brujas" bajo sus camas y, sobre todo, que el ministro interino no sólo creyera en su diagnóstico, sino también que el tratamiento adecuado era el que le había indicado. Le escribió a Borges el 28 de febrero:

He hablado con el comandante Lagos y él me dice que dándole regalos a la comisión de Namuncurá y Pincén nos invadirán. Si esto es así, como yo lo creo, es mejor hacer lo que le dije a usted verbalmente y en carta al comandante Lagos, es decir, retener las comisiones y escribirle a Namuncurá y Pincén; al primero que el gobierno está dispuesto a entregarle sus raciones por 9 de Julio y entregándolas religiosamente y de buena calidad, pero que exige la entrega de los capitanejos que quebrando los tratados invadieron al sur; y que si mientras se hagan los nuevos arreglos invaden cualquier punto de la provincia, sus comisionados serán castigados por el gobierno severamente considerándolos como espías.
En el mismo tono debe usted escribirle a Pincén, procurando como es natural ganar todo el tiempo posible para que nuestros cuerpos estén en su puesto.

Apuntaba asimismo la necesidad de precaverse de Coliqueo.

Se estaba subestimando a los indios, que no eran tontos como para aceptar que el racionamiento que se les debía y la entrega de los prisioneros -en el caso de Pincén- pudieran formar parte de un nuevo arreglo de paz. Lo correcto era, pues, que primero se diera cumplimiento a las cláusulas del anterior tratado y luego, si el gobierno deseaba la paz, como los demás caciques la deseaban, firmar un nuevo tratado renovando los compromisos de ambas partes.

Pero el Ministerio de Guerra tenía otros planes, endurecía su posición; y el 4 de marzo le escribió a Namuncurá manifestándole que después de haber vencido a los ejércitos de López Jordán, algunos capitanejos habían ido a invadir, quebrando así la paz y los tratados que el propio Namuncurá se había comprometido a mantener. Le dice luego:

He visto en tu carta que han invadido porque les faltaron raciones, pero no es cierto.
El general Rivas me ha dicho que se suspendió el envío de

unas raciones porque las habían recibido anticipadamente y con esto el gobierno no ha faltado a ninguno de sus compromisos. En nada gana [Rivas] con que usted no reciba las raciones, porque de todas maneras les paga a los encargados de entregarlas.

Por la comunicación de Rivas transcripta en párrafos anteriores se sabe que el racionamiento se les adeudaba, con lo cual el ministro falta aquí a la verdad. Por lo demás, los encargados de entregar las raciones, como ya se ha visto, eran los mismos que se las vendían al Estado y no las entregaban o, si lo hacían, no eran las pactadas.

Continúa el ministro señalando a Namuncurá:

Si quieres que te las entreguen por 9 de Julio, no tengo inconveniente en ordenarlo así. Tú sabes que todo mi deseo es conservar la paz con los indios, pero los que se portan mal con el gobierno no merecen tales consideraciones; y esos capitanejos que han invadido sin tu conocimiento quiero que los mandes así exigir de ellos la reparación de la falta que han cometido.

Luego le reitera que desea la paz y que ahora está "dedicado exclusivamente a guardar bien las fronteras". Seguidamente, y avanzándose en la posibilidad de que los caciques acepten estas reglas de juego, le manifiesta que si mientras se llevan a cabo los nuevos tratados de paz los capitanejos vuelven a invadir, las comisiones que están en Buenos Aires sufrirán la represalia, acusados de bomberos y espías.

Respecto de la acusación de Namuncurá y Pincén de que los jefes de frontera no les enviaban las raciones, le dice Gainza a Namuncurá que tanto Rivas como Borges y Lagos no necesitan quitarles a los indios las raciones que les da el gobierno. Opinable afirmación y vano intento por explicar lo inexplicable. Puede el lector imaginar el destino que pudo haber tenido un hermoso emprendado de plata: desde el proveedor, pasando por el jefe de

frontera, el soldado que debía entregarlo (y luego desertarse), el indio que debía recibirlo en nombre de su cacique o el propio cacique para que le envíen otro, todos pudieron quedarse con él. En aquel desierto de 1874, en el estado de desamparo en que se vivía, donde se perdía la vida por causa ajena, ¿quién no le vendía el alma al diablo por un hermoso emprendado de plata?

Pero Namuncurá aceptó las condiciones impuestas por Gainza y de inmediato dio una gran muestra de lealtad: le avisó a Rivas que Pincén pensaba invadir la frontera por el sur.

El 5 de marzo de ese año, el diario *La Nación,* bajo el título "Invasión", informaba:

> *El coronel Borges ha comunicado que el cacique Pincén tenía reunida toda su indiada para invadir, habiéndose tomado las medidas del caso.*

El 10 de marzo, Rivas le comunicó al ministro que se había internado con sus fuerzas hasta Olavarría y mucho más hacia al oeste. En su opinión, la invasión de Pincén era improbable, al menos por el momento. Sigue Rivas refiriéndose a los indios de Namuncurá:

> *Como se impondrá usted por la copia de la declaración prestada por uno de ellos, que me permito adjuntarle, no sólo se hallan a pie sino que están en la mayor miseria. Esto mismo me afirma más en la creencia que abrigaba de que el aviso a Borges y a mí no es otra cosa que un ardid de que se vale Namuncurá para ganar tiempo y volver a tratar todo trance.*

Lagos también contaba con esta información y pronosticaba que Pincén iba a invadir. Namuncurá le había informado a él también que Pincén había abandonado sus toldos y se preparaba para penetrar la frontera.

La sospecha generada por Namuncurá se reforzó cuando se supo que el capitán Reynaldo Ferreira había atajado una partida

de indios de Pincén en 14 Jagüeles; pero no se trataba de una invasión ni nada parecido.

Los acontecimientos posteriores tuvieron siempre como base estas intrigas generadas por Namuncurá y agravadas por el ánimo de "pocos amigos" que tenían los jefes de frontera.

El 10 de marzo, respondiendo a las instrucciones de Gainza, Borges redujo a prisión a todos los indios de las comisiones de Pincén, Nahuel Payún y Namuncurá que estaban allí "y que con bastante trabajo estaba conteniendo pues querían volverse a todo trance". Luego despachó al comandante Lagos hacia el oeste, con notas dirigidas a Coliqueo, ordenándole que remitiera a Junín "la familia de Pincén y varios indios de importancia que estaban en esa" toldería, encargándole a Lagos le explicara a Coliqueo que la razón era que, según Namuncurá, Pincén preparaba una invasión.

Como transcurrieron cuarenta y ocho horas sin respuesta y Lagos le informó que el pedido había sido recibido con disgusto por Coliqueo y sus indios, resolvieron hacer cumplir la orden por la fuerza.

Hilario Lagos y Ataliva Roca ingresaron a la Tapera de Díaz con sesenta guardias nacionales en franco ataque. El enfrentamiento terminó con la captura de los oficiales provocadores. Borges no le comentó esto al ministro; directamente omitió los lamentables hechos. Esto es lo que le dijo:

> *En vista de esto determiné trasladarme personalmente a Los Toldos para hacerlas cumplir en todas sus partes y poner en buen camino estos indios que venían haciéndose intolerables por su insolencia y mal proceder, negándose a prestar servicio, pues Lagos no había podido conseguir le mandaran 50 lanzas a pesar de los anuncios de invasión y la carencia de hombres en que había estado durante la ausencia de las fuerzas de línea.*
>
> *Debo agregar que al mandar a Coliqueo remitiera los indios inmediatamente [la familia de Pincén y otros de importancia que Coliqueo tenía en custodia] le hice decir por Lagos al entregarle la nota que si para la mañana del día 9 no*

estaban en mi poder, iría personalmente a sacárselos. Como así sucediera me puse a marchar con 100 hombres del 2 y el Regimiento 3 agregándoseme en el camino unos 150 voluntarios de la Guardia Nacional de Junín, que en la creencia que los indios pretendían resistirse como hicieron veces pasadas con Lagos y en que éstos los tuvieron sitiados irían buscando la revancha.

A las dos de la tarde llegué a Los Toldos, pero cuatro leguas antes ya había salido a recibirme Simón Coliqueo con veinte más, pidiendo mil perdones y atribuyendo a la enfermedad mental del cacique [Justo] la falta de cumplimiento a las órdenes dadas.

El hecho aparecía en la superficie de este modo, pero tenía ingredientes políticos. Meinrado Hux (1980) lo analiza muy bien, detallando las distintas circunstancias. Hilario Lagos y Ataliva Roca, que respondían al alsinismo, actuaban en oposición a Bartolomé Mitre y a todo aquel que fuese aliado suyo, como los Coliqueo. El alsinismo buscaba provocar una sublevación de los Coliqueo y quitarles de este modo a los partidarios de Mitre un importante y potencial aliado en las armas, que poco le sería de utilidad sublevado y en el desierto ante el enfrentamiento entre mitristas y alsinistas que se avizoraba en el horizonte político-militar.

Borges obró conforme a las circunstancias, independientemente del trasfondo político que impulsaba a Lagos y Ataliva Roca. Hizo traer a su presencia a Justo Coliqueo y delante de su tribu lo destituyó, lo puso en prisión y nombró cacique a Simón Coliqueo. Además llamó a Manuel Grande, hizo reunir a sus indios y familiares y ordenó que marcharan al fuerte Paz. Puso asimismo en prisión a los familiares de Pincén que estaban en la tribu de Coliqueo, remitiéndolos a Junín, y despachó chasques a las tribus de Pincén y Namuncurá. Se manifestó convencido ante el ministro:

Creo conseguir que uno y otro vengan al buen camino, si no les daremos unas buenas sacudidas y verá V.E. como entran

en orden [...] Voy a mandar a Buenos Aires todos los envíos y familias. Aquí me causan un gran perjuicio, no tengo donde tenerlos y cada vez que me mueva tendré que dejar cuarenta hombres para que los cuiden; en Martín García estarán bien y pueden ser ocupados en algo y hará también mejor efecto.

Un listado refrendado por Borges nos dice que se encontraban prisioneros en Martín García los siguientes *conas* (y alguna mujer también) de las tribus de Pincén y Nahuel Payún: Juan Courrín y Segundo Coliqueo; los soldados Calfulán, Martín, Calfremán, Miranda, Viche, Como, Lienlof, Molina, Carriqueo, Cayún, Chanquelof, Llanquenao, Piccón, Quebrón, Huenchual, Cornejo, Medina, Nicasio Farías, Demuncio, Huincarrey, Juancho, Milacleo, Pancho, Manuel y Melinao. Hay que sumar a éstos los que ya habían sido llevados a Martín García y otros que fueron reclutados en el batallón 1 de Retiro. Se equivocaba el coronel Francisco Borges al evaluar que la medida de traslado de los indios de Pincén a Martín García iba a hacer *mejor efecto.* El intento de Pincén de recuperar a su gente por medio de la paz estaba agonizando.

Los meses siguientes estarán marcados por un creciente descontento de las tribus, aliadas o no, frente a los incumplimientos del gobierno. El país, envuelto en una nueva lucha intestina, enfrentará entre sí a camaradas de armas, y las fronteras nuevamente quedarán desguarnecidas.

El descontento en la tribu de Coliqueo subsistirá pese a la momentánea y aparente calma: la tribu de Manuel Grande, cerca de la frontera, se sublevará, y al igual que la de Manuel Díaz y parte de la tribu de Coliqueo, se aliará después a la tribu de Pincén, con la que mantenían lazos de amistad y parentesco. El escenario era, pues, Pincén sospechado de programar una invasión, por un lado, y la sequía asolando sus tierras, por el otro.

Francisco Borges le volvió a escribir a Martín de Gainza el 15 de marzo de 1874:

Hasta este momento estamos sin novedad. La invasión tan

anunciada no se hace sentir todavía y creo que por esta parte es muy difícil se efectúe en grande escala a causa de la falta de agua en los campos [...] Los chinos de Coliqueo han quedado como en guante. Ahora ni respiran sin pedir permiso. Anteayer despaché chasques para Namuncurá y Picen. Veremos qué dicen estos caballeros. Cuaderno azul 163

El chasque se lo envió a Las Tunas, pues Borges había tomado conocimiento de que el Pincén se encontraba allí boleando avestruces junto al cacique Tripailaf y el capitanejo Calderón. Tripailaf será otro de los caciques que se sublevará junto a Pincén más tarde. Pincén estaba tejiendo sus alianzas. No obstante, como una medida de distracción o en un último intento por recuperar a su gente cautiva en Martín García, hizo saber al chasque de Borges que estaba dispuesto a hacer la paz y negociar un nuevo tratado.

Namuncurá, que se encontraba en buenas relaciones -interinamente perjudicadas por las sospechas de invasión-, ratificó al gobierno su intención de hacer la paz el 21 de marzo de 1874 y expuso sus peticiones.

Asimismo, hizo pedidos para Pincén, entre otros caciques, y prometió a Gainza que iba a procurar que se sumaran otros:

Para mí espero se me pasen dos mil y seiscientos animales, para mis hermanos Catricurá y Reumay dos mil animales; lo mismo al cacique Pissén se le pasen mil animales y a Cañumil su correspondiente ración. Estas raciones las espero para mí por el sur, y para Pissén por el norte y para Alvarito Reumay por el oeste y para Cañumil por Bahía Blanca. La mía por el Azul, la de Pissén por Junín.

Luego solicitó sueldos para los caciques, nombrándolos uno por uno, y un vestuario para los caciques de su mando, omitiendo en ambos casos a Pincén. Por fin, en la posdata se refiere exclusivamente a Pincén, donde lo desliga de sus intereses, aclarando que pidió para él por una decisión personal, alertando al ministro de Guerra que si no se le enviaban raciones, Pincén iba

a hacer la guerra y que él iba a sostener su tratado independientemente de lo que hiciera Pincén.

Es aquí Namuncurá el que pinta el cuadro de relaciones existente entre los agrupamientos indígenas, signado por una falta de conducción global, un "sálvese quien pueda", y por aquellas diferencias profundas entre la tribu de indios criollos comandada por Pincén y los "chilenos" que mandaba Namuncurá. Como se observa en la citada carta de Villegas a Zeballos del 24 de noviembre de 1878, las diferencias entre ambos agrupamientos eran de gran magnitud, y a estas alturas, cuando ya se veían muy acosados por la sequía y el hambre, sólo la conveniencia de un malón de envergadura podía llegar a unirlos circunstancialmente.

Namuncurá también le escribió a monseñor Aneiros acerca de las peticiones que había hecho al gobierno como condición para la paz.

Este año, 1874, tendrá como característica principal el acumular tensiones, que finalmente estallarán en 1875, con la llamada "invasión grande aborigen".

En abril de 1874, el misionero lazarista José María Salvaire describió indignado las alternativas de un hecho que acrecentó mucho más el descontento en la tribu de Salinas Grandes:

> *El 1° de abril de 1874, llegó aquí al Azul una comisión compuesta de ocho a diez indios enviada por el cacique Manuel Namuncurá para hacer la paz y pasar tratados con el general Rivas; esta comisión estaba animada como se ve por las cartas que preceden, de las mejores intenciones.*
> *El general Rivas recibió muy mal a la diputación, no queriendo concluir con ella ningún tratado, rehusó cumplir las estipulaciones hechas [...] y declarándoles que no les tenía ningún miedo y que iría hasta el medio de sus tolderías para ocuparlas militarmente. Estos detalles los dieron delante de mí al capitán Solano, todos los miembros de la comisión el Jueves Santo 2 de abril [...]*
> *Hay un hecho todavía más grave que se ha perpetrado en contra de los indios y que hiere el mismo derecho común de*

gentes. En una de las invasiones que los indios ranqueles hicieron a las tierras de los cristianos, fundados o no sin razón para justificar su invasión, en que el gobierno argentino no cumplía sus promesas, los indios hicieron algunas cautivas. Por su parte el general Rivas había tomado prisionero a un sobrino del cacique Namuncurá.

Para poder rescatar dicho prisionero que el general tiene encerrado en un calabozo del fortín de la Blanca [Grande], y fiados en la buena fe del general, los indios le enviaron por la última comisión una de las desgraciadas cautivas para que, en canje, él les devolviese el sobrino del cacique. ¿Y el general qué hizo? Retuvo a la cautiva y no quiso librar al sobrino del cacique. ¿Cómo puede uno extrañarse de la cólera de los indios y de sus incesantes invasiones si se ven tratados tan indignamente?

Es evidente que el trato más justo mostrado el año anterior, cuando al menos mediante la firma de un tratado las tribus podían intercambiar cautivos por cautivos, era preferible a esta situación. Borges ya no imponía su parecer sobre los pasos a seguir, y el ministro se mostraba más propenso a guiarse por los consejos de los coroneles Lagos y Rivas, que ardían de deseos de guerrear a las tribus y enrarecer el clima político.

Días después, el 4 de abril, Villegas reemplazó interinamente a Borges al frente de la jefatura de la frontera norte. Comenzaba entonces a estrecharse el espacio que existía entre dos titanes. El encuentro entre Villegas y Pincén se aproximaba. El interinato debió durar poco tiempo, pero constituyó un antecedente importante para Villegas.

El 15 de marzo habían partido los chasques despachados por Borges hacia las tribus de Pincén y Namuncurá con el objeto de conocer sus pareceres. Regresaron el 4 de abril y, como un último acto de su gestión al frente de la frontera, Borges le informó a Gainza:

Ayer han regresado los chasques que mandé a Salinas Gran-

des y toldos de Picén, acompañados de comisiones de Namuncurá, Rumay, Catricurá, Picén y Naguel Payún, los que son portadores de las comunicaciones que originales acompaño y por lo que verá V.E. hemos parado el golpe que nos tenían preparado y están dispuestos a tratar, aunque mostrándose exigentes como siempre.

[...] Picén quiere 1.500 yeguas y 100 vacas y por lo pronto 300 animales y la devolución de los indios y familias que retenemos presos pertenecientes a su tribu [...] Picen y Naguel Payún recibían antes 200 animales por trimestre, cantidad que no les alcanza para su manutención pues estas tribus cuentan con más de 500 lanzas fuera de las familias, así que siempre se han mostrado descontentos. Creo en conciencia que dándoles quinientos animales por trimestre vivirán escasamente. Debemos contar también que ésta es la tribu más belicosa y emprendedora y que es más conveniente dárselos a que ellos se los procuren por medio del saqueo.

Como se ve, Borges evidenciaba una actitud muy diferente a la de Rivas y Lagos. Pidió al ministro resolviese esto por separado a los demás pedidos de caciques: “Las comisiones dicen tener plazo de diez días para regresar así que pido a V.E. quiera resolver estos asuntos lo antes posible”. Le cuenta luego que existía cólera en el fuerte donde había sido destinada la tribu de Manuel Grande, amigo de Pincén. Cabe tener presente que el cólera sobreviene como consecuencia de la miseria y el abandono. También le escribió Borges: “La invasión que ha comunicado Namuncurá la supongo insignificante”; y después: “Estamos preparados para atender donde sea necesario controvertirla”. En la posdata dice adjuntarle una carta que supone es de Namuncurá para monseñor Aneiros.

El ministro contestó a Borges: “A Pincén se le pueden dar los quinientos animales que usted dice, si nos ha de dar rehenes como garantía de que no ha de faltar a la paz”. ¿Más rehenes? Valga recordar que Borges le había dicho, y lo creía en conciencia:

"dándoles quinientos animales por trimestre vivirán escasamente"; pero esa apreciación no fue tenida en cuenta por el ministro de Guerra.

Volviendo a la negociación entre Rivas y Namuncurá, el jefe de frontera había informado a Gainza haber recibido carta del jefe salinero en la que le decía que algunos capitanejos suyos no querían adherir a los tratados de paz y pensaban invadir la frontera de Bahía Blanca. El 12 de marzo Gainza le contestó a Rivas poniéndolo al tanto de los distintos requerimientos de los caciques y le confesó su disconformidad con estos pedidos: "De suerte que accediendo al pedido, mañana volvería [Namuncurá] a hacer invadir sus caciques para volvernos a pedir el duplo y así el negocio sería magnífico para los indios". Le ordena que escriba a Namuncurá diciéndole que sus pedidos son exagerados y le comenta:

> *El presidente quedó muy contento cuando dije que había resuelto yo, acordado con usted, tomar Carhué y Salinas. Es necesario que vaya usted preparando sus elementos.*

Si no hubiera mediado la correspondencia, si la conversación hubiera sido personal, nunca se habría escuchado más fuerte un "Sí, a la orden, señor ministro" de boca de Rivas, orgulloso por la aceptación de su propuesta de invadir Carhué y Salinas Grandes, porque Gainza comentara su propuesta con el presidente (aunque diciendo que la decisión partía del ministro, como debe ser en estos casos) y por el contento de Sarmiento con la idea.

Excepto Borges, ya nadie quería la paz.

La tribu de Pincén había crecido en número y era necesario proveerla de más cabezas de ganado. A Pincén, en lugar de devolverle sus familiares prisioneros, a cambio del aumento solicitado se le exigía que entregara, no cautivos, sino miembros de su tribu en calidad de rehenes.

A Namuncurá se le respondió que sus pedidos eran excesivos, y el jefe salinero volvió a reiterar sus peticiones como condiciones de paz el 15 de abril. En la carta agregó: "y para Pissen mil

animales a recibirlos por Junín". Este pedido de Namuncurá no guardaba relación con las negociaciones que Borges mantenía con Pincén, y es de suponer que formaba parte de esa permanente actitud de los Curá de atribuirse la representación de las tribus.

Tres días después, Borges le transmitió a Gainza su preocupación por lo complicado del pedido de los caciques en cuanto a su distribución, añadiendo que el único que pedía por donde él se hallaba (Junín) era Pincén:

> *Pincén se contentará con las quinientas yeguas pero, como V.E. se habrá fijado, pide también trescientas sobre tablas que no tengo autorización para darle. Creo lo mejor detenerlos hasta que V.E. resuelva impuesto mejor de las comunicaciones de estos indios, regalos que piden y demás, me autorice para comprar aquí si va a dárseles o se le remita de esa. Piden hasta acordeones.*

Entretanto, Rivas aprestaba entusiasmado sus fuerzas, preparando su ansiada expedición a Carhué y Salinas Grandes, mientras que Gainza le comunicaba a Borges la fecha aproximada de la incursión: "A principios de mayo, el general Rivas marchará a situarse en Carhué definitivamente, poniendo una vanguardia en Salinas". Le confirmaba asimismo que de tomarse esos territorios, luego iría a Choele Choel, para asestar así un golpe definitivo a Namuncurá.

Gainza le volvió a telegrafiar a Borges el 21 de abril poniéndolo al tanto de cómo debía arreglar con Pincén:

> *Puede darle las quinientas yeguas a Pincén y quede por ésta autorizado para comprarlas, pero exija usted garantías y haga el nuevo tratado, revistiendo de la mayor formalidad y garantías posibles. Queda usted también autorizado para hacerles los regalos que juzgue conveniente.*

El objetivo inmediato del gobierno era provocar una fractura entre las fuerzas de Namuncurá y las de Pincén, haciendo la paz

con éste, de modo que no se uniera a los salineros cuando recibiera la visita de Rivas en los primeros días del mes siguiente. Luego, en vísperas de la culminación del mandato presidencial, ponerle un broche de oro a la gestión con la toma de Carhué y Salinas Grandes, derrotando a Namuncurá y haciendo la paz con las restantes tribus.

A los pocos días, Gainza recibió la contestación de Borges: había estado entreteniendo a los comisionados de Namuncurá, esperando noticias sobre la proyectada expedición a Carhué. De esta manera, al tanto de que el Ministerio de Guerra quería arreglar con Pincén solamente, que en el momento del trato se le debían dar trescientas yeguas, Borges envió las primeras cien y le especificó al ministro:

> *A Picen le mandaré las doscientas yeguas restantes diciéndole mande capitanejos de importancia a tratar seriamente, así que como nada ganaremos dos o tres meses más que conviene mucho a fin de que Rivas encuentre menos resistencias.*

El ministro daba los primeros pasos en su estrategia. El 29 de abril le comunicó a Rivas que no estaba de acuerdo y no accedería al pedido de doble racionamiento de Namuncurá, sabiendo que éste difícilmente aceptaría una reducción, aunque entre idas y vueltas podía ganar unos días más para ultimar detalles de la proyectada expedición.

Pero los indios ya habían observado los aprestos en el fuerte comandado por Rivas y por el servicio de espionaje que tanto uno como otro bando tenían desplegado en el territorio del oponente. Por eso, tratando de aplacar los ánimos y al mismo tiempo no perder el elemento sorpresa en el ataque, el ministro le escribió a Rivas:

> *Puede usted darle por vía de entretenimiento, que no tomaremos posesión de Carhué, algunos regalos que pide y cien animales.*

Le encomendó además decir al cacique que el racionamiento que recibían podría mejorar, pero luego de firmados los tratados de paz y con garantías efectivas.

La respuesta de Namuncurá no se hizo esperar. El 3 de mayo Borges le informó al ministro que en la tarde del día 1 de ese mes, una partida de indios había arrebatado la caballada del fortín San Carlos.

El proyecto de ocupar Carhué y Salinas Grandes tomaba fuerzas día a día. El 6 de mayo, Gainza le recomendó a Rivas los aprestos para el proyecto de expedición y asentamiento definitivo en aquellos lugares.

Un confuso episodio

A principios de mayo de 1874 se había internado en la línea de fortificación una comisión de técnicos enviados por la concesión Clark, encabezada por el ingeniero Luis A. Huergo, con un piquete de cuarenta soldados del regimiento 8° de caballería al mando del mayor José Orellano. El objetivo: estudiar y señalar el trazado del Ferrocarril Transandino (hoy San Martín) en su tramo Junín-Villa Mercedes, cuyo tendido proyectado llegaría al Pacífico. En inmediaciones de La Verde, en un paraje conocido como Pichi Huitrú (“pequeño caldén”) el 8 de mayo tuvieron un enfrentamiento con indios de Pincén. El hecho también es conocido como “combate de Pichi Huitrú”. Allí, a consecuencia de su impericia, perdió la vida Orellano, el oficial al mando. Es posible arribar a esta conclusión gracias al testimonio que dejó el ingeniero Huergo en carta dirigida al día siguiente a Borges con las alternativas de lo ocurrido:

> *Nuestra feliz marcha fue interrumpida ayer por un suceso altamente desagradable. Seguíamos ayer nuestro camino cuando a una distancia de dos leguas de la laguna Pichi Huentrú, tuvimos aviso de que en ella estaba acampada una indiada. El mayor Ore- llano mandó formar cuadro con los carros y encerrar la caballada en él, mandando de*

descubierta a dos soldados y dos peones, que luego volvieron a escape perseguidos por un número que resultó de veintisiete indios.

El capitanejo que mandaba la partida acusó a los blancos de haber ido a quitarles las tierras y los intimó a retirarse. Para forzarlos, sus lanceros quemaron los campos en dirección a las carretas de la expedición científico-militar. Continúa Huergo:

Después de haber hablado el mayor Orellano con ellos un rato dando tiempo a cortar el pasto para evitar el fuego del campo, mandó romper el tiroteo que causó la disparada de la caballada, que fue arrebatada por los indios, una parte de la cual fue enseguida rescatada por una parte de la gente que los persiguió.

Orellano arremetió contra ellos y una nube de polvo ocultó a los combatientes durante las tres horas que duró la batalla. Huergo añade que lamenta que Orellano esté gravemente herido, "bandeado de un lanzazo"; menciona que hay otros heridos, que murieron doce indios y sabe de cuatro que van heridos. Orellano había quedado arriba de un carro preparado con paja y mantas. No quería bajarse de allí por el dolor que sentía al moverse. Falleció a los pocos días, luego de horribles sufrimientos.

Borges elevó al ministro un telegrama ese mismo día informando el hecho y luego despachó la carta de Huergo con una suya, que dice así:

Como habrá visto V.E. por mi telegrama de esta fecha, la escolta dada a los ingenieros que trazan el ferrocarril a Villa Mercedes han tenido un encuentro con una partida de indios a inmediaciones del fuerte La Verde cuyo resultado verá V.E. mejor detallado en la carta adjunta del señor Huergo, ingeniero director de la expedición. Los indios, por comunicaciones que recibo en este momento de Timóte,[15]

15 Pedro Timóte, comandante en jefe de la frontera sur de Santa Fe.

penetraron en la noche del 7, fue descubierta la rastrillada en la mañana del 8 y mandada seguir por una fuerte partida poniéndose también Timóte en movimiento de modo que puede suponer que los indios que escaparon con vida del primer combate caigan ahora a manos de las fuerzas que los persiguen.[172]

El confuso hecho obedeció a la provocación que hicieron los cuatro hombres destacados en descubierta por Orellano, confiados en que a su regreso los indios serían recibidos con las descargas de rémington de los soldados. Los indios estaban acampados y en aparente situación de no combatir o de encontrarse en un descanso de las boleadas.

Indudablemente, un extraño episodio que, a juzgar por la continuidad o persistencia del gobierno en hacer la paz con Pincén, atribuyó a este hecho poca importancia, interpretando que había sucedido por la actitud provocativa de la custodia de Huergo o por una mala inferencia de los indios de Pincén sobre las reales intenciones que tenía esa expedición.

El malón fue interceptado entre los fortines La Verde y San Martín por el comandante de línea Pedro Timóte, que los persiguió, recuperando 65 caballos de los tomados a Orellano. Ordenó Timóte que el coronel Eleuterio Barros persiguiera a los indios durante 7 leguas en su huida hacia la pampa.

El ministro le contestó a Borges el 28 de mayo: “Con profundo dolor sufro la muerte del mayor Orellano; pero ¿qué hacerle? Para eso somos los soldados, para morir por la patria”. Con estas palabras se cerró el episodio y se prosiguió con el plan del gobierno.

Sequía, miseria y cambio de planes

El 15 de mayo, Gainza le había escrito a Rivas:

Me alegro mucho verlo tan entusiasmado por nuestro proyecto. Así lo está el presidente y así lo estoy yo también, porque al país va a reportar grandes ventajas.

Las tratativas de paz con Pincén iban a paso acelerado. De la simple estrategia de separar a Pincén de Namuncurá para que éste no contara con un fuerte aliado a la hora de ocuparse Carhué y Salinas, el ministro avanzó en la idea de lograr que Pincén se allegara a vivir con su gente dentro de la frontera, convirtiendo a su tribu en "indios amigos".

Aparentemente, Gainza había abandonado los consejos belicosos de Lagos y Rivas respecto de Pincén, adoptando la estrategia integradora de Borges, o bien, entusiasmado Rivas con el ataque a Carhué y Salinas Grandes, no presionaba con la idea de atacar a Pincén.

En sintonía con ello, el ministro mandó el 28 de mayo una carta a Borges comentándole la noticia de que los indios se estaban presentando en toda la frontera (indudablemente a causa del hambre, agotadas ya las existencias enviadas por el gobierno) y que abrigaba la esperanza de que iban a convertirse. Le sugería:

> *¿Y por qué no escribe una carta a Pincén en mi nombre, ofreciéndole tierra en propiedad, raciones, hacerle caso, darle bueyes, arados, semilla, etc., con tal que venga a vivir dentro de la línea con los cristianos? Esta misma proposición le hago a Mariano Rosas y el comandante cree que aceptará. Si consiguiésemos esto sería un gran paso dado, de incalculables beneficios. Trabaje en este sentido y ya que los hemos sometido y acabado por las armas, tratemos de atraerlos a la civilización.*

Borges seguramente celebró esta decisión de Gainza y le comunicó lo que había hecho en tal sentido, además de las circunstancias que rodeaban las tratativas, favorables a que el proyecto de inclusión de Pincén prosperara. El 6 de junio le decía:

> *Hoy he despachado las comisiones de Namuncurá y Picén, mandándoles copia del decreto expedido a propósito de la venida de Raniqueo aconsejándoles se vengan y*

mostrándoles las ventajas que soportarán si se vienen a vivir entre nosotros y haciéndoles ofertas en consecuencia a nombre de V.E. No les he dado más regalo que vestirles las comisiones con ropa sobrante en la Guardia Nacional y darles algunos vicios para el viaje.

Refiere luego que no les hizo más regalos porque no ofrecían garantía de su buen proceder, y que según su parecer estaban hambrientos y pasando toda clase de miserias, puesto que aunque se estaban realizando tratativas, aún persistían los malones sobre la frontera:

De los indios venidos en comisión han quedado dos aquí y una mujer; no quieren volver al desierto y a última hora el que traen de lenguaraz me ha pedido un pase para que no le pongan impedimentos en los fortines, pues quiere traerse su familia.

El hambre azotaba las tribus; el gobierno las tenía con proyectos de racionamiento y promesas de paz, pero también se hablaba de expediciones a Carhué. El estado de miseria no era sólo de los indios; también empezó a hacerse sentir en los fuertes y fortines cuando el aprovisionamiento de maíz y buenas pasturas comenzó a terminarse a causa de la gran sequía.

Sobre este tema versaron las cartas durante algún tiempo, como la misiva telegráfica que Borges dirigió a Gainza el 18 de junio de 1874 poniéndolo al tanto del estado de la frontera:

Seguimos con la seca de mal en peor. No cae una gota de agua y las heladas desde abril son continuas y los fríos muy grandes. Las caballadas están a la miseria; no sé qué va a ser de nosotros si tenemos alguna o algunas invasiones.

El resultado fue el que se imagina: la gran sequía y el estado de las caballadas determinaron un cambio en los planes del gobierno. Informaba Gainza a Borges el 23 de junio:

La toma de Carhué y Salinas ha tenido que suspenderse por no haber podido comprar diez mil caballos que eran los que se necesitaban. Rivas cree que se podrá llevar a cabo en septiembre.
Desearía que así fuera antes de dejar el puesto; pero con tal que mi sucesor la lleve a cabo, todo estará bueno.

Borges le contestó el 30 de junio que creía *"muy bien haber dejado hasta la buena estación la operación proyectada sobre Carhué"*, y añadía: *"todo el mundo está a pie o poco menos".*

La preocupación por la sequía era constante y afectaba tanto a las tribus como a los cuerpos de frontera. La caballada estaba flaca y enferma. Esta era la situación en los fuertes y fortines. El 6 de julio de 1874, Borges le informó a Gainza lo que ocurría en las tolderías:

Hace dos días llegó una familia que viene huyendo de los toldos de Pincén y casi han perecido de sed en el tránsito. Esta familia me da a más la noticia que el cólera hace estragos entre los indios y debido al pánico que se ha apoderado de ellos, han podido fugar. Cuentan haber [visto] muerto al cacique Anegneer que fue el que trajo la invasión en el año 72 cuando vinieron a llevarse la tribu de Coliqueo.

El mismo día le escribió al comandante general de Armas expresándole el estado dramático en que estaba la tribu de Pincén y que la familia era una mujer con sus hijos, grupo compuesto por siete personas "y originaria del pueblo de Rojas, donde fue cautivada la madre [durante el gobierno de Rosas] siendo la familia que hoy trae consecuencia de un matrimonio que efectuó en el desierto con un cristiano también y que ha fallecido últimamente".

Agregaba que la epidemia de cólera hacía estragos; tan violenta era que, estimaba, sólo resistirían muy poco tiempo.

También Gainza alude a la dramática situación que pasaba la

tribu de Pincén. Le escribe a Rivas el 11 de julio:

> *Me acaba de comunicar el coronel Borges que en la tribu de Pincén ha entrado el cólera y mueren [...] fulminantemente y andan dispersados por los campos, huyendo del flagelo.*

Cuando llegó a las tolderías la propuesta de Gainza para que los indios de Pincén vivieran dentro de la línea de frontera, el cólera ya se hacía sentir. Tal vez la peste hizo fracasar esa posibilidad. Las circunstancias dramáticas anclaban a Pincén y su gente en el desierto.

El clima, el estado de las caballadas y el temor al contagio hicieron imposible cualquier emprendimiento militar. Así se lo informa Gainza a Borges el 13 de julio:

> *Es una fatalidad la seca por la que atravesamos, pero contra la naturaleza nada podemos hacer. Es muy probable que los indios se encuentren en el mismo caso y tal vez peor aun que nosotros, y entonces no habrá mucho que temer sus invasiones.*

Estima luego que en seis meses, de seguir así, los indios habrán quedado de a pie por haberse consumido las caballadas que poseen, y finaliza con un macabro deseo: “Ojalá que el cólera siga protegiéndolos”.

El hambre, que desde hacía tiempo se hacía sentir entre los pueblos del desierto, comenzó a hacer estragos en las tolderías y consecuentemente se llevaron a cabo algunos malones en procura de alimento.

Los jefes de la frontera sur daban cuenta del ingreso de malones por la frontera oeste, que desde el 14 de julio habían atacado por Saladillo y General Alvear. Guiado por los datos que tenía, Rivas hizo saber al inspector y comandante general de Armas el escaso número de invasiones: “lo que hace suponer que habrán sido algunas partidas ligeras del indio Pincén; y los perjuicios originados son cinco muertos, un herido y alguna

hacienda yeguariza". Otras comunicaciones hablan de un malón de veintiséis indios.

El 15 de julio, Borges le comentó a Gainza su disgusto porque tan sólo tres indios habían arrebatado la caballada del fuerte Triunfo, burlando a treinta y dos hombres que estaban allí para custodiarlos. Se refería además a la vuelta del cacique Justo Coliqueo a la Tapera de Díaz gracias a las gestiones de sus hermanos, principalmente Simón. El cacique Justo "aparentemente" se había recuperado de su enfermedad mental pero, como luego se verá, se trataba de una mejoría transitoria.

La que había dejado de ser transitoria para convertirse en pesadilla era la peste del cólera en la tribu de Pincén, a tal punto generalizada y con resultado devastador, que Namuncurá se compadeció de la suerte de los indios de Pincén y en una carta a Ataliva Roca le expresó el 4 de agosto de 1874: "Por parte del cacique Pissen, espero que me lo haya con el racionamiento que el Superior Gobierno dispone darle". Insistió asimismo en reclamar la devolución de los prisioneros tomados por Lagos y Borges. El tenor de la carta no induce a pensar más que en un acto de condolencia.

No obstante el cólera, la sequía que diezmaba las caballadas y que sumía en el hambre a su tribu, obligando a sus guerreros a procurarse alimento tomando ganado de las estancias fronterizas, el gobierno entendió la situación y continuó con su plan de llevar a Pincén dentro de la frontera, como también a su amigo el cacique Tripailaf.

El 14 de agosto, luego de contarle que la sequía continuaba y se le estaban muriendo las caballadas, Borges le informó a Gainza: "Mañana despacho los chasques para Pincén y Tripailaf. Tengo buenas esperanzas de arribar a un feliz resultado".

Namuncurá, que deseaba estar en buenas relaciones con el gobierno, envió una comisión a Buenos Aires el 9 de septiembre, que pasó por Azul con dirección a la Capital Federal.

Pincén estaba abatido por las vicisitudes que atravesaba y no es difícil imaginarlo con los brazos caídos. Tal vez pensó que si se incorporaba como "cacique amigo" recuperaría a su gente

prisionera; si esperaba unos días más, tal vez llegarían las lluvias de la primavera y con ella las buenas pasturas, y en poco tiempo el hambre desaparecería, pero ¿y su gente presa?

Sus amigos, tribus más pequeñas como la de Tripailaf, habían accedido a la propuesta del gobierno; era de esperar que ello ocurriera con Pincén. Cuando los niños lloran de hambre, las mujeres se desesperan y les reclaman a sus maridos el alimento; cuando hasta el más pequeño animal es encontrado muerto a causa de la sequía, las lagunas secas y las pocas charcas infestadas por el cólera, los guerreros reclaman a los caciques, y éste, por momentos, siente deseos de doblegar el rumbo, de torcer las rodillas al suelo, de bajar los brazos. Pincén cavilaba en su toldo.

El 28 de septiembre Borges escribió a Gainza:

> *Las negociaciones con los indios, magnífico resultado. Tenemos ya a Tripailaf con 70 lanzas y 150 familias en el fuerte Paz [...] Picen muy tierno; no desespero en traerlo pronto, sobre todo si tenemos paz.*

¿A qué paz se refería Borges? ¿Acaso las tribus no estaban diezmadas por la peste y la miseria, sin ánimo y sin caballadas como para intentar el más insignificante malón de ratería? Borges se refería al clima político nacional, que nuevamente iba a atentar contra los resultados obtenidos en la frontera.

La revolución mitrista

Las controversias políticas, que finalmente llevarán a la revolución de septiembre de 1874, produjeron gran impacto en el panorama de las relaciones con los indios. Pincén no intervino -ni podía tampoco- en la contienda cívico-militar, como lo hicieron los Catriel, pero todas las tratativas en curso fueron abandonadas por Borges y Gainza una vez incorporados política, física y mentalmente a la guerra civil desatada.

Las elecciones presidenciales estaban fijadas para el 12 de abril, pero antes se habían llevado a cabo las de diputados nacionales. La lista del Partido Nacionalista de Mitre era

encabezaba por el ex gobernador Eduardo Costa, y el primer candidato del Partido Autonomista de Alsina era el arzobispo de Buenos Aires, monseñor Federico Aneiros.

A pesar del fraude realizado por el partido gobernante (liderado por Sarmiento, Avellaneda y Alsina), que presionó a los votantes mediante los jueces de paz y comisarios, el triunfo fue para el Partido Nacionalista. Pero el Partido Autonomista llevó a cabo un fraude posterior de gran proporción entre el escrutinio provisorio y el definitivo, alterando las actas. La mayoría de la legislatura quedó en manos del alsinismo.

En este clima de protestas y tensiones se arribó a las elecciones presidenciales del 12 de abril. Fueron elegidos también en forma fraudulenta los electores que consagraron la fórmula presidencial encabezada por Nicolás Avellaneda, que llevaba al Ministerio de Guerra y Marina a su aliado político, el doctor Adolfo Alsina, prometiendo aquél a favor de éste reciprocidad para las elecciones de 1880. La muerte, como veremos, truncará el cumplimiento de esa promesa.

Ante el fraude, apoyándose en las fuerzas militares que le eran leales y en algunos indios amigos (excepto los Coliqueo), el mitrismo inició una sublevación a la que se plegaron los comandantes Ignacio Rivas y José Arredondo, los coroneles Benito Machado, Julián Murga, Nicolás Ocampo, Martiniano Charras y otros oficiales de menor rango con sus tropas. El 24 de septiembre de 1874 estalló la revolución y se movilizaron las fuerzas militares adictas a uno y otro bando. El 5 de octubre se supo en Buenos Aires que el jefe de la frontera norte, Francisco Borges, se plegaba a los revolucionarios.

El comienzo del fin para los insurrectos llegó el 29 de octubre, cuando Julio A. Roca se impuso en la batalla de Santa Rosa (Mendoza), y después con la definitiva derrota que les infligió José Inocencio Arias el 26 de noviembre en la batalla de La Verde. Luego, el 2 de diciembre, Bartolomé Mitre se rindió ante Arias. Ese mismo día el presidente Sarmiento ascendió a Conrado Villegas, joven oficial de escasos treinta y un años -aunque de probada experiencia- al grado de coronel para el relevo que haría por

Borges, el insurrecto.

Es que Borges estaba preso de su contradicción. Comprometido con la revolución de 1874 y al haber dado previamente la palabra a Sarmiento de no inmiscuirse (el sanjuanino finalizaba el mandato el 12 de octubre), quiso retirarse; acusado de traidor por sus amigos (mitristas), en La Verde prácticamente se inmoló yendo sin defensa hacia donde el fuego era más granado; de las heridas recibidas, falleció dos días después, el 28 de noviembre de 1874.

El desaparecido jefe de la frontera oeste y su reemplazante eran uruguayos, como otros que se destacaron por entonces en las filas del ejército argentino: Conrado Excelso Villegas (oriundo de Tala), Ignacio Rivas (de Paysandú), Francisco Borges (de Montevideo), nombres que se suman a los de Sandes, Arredondo y Paunero, entre otros.

Luego de La Verde, derrotado el mitrismo, el general Rivas fue alejado de la jefatura del fuerte General Lavalle y dado de baja del ejército. Su lugar lo ocupó el coronel Nicolás Levalle.

El 4 de diciembre de 1874, Luis María Campos, desde el campamento de 9 de Julio (Buenos Aires), le hizo saber al ministro de Guerra en campaña, coronel Adolfo Alsina, que en esa fecha le había ordenado a Hilario Lagos ocupar con sus fuerzas la frontera oeste ante el temor de una invasión, que por idénticas razones había mandado al comandante Villegas como jefe accidental de la frontera norte de esa provincia con su regimiento, y al comandante Winter con el 5° de caballería a la frontera Costa Sud, que se hallaba completamente abandonada y por la que habían ingresado varios malones.

Molestos los caciques por este avance sobre sus territorios, acosados por el hambre y la sequía, arreciaron las estancias con sus incursiones en procura de alimento.

Avance de la frontera y nuevos malones

En la frontera norte hubo que equipar la caballería para hacer frente a los malones. De unos seis mil caballos donados o confiscados a hacendados cercanos a la frontera, el flamante

coronel Conrado Excelso Villegas seleccionó seiscientos tordillos claros, blancos y bayos claros, que destinó al regimiento 3° de caballería a su cargo, apodado “3 de fierro”. Así nacieron los famosos “blancos de Villegas”.

Se eligieron los mejores caballos con el objeto de que este regimiento estuviera bien montado en un conjunto de tropillas que se asemejaran en cuidado y destreza a la caballada indígena. Una caballada que iba a recibir además un cuidado constante y obsesivo por parte de Villegas.

Sabido es que la tropilla de un solo pelo es muy codiciada y admirada. ¿Buscaba Villegas lograr un efecto o impacto ante la indiada? ¿Sabía que si bien el indio tenía especial relación con los caballos cualquiera fuese su pelaje, el caballo blanco era distinguido en ceremonias religiosas? Premeditado o no, indudablemente logró producir efectos en los indios de Pincén, que enseguida procuraron arrebatar esa caballada.

Las tropas, con buenos caballos y ante las tribus aún no del todo recuperadas de las calamidades sufridas pocos meses antes, tenían instrucciones de aprovisionarse. Ya estaba en marcha el avance de fronteras que anhelaba el flamante ministro Alsina.

Mientras tanto, Pincén concluía un nuevo año reclamando la libertad de su gente. Envió una comisión a Buenos Aires, que se entrevistó con el arzobispo Aneiros. El 24 de diciembre, con motivo de las fiestas de Navidad, Aneiros le pidió al ministro de Guerra el indulto de los miembros de la tribu de Pincén presos en Martín García. Pero ninguna superioridad atendió este reclamo, a la vez que empezaron a llegar más noticias preocupantes al seno de las tolderías: la nueva administración realizaba sus aprestos para ocupar efectivamente el Carhué y Salinas Grandes.

Los opositores al plan de Alsina hacían llegar a las tolderías las noticias sobre los planes del gobierno. Enterados Namuncurá, Pincén y demás caciques por la prensa porteña de que Alsina pensaba ocupar Carhué y otros puntos en un importante avance de la frontera, escribió Namuncurá al teniente coronel Daniel Cerri, comandante militar de Bahía Blanca, confesándole su perturbación:

He soñado que los cristianos me quitaban un campo, si acaso estos campos que defiendo me los sacan, entonces me someteré entre los cristianos y sabremos quién es más.

Los acontecimientos inmediatamente posteriores y las actitudes reveladas a los pueblos del desierto por los jefes de frontera llevaron a que los caciques se convencieran de que el gobierno argentino redoblaba la apuesta y que el avance era inminente.

La angustia por subsistir crecía en las tribus a medida que observaban los aprestos del ejército para invadir. Estaban informados también por comerciantes y espías en los fuertes y fortines sobre cada disposición militar, y las noticias corrían como reguero de pólvora, detonando en el seno mismo de las tolderías. Los chasques portaban un solo mensaje: "Esta vez va en serio".

Las tribus se mantenían en estado de alerta y se aferraban a toda gestión pacificadora que les reportara una ventaja o iniciativas que de algún modo contradijeran el plan de avance. La correspondencia que los caciques mantenían con el arzobispo Aneiros, los sacerdotes misioneros y los jefes militares revelaba que los jefes indios tenían voluntad de encontrar caminos de paz que evitaran el avance.

El 3 de mayo de 1875, el cacique Namuncurá, en representación de gran cantidad de sus pares, entre ellos Pincén, firmó un tratado de paz que se le ofreció por intermedio del coronel Francisco Iturra y una comisión de indios amigos del cacique Manuel Grande y el capitán Francisco Díaz. Entre los caciques comprometidos se enumeran 17 caciques generales, 36 caciques primeros (entre ellos Vicente Pincén y Nahuel Payún) y 51 caciques segundos (entre los que figura Pichi Pissen).

La nómina de compromisos asumidos por el gobierno estaba encabezada por la primera mentira: según el artículo I^{o}, la frontera no sería adelantada; el artículo 2° trataba del racionamiento; y el artículo 3°: "Racionamiento por separado para Pincén y otros caciques"; mientras que en lo restante el tratado no difiere

sustancialmente de otros firmados por Pincén.

En la frontera norte, Villegas continuaba equipándose, sobre todo con buenos caballos, pero era realmente preocupante el estado de las caballadas. El juez de paz de Salto le informaba, a principios de julio de 1874, que los animales estaban dispersos a causa del mal estado de los campos y que los cien caballos que poseía estaban tan flacos que no iban a llegar a Junín. De ahí que hubiera resuelto no mandarlos. Sobre esto expresaba su inquietud Villegas al ministro Alsina desde el fuerte General Lavalle (Ancaló) donde tenía su asiento.

En forma simultánea, por cartas dirigidas al representante del gobierno nacional en este tratado, Pincén buscó intensificar el comercio de sus productos. Aún permanecían presos miembros de su tribu y familiares suyos en Martín García, y con este acercamiento a negociar la paz seguramente procuraba la recuperación de su gente.

Pero el acuerdo no duró mucho y constituyó en definitiva una cortina de humo para distraer a los pueblos aborígenes mientras se aceleraban los preparativos y el Congreso Nacional aprobaba el envío de fondos. En agosto y octubre de 1875 se autorizaron las sumas de doscientos mil y cuatrocientos mil pesos fuertes para equipamiento militar.

El breve interregno de paz, es decir, la “cortina de humo”, permitió al ingeniero Melchert incursionar en el área a conquistar y estudiar los caminos y parajes hasta Carhué y desde el fuerte General Paz hasta las tolderías de Pincén. El 28 de septiembre el coronel Marcelino Freyre, que acompañó al ingeniero, le informó al ministro que habían regresado de Las Tunas con excelentes resultados. Se señaló no sólo la precisa ubicación de las aguadas, sino las tolderías y los puntos estratégicos de la nueva línea de frontera posible, así como también el trazado hipotético de un ferrocarril hasta Carhué. El ingeniero no permaneció más tiempo en territorio aborigen porque fue obligado por las tribus a volver sobre sus pasos.

El misionero José María Salvaire cuenta en su diario de viaje apostólico a Salinas Grandes que la expedición científica de los

cartógrafos causó mucho revuelo en los indios y que por esta causa tuvo que suspender su primera incursión para que no coincidiera con la expedición científica, que iba fuertemente escoltada por tropas del ejército. En un momento estuvo a punto de ser lanceado en Salinas Grandes. Allí supo, probablemente por las expresiones de Nahuel Payún, que se encontraba en el lugar, que el cacique Pincén se aprestaba a invadir.

El padre Salvaire no guardó silencio en los papeles sobre este plan de Pincén. Dispuesto a lograr que Namuncurá le permitiese predicar allí en Salinas Grandes, el 4 de noviembre de 1875 le envió una carta a este cacique aceptándole el envío de una comisión ante el coronel Nicolás Levalle para aclarar que los indios de Namuncurá nada tenían que ver con un malón que preparaba Pincén. Es más, se ofreció a hacer una gestión personal, a su regreso, ante el presidente de la República. Se hallaba Salvaire en territorio indio y por esa razón le pidió además a Namuncurá un salvoconducto para marcharse, acompañado de algunos cautivos. Entonces tenían razón las tribus al sospechar que ambas incursiones tenían puntos de contacto.

He aquí una muestra más de la forma desleal en que se manejaba Namuncurá respecto de las otras tribus, en este caso delatando a Pincén ante el gobierno nacional con la colaboración de un misionero religioso. No habrá de asombrar entonces al conocedor de lo ocurrido en la "conquista del desierto" por qué muchos afamados "grandes caciques" hicieron "todo lo que había que hacer" para obtener y merecer el uniforme militar, ¡a excepción de Pincén!

La actitud de Pincén era la única respuesta posible a una decisión que había tomado el Ministerio de Guerra con respecto a sus familiares presos en la isla Martín García, que tuvieron por destino definitivo no precisamente el regreso al seno de las tolderías, sino la distribución usual que se hacía entonces: los hombres al batallón 1 de Buenos Aires para revistar como soldados, y las mujeres a disposición de la Sociedad de Beneficencia para que las colocara como servidumbre en las "distinguidas" casas de Buenos Aires (de ahí que después, por

muchas décadas, se haya generalizado designar a la sirviente doméstica con el apodo de *chinita).*

Es lógico suponer que, enterado el cacique de esta decisión, comprendió que desde hacía muchos años estaba siendo burlado, que se habían agotado las posibilidades de recuperar a su gente por haber cerrado el gobierno todas las vías, y que lo único que quedaba por defender -si acaso estaba a tiempo- era su dignidad, la libertad y las tierras que ocupaba. Estas tres cosas, íntimamente ligadas, no podían existir una sin la otra y estaban ahora seriamente amenazadas por la decisión del gobierno.

Los aborígenes sin tierra vagaban como parias sin suerte. Si eran mansos, estaban condenados a la miseria o a la servidumbre; si protestaban, recibían a cambio la muerte o el presidio. Al menos en las tolderías recibían un trato un poco más digno.

En Salinas Grandes, los caciques debatían sobre el mentado avance. Algunos como Pincén proponían la necesidad de defenderse con una gran ofensiva que uniese a los salineros, ranqueles, los de las faldas de la cordillera, las tribus libres del desierto, y tratar de sublevar a los llamados “indios amigos” del gobierno. Pincén ya hablaba en nombre de los “indios amigos” conducidos por Juan José Catriel, Antemil, Manuel Grande, Tripailaf y Manuel Díaz (que estaban a punto de sublevarse y subordinarse a su cacicazgo general). El malón que llevaría adelante caería sobre una amplísima zona y se concentraría en la de Azul y Ta- palqué.

Pero Namuncurá, que procuraba la salvación individual, nuevamente delataría los planes. Un yerno suyo, al parecer de nombre Eloy Iralde, que esos días se hallaba de visita en las tolderías por razones comerciales, le escribió a Namuncurá el 8 de noviembre de 1875 haciéndole saber que un indio de Pincén le había confiado al capitanejo Antumil (Antemil, su cuñado) que 250 guerreros de Pincén marchaban en dirección a Tres Arroyos con propósitos de malón. Iralde le ofreció a su suegro explicarle al coronel Nicolás Levalle, al presidente de la República y al comandante Francisco Pío Iturra que los indios de Salinas eran ajenos totalmente a la invasión y que mantenían el propósito de

alcanzar arreglos de paz. Días después, Namuncurá le informó al comandante de Bahía Blanca, Daniel Cerri, que unos caciquillos (súbditos rebeldes) iban a atacar Sanquilcó y Blanca Grande, que hiciera conocer esto a todos los jefes de frontera y que no se trataba de indios de su mando (Durán, 2006: 121).

Ante la mirada atenta de sus pares, que empezaban a ejecutar los primeros malones de lo que luego se dio en llamar la "invasión grande", Namuncurá saboteaba la arremetida indígena y los delataba ante los jefes de frontera. Finalmente será el último en sumarse al gran malón.

Cuando desde la frontera se le recriminó su actitud, ensayó una excusa. Les contestó: *"Al ver tantos capitanes de prestigio, no pude dejar de hacerlo".*

Los "fuertes ambulantes" de Roca

Los desacuerdos entre los líderes indígenas no serían tan profundos en las filas del oponente. Un intercambio epistolar entre el ministro Adolfo Alsina y el coronel Julio A. Roca nos revela las (¿disímiles?) opiniones que tenían sobre cómo llevar adelante el objetivo que compartían: la ocupación del territorio cuya posesión detentaban las tribus.

Alsina le hizo saber a Roca su plan, y éste le respondió calificando su estrategia de ineficaz:

> *Los indios mirarán en el solo hecho de estudiar los puntos que V.E. me indica, un ataque a sus derechos, pues considerarán suyos esos campos y aún los que actualmente ocupamos, como lo prueban las reclamaciones que en distintas épocas han hecho, y acudido muchas veces a las armas en su defensa. Nos acusarán de ser nosotros los primeros en faltar a la fe de los tratados y agregando este agravio a los que conservan vivos en sus recuerdos, de los tiempos más remotos, contra los cristianos, se prepararán a oponernos la más tenaz resistencia, con el vigor de los que combaten por su propia existencia, ya sean bárbaros o no [...]*

A mi juicio, el mejor sistema de concluir con los indios, ya sea extinguiéndolos o arrojándolos al otro lado del Río Negro, es el de la guerra ofensiva, que es el mismo seguido por Rosas, que casi concluyó con ellos [...]

El sistema actual de líneas de fuertes, establecido a fines del siglo pasado por Azara, y mantenerse a la defensiva, avanzando lentamente con la población, ya sabemos cuáles son sus resultados y cuáles serán en adelante.

Ganar zonas al desierto, alejándose más de las poblaciones, tiene, para mí, todos los inconvenientes de la guerra defensiva, acrecentados por el enemigo, que deja a la espalda el desierto que quedaría entre las nuevas líneas y las poblaciones. Cuando se pone a prueba este sistema, que ha creado la necesidad de las nuevas líneas, aumentando los gastos, es cuando hay invasiones [...]

La conquista, con fuertes y fortines, de estos territorios, adelantándose a la población, aumentará las inseguridades actuales; alejará las fuerzas de los centros donde un partido vencido que no se quiere resignar a su suerte, se agita de nuevo, y aprovechará todos los momentos para producir, cuanto más no sea, alarmas. Agréguese a esto el trastorno general que un cambio así radical en todas las fronteras de la República produciría, a lo que contribuiría la guerra con todas las tribus, que sería inevitable.

Los fuertes fijos en medio de un desierto matan la disciplina, diezman las tropas y poco o ningún espacio dominan. Para mí, el mayor fuerte, la mejor muralla para guerrear contra los indios de la pampa y reducirlos de una vez, es un regimiento o una fracción de tropas de las dos armas, bien montadas, que anden constantemente recorriendo las guaridas de los indios y apareciéndoseles por donde menos lo piensen. La base para adoptar esta táctica la establecería en las líneas actuales, en donde agio- meraría en grandes campamentos todos los elementos de caballos y forrajes necesarios para establecer un año entero la guerra sin tregua.

Yo me comprometería, señor ministro, ante el gobierno y ante el país, a dejar realizado esto que dejo expuesto, en dos años, uno para prepararme y otro para efectuarlo, guardando entretanto la paz con los indios y la más absoluta reserva sobre las expediciones [...]
Estas son mis opiniones, señor ministro, en materia de fronteras, las que hasta cierto punto concuerdan con las suyas. V.E. quiere avanzar hasta cierta altura, tomando posesión del suelo, fijándose permanentemente en algunos puntos; yo pienso que se debe avanzar hasta los últimos confines habitados por los indios, en Salinas y territorio ranquelino, no por fuertes fijos, sino por fuertes ambulantes, móviles como los enemigos que se combaten.

Alsina tenía una estrategia diferente. Se la expuso a Roca en una misiva enviada en contestación en diciembre de ese mismo año:

Aunque sus razones no han modificado mi opinión sobre la conveniencia y oportunidad de avanzar toda la línea de Córdoba y de San Luis, solamente me propongo, por ahora, llevar a cabo el pensamiento que le anunciaba de un movimiento de avance simultáneo en las fronteras de Buenos Aires, que viniese a dar por resultado comunicar por una recta a Bahía Blanca con Río Quinto.
Objetaba usted mi plan diciendo que, para ejecutarlo, era preciso dar por rotos los tratados, pues los indios considerarían como una declaración de guerra todo movimiento en dirección a aquellas tierras que ellos miran como de su exclusivo dominio.
Entretanto, no ha dejado de llamarme la atención que el plan que usted me propone, y que consiste en operar ofensivamente y de una manera incesante por divisiones ligeras, es igualmente objetable, por cuanto no puede llevarse a cabo sin que produzca idénticos resultados, en lo referente a provocación de hostilidades.

No puedo desconocer que tiene inconvenientes el establecimiento de una línea nueva, dejando a la espalda más desierto que el que hoy existe, no desconozco, tampoco, que la vida del soldado será más azarosa, y más difícil también el lleno regular de las necesidades, pero en la provincia de Buenos Aires, principalmente, se siente una exigencia que es superior a todos los inconvenientes y a todos los peligros que usted menciona; y es que la producción necesita desenvolverse y hoy no se cuenta con campos espaciosos para hacerlo.

Es un mal sin compensación dejar a la espalda de una línea una zona dilatada, con moradores hostiles, pero no pasa de un inconveniente generosamente compensado dejar esa misma zona sin enemigos, pudiendo así entregarse tranquilamente a la producción y a la riqueza [...]

Dice usted que el sistema actual de líneas de fortines, manteniéndose a la defensiva y avanzando lentamente con la población ya sabemos cuáles son los resultados que nos ha dado y nos dará. Permítame que le observe que usted no puede saber qué resultados ha dado, ni qué resultado dará el sistema que yo voy a emplear. Ni de los documentos publicados, ni de mi carta, ha podido usted deducir que mi plan sea establecer línea de fortines para mantenerse a la defensiva.

Roca estudió los pasos seguidos por Rosas y consultó el más completo antecedente que podía existir en aquel tiempo sobre una expedición al sur: no casualmente, en el Archivo General de la Nación, el diario de la expedición al río Colorado,[16] de 1833, o una copia muy buena, se encuentra en el legajo de Julio A. Roca, entre documentación relacionada con la marcha de 1879.

A juzgar por sus dichos, algo en Roca excede lo estrictamente vinculado a la logística militar. Y es que su objetivo personal, exteriorizado con mayor evidencia al asumir la titularidad del

16 Titulado *Diario de las marchas y de las ocurrencias de la División Izquierda que comanda el Sr. General D. Juan Manuel de Rosas* (Garretón, 1975: 43).

Ministerio de Guerra y Marina, fue emular a Rosas: regresar victorioso de la guerra con el indio, convertirse en el hombre más prestigioso y volver a preparar la campaña electoral que lo llevaría a la presidencia de la República. Lamentablemente, no procuró Roca imitar a Rosas en sus ingentes esfuerzos por integrar a los indios, cuyos recuerdos de uno y otro militar lo confirman.

Algo similar se le ocurrirá en 1884 a Benjamín Victorica (ministro de Guerra de Julio A. Roca) al preparar la expedición que conquistaría el Chaco boreal, aspirando con ello obtener el prestigio que lo catapultara como presidenciable. Dice José María Rosa que tal preparación fue "tal vez para servirle -como a Rosas y a Roca- de plataforma de lanzamiento al poder". En este caso, el resultado no respondió a sus esperanzas: luego de su desgraciada expedición, en julio de 1885 Victorica renunció al ministerio, quedándose con la promesa nunca cumplida por Roca de apadrinarlo en la candidatura presidencial.

Para concretar su plan político-militar, en 1877 Roca necesitaba dos años; y hacia 1879, en el teatro de operaciones, ya no tendrá dudas acerca de quién será el mejor hombre para llevarlo a cabo. Elegirá al más audaz, subordinado y respetado de los jefes de frontera, por su valor y sapiencia militar, condiciones evidenciadas en numerosas oportunidades, al punto que lo supo capaz de arriesgar la propia vida: el coronel Conrado Excelso Villegas. Casualidad para algunos, estrategia digna del "Zorro" Roca para otros, "el elegido", aunque volviese lleno de gloria del sur, tampoco podía hacerle sombra en su aspiración presidencial: era uruguayo, y Roca un hombre informado: sabía que Villegas no tenía aspiraciones políticas. Por si fuera poco, no ignoraba que el hombre estaba muy enfermo...

La zanja de Alsina

Pese a los duros embates que recibió (en especial aquellos que le dirigió el doctor Estanislao Zeballos desde las páginas de *La Prensa)* el plan del ministro Alsina poco tenía de defensivo. Mantenía puntos de coincidencia con el sistema de defensa

utilizado hasta ese momento, pero con importantes aditamentos que lo tornaron eficazmente ofensivo. Fue expuesto al Congreso Nacional el 25 de agosto de 1875, señalando que consistía "por ahora" -como se lo manifestó a Roca- en la "ocupación permanente", que aseguraba la posesión de tierras y privaba a los aborígenes de puntos estratégicos y estaciones de descanso de los arreos.

A juzgar por los resultados, esto fue letal para las tribus; y Adolfo Alsina finalmente no se equivocó en el diagnóstico. A su manera, luego de morir Alsina, no pudo dejar de reconocer el doctor Zeballos que en la segunda mitad de 1877, después de que las tropas lograron afianzarse en la nueva frontera, adquirieron capacidad para internarse en el territorio indígena con cierto margen de éxito. Señala Zeballos en *"La conquista de quince mil leguas"*:

> *Por esa época comenzó a ensayarse en la guerra ofensiva; pero lo sorprendió el día de la muerte, en cuya víspera ordenaba una expedición contra Namuncurá.*

Como se verá más adelante, las directivas de la guerra ofensiva contra las tribus de Pincén y Namuncurá habían sido impartidas muchos meses antes, y la salud de Alsina se agravó cuando en octubre de 1877 se encontraba en la frontera de Carhué organizando la expedición a Namuncurá, que no pudo llevar a cabo personalmente.

Zeballos había manifestado en forma pública y reiterada su oposición al plan de Alsina, pero las pasiones y los intereses personales jugaban un rol importante. No pocos aseguran que Zeballos pretendía un cargo de nivel nacional o internacional.

Luego de la muerte de Alsina, el flamante ministro Julio A. Roca le encomendó a Zeballos escribir el libro que desde el título estuvo destinado a destacar la "gran gesta" de quien se lo encargó: *La conquista de quince mil leguas.* El libro tenía por objeto proporcionar a los jefes y oficiales del ejército de frontera un conocimiento sintético de los antecedentes históricos y científicos

de la ocupación del río Negro, tarea a llevar a cabo en abril de 1879, minimizar los resultados obtenidos por los antecesores en el Ministerio de Guerra y Marina y toda posibilidad de arribar a buen término sosteniendo una actitud pacífica con las tribus.

Volviendo a las vísperas de la implementación del plan de avance de fronteras, en lo atinente a la relación con las tribus -al menos en los papeles- un tanto diferente había sido la propuesta del doctor Alsina, expuesta en el informe elevado al Congreso Nacional. Allí sostenía la necesidad de un cambio en las relaciones con los indios; criticaba el desempeño de las autoridades para con las tribus y destacaba que en Estados Unidos, en sus relaciones pacíficas con los indios, el gobierno observaba la misma solemnidad con que discutía un tratado de paz o de comercio con la Gran Bretaña:

> *Allí el presidente nombra el director de Asuntos de Indios, los inspectores de los mismos y los superintendentes de tribus, con las mismas formalidades que a un embajador o a un secretario de Estado, con acuerdo del Senado.*

En su aspecto táctico, el plan contemplaba la construcción de una zanja y paredón a lo largo de toda la nueva frontera a ocupar. En Estados Unidos se combatía al aborigen aprovechando los accidentes naturales del terreno, por lo que el ministro Alsina decidió copiar la metodología; y si en la amplia llanura pampeana no había accidentes naturales, era menester crearlos.

La zanja de Alsina, obra faraónica para la época, desató una encendida polémica en torno a su efectividad. Con más críticas que adhesiones, el proyecto siguió adelante y su mentor explicó a los cuatro vientos que el foso no tenía como objetivo detener al aborigen, sino complicar y demorar la salida de los arreos, dándoles tiempo a las tropas a salir en su persecución. Comenzó a construirse en octubre de 1876 a la izquierda de Guaminí. Casi en su totalidad, la zanja fue cavada por soldados de los fortines, guardias nacionales y obreros contratados, pero el tramo Trenque Lauquen-Italó se inició casi un año después de ocupado el paraje

Trenque Lauquen; estuvo a cargo de la empresa de los señores José Rossi y Cía. y se tomaron paleadores. El contrato celebrado en la oportunidad con el gobierno reza textualmente:

Don Saturnino E. Unzué, presidente de la Comisión de Frontera por una parte y don José Rossi y Cía. por la otra, han convenido construir la zanja de la Frontera entre Trenquelauquen e Ita-ló bajo las condiciones y bases siguientes.

1°: Don José Rossi y Cía. se obligan a hacer la zanja [...] de tres varas de ancho en la boca por dos varas de profundidad en línea recta, concluyendo en dos tercios de vara en el fondo, construyendo además una pared de adobón en el lado interior de la zanja, de un metro de alto, tres cuartas varas de ancho en su base, concluyendo en dos cuartas de varas en la superficie.

2°: Toda la tierra que se saque de le excavación será echada por los empresarios al lado interior de la zanja y paredón.

3°: La Comisión pagará a don José Rossi y Cía. por cada metro lineal de zanja concluida, incluso el paredón, la cantidad de doce pesos moneda corriente previa medición y recibo del Ingeniero a su servicio, siendo por cuenta de los empresarios la manutención de los peones, como cualquier otro gasto que pudiera originarse.

4°: El pasaje de los trabajadores y el flete de las mercaderías que fuesen necesarias para el racionamiento de los mismos, por el Ferrocarril del Oeste hasta Chivilcoy, será por cuenta de la Comisión. De este punto en adelante, todo gasto de fletes pasajes [...] será por cuenta de los empresarios.

5°: La Comisión proporcionará por una sola vez y para cada cien trabajadores las siguientes herramientas: 125 palas media luna, 50 palas anchas, 50 palas planas y 20 picos con sus cabos.

6°: Los empresarios se comprometen a llevar hasta trescientos trabajadores a los que la Comisión dará cien carpas de las que se usan para la tropa en campaña y a más

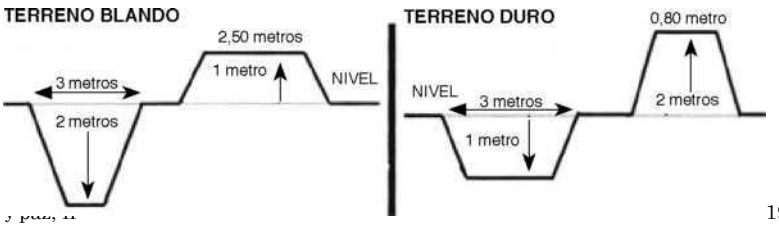
cien fusiles con sus municiones y correaje para su defensa.
7°: Es obligación de los empresarios la conservación en un buen estado de las carpas, armamento, correaje y municiones que se les entrega, como asimismo de las herramientas, todo lo que será devuelto a la conclusión de este contrato.

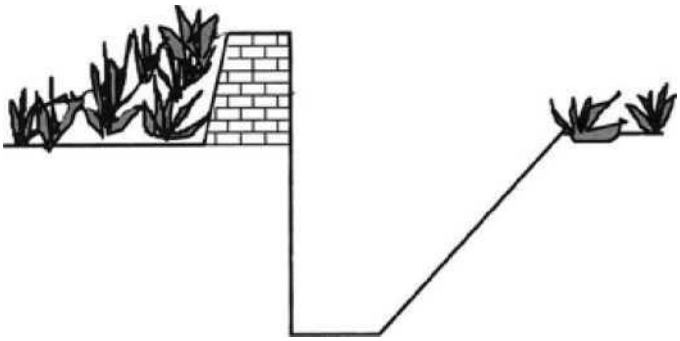
8°: Todo el armamento y demás que no fuere entregado a la Comisión o en su defecto donde se ordene hacerlo a los empresarios (previo recibo) les será descontado el importe de los fondos que ésta tenga, pertenecientes a la empresa.
9°: La Comisión garante a los empresarios una extensión de quince leguas para sus trabajos de zanjeo, y en caso fuese necesario continuar el precio y condiciones será convencional.
10°: La Comisión adelantará a los empresarios tanto el dinero suficiente para el pago de las provisiones indispensables, cuanto los fondos que pudieran necesitar en adelante, todo con arreglo al trabajo que hayan ya hecho, quedando la Comisión con una parte de su importe en garantía del cumplimiento de este contrato.
11°: El pago será hecho por cada cinco leguas concluidas según lo convenido en el artículo primero, y previa medición hecha por el ingeniero. [Inconcluso y sin fecha]

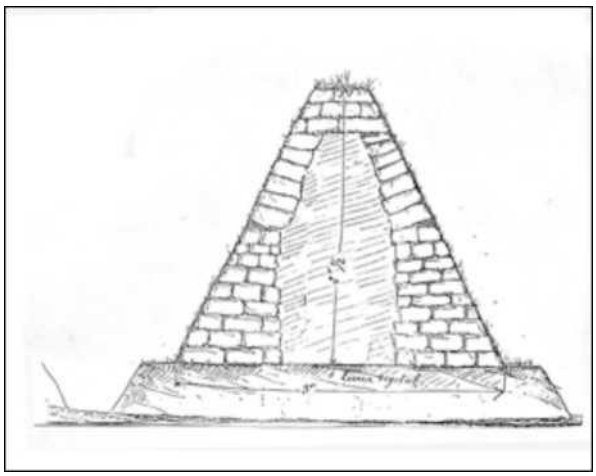
Según la memoria especial de Alsina, el 22 de marzo de 1877 los contratistas habían mandado "trescientos veinte hombres con ese destino" y estando casi concluidas las 15 leguas contratadas entonces, se habían contratado 10 más. Dice en otro párrafo:

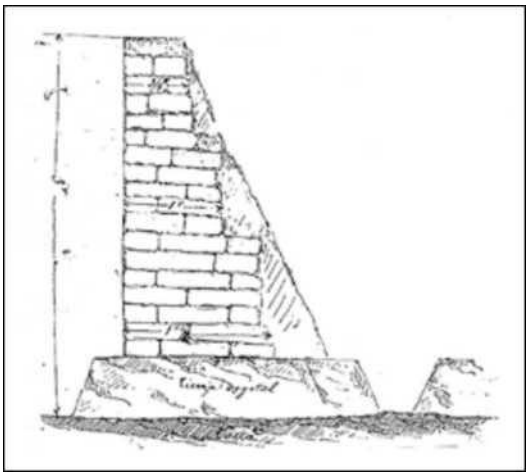
Se han enviado trescientos veinte hombres con las herramientas necesarias y abundantes provisiones para cuatro meses, con destino al zanjeo entre Trenque Lauquen, Italo.

El formato de la zanja variaba conforme el terreno en el cual se debían realizar los trabajos. A continuación, los dibujos de los diferentes tramos conocidos hasta la fecha:









ZANJA: Ancho: 3 varas Profundidad: 2 varas Fondo: 2/3 de vara
PAREDÓN: Alto: 1 metro Base: 3/4 varas Superficie: 2/4 varas
SOBRANTE DE TIERRA: Del lado interno de la frontera contra el paredón

Ignoramos cuál ha sido el diseño exacto para el tramo Guaminí-Trenque Lauquen. Fue el primero en comenzar a construirse y debe haberse hecho con arreglo a las instrucciones generales que había establecido el ingeniero Alfredo Ebelot para toda la zanja (ver dibujos). Pero debe concluirse necesariamente que las dificultades se fueron resolviendo sobre la marcha y

conforme a la textura del terreno.

El 15 de junio de 1877, Ebelot informaba al ministro Alsina:

> *La zanja destinada a defender el frente de la primera línea de fronteras [...] tiene tres varas de boca [1 vara = 83,50 cm], dos varas de hondo, media vara de ancho en la parte inferior, habiéndose calculado el declive de los lados de modo de evitar desmoronamiento de las tierras livianas entre que, por lo general, corre la zanja, y a hacer imposible, por la angostura del fondo, que un animal vacuno adentro pueda enderezarse para salir. La tierra extraída de la excavación es amontonada del lado interior y sostenida por un paredón de césped de un metro de altura, para impedir que arrastrada por la acción del agua y de los vientos, vuelva al foso, tapándolo.*

Este tramo se realizó con guardias nacionales y obreros contratados. Cuenta Ebelot en *Frontera sur* que el trabajo de la Guardia Nacional era un poco más caro, pese al reducido sueldo mensual, y además que los guardias nacionales estaban "poco acostumbrados a la pala" y rendían menos de la mitad que los paleadores profesionales contratados por la empresa Rossi y Cía.

¿Por qué se realizó con tropa siendo que a través de empresas privadas le costaba menos dinero al Estado? Obviamente para disminuir costos y mantener ocupados a los soldados; pero, además, la prensa periódica de Buenos Aires hacía una prédica tan despiadada sobre las condiciones de la frontera, que eran pocos los buenos paleadores que se presentaban solicitando empleo, pese a que la situación económica no era buena y había mucha gente necesitada de trabajo.

Por entonces se presentaron trescientos obreros, pero sólo cien quedaron para emprender el viaje. Partieron desde Buenos Aires, de la estación El Parque (actual teatro Colón) en tren hasta Chivilcoy (punta de rieles). Desde allí emprendieron una marcha a pie, precedida por ocho jinetes seguidos de quince carretas con las herramientas. Los paleadores iban armados y cuando las carretas

pasaban los arroyos, debían aprestarse a empujar las pesadas ruedas. De este modo, gringos y criollos embarrados de la cabeza a los pies tomaban el rumbo de la frontera de Trenque Lauquen, hasta que las penurias los hicieran desertar.

Siguiendo las páginas de *La Pampa,* diario crítico a ultranza de la zanja de Alsina, se puede ver cómo se cuestionan las formas de reclutamiento de zanjeadores. Un corresponsal de Junín hace saber a sus lectores el 6 de septiembre de 1877 que un contingente ha desertado huyendo del verdadero calvario de la zanja:

> *Esta carta es con el objeto sólo de hacer conocer a ustedes que 120 zanjeadores han llegado ayer de Trenque Lauquen y recorren las calles de nuestro pueblo pidiendo con voz débil un pedazo de pan para llevar a su boca. Es verdaderamente triste el estado de estos infelices. Unos lloran, otros se arrancan los cabellos y sus labios balbucean una maldición por lo que les han hecho sufrir. El hambre les ha obligado a abandonar el trabajo, porque la Comisión no les proporcionaba los alimentos necesarios.*

Al día siguiente *La Pampa* continúa el tema en una extensa nota, y el 12 de septiembre informa sobre la situación que atravesaron estos hombres, al parecer inmigrantes italianos:

> *Llegaron a esta ciudad [Buenos Aires] por el tren del Oeste los ciento veinte peones que dijimos habían abandonado los trabajos de la frontera acosados por el hambre y la miseria en que allí se debatían. El vicecónsul italiano en Chivilcoy les ha costeado el viaje, después de haberlos mantenido durante el tiempo que permanecieron en aquel pueblo.*

Un día después, el mismo diario transcribió un párrafo del discurso de Alsina:

> *He aquí mi obra, que es la famosa zanja Alsina, construida*

bajo mi dirección y vigilancia y la que yo con mis propias fuerzas y sudores he contribuido a concluir. Si he sido objeto de críticas amargas y de opciones violentas, las futuras generaciones sabrán hacerme justicia acordándome el título que merezco, reservándome un puesto honorífico en la galería de nuestros más famosos virtuosos hombres.

El cronista concluyó irónicamente: *"Y no le quepa duda al doctor Alsina".*

El ingeniero Ebelot evaluó sobre el terreno dos aspectos: duración y eficacia. En cuanto al primero, afirmó que con las lluvias de ese otoño, verdaderamente excepcionales, habían soportado una prueba decisiva, pues si bien causaron perjuicios serios en las construcciones de algunos puntos de la campaña, terminaron por ocasionar en ella daños insignificantes. En cuanto a la eficacia, comentó que los malones preferían pasar por las lagunas o cerca de los campamentos antes que cruzarla; el malón debía disponer un grupo de indios que durante la noche abriera una brecha y les señalara con humo de día y fuego de noche el lugar por donde podían regresar. Si esos bomberos eran descubiertos, forzados a brindar información por los soldados de los fortines ubicados a una legua de distancia entre sí, también peligraba el arreo y quienes lo conducían. "La zanja hace sin duda difícil la entrada y la salida de unos cuantos jinetes que se atrevan a penetrar sin otro elemento de movilidad que el caballo montado", dice Ebelot en *Frontera sur.*

Pese a las opiniones en contrario, la zanja cumplió su cometido en buena medida aunque, al decir de Sarmiento, pretender que los indios no la cruzaran era como pretender que no la cruzara el viento.

En Trenque Lauquen sobrevive un extenso tramo de la también bautizada *muralla china sudamericana.* Algunos propietarios de campos desvían sus arados en los montículos sobre los que en aquel tiempo se levantaban los fortines.

Pero más que un elemento de defensa, la zanja exteriorizó una decisión política que compartían todos los hombres del gobierno:

conquistar la pampa y quedarse.

Echemos ahora una mirada hacia atrás, a la época en que Alsina anunciaba su plan y la zanja aún no había empezado a ser construida.

CAPÍTULO 5
Antes muerto que cautivo

La "invasión grande"

Mientras se disponían los fondos para avanzar la frontera, llegó el malón indio en represalia al proyectado "malón blanco". Los hechos recibieron el nombre de Invasión Grande y constituyeron la arremetida aborigen más poderosa que debieron enfrentar las fuerzas militares. Los días 6 de agosto, 6 de octubre y 9 de diciembre de 1875 se registraron malones que perforaron las líneas de frontera y se alzaron con todo el ganado que hallaron a su paso.

La sublevación de los indios al servicio del fuerte General Lavalle ocurrió el 26 de diciembre y eran en total trescientos guerreros. Hasta allí acudieron más de mil lanceros de Namuncurá, unos mil más de Pincén, las fuerzas chilenas y demás lanceros de las pampas.

Atan sólo tres años de San Carlos, pudiéndose advertir con claridad el crecimiento de Pincén, las tribus aliadas formaban sus cuadros de batalla del siguiente modo:

- **Vanguardia:** división "Salinas Grandes", 1.500 lanzas. Comandante: cacique general Pincén.
- **Ala izquierda:** división "Chilenos" (auxiliares de Araucanía), 1.000 lanzas. Comandante: cacique general Reuque Curá (hermano del desaparecido Juan Calfucurá).
- **Ala central:** división "Catriel", 1.000 lanzas. Comandante: cacique general Carupán Curá.
- **Ala derecha:** división "Purrán" (auxiliares de las faldas argentinas de los Andes), 1.000 lanzas.

Reserva: escolta de Namuncurá: división "Pincén", 500 lanzas.

Hacían un total de aproximadamente 5.000 lanzas, de las cuales nada menos que 2.000 se encontraban bajo el mando del ahora cacique general Vicente Pincén.

El poderío de Namuncurá estaba apoyado en las lanzas chilenas, que en su mayoría le aportaba Reuque Curá, mientras que Pincén acaudillaba la mayoría de las lanzas pampas. Con ellas y con el segundo al mando en este ataque, el cacique Curru Necul, capitanearon unos 1.500 indios que atacaron la Blanca Grande y los campos de Tapalqué, reuniendo unos doscientos mil animales y arrasando varios fortines.

Curru Necul caería prontamente. En una correspondencia que el comandante Marcelino Freyre le dirige al doctor Zeballos, le hace saber que por la agencia de mensajerías de la calle Tacuarí N° 11 y 13 le remite "una cajita conteniendo objetos de tocador de los indios". Asimismo, le adelanta que ha "mandado traer la cabeza del capitanejo Currunecul que se degolló cuando iban a darle alcance". Y agrega en la nota: "Si la traen te la remitiré porque debe ser algo rara; era el indio más feroz de la Pampa y segundo del cacique Pizen".

Cómo combatía Pincén

Me contó Andrés Cejas Pincén (bisnieto, Trenque Lauquen):

> *Pincén combatía avanzando con su escuadrón de lanceros formando una "V" para que no los mataran a todos juntos, porque si los piquetes tiraban al montón barrían a muchos más, en cambio, peleando en "V" eran menos los que caían y se podía rodear al enemigo. El indio siempre avanzaba con el viento en contra para que los soldados no supieran que se acercaban, en cambio los soldados avanzaban sin darle mucha importancia a esto y Pincén se enteraba que los soldados se acercaban a los toldos. El caballo indio bufaba y pateaba cuando sentía el olor del huinca.*

Las fuerzas militares no estaban en condiciones de

enfrentarlos como usualmente lo hacían. Lo hicieron de la única forma posible para ellos: pequeñas guerrillas que intentaban arrebatarles la mayor cantidad de ganado posible. El 30 de diciembre, el coronel Winter los atacó en La Tigra, el 31 en fortín Aldecoa y al día siguiente en La Bandurria; mientras que Villegas se enfrentó con Pincén en la Blanca Grande. Este enfrentamiento le valió a Villegas ser felicitado por el presidente de la República y que tal reconocimiento fuera comunicado a todos los demás jefes.

Se temía que Pincén atacase también la frontera norte, pero no fue así. Volvió a sus campos en Langheló con bastantes caballos y vacunos, consciente sin embargo de que nuevas penurias lo acecharían con el pretendido avance de fronteras.

Por entonces, el ganado que los indios arrebataron de sus querencias subió a cifras fantásticas. Los avisos que indicaban el monto del saqueo se hicieron esperar, pero las cifras que fijaban las autoridades estimaban el total del ganado en doscientos mil animales. Cartas particulares de Azul calcularon medio millón, entre caballos, yeguas, vacas y ovejas.

Los caciques, en previsión de ser atacados en su retirada, habían desprendido a los flancos del grueso de sus fuerzas grandes grupos de jinetes, cuya misión consistía en distraer a la tropa de los rebaños mayores. Desde un pequeño fortín, miraba asombrado el paso del inmenso arreo el ingeniero Alfredo Ebelot, ocupado entonces en preparar la construcción de la zanja y las obras de los fortines y fuertes de avanzada.

Los tres meses de enfrentamientos culminaron el 18 de marzo de 1876 con el combate de Paragüil, donde Nicolás Levalle venció a Namuncurá y recuperó gran parte del arreo que aquél había llevado. También fueron dispersados los indios -y con ellos contingentes de Pincén- en el combate de Horqueta del Sauce Corto, el 5 de marzo.

A principios de 1876 se produjo una invasión de Pincén a los campos de Junín. Se llevaron unas ocho mil cabezas de ganado, burlando magistralmente la vigilancia de los fortines. El comandante Ataliva Roca, al tomar conocimiento de lo ocurrido mientras se hallaba de paso por Buenos Aires, se subió a un tren expreso y llegó a Junín, donde puso la Guardia Nacional bajo su

mando. Marchó a paso rápido unas 40 leguas, halló a Pincén y lo derrotó en un feroz combate.

Los indios arreaban el ganado y, ante la llegada de los piquetes militares, lo dividían en puntas de mil o dos mil cabezas para alejarse al desierto con mayor celeridad y, conforme la suerte de cada grupo, llevarse la mayor parte del ganado, evitando así que el grueso de la tropa pudiera darles alcance.

La sucesión de malones, en principio, tuvo como objetivo obtener una gran cantidad de ganado para resistir los duros tiempos que se avecinaban. Luego vendrían pocos malones tendientes a evitar el proyectado avance de frontera.

Consolidación de la nueva línea de frontera

Las tribus, con las caballadas frescas, se presentaron en la frontera sur en marzo de 1876, atacando los partidos de Juárez, Tres Arroyos y Necochea, e internándose hasta la costa del Atlántico. Eran tres mil indios de pelea, que los caciques lanzaban sobre el flanco izquierdo de la línea. Fue un golpe astuto de los dueños de la llanura, pues paraban por este medio la entrada que proyectaba Alsina en las tolderías, a cuyo efecto concentraba elementos en el fuerte Lavalle.

Según el plan del ministro, cinco columnas debían penetrar simultáneamente en el territorio indio. La división norte del coronel Conrado Excelso Villegas tenía que invadir los aduares del "Tigre del Oeste", el indomable Pincén, situándose en uno de sus frecuentes campamentos. Las órdenes impartidas a Villegas eran las siguientes: si el lugar denominado "Trenquelauquen" ofrecía inconvenientes, por la falta de agua o por la mala calidad de los pastos, podría fijar su posición en cualquier punto de la zona comprendida entre Sanquilcó y Las Tunas.

Las divisiones actuaron armónicamente, ocupando los puntos preestablecidos:

- **División Sur de Santa Fe:** al mando del coronel Leopoldo Nelson, debía marchar desde fuerte Gainza hasta Italo.
- **División Oeste:** al mando del teniente coronel Marcelino Freyre, debía avanzar desde el fuerte San Carlos hacia laguna de

Monte (Guaminí).

· **División Sur:** conducida por el coronel Nicolás Levalle, desde el fuerte General Lavalle Sur alcanzaría Carhué.

· **División Costa Sur:** cooperando con la División Sur, con el teniente coronel Salvador Maldonado, avanzó desde el fuerte General San Martín hacia Carhué y luego hasta Puán.

· **División Norte:** bajo las órdenes del coronel Villegas, debía ocupar Trenque Lauquen, Las Tunas o un punto entre éstas y Sanquilcó, y establecer la comandancia.

.

Con el objeto de proteger a su gente, Pincén había trasladado más al oeste sus toldos (al este de la actual provincia de La Pampa) y en forma paulatina se dirigió a Malal-Co ("Aguada del corral", en lengua araucana), al centro de esa provincia, donde finalmente fijó su asentamiento definitivo. De ahí que el ministro de Guerra pensara que Villegas no tendría mayores problemas en llegar a Trenque Lauquen e instalarse, sumándose a ello la proximidad del invierno que encontraba a las tribus con buena cantidad de ganado acumulado desde el año anterior con la Invasión Grande.

El 16 de marzo de 1876, desde Olavarría, Alsina instruía a los jefes expedicionarios. En referencia al sector de frontera con Pincén, decía que hasta ese momento todo hacía suponer que las divisiones que iban a ocupar la laguna del Monte, Trenque Lauquen e Italo no encontrarían indios que les disputasen el paso, ni serían hostilizados seriamente donde iban a situarse de manera definitiva.

Con la ocupación del frente de la línea territorial que habitaba Pincén (Trenque Lauquen) se comprobó que la suposición de Alsina era acertada. Lo confirma Luis Scalese:

> *La situación topográfica [de Trenque Lauquen] lo es de un semicírculo medanoso con dos brazos que se pierden a distancia. En la altura noroeste de la laguna [...] un ombú, recuerdo de quién sabe que otro tiempo, es la única expresión viva de la naturaleza ambiente, con el borboteo de los manantiales de agua dulce de la parte sur de la misma y*

formando corona frente al sol naciente, los desvencijados toldos que habitaban unos viejos rezagados, que no pudieron seguir a la indiada en su fuga hacia el oeste.

Los bisnietos del cacique Pincén en Trenque Lauquen, Gerónima y Evangelio Cheuquelén, cuentan que su abuelo, el capitanejo Cheuquelén (al que nos referimos más adelante), llegó "de Junín a Trenque Lauquen cuando aún no estaba fundado". Y que "cuando en 1876 llegó Villegas a Trenque Lauquen para fundarlo, los toldos estaban a orillas de la laguna" (hoy Parque Municipal).

Al entrar los piquetes, los indios huían para todos lados, pero el capitanejo Cheuquelén se quedó en su toldo con su familia. El primer toldo que visitó Villegas fue el suyo y le preguntó a nuestro abuelo: "¿Cuál es tu nombre?". "Choiquelén", contestó el indio.
"¿Te gustaría llamarte Conrado como yo?". Asintió el capitanejo, tal vez no comprendiendo la situación, tal vez por temor a lo que pudiera pasarle si se negaba, o quizá conforme con portar el nombre de "Toro" Villegas.
"Está bien", contestó Villegas, "a este negro le ponemos Conrado, como yo".

A partir de ese momento, el capitanejo Choiquelén llevó por nombre Conrado, y es el antepasado de una de las familias trenquelauquenses que descienden de la tribu y del cacique Pincén.

No bien arribó a Trenque Lauquen, el 12 de abril de 1876, Villegas le comunicó al inspector y comandante general de Armas, coronel Luis María Campos:

Tengo el honor de poner en conocimiento de V.S. que en el día de la fecha a las 5 y 23 minutos de la tarde, he llegado a este punto con la división de mi mando sin novedad, habiendo dejado asegurada la comunicación con el fuerte General Lavalle, por medio de tres fortines denominados el

1° coronel Timóte, el 2° comandante. Heredia y el 3° Carmelo Salinas. Por el correo remitiré a V.S. el plano del camino como de los fortines antedichos.
Me he apresurado a comunicar a V.S. mi llegada a este punto, por si hubiese que mandarme caballada u otros artículos para la división. Dios guarde a V.S. Conrado Villegas

En comunicación dirigida ese mismo día a su amigo Máximo Guz- mán, juez de paz de Rojas, reiteró esta información y agregó:

Los nombres de los dos primeros [fortines Coronel Timóte y Comandante Heredia] usted los conoce, pero el 3° [Carmelo Salinas] quizá no, es el de un benemérito soldado del batallón 2 de línea que murió a los treinta y dos años de servicio en dicho cuerpo. En fin, una gloria del ejército. No olvide a su amigo. Conrado Villegas

Ocupada la nueva línea, la estrategia adoptada por las tribus fue trasponerla y atacar los desprovistos fortines de la antigua frontera con el objeto de que los jefes fronterizos tomaran la decisión de regresar a fortificarla. La distribución de las tropas no fue mayormente alterada, ya que la orden del ministro era quedarse pese a todo en los nuevos puestos de frontera.

Se registraron combates en la zona de Guaminí (laguna de Monte). Entre el 11 y 14 de abril de 1876, mientras Villegas ocupaba Trenque Lauquen, 2.500 indios de Namuncurá, Catriel, Antemil y Pincén sitiaron las tropas de Marcelino Freyre en Guaminí. El ataque inicial se había llevado a cabo el 7 de abril, hasta que a partir del 11 lograron sitiar el lugar durante varios días. No varió la situación hasta que el 23 de abril llegó al lugar el ministro Alsina con refuerzos al mando de Levalle y Maldonado, y tras un rudo y desigual combate, los indios se retiraron.

Evalúa con acierto Rómulo Muñiz (1931):

La herida que más sentían, lo que les causaba profunda pena, era divisar desde los médanos distantes a Carhué en

> *poder del odiado* huirica. *Ya otras veces lo habían visto llegar a ese punto, pero era de paso; pues pronto la soledad y el desamparo del lugar los forzaba a contramarchar, después de haber refrescado las cabalgaduras en las corrientes o lagunas de la región. Pero ahora los soldados levantaban ranchos, construían corrales y abrían fosos, no cabiendo la menor duda [de] que pensaban quedarse, quizá para siempre.*

Una partida de indios de Pincén había respondido a la convocatoria de Catriel y Namuncurá; el resto observaba cómo una columna de más de 700 efectivos ocupaba los campos de Trenque Lauquen, también con ánimo de quedarse allí. Se trataba de una división bien pertrechada, con siete carros a caballo y un carro vivandero, 2.000 caballos, 205 mu- las, 18 bueyes, 506 vacunos y 1.600 ovejas. En lo que hace a armamento: 475 fusiles rémington con 87.730 balas, 330 carabinas, 223 sables y 8 cañones con diez cajas de municiones y útiles.

De esta forma, los territorios de Pincén sufrían un manotazo, las aguadas más cercanas a la frontera eran ocupadas, constituyendo esas fortificaciones en construcción una seria amenaza para los pueblos del desierto.

Teniendo presente que a los nuevos asentamientos les sería difícil superar el riguroso invierno, y que como otras veces deberían abandonar las posiciones que ocupaban, durante algunos meses las tribus optaron por esperar que esos maltrechos fortines de línea se vaciaran por haber contramarchado las tropas o desertado los soldados.

En los nuevos puestos de frontera, seguramente se preguntarían qué nueva sorpresa les prepararía la indiada, a la vez que la suboficialidad repetía hasta el hartazgo algo similar a esto: *El gobierno ha mandau quedarse y güeno, ansina ha de ser. Que Tata Dios nos ampare.*

Mientras tanto, Namuncurá enviaba chasques a las tribus chilenas y de las faldas argentinas de los Andes para que le mandaran más lanceros. Pincén, por su parte, que había fijado sus toldos en el corazón de los montes pampeanos con asiento

principal en Malal-Co, organizaba sus lanceros y se aprestaba a resistir. Una forma de ayudar al invierno y su inclemencia fue presentarse a cierta distancia de las nuevas fortificaciones y hacerse perseguir en largas travesías hasta conseguir el agotamiento de las caballadas del ejército, que era el mejor medio para reducirlo a la inactividad.

Fortines de la frontera entre 1869 y 1876

Durante el invierno abundaron estas escaramuzas, y una vez que las tribus supusieron debilitadas las caballadas de las guarniciones, perforaron la frontera. En agosto sitiaron el convoy de catorce carretas y la escolta del coronel Mariano Espina en la laguna La Chinchilla; el 6 de ese mes, unos tres mil guerreros

aliados atacaron el fuerte Lavalle por el sur y poco después la Blanca Grande. Entre ellos se encontraba Pincén, quien luego se dirigió con más de mil lanceros hacia el centro de la vieja frontera. Acompañado por parte de la "chusma"[17] que arreaba el ganado, se encaminó hacia 9 de Julio. Luego fue a la Tapera de Díaz (partido de General Viamonte), a los toldos de Coliqueo.

Tal distancia no fue recorrida en vano, ya que existía la posibilidad de que la tribu de Coliqueo se sublevara y se alzara contra el gobierno. Así lo quería Justo Coliqueo, y Pincén respondió a su convocatoria pensando en sumar a los sublevados.

Por la misma época, unos 360 lanceros de la fuerza que se había dividido en la Blanca Grande enfrentó a unos sesenta soldados del regimiento 2º y batallón 7º de Guaminí. Fue el 15 de agosto, por espacio de dos horas. Iban al mando del capitán Exequiel Delmazo. Indios de Pincén se encontraban entre los lanceros, que se conformaban en la ocasión con elementos de Namuncurá, Catriel y Antemil. El malón tuvo 37 bajas y una importante cantidad de heridos; se le tomaron armas de fuego y cuatrocientos caballos, después de una persecución que se hizo de día y de noche, y hasta a pie.

Rebelión de las "tribus amigas"

El misionero Pablo Savino había arribado a Los Toldos el 17 de febrero de 1875. El primer encuentro con Simón Coliqueo tuvo lugar al día siguiente, en oportunidad de estar la tribu realizando un ritual de iniciación de una *machi.* Situación paradójica: ese día el padre Savino iniciaba su misión apostólica.

Desde un primer momento, Simón fue el nexo, el que abrió las primeras puertas al sacerdote. Le presentó a los miembros de su tribu y luego a su hermano, el cacique Justo, con quien se improvisó un parlamento en el que se debatió el motivo de la presencia del misionero en el lugar.

Ala mayoría de los capitanejos no les gustó lo que el lenguaraz dijo al reproducir en araucano las palabras de Savino. En sus documentos, el sacerdote dejó escritas las dudas de los

17 Los que no eran guerreros: mujeres, niños o ancianos.

capitanejos planteadas ese día:

> *Primero, que no creían conveniente abandonar la religión de sus padres y que querían vivir y morir como habían vivido y muerto sus progenitores. Segundo, que eran demasiado viejos para aceptar otra religión, adoptar otras ideas y aprender las oraciones de los cristianos. Tercero, que no sabían el castellano y por consiguiente no podían entenderme. Y finalmente que eran demasiado pobres y estaban mal vestidos para poder asistir a las ceremonias religiosas de los cristianos.*[18]

Luego de escuchar estas excusas, Savino debe haber pensado que el éxito de la misión estaba garantizado. Bastaba con que los padres aceptaran que sus hijos conocieran las enseñanzas de los cristianos. En el peor de los casos, los dos primeros puntos se solucionarían con el simple paso del tiempo y la ley natural de la vida. El padre Savino iba a hacer una traducción de la catequesis al araucano. La objeción más trivial no tendría arreglo, es más, se empeoraría en los meses siguientes, cuando ni siquiera iban a tener para comer.

Solicitó el sacerdote que al menos se le permitiera instalar una capilla y hacer cristianos a los indios que así lo quisiesen. Tal vez pensando que a poco de instalarse el misionero desertaría de su intento al no tener apoyo en la tribu, subestimaron su temple y el poder de la Iglesia, cara espiritual representativa del dios en que creían los *huincas,* es decir, los hombres poderosos de Buenos Aires a los que servían los Coliqueo desde 1863. Desde entonces, el camino estaba allanado y sólo bastaba transformar lo que quedaba, no sin alguna resistencia de aquellos que no se resignaban a perder su identidad.

El establecimiento de la misión que se proponía el padre Savino consistía en levantar una casa, una escuela y la capilla. Al

18 Según parece, el problema entre las personas bien y mal vestidas en misa viene de antaño, sea por lucir con cierto desenfado la posición social que ostentan, sea por no poder hacerlo. Ambas no advierten que el hombre crucificado al que le rezan con devoción, porque lo creen hijo de Dios, está prácticamente desnudo.

principio no contó con apoyo suficiente, excepto el de Simón Coliqueo, uno de los caciques de la tribu, lo cual no era poco, aunado al de los cristianos blancos establecidos en el lugar.

Paulatinamente el proyecto se fue afianzando en la comunidad y suscitando el apoyo de más y más miembros de la tribu, en especial luego de que Savino escribiera un catecismo bilingüe y se abocara al aprendizaje de la legua araucana, que era uno de los escollos planteados por los capitanejos. Tras la instalación de la escuela y las clases de catecismo, nuevas ideas se propagaron entre los niños y algunos adultos, lo que provocó como contrapartida cierta reacción.

Mientras el clima en la pampa por entonces estaba en plena ebullición frente al proyectado avance de la frontera y las tribus invadían el frente de la línea de fortines apropiándose de todo el ganado que hallaban a su paso, varias razones confluyeron para alterar el clima de la tribu de Coliqueo. En primer lugar, la reticencia de los indios de más edad para abandonar las antiguas creencias de los mayores y la oposición de Justo Coliqueo a adoptar las nuevas creencias. Pero también las felonías que les habían hecho los jefes de la frontera.

> *No habían recibido sus sueldos, ni víveres, ni raciones debidos por servicios prestados y por contrato. Y cuando reclamaban, eran tratados con altanería como don Antonino, hermano de Justo, en 1871, que recibió del coronel J.C. Boerr, jefe de la frontera, un silletazo en la cabeza con las palabras: "Toma, indio trompeta, para que no seas cargoso en tus reclamos; gracias que no te mando a fusilar".* (Hux, 1980: 194)

Otro de los factores, y tal vez el de mayor incidencia, era el llamado de los grandes caciques a resistir el avance de la frontera, que los privaba de los campos y constituía una seria amenaza de rémington, sangre, muerte y miseria. Una poderosa razón para reafirmarse en lo poco que quedaba de la identidad del grupo.

Una locura, una fiebre de raza se propagaba entonces por

toda la pampa. Malón aquí, malón allá, y un esfuerzo último para reunir a todas las tribus mapuches, porque las seis columnas del huinca *atacaban sus toldos para barrerlos y echarlos. Varias tribus de indios mansos siguieron la voz de su raza; y aun entre las familias de Coliqueo había quienes esperaban el momento de unírseles.* (Hux, 1980: 214)

El descontento de la tribu de Coliqueo se agravó por la pobreza creciente. Desde principios de 1875 se les debían los sueldos, tampoco les enviaban racionamiento, y el estado de indigencia los llevó a pedir permiso al jefe de frontera para salir a cazar, con el descontrol que ello podía implicar, porque era una oportunidad para desertar o para robar.

Simón Coliqueo se disculpó ante Savino:

Padre, salimos de nuevo a cazar. El gobierno no nos paga las raciones; yo no quiero que mi gente robe, pero tampoco puedo dejarlos morir de hambre, ni pueden ellos dejar a sus mujeres y a sus hijos casi desnudos. Hay mujeres, padre, tan desprovistos que no pueden salir de los toldos... Siempre nos mantuvimos fieles a nuestros tratados. Y el gobierno debería entender que si nosotros tenemos obligaciones que cumplir, a él le corresponde también cumplir las condiciones a las que se ha comprometido con nosotros.

Pese a haber sido escritas en 1876, estas palabras tienen aún plena vigencia.

Savino viajó a Buenos Aires, informó al arzobispo, reclamó al gobernador Carlos Casares y al presidente Avellaneda por la suerte de esta tribu, y probablemente le recordó los incumplimientos de su gobierno para con ella. Las relaciones entre el gobierno y la Iglesia comenzaron a verse afectadas por esta y otras razones. La respuesta gubernamental fue el nombramiento por decreto de un inspector de misiones, un sacerdote español que al decir de Savino era “de principios dudosos, temperamento ardiente, apóstata y casado”. Este nombramiento enervó más los ánimos de las autoridades

eclesiásticas, sobre todo cuando se exigió que los misioneros se establecieran en un fuerte de la frontera y no entre los indios.

Desde su liberación (recordemos que había sido llevado preso a Martín García y luego sometido a una especie de tratamiento por enfermedad mental), Justo Coliqueo decía que la culpa de su presidio era del ministro Alsina y que quería irse "tierra adentro" a pelear con los malones. Savino había logrado con mucha habilidad que Simón Coliqueo no sólo se convenciera de abolir todos los credos indios, sino también que convocase a una reunión de capitanejos y los convenciera de hacer lo mismo. Esto había enervado el ánimo de don Justo, y la reacción en contrario seguramente no lo halló en soledad.

Desde marzo, la vieja frontera había quedado desguarnecida por el avance hacia Trenque Lauquen, Guaminí, Carhué y otros puntos. Simón y Antonino Coliqueo, al mando de todos los hombres de lanza de la tribu, se encontraban reforzando el fuerte Paz. En consecuencia, Justo

Coliqueo había regresado, tenía sus seguidores, ejercía su rol de opositor a las decisiones de Simón, quería recuperar el poder y estaba más tiempo que sus hermanos en la Tapera de Díaz.

En sus memorias,[19] Electo Urquizo (fundador de Los Toldos y testigo de los acontecimientos), cuenta que Justo Coliqueo estaba por entonces "loco de atar", y en julio de 1876 su salud mental se había agravado enormemente; recorría la Tapera de Díaz armado y con matones que lo seguían, amenazando con lancear a quien lo contradijese y acusando a sus hermanos, Simón y Antonino, de querer matarlo para llegar al cacicazgo. En este sentido, su cuñado Ramón Platero, indio bribón y criminal, era el principal gestor de la discordia, aunque debe reconocerse que Justo Coliqueo también era receptor de distintas voces que hablaban de la necesidad de un cambio en la conducción de la tribu, y ante estos rumores reaccionaba.

El 4 de julio, Justo organizó una fiesta en su casa. Quería volver a las antiguas costumbres, decía que se le había aparecido en sueños el antiguo dios de los pampas y que le había dicho que si

19 Manuscrito que guarda el Museo de Los Toldos.

quería conservar la salud, tenía que hacer esa fiesta. Invitó a los hombres y las mujeres de la tribu, y cuando ya estaba por comenzar, Simón, que había regresado del fuerte Paz alertado por los acontecimientos, se acercó a la casa de Justo y le advirtió que al misionero Savino no le iba a agradar eso. Pero don Justo no quiso escucharlo.

Después Simón corrió a la iglesia a comentarle lo sucedido al padre Savino, y éste le pidió que lo acompañase como intérprete a convencerlo de desistir de la celebración organizada, sugestivamente en el mismo lugar donde Savino había bautizado a un hijo de Justo que pocos días después había fallecido.

El patio estaba lleno de gente. Cuando arribó Savino, hombres y mujeres comenzaron a cantar en voz alta y en forma desaforada cánticos religiosos indios. Don Justo invitó a Savino a sentarse a su lado. Simón le indicó al misionero que la persona que iba a actuar de lenguaraz era su cuñado, José Platero. Vano fue el intento de convencer a Justo. Viéndose frustrado, Savino procuró hacerlo con los presentes, hablándoles en un castellano entremezclado con palabras mapuches. Les dijo que no estaban obligados a obedecer a su cacique en asuntos de religión y que sólo al Dios de los cristianos debían obedecer, que por eso había mandado Dios un misionero. Por fin les reprochó a los bautizados su pecado.

Justo se acercó a Savino, le dijo que realizaban el *Nguillatún* (la ceremonia mapuche de rogativa) en bien de su salud y le pidió que se hiciera cargo de pagarle los gastos de médico y medicamentos que tenía anotados en una libreta, así como los que resultasen en caso de que tuviera una recaída si el *Nguillatún* no se realizaba.

Savino le dijo que no podía obligarse a ello, que el *Nguillatún* no lo iba a mejorar, y lo amenazó con informar al gobierno lo que había sucedido. Se ve que la fuerza celestial no alcanzaba para convencer y debió recurrir a algo más terreno, contundente y siempre aliado.

La fiesta duró toda la noche. Al día siguiente, en respuesta a la amenaza del padre Savino, Justo amenazó con lancear a quienes no habían concurrido al *Nguillatún.* En la misa, el padre Savino les reprochó a los indios asistentes su presencia en la ceremonia convocada por el cacique. Por la tarde fue a caballo al fuerte Paz a

informar lo ocurrido al jefe de frontera, Maximino Matoso. Además le pidió que nombrase a Simón como cacique de la tribu en lugar de su hermano Justo. A esto contestó Matoso que no era su jurisdicción disponer tal modificación. En fin, una página más de esta larga historia de romances, desencuentros y beneficios mutuos entre la política y la religión.

El año anterior, Pincén había logrado sumar las fuerzas de Antemil y Juan José Catriel. Ahora se le incorporarían las de Manuel Grande, Tripailaf y Manuel Díaz, confinadas en las cercanías del fuerte Paz y abandonadas a su suerte.

En marzo de 1876, Manuel Grande, su hijo Manuel Díaz y el capitanejo José Solá habían ido a Buenos Aires a reclamar el sueldo de dos años de servicios. Estas tribus, trescientas familias, vivían en las cercanías del fuerte Paz y se hallaban en completo estado de miseria. Así lo indicaba el cacique Manuel Díaz pidiendo protección al ministro de Guerra: "Nos hallamos diezmados por la viruela, por un lado, y atacados por el hambre, por otro lado". No habían recibido las raciones ni los sueldos y tampoco se les permitía salir a bolear ñandúes.

Meses después, el 5 de agosto de 1876, Manuel Grande -por intermedio del padre Savino- solicitó a monseñor Aneiros que intercediera ante el gobernador de la provincia, Carlos Casares. Explicó así el motivo:

> *Para que este señor nos dé cuanto antes, como me tiene ofrecido, para mí y mi tribu, las seis leguas de campo en La Verde y, de no ser posible, en otro paraje, aunque sea en Panaqüín. Hace ya tres años que vivimos en la intemperie y sumidos en la mayor miseria y pobreza, mal pagos y peor alimentados. Consiguiendo el expresado campo, podremos, ayudados por el Superior Gobierno, poblarlo y sembrarlo, y mejorar extraordinariamente tanto nuestro presente como nuestro futuro.*

La falta de respuestas del gobierno a sus reclamos será la causa principal por la que estos caciques se sumarán a Pincén. Ebelot, testigo importante de aquellos días, observa que el

levantamiento de las tribus de Manuel Grande, Justo Coliqueo y Tripailaf marca el apogeo de su influencia:

> *Realizado por su instigación [Pincén] los tomó bajo su tutela, lo que le proporcionó seiscientas lanzas más y lo colocó al par de los jefes más poderosos.*

Savino efectuó una visita esos días a los toldos de estas tres tribus. Cuenta que entonces la viruela hacía horribles estragos en las tribus de Manuel Díaz, de Tripailaf y Manuel Grande, y que no había toldo que no fuese castigado por ese terrible flagelo. La descripción del sacerdote consigna:

> *El médico de la guarnición aceptó acompañarme. Es inimaginable lo horrendo y lastimoso que vimos. Alo largo del camino encontramos cadáveres de personas de todas las edades y en ambos lados del sendero, envueltos ligeramente en jergas o cueros y arrojados como carroña en medio de matorrales. Encontramos toldos completamente vacíos. Todos sus moradores habían muerto. En otros, en cambio, había una o dos indígenas salvadas de la muerte segura, como por milagro. Muchos habían muerto de hambre, porque desde tiempo les habían cortado sus raciones correspondientes como incorporados al ejército.*

El médico del fuerte Paz se lamentaba de no tener medios para curar a los enfermos. La guarnición no estaba en mucho mejor estado: faltaba hasta la sal. Y a la pregunta de Savino sobre la causa de tan lamentable situación, el coronel Matoso, responsable del fuerte, respondió:

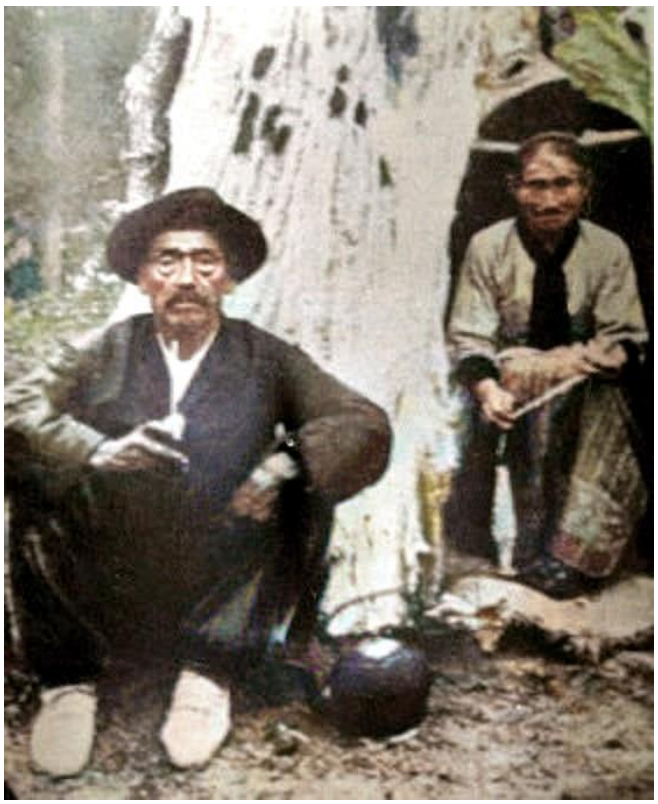
> *¿Qué quiere, padre? Este fuerte no ha estado nunca en una situación más lastimosa de abandono. Aunque escriba al señor ministro, no contesta. Enviaré esta carta a un estanciero de este partido para pedirle unos animales, porque ya no nos queda [más] comida que para hoy.*

El gobierno parecía hacer todo por favorecer la sublevación de las tribus; también los Coliqueo, sus aliados desde hacía más de diez años.

El proceso de desavenencias entre Justo Coliqueo, la Iglesia y sus dos hermanos culminó con su sublevación y la de algunos pocos capitanejos y guerreros. Sabiendo que Pincén se encontraba por Blanca Grande, Justo le mandó un chasque y también hizo lo propio con Namuncurá y Mariano Rosas, pidiendo que invadieran por Junín, así se plegaban a los sublevados. Esperaba que muchos indecisos, al ver a tantos guerreros, acompañaran su decisión sumándose.

La convocatoria de Justo Coliqueo fue más o menos amplia; debe haber enviado varias cartas a cada uno de los caciques. Tres de ellas fueron interceptadas: las dirigidas a los tres caciques convocados.

El 27 de agosto de 1876 reunió a unos pocos capitanejos y soldados que había en Los Toldos, compró provisiones como para ausentarse un mes y echó a correr la voz de que se iba a las boleadas. Crecían las sospechas de que Justo se iba a sumar a los malones, cosa que finalmente hizo.



Mariano Rosas

Mariano Rosas le mandó a decir a Justo Coliqueo que podía sumarse cuando gustase y que ya había olvidado su vieja enemistad, con lo cual prácticamente le afirmaba que veía de buen grado que se sublevara, pero él no pensaba ir a la Tapera de Díaz.

Namuncurá se encontraba entonces reclamándole a Alsina las tierras invadidas del Carhué. El ministro le contestó el 30 de septiembre de 1876:

> *El Gobierno Nacional ha ocupado a Carhué y los otros puntos que usted sabe, no porque los necesite sino porque quiere garantizarse contra los robos que usted, Catriel y Pincén, ayudados por indios extranjeros, hacen a nuestros campos.*

No obstante, aprestó a Alvarito Reumay para que diera respuesta al llamado de Justo. Pincén era el que más cerca estaba y fue el que mayor apoyo le brindó. La cercanía no era la única razón: Pincén necesitaba lanceros; pero también se debe considerar que entre los sublevados había miembros emparentados con su tribu, fundamentalmente con la parcialidad incorporada del cacique Rinqué (apócope de Rincunecul o Rinquín). Una de las hijas de éste, Llaitú (apócope de Llaytupán - Llaytupangui), era la esposa principal de Pincén.

Es posible, por lo demás, que él no olvidara su vieja enemistad con Justo Coliqueo, nacida en vísperas de la batalla de Pavón y agravada en los años siguientes, en particular en el combate de Foro Malal de 1867, y con la participación de indios de Coliqueo en la expedición de Lagos en 1872. Pero Pincén tenía objetivos de mayor vuelo que los viejos rencores, y esta vez la amenaza de invadir sus tierras se había hecho realidad.

Segundo ataque a la Tapera de Díaz

El malón indio comenzó a avanzar. En los primeros días de agosto, mil *conas* de Namuncurá y Catriel atacaron los campos de Almada en Olavarría; quince días más tarde, los indios de Pincén invadieron al coronel Marcelino Freyre en Guaminí, y poco después pasaron la línea de fortines.

En la Tapera de Díaz esperaban al gran malón, que finalmente llegó. Avanzaron por el sur (Bahía Blanca y Guaminí) y por el norte. Un chasqui llevó la noticia, dando aviso a Simón Coliqueo del peligro que se avecinaba por la cercanía del malón. Las familias dejaron de mandar a sus hijos a clases de catecismo y muchas trasladaron sus toldos lejos de la Tapera. También había temor por las represalias que podía tomar Justo Coliqueo.

El padre Savino procuró en primer lugar pacificar la situación, pero luego pidió a Simón que arrestara a Justo y tomase provisoriamente el mando de la tribu. Simón no estuvo de acuerdo, sabiendo que no contaba con todo el apoyo de su gente, como tampoco de su hermano An- tonino, quien para eludir cualquier choque o responsabilidad se había ido de la Tapera de Díaz. Pese a las insistencias de Savino a través de monseñor Aneiros, el ministro de Guerra no quiso forzar cambios.

Gran parte de la tribu de Coliqueo veía cómo morían de hambre y de viruela los miembros no sublevados de las tribus de Manuel Grande, Manuel Díaz y Tripailaf por la desaprensión del gobierno provincial y del nacional. Seguramente los hombres de Coliqueo pensaban que fuera de la frontera iban a estar mejor cuidados por los caciques. A fin de cuentas, se trataba de abandonar la vida seminómada, los campos en que habían nacido y crecido, sus creencias, para adoptar el Dios de los cristianos, para acompañar a las tropas militares en cuanta expedición se hacía contra los hermanos de raza, todo con el argumento de que eso era la "civilización", lo mejor para ellos, y luego recibir un trato que ni a los animales se daba en los toldos. ¿Para qué?

El 2 de octubre el malón pasó la frontera y borró la zanja de Alsina en más de dos cuadras de largo, dejando una rastrillada que hacía calcular en más de mil los indios que componían la fuerza. La rastrillada iba en dirección a 9 de Julio o Junín. La noticia corrió por toda la frontera, de Trenque Lauquen a Guaminí por chasqui y de allí por telégrafo a Buenos Aires y 9 de Julio.

La reacción del Ministerio de Guerra fue inmediata: nombró al coronel Garmendia jefe de operaciones en el oeste. Luego de atacar 9 de Julio, un buen contingente de indios se dirigió a Los Toldos, donde fue destacado el mayor Viale, que entró en el fuerte

Paz sitiado por el malón y liberó a la guarnición del asedio.

El 9 de octubre de 1876, llamativamente, sólo una veintena de soldados armados de rémington, con veinte tiros cada uno, y diez carabineros con unos cincuenta hombres armados, todos con escasa instrucción de tiro, constituían la única defensa de la convulsionada Tapera de Díaz. Justo Coliqueo capitaneaba unos trescientos indios, y el cacique Pincén con Alvarito Reumay llevaban unos trescientos guerreros más.

Un joven dio el aviso de que los malones se hallaban cerca de Los Toldos. De no haber mediado este aviso, no habrían podido organizar la resistencia. Los guardias nacionales estaban distraídos jugando al truco y a la taba, mientras que otros estaban de guitarreada.

Relata Meinrado Hux (1980: 226):

> *La noticia produjo en el grupo indígena una gran confusión; y sólo debido a la bravura y energía de Simón no desertaron para unirse a las filas de Justo. Hasta las mujeres querían pasarse a los invasores, y no sólo aquellas cuyos maridos y hermanos estaban con Justo. A duras penas, a sablazos, lograron hacerlas entrar en el corral de la Azotea, justamente cuando don Justo se aproximaba. Unas chinas eran tan mañosas que corrían a esconderse entre los pastos para luego unirse con su cacique principal.*
> *Entre éstas se hallaba la* machi *(curandera y sacerdotisa) que había dirigido la fiesta de Justo, y toda la familia del capitanejo Fermín Neculhual.*

Primero se acercó Justo Coliqueo acompañado de los capitanejos Le- vipí, Huenchual y otros tres indios. Justo pidió a su hermano Simón que liberara a las familias, a lo que este último no hizo lugar: le contestó que resistiría el ataque y que sólo muerto lo sacarían de allí. Ordenó una primera descarga de rémington que no hizo impacto alguno. Entonces se desató el combate.

Luego de un primer ataque de los malones, recibieron las descargas de los que estaban acantonados. Los primeros se retiraron a un parlamento, que se desarrolló a unas cinco cuadras

del lugar, en un monte de sauces. Alas once de la mañana terminó el parlamento; y habiendo descansado los guerreros luego de varias jornadas de cabalgadura, el conciliábulo resolvió destacar a un indio que se acercó al lugar de resistencia portando una bandera blanca en la punta de la lanza con el objeto de parlamentar con Simón Coliqueo, nuevo cacique de la tribu. El parlamentario habló en nombre de los caciques que se habían hecho presentes, y Electo Urquizo, que entendía la lengua mapuche, tomó nota de aquello que ocurría y se decía. Interesantes palabras:

Hermano y cacique Simón, hijo de cuna ilustre; noble descendiente de Caupolicán y de sus sucesores, valientes defensores de nuestras libertades. En tus venas corre la sangre de Lautaro, de Painé, de Yanquetruz y otros tantos valientes caciques que han defendido la tierra que nos vio nacer. Los ríos, los bosques y los montes de araucarias y de nuestra rica y amada pampa están cubiertos de cadáveres de nuestros hermanos que prefirieron sucumbir como leones en defensa del suelo patrio antes de inclinar la frente y sufrir el yugo del bárbaro cristiano, que va despojándonos de los campos que nuestro Dios nos ha legado.

Nosotros nunca hemos atravesado los mares para invadir las tierras de los padres de estos perros cristianos. Nosotros no los hemos mandado llamar, ni deseamos sus costumbres corrompidas, sus deslealtades, pues nunca cumplen con lo que prometen. Siempre faltan a la verdad.

Si nosotros somos borrachos, ellos nos enseñan a beber vino y grapa y a ser jugadores; de ellos hemos aprendido a robar mujeres ajenas, a cautivar criaturas, a incendiar poblaciones y pueblos enteros. Ellos nos han enseñado a arrear vacas y yeguas ajenas.

Todos nuestros vicios los aprendimos de ellos. Si matamos a los maridos y padres de los que cautivamos, es porque ellos nos dieron este ejemplo y hasta hoy son ellos los más crueles y bárbaros. Cuando asaltan una toldería de indios, no respetan ni a los niños inocentes.

Ellos dicen que los invadimos, cuando es al contrario; son ellos los que nos van quitando los únicos campos buenos que nos quedan. En nombre de tus ilustres antepasados te rogamos que nos sigas al desierto. A esto hemos venido. No queremos guerra con vos. Juntos combatiremos a estos perros cristianos, pues sólo la esclavitud podes esperar de ellos. Nunca guardan fidelidad en sus tratos, esos ladrones de campos, de mujeres y de hijos.

El parlamentario habló una media hora, con la destreza, mímica y cadencia que cultivaban los buenos oradores en el *coyagh o huepín.*[20] Sin embargo, no fue suficiente la extraordinaria convocatoria oral (que desnuda situaciones y aspectos dignos de ser analizados y criticados): Simón y Antonino Coliqueo recordaron la lealtad al gobierno de su padre Ignacio y, ante la duda de quién saldría victorioso en la contienda, prefirieron quedarse en Tapera de Díaz. Lo cierto es que ya habían perdido el interés por la vida pampa y la posesión de los campos que otrora habitaban.

Antonino y Simón mantuvieron, pues, la negativa a unirse a los malones, aunque -como veremos- algunos guerreros se plegaron. Tras nuevas arremetidas y enfrentamientos, las pocas municiones que poseía la gente de Simón se agotaron. Las fuerzas sitiadoras, enteradas de esta falencia, se aprestaron entonces a tomar la Tapera de Díaz.

Pincén y Justo se multiplicaban dando órdenes de aquí para allá, recorriendo al trote rápido, de punta a punta, cada uno de los escuadrones que comandaban. Entonces llegaron a Los Toldos unos cien efectivos del batallón Guardia Provincial al mando del mayor Viale, quedando frustrado el ataque. Pero, por sobre todas las cosas, como los caciques no deseaban derramar sangre de hermanos, las cargas realizadas eran más intimidatorias que ofensivas. Es difícil creer que cien efectivos militares hayan podido asustar a cerca de mil lanceros; más lógico es pensar que

20 Juntas solemnes en las cuales las exposiciones estaban revestidas de toda la elegancia y énfasis del idioma, a diferencia de los parlamentos, donde se utilizaba un lenguaje sencillo.

los caciques decidieron no combatir y retirarse al desierto a delinear una estrategia menos traumática.

Los oficiales José Ignacio Garmendia, José María Fernández y Julio Figueroa lograron conjurar el asedio de los malones sobre 9 de Julio, el fuerte Paz, en distintas persecuciones y combates contra los indios de Alvarito Reumay, Pincén y sus aliados sublevados de Coliqueo, Manuel Grande y Trapailaf. El ejército recuperó unas veinte mil cabezas de ganado que los malones arriaban hacia sus territorios.

Muerte del cacique Justo Coliqueo

Cuando los malones regresaban y se dirigían a los toldos de Pincén, Justo Coliqueo, en uno de sus frecuentes raptos de locura, detuvo a su gente y manifestó que se volvía a Tapera de Díaz para unirse nuevamente a los cristianos.

Su tío, llamado Chayna, estaba con él; por su relato -transmitido de generación en generación- es posible conocer la verdad más aproximada sobre este episodio.

Chayna intentó hacerlo razonar, pero "el loco Justo" no entendía razones. Insultó a sus indios que, desconcertados, no querían seguirlo, los llamó cobardes y picaros; ensilló su mejor caballo y, sin guerrero que lo acompañara, tomó rumbo hacia Los Toldos.

Pincén, que había esperado pacientemente la resolución del problema y dejado actuar a Chayna, no soportando un instante más tal traición y falta de coherencia, envió tras de Justo Coliqueo a veinte lanceros suyos con orden de traerlo o ultimarlo donde lo alcanzaran si seguía resistiendo.

Estos lanceros conocían la leyenda de Justo, que -como en el caso de Pincén- decía que había sido iniciado en la salamanca[21] y que por esa razón, aunque se lo matara, no moriría. Tuvieron miedo de lancearlo a causa de la leyenda: al alcanzarlo no acometían contra él evidenciando ese temor. La circunstancia fue aprovechada por don Justo: le quitó la lanza a un guerrero que

21 Desde siempre se ha asociado a las salamancas con cuevas en las montañas en las cuales se dice que moran espíritus malignos. En una ceremonia, el iniciante intercambia poderes o destrezas con esos espíritus a cambio de su alma.

había quedado frente a él con las piernas como estaqueadas, quebró la lanza y golpeó con ella a los otros que, tiesos y expectantes, contemplaban la escena. Uno de ellos, menos tolerante, poco crédulo o decidido a cumplir a rajatabla la orden de Pincén, decidió probar suerte, comprobando que Justo era tan mortal como cualquiera. Lanceado luego por el resto, aquel 13 de octubre de 1876, en horas de la tarde, pagó con su vida las erráticas conductas que había tenido, fruto de su enfermedad mental.

Rebelión en La Verde, Desobedientes y Chiquilof

Cuenta Ebelot que por entonces los alrededores de La Verde habían sido devastados recientemente por los indígenas, que encontraban a cada paso tropillas de caballos huyendo de ellos y que la finalidad principal de esa invasión era proteger la sublevación de tres tribus, las últimas "amigas del gobierno", instaladas desde hacía largo tiempo en esos parajes...

> *El cacique de una de esas tribus -anciano criado entre los cristianos y hecho a su vida- se lanzó delante de los suyos para impedir su defección. Derribado de su caballo a lanzazos, fue conducido ensangrentado detrás de las tropas, que volvieron a ganar el desierto bajo el mando de su hijo. Faltó poco para que fuera muerto por un tiro de los cristianos al atravesar la primera línea, donde los indígenas fueron batidos.*
> *El cacique Pincén, que había organizado y dirigido este golpe audaz, estuvo a punto de correr igual suerte; desmontando durante la pelea, se agarró a la cola de un caballo, siendo así conducido lejos del campo de batalla.*

Pincén tenía entonces unos setenta años, o tal vez más. Contratado para dirigir la construcción de la zanja de Alsina, desde una visión no tan comprometida con las políticas impulsadas desde el gobierno nacional, el ingeniero Ebelot escribía en aquel tiempo sobre el cacique:

Nacido en otra parte, este Pincén hubiera sido un gran hombre; y, en verdad ¿no lo es entre los suyos? En pocos años, este oscuro capitanejo que apenas disponía de treinta lanzas, ha tenido bajo sus órdenes a todos los aventureros, a todas las cabezas ardientes del desierto. Ahora es el cacique de una tribu temible por el número y por la audacia de los soldados que la componen, por la fortuna de su jefe.
Los indios dicen que tiene su estrella, pues ya se ha tejido una leyenda en torno a su nombre.

Sin que se pueda precisar fecha, cuenta Manuel Prado (1960: 81) que en el transcurso de 1876 se registró un pequeño combate entre las tropas de Villegas y los indios de Pincén en cercanías del fortín Chañares. El sargento mayor Velázquez se encontraba al mando de cinco hombres en el fortín. Aunque regía la prohibición de salir a las boleadas para evitar que la tropa se distrajera en el campo y no atendiera los puestos de avanzada, la falta de raciones en éstos había determinado a los suboficiales a ser más permisivos con sus subalternos. La tropa salió a bolear una cuadrilla de avestruces en las cercanías, y la imprevisión los llevó a no pensar en el armamento, que dejaron en el fortín, llevando obviamente sus boleadoras y los cuchillos a la cintura, como siempre.

Unos pocos indios de Pincén, que probablemente seguían a los mismos ñandúes, se acercaron al lugar. Allí trabaron un feroz combate cuerpo a cuerpo con los milicos, que murieron todos. Chañares se denominó desde entonces “Desobedientes”, en recuerdo de haber faltado su guarnición a la orden que prohibía salir al campo sin armas.

Pincén volvió con trescientos lanceros a la vieja frontera oeste, pero el 8 de diciembre de 1876 fue rechazado por tropas del coronel Manuel

Sanabria y los guardias nacionales de Junín al mando de Ataliva Roca, en el Bajo de Chiquilof (30 kilómetros al sudoeste de Junín y en la costa del río Salado). Pincén iba al mando, y a sus órdenes Manuel Grande, Tripailaf y José Platero (el cuñado de Justo Coliqueo). Había realizado un completo arreo de yeguas

tomadas de las estancias situadas en la costa del Salado y luego buscó la salida al desierto por el fortín Triunfo. Ataliva Roca de inmediato despachó un chasque para poner en aviso al jefe de la frontera oeste, segunda línea, que era Sanabria, y éste se le incorporó cuando ya caía la noche.

Continuaron marchando las tropas militares por el rumbo que, les parecía, llevaban los indios; pero una cerrada y negra tormenta los obligó a apearse y esperar el amanecer. Los baqueanos habían perdido las huellas de la rastrillada, borradas por el viento; entonces Ataliva Roca consultó al vecino Juan Masa, que había vivido en las tolderías y como buen baqueano encontró rápidamente el rastro.

Aúnas 5 leguas encontraron restos de fogones donde el ejército pampa había estado churrasqueando. Por eso pensaron que si se forzaba la marcha pronto alcanzarían al malón. Sanabria planificó atacar por sorpresa y dispuso la vieja estrategia militar de viajar de noche y acampar de día; el objetivo era sorprenderlos a la madrugada y batirlos a discreción. Así ocurrió; pero la indiada pudo montar antes a caballo y llevarse parte del botín que arreaban.

Ataliva Roca informó a Luis María Campos el 12 de diciembre:

> *El resultado de esta jornada, señor inspector, ha sido en primer lugar dar una lección severa a los salvajes del desierto capitaneados por uno de los más famosos caciques, como lo es Pincén, dejando en el campo por parte del invasor como cuarenta muertos, la mayor parte de sus aperos, lanzas e infinidad de heridos, los que no pudieron ser tomados debido a los buenos caballos que montaban; quitándoles todo el arreo consistente en seis mil yeguas y rescatado cuatro cautivas, únicas que llevaban, siguiendo la persecución con el Regimiento a mi mando a más de 6 leguas del campo de encuentro, en cuyo trayecto se les hicieron algunas bajas, no teniendo por nuestra parte que lamentar pérdida de ningún género.*

Desde Trenque Lauquen también partieron noticias hacia

Buenos Aires de haberse perseguido el día 13 de diciembre *"a Pincén, que se presentó con doscientos indios en dirección al fortín Junineros"* el segundo de la línea, a tan sólo 2 leguas de la comandancia de la frontera Trenque Lauquen, en dirección a la de Guaminí.

Pincén cruzó sin mayores contratiempos la línea de frontera, lie- vándose el importante arreo hacia sus tolderías, aunque dejó algunas bajas en el camino. Las tropas, ahora comandadas por Winter y Freyre, los siguieron hasta tres semanas después, y cerca del fuerte Lavalle, el 30 de diciembre de 1876, tuvieron la única oportunidad de intentar arrebatarles el resto del ganado que llevaban para Sanquilcó. Pero la milicada volvió con las manos vacías.

La fama de Pincén iba de boca en boca. En un artículo publicado entonces en los Anales de la Sociedad Rural Argentina, se lee:

> *Pincén es el indio más audaz, activo y emprendedor de toda la pampa y el que nos ha hecho más daño en los últimos años y nos lo está haciendo actualmente.*

Durante 1876, Pincén ascendió en fama y prestigio entre sus pares, al punto de obtener igualdad numérica de guerreros, y desde mediados del año anterior, una mayor actividad combativa en respuesta a la agresión que significó el avance fronterizo.

Aunque se trató de sucesos distintos, tanto en La verde como en Desobedientes y Chiquilof estuvo Pincén como conductor de la sublevación. No debe sorprender, pues, que Adolfo Alsina en el Informe ante el Congreso a principios del año siguiente (1877) haya denominado a Pincén "azote del oeste y norte de la provincia".

1877, un año rico en acontecimientos

Los primeros meses fueron tranquilos, pero aun cuando se sabía que iba a haber "baile, y de lo lindo" -como solía decirse en los fogones- nadie podía imaginar que poco después se iban a escribir las páginas más importantes de la llamada "conquista del

desierto". Se aprovechó la calma transitoria para apertrecharse mejor en los fuertes y fortines, mientras que las tribus reponían fuerzas y engordaban las caballadas, un tanto maltrechas después de habérselas exigido en sucesivas incursiones dentro de la frontera.

Las tribus sabían que la ofensiva militar no se agotaba en la nueva frontera; seguramente intentarían más adelante un nuevo avance, que iría hasta el seno mismo de las tolderías. Los principales asentamientos se habían trasladado más al oeste, y las noticias que se recibían de los indios bomberos o los diarios de Buenos Aires no eran para nada gratas. Las guarniciones de frontera se estaban equipando cada vez más.

El intento por hacer retroceder las fronteras hasta sus antiguos límites no había dado resultado, y la presencia del rémington ponía a los lanceros en franca desventaja. Con el antiguo fusil de un solo tiro, que le insumía al soldado cierto tiempo para volverlo a cargar, el indio sabía que la deflagración y la consecuente bocanada de humo indicaban el momento oportuno para "irse al humo" (de allí la frase) y ultimar rápidamente al soldado; pero la generalización del uso del rémington puso al indígena en gran desventaja. De ahí que recurrieran con frecuencia a la retirada, antes que exponerse inútilmente.

Salvo raras excepciones, los aborígenes no tuvieron acceso a las armas de fuego como en Estados Unidos, donde existió el tráfico de los "comancheros". Aquí no hubo traficantes de armas. En nuestras pampas un rémington era muy valorado y todo aquel que se presentara en las tolderías con un fusil y balas podía quedarse, canjear el arma por ganado y formar una familia. La superioridad del ejército era importante. En la comandancia de la frontera norte al mando de Villegas se contaba con más de ochocientos fusiles (entre carabinas y rémington) y aproximadamente cien mil proyectiles.

En mayo de 1877, indios de Pincén malonearon las inmediaciones de Rojas y Pergamino. Según la información con que contaban los cuerpos de frontera, los indios procuraron pasar el arreo por Junín. La opinión pública presionó para que se procediera a enfrentar a Pincén, y la dirigencia política y militar

sostenía que la persecución de los indios era cuestión de progreso.

La tribu de Pincén por entonces comenzó a atravesar una etapa de continuo desmembramiento. Aquellos aliados que había conseguido dos años antes decidieron volver a la frontera como indios mansos. El 23 de mayo de 1877, 396 indios de la tribu de Juan José Catriel, entre ellos varios capitanejos con sus familias, se presentaron en la comandancia de Carmen de Patagones. Menos de dos meses más tarde, el 30 de julio, hicieron lo mismo en Carhué, en cuyas cercanías se afincaron los caciques Manuel Grande y Tripailaf, que volvieron a someterse al gobierno nacional, en número de 141 indios de pelea y 300 familias. Pese a ello, sus aguerridos capitanejos seguían dando dolores de cabeza a las fuerzas de frontera.

Conrado Villegas se puso como objetivo apropiarse de la fama de Pincén, batirlo y hacerlo prisionero, tal como lo había deseado sin éxito Hilario Lagos. No le resultó fácil. Villegas era conocido entre la indiada como un hombre de valor, y el propio Pincén lo había apodado "Toro" (en alusión a la bravia que exhiben los toros cuando defienden sus manadas). También con ese apodo era conocido por sus hazañas Pincén entre los indios del sur.

¡No maten al cristiano!

Para mantener el espíritu de combate y minar el ánimo del oponente, Villegas solía aproximarse a un lugar medanoso, escondía una centena o más de fusileros detrás de un gran médano y se quedaba en el bajo con cuatro o cinco soldados de escolta, que sólo portaban lanzas. Luego hacía una fogata y, atraídos por el humo, se acercaban los indios. Entonces Villegas comenzaba a insultarlos invitando al cacique o capitanejo a un duelo personal:

> *"____Decile a tu cacique que venga a pelear de hombre a hombre, que aquí lo espero. Si acaso es hombre, que venga a pelear".*

Llegaba un momento en que los provocados aceptaban el convite, porque al ver que eran pocos los que acompañaban a Villegas, el desafío parecía tentador; arremetían contra él y su

modesta escolta; el pequeño grupo giraba sobre sus caballos y emprendía la huida hacia el gran médano. Al pasar, los soldados advertían a los fusileros que pronto aparecerían los indios, los que al trasponer la cresta medanosa recibían las descargas de rémington. Cuenta Lorenzo Cejas Pincén, bisnieto del cacique, que en dos oportunidades Villegas le había hecho esta emboscada a los indios de Pincén. Pero al parecer el cacique decidió devolverle la gentileza, modalidad de combate que no le era desconocida, puesto que -recordemos- Pincén la había usado frente al comandante Estanislao Heredia.

En junio de 1877 todo hacía prever que la indiada estaba tranquila. El día 10, la tropa se encontraba en el fuerte Trenque Lauquen en plena fiesta. Pero la calma terminó cuando el mayor Germán Sosa alertó a sus hombres para que montaran y se dirigieran a la línea derecha de los fortines. La causa: unas 500 lanzas de Pincén intentaban pasar por la zanja, frente al fortín Batallón 2 de línea. Supieron que se trataba de Pincén por la audacia que mostraban los lanceros al pasar tan cerca del fuerte, su clara actitud de desafío. El comandante Prado (1960: 48) cuenta que “cuando en pleno día se presentaban a la vista de la guarnición, era porque estaban dispuestos a algo gordo”.

Los “Blancos de Villegas” pasaban la mayor parte del tiempo en el corral de la invernada, porque Villegas cuidaba a sus caballos más que a sí mismo: permanecían custodiados en el fortín Nicolet, construido a tal fin ese mismo año, quince cuadras al norte del edificio de la comandancia (única en su tipo, que se conserva detrás del actual palacio municipal de Trenque Lauquen).

Como la famosa caballada no estaba disponible al malón de Pincén, tuvo que salirle al cruce el batallón 2 de línea, que a la altura del fortín Olavarría rindió sus caballos a la persecución. Como tenía algunos soldados heridos en las diversas escaramuzas sostenidas con grupos rezagados de indios, el batallón se apeó en pleno y debió resistir a pie una carga del malón. Los rémington no cesaban de vomitar muerte, y los bravos lanceros llegaban acribillados a balazos con sus chuzas hasta los mismos pechos de los milicos parapetados en semicírculo.

Las tropas resistieron la primera carga y acamparon allí,

mientras el malón se retiraba con el arreo. Fue en ese momento cuando Villegas arribó al lugar, tomó conocimiento de lo sucedido y montó en cólera. Algo ya no era como había sido siempre: el batallón 2 de línea, del que se decía que ante su sola presencia los indios emprendían la huida, había sido derrotado. Era su primera derrota. El malón se retiraba con una victoria inusitada.

Los indios se habían dividido en dos columnas. Villegas, insultando y encrespado, salió con una pequeña escolta en persecución de una: la de Pincén. Cegado por lo ocurrido, no advirtió que había seguido un trecho la rastrillada de más de doscientos lanceros y podía encontrarse a merced de éstos. En efecto, Pincén le preparó al desprevenido coronel la misma celada que éste le había hecho a sus indios en otras oportunidades: un reducido grupo de lanceros quedó delante de un gran médano, dispuestos de modo tal que su formación actuara de cebo para Villegas y su pequeña escolta. El resto, unos doscientos lanceros, quedaron detrás del médano.

Villegas mordió el anzuelo: comenzó a perseguir al grupo de Pincén. Al comenzar la remontada del gran médano, la imagen probablemente le resultó conocida; pero algo más ese día no fue como había sido siempre: intuyó que estaba por ocupar el lugar de la víctima. Era tarde para detenerse, y su orgullo se lo impedía. Al llegar a la cima del médano, encontró lo que suponía. Entonces viró su caballo...

De haber tenido los indios algunos rémington, Villegas habría sucumbido allí mismo. Pero las armas indias arrojadas, si bien hicieron impacto, no impidieron al coronel intentar la huida. Dos de la escolta fueron lanceados instantáneamente, mientras los otros dos, el alférez Frías y el sargento Quiroga, continuaron escoltando a Villegas, quien esquivaba bolazos y lanzazos, repeliéndolos con su revólver en la medida de sus posibilidades.

Entre los doscientos lanceros, un indio llamado Platero (no el cacique Ramón, otro de nombre José) fue reconocido en ese instante por Villegas. Platero indicaba a sus compañeros de armas cuál era el jefe militar para que lo lancearan. Villegas recibía algunos lanzazos y otros los esquivaba. Conforme el relato de Prado (1960) -que evidentemente cubre la falta de previsión de

Villegas- mientras el jefe de frontera huía con diecisiete lanzazos en el cuerpo, llegó al lugar un piquete al mando del alférez Domingo Vera. Los lanceros se retiraron eludiendo el combate. La aparición de esos cincuenta tiradores del 3 de caballería salvó la vida a Villegas.

Hasta aquí una versión de los hechos. Otra es la que dan los descendientes de Pincén, versión que conocieron por transmisión oral. Según Gerónima y Evangelio Cheuquelén Pincén, en medio de la persecución, mientras Villegas huía en dirección a Trenque Lauquen, su caballo cayó tras ser boleado; los indios lo alcanzaron cuando se encontraba en el suelo; comenzaron a lancearlo desde arriba de sus caballos hasta que se acercó Pincén y, ordenando, gritó: "¡No maten al cristiano!". Los indios lo obedecieron, pero le quitaron a Villegas cuatro cosas: el sable, la lanza, las espuelas y las jinetas. Volvió solo y mal herido al fuerte.

Otro bisnieto, Lorenzo Cejas Pincén, escuchó de sus mayores la frase que Pincén dijo a Villegas en esa oportunidad: "Decile a tus jefes que el rémington no sirve con nosotros".

Rosario Fantón de Gayone, hija de los esposos Fantón (integrantes del contingente de vecinos que arribaron a Trenque Lauquen el 12 de abril de 1876) recordaba en 1953 que sus padres se habían hecho muy amigos de Villegas cuando las tropas se dirigieron al sur, a partir de 1879, en particular cuando estaban en Carmen de Patagones. Rosario era muy pequeña entonces y junto a sus hermanos concurría a la casa de la esposa de Villegas en Buenos Aires. Pues bien, ella recuerda que Villegas tenía una gran cicatriz cruzándole la frente. Y narra esta anécdota:

> *En un encuentro, un indio le quitó el sable y con él descargó un tremendo golpe derribándolo. Lo rodearon los naturales al grito de "¡No matar* huincal *¡No matar al* huincal". *Deseaban tenerlo como rehén, pero un soldado, apartándose del grupo cristiano, lo rescató.*

El relato que proporciona Rosario Fantón (además, amiga de la familia Villegas-Granada) al parecer confunde dos situaciones dramáticas en la vida de Villegas. Porque el 17 de septiembre de

1870, con motivo de la revuelta militar de López Jordán, el regimiento 2 de caballería en el que revistaba Villegas participó en el combate El Quebracho, y allí recibió un sablazo en la cabeza y otras heridas que agravaron mucho su salud.

No obstante, ha permanecido en la memoria de la informante otra historia, en la cual Villegas también resultó gravemente herido, cercado por los indios que le gritaban de un modo particular y similar a la versión que nos brindan los descendientes de Pincén.

Quien se dio a conocer en el diario *El Siglo* con el seudónimo "Lin- cancho" (¿Villegas mismo?) corrigió algunas conclusiones a las que había arribado Zeballos sobre este episodio dramático para la suerte de Villegas:

> *Cuando el encuentro del 10 de junio de 1877 no fue con Catrinao Pissen como dice el doctor Zeballos, fue con indios en número de cuatrocientos al mando de Pichi-Pissen [sobrino de Catrinao Pissen] y José Platero -que fue muerto este último mediante un tiro de revólver por el coronel Villegas- [...] este encuentro que pudo tener funestas consecuencias para el coronel Villegas y los que lo acompañaban, no fue debido a la viveza ni una celada de los indios, sino ocurrió por falta de cumplimiento de órdenes que el coronel Villegas dio a un jefe que desprendió con la orden que lo esperara en el fortín 2; y ese jefe lejos de dar cumplimiento a lo ordenado se puso a seguir a los indios con infantes mal montados, hasta cansar sus caballos, y lo que es peor no mandó ni un solo chasque al coronel Villegas, lo que ocasionó que casi perecieran éste con los que lo acompañaban.*
> *Esta es la verdad pura y neta señor Zeballos. El coronel Villegas manda la frontera norte de Buenos Aires desde 1873 y no desde 1875. Esto es otro error.*

Las heridas recibidas por Villegas en esa oportunidad, sumadas a las de anteriores combates, le ocasionaban molestias y a menudo debía viajar a Buenos Aires para hacerse tratar. Al llegar a la comandancia Trenque Lauquen, lo atendió una

curandera del regimiento 3 de caballería, la *machi* Culipín o Mamá Culepina -como le decían los soldados- y le salvó la vida con sus recetas milenarias, aquellas que tal vez no podía entender el practicante de medicina Miguel Vargas que había marchado con Villegas a Trenque Lauquen.

Conrado Villegas no comunicó a sus superiores las alternativas del hecho tal como había ocurrido, posiblemente para evitar una reprimenda. Pero un suceso de esa magnitud no pudo mantenerse en secreto.

El coronel salvó su vida, pero otros oficiales no fueron perdonados.

Pincén, azote del oeste

En 1874 Pincén había dado muerte al comandante Heredia y al mayor Orellano. Días antes de la muerte del jefe de la frontera sur de Santa Fe, Saturnino Undabarrena, el cacique casi había ultimado al jefe de la frontera norte, el coronel Villegas, al que finalmente perdonó la vida. Pincén se había convertiro en el "azote del oeste", como lo llamará el ministro de Guerra poco después. Sabía que, matando a los jefes, la tropa se desmoraliza.

Días después del episodio que en 1877 casi le cuesta la vida a Villegas, el teniente coronel Saturnino Undabarrena se encontraba al mando de la frontera extrema izquierda al sur de Santa Fe. El 16 de junio tuvo noticias de que los indios habían pasado la línea a su cargo y destacó a unos treinta hombres con los que emprendió la persecución del malón. Anduvo casi un día entero, hasta que alcanzó la retaguardia de los lanceros. Al sentir la tropa encima, los indios forzaron la marcha. Undabarrena, restándole importancia a que llevaba los caballos cansados, los persiguió durante dos horas y acosó al malón, que tampoco reparó en que los soldados eran sólo treinta, apartados de la línea de frontera. La indiada había creído que ese escaso número de soldados podía encubrir una celada.

La tarde comenzaba a declinar al sur del fortín Gainza. Acompañaban a Undabarrena los lugartenientes Federico Colaso, del 8 de caballería, y Federico Machado, de la Guardia Nacional de Santa Fe. Undabarrena, en la creencia de que los indios se

alejarían sin preocuparse del ganado que había quedado rezagado, mandó a juntarlo entre ocho y diez hombres. Supervisaba la labor muy cerca de los pocos soldados restantes, cuando un grupo de más de cien indios de Pincén decidió volver a recobrar la hacienda rezagada. Los soldados y oficiales, al ver que los indios se aproximaban, se aprestaron a combatir.

En aquel encuentro perdieron la vida indios y soldados, pero el hecho relevante fue que perecieran en aquella carga los oficiales mencionados, luego de haber echado pie a tierra y trabado sus caballos, alistándose para vender la vida lo más caro posible, sin la esperanza remota de salvarla, con la imprudencia que habían tenido otros oficiales.

El coronel Leopoldo Nelson, el 20 de junio desde Villa Mercedes, en carácter de comunicación *oficial-urgente* dio aviso de lo ocurrido al inspector general de Armas, resaltando el excesivo coraje del jefe Undabarrena y el funesto resultado.

He aquí la orden general del ministro Alsina, fechada el 26 de junio de 1877:

> *He tenido aviso oficial de que el teniente coronel Undabarrena [...] ha perecido, víctima de su arrojo temerario [...] con dos oficiales y cuatro soldados [...] Me consta también, aunque no oficialmente, que uno de los jefes superiores de la línea de avanzada [Villegas] se separó de su fuerza con un ayudante y tres soldados para descubrir al enemigo; que fue rodeado por más de cien indios y que se salvó providencialmente con una docena de lanzazos en la ropa [...]*
>
> *Los jefes del Ejército argentino tienen adquirida ya, como bravos, una reputación inconmovible, y para conservarla no deben jugar imprudentemente la vida [...] Por actos de arrojo iguales o parecidos a los que motivan esta nota perecieron Heredia, Ortega y Jáuregui, jefes que eran una esperanza para el Ejército Argentino [...] es un deber a la vez que un derecho propender a que no se repitan sucesos de carácter lamentable.*

Alsina se extiende acerca del ánimo de la tropa, que se ve seriamente afectado cuando desaparece el jefe que admiran y del cual esperan victoria, en lugar de un acto de arrojo imprudente.

Llama la atención que haya sido Pincén el cacique que cosechó más víctimas en la oficialidad de prestigio. Tal vez la desmoralización de la tropa por esta vía (como señaló en su momento Alsina) formaba parte de su estrategia de combate, muy superior a la empleada por otros caciques. Ano dudarlo, Pincén, que no había heredado el mando sino que se lo había ganado a fuerza de prodigios de valor, conocía la importancia del jefe y la influencia que éste ejercía en el ánimo de sus dirigidos. Arengaba a sus guerreros de tal modo, que atravesaban los piquetes acribillados a balazos pero con un hálito de vida suficiente como para intentar clavar sus chuzas en los pechos asombrados de los milicos.

Tal como le había ocurrido a Pincén, los ranqueles también sufrirían deserciones y lamentables pérdidas. A principios de agosto, el conocido cacique ranquel Ramón Platero, acompañado de gran parte de su tribu, terminó aceptando la invitación del coronel Eduardo Racedo de instalarse en la zona denominada "Sarmiento Nuevo" (nueva frontera del sur de Córdoba), haciéndolo finalmente en el paraje Tala, 5 leguas al norte de allí. Merced a su sometimiento, el cacique recibió una casa, el título y empleo de teniente coronel, el de alférez para su hijo y el de oficiales para sus capitanejos. Con los lanceros de esa tribu (45 en total) se formó el Escuadrón Ranqueles, que actuó luego destacándose en campañas posteriores contra los propios ranqueles.

Días más tarde, el 18 de agosto de 1877, falleció de muerte natural, en su toldo de Leuvucó, el jefe ranquel Mariano Rosas (Panguitruz Guor: "zorro cazador de leones"). Fue sucedido en el mando por su hermano menor, Epumer Rosas, quien mantuvo el tratado de paz llevado a cabo con la intermediación del misionero franciscano Marcos Donati.

Epumer *(Epu Guor*: "dos zorros") era el cuarto hijo de Painé Guor ("Zorro celeste"). Entre las curiosidades que signan su vida, se destaca que fue muy temido entre los ranqueles por su valor y

audacia, pero también por su demencia cuando se emborrachaba. A Epumer la valentía le sirvió para asumir el cacicazgo a la muerte de su hermano, pero sus defectos no le permitieron gozar de la autoridad, obediencia y afecto que cosechaba su hermano entre los suyos. Siendo jefe de una tribu donde la poligamia estaba permitida, otra "rareza" lo distinguía: tenía una sola esposa y demostraba que la quería mucho. Finalmente protagonizó una circunstancia que socava "la grandeza marmórea de la gesta de Roca": fue capturado al año de asumir el cacicazgo, el 18 de diciembre de 1878, cuando levantaba la cosecha de trigo y cebada.

Las expediciones ligeras y el capitanejo Maudonao

Las tribus no renunciaban al sueño de volver a poseer sus tierras, ahora invadidas por la nueva línea de frontera. Por ello no cesaban de incursionar, y "ante la hostilidad evidente de la indiada" -como decían los partes oficiales, especialmente de Pincén-, no se hizo esperar la reacción de las tropas.

El plan del gobierno llegaba hasta la frontera natural del Colorado. Decía Alsina en agosto de 1877:

> *Si las tribus hostiles se conservan de este lado del Colorado, he de organizar expediciones ligeras que vayan a buscarlas a sus toldos, pero esto mismo no he de hacerlo hasta que se encuentren bien adelantadas las obras de seguridad de la línea de avanzada.*
> *Espero que a fines de octubre podré desprender columnas ligeras sobre Catriel y sobre Pincén, con orden terminante para que los persigan con vigor y sin descanso. Aquellos dos caciques son los enemigos que amenazan hoy los partidos fronterizos de esta provincia.*

Bajo el título "Noticias de frontera", el 6 de octubre de 1877 el diario *La América del Sud* informa:

> *Ayer se recibieron las siguientes: Junín, octubre 3 a las 11.40 a.m. A S.E. el señor ministro de Guerra. Acaba de presentarse un indio pariente del capitanejo Maldonado, éste confiesa la*

noticia de la muerte del capitanejo Currite, segundo de Pincén, y de ochenta indios de los que invadieron al norte. Dios Guarde a V.E. Marcelino E. Freire, teniente coronel.

Sobre el capitanejo Maldonado o Maudonao sabemos lo que recogió Ebelot cuando trabajaba como ingeniero en los puestos de frontera, culminando los trabajos de excavación de la zanja de Alsina.

Unos indios de Pincén se presentaron inopinadamente un día en el fuerte General Paz diciendo que habían resuelto vivir y combatir en adelante con los cristianos:

Su jefe, el capitanejo Maudonao, había sido lugarteniente de Pincén durante unos quince años. Su defección pareció sospechosa: lo instalaron cerca del fuerte, pero vigilado [...] Cinco años han pasado desde entonces, cinco años decisivos. Maudonao no nos falló. Pincén, que lo echa de menos y lo aborrece, no ha tenido adversario más resuelto; conoce a fondo sus métodos y adivina todas sus astucias; en el combate es un león. Jamás se ha logrado explicación alguna sobre las desavenencias de los dos amigos y el encarnizamiento del capitanejo contra el cacique. Debajo de esto hay alguna historia tenebrosa. Tal vez se trata simplemente de la influencia del Cautivo y de Pedro, los dos confidentes de Maudonao.

"El cautivo", sólo conocido por este nombre, era todavía un niño de pecho cuando lo prendieron los salvajes. De allí que se jacte de ser un indio puro, un indio perfecto. Se vanagloria; es de una belleza notable. Es el tipo romano en toda su pureza, pero más esbelto y vigoroso. Su barba negra llama la atención entre los rostros imberbes de sus camaradas. Durante la expedición de Guaminí llevaba un sombrero de anchas alas y cuya copa, hecha pedazos, había sido reemplazada por un trozo de piel de avestruz fijada por medio de tientos de caballo; esto le daba un aire de bandido nada vulgar. Valiente y perspicaz, ejerce su influencia, e insiste en la alianza con los civilizados, a condición de que

éstos no le impongan jamás sus costumbres, que le son odiosas.

En cuanto a Pedro, asimismo decidido a no cambiar de existencia, está ligado a los cristianos no solamente por la sangre sino también por los recuerdos de sus primeros años. Es un aragonés raptado cuando tenía unos doce años en una estancia de Río Cuarto, en el linde con la provincia de Santa Fe. Los indígenas, sabiéndose perseguidos y encontrándolo demasiado crecido ya como para convertirlo en un salvaje, iban a deshacerse de él matándolo. Maudonao se apiadó del niño y lo compró a sus verdugos.

Para quien quiera saber el precio de un esclavo en la pampa, pagó por el niño seis caballos sin marcar, doce vacas, un asta de lanza, un lazo trenzado y un par de estribos de plata. Cada objeto de esta lista representa largos parlamentos entre el comprador y los vendedores. Probablemente los caballos y las vacas fueron cedidos sin dificultad: acababan de robar una gran cantidad y tal vez los soldados iban a recuperarlos. Cuando se llegó a los valores menudos que formaban el pico de la cuenta, las negociaciones se tornaron más ásperas. Es evidente que los estribos de plata fueron arrancados con gran trabajo, respaldados en las terribles amenazas contra el pobre y pequeño desdichado, que asistía a la conclusión del trato sin comprender nada.

El capitanejo se apegó a él de tal manera que en lugar de esclavo suyo lo convirtió en su compañero, le enseñó a manejar el caballo y la lanza y lo llevó consigo en sus andanzas.

Pedro se convirtió poco a poco en el maestro de su maestro, hacia el cual profesa, por lo demás, un reconocimiento profundo y una devoción absoluta. Hoy tiene treinta años, ha olvidado su apellido; sin embargo todavía habla mal la lengua indígena.

Una vez acompañó a Maudonao a Buenos Aires; no puede decirse cuál de los dos se sentía peor allí; de no haber estado juntos se hubieran enfermado. Los encontré en esos momentos en las oficinas del Ministerio de Guerra, tristes

como lobos enjaulados; en cuanto me vieron y empecé a hablarles de Guaminí sus miradas se serenaron; en ellas se leía de un modo conmovedor la nostalgia por la vida salvaje. Debe tener sus encantos esta vida libre y violenta. No son solamente los muchachos criados en medio de privaciones quienes se adhieren a ella al punto de no poder abandonarla más; hombres hechos que la han probado no quieren conocer otra. Son intrépidos compañeros que no soportan ninguna atadura, enamorados del aire libre y del cielo abierto.

Maudonao se separó de Pincén cuando éste comenzó a aglutinar tras de sí a los más aguerridos guerreros de la pampa, en una etapa de la tribu signada por continuos ataques a la frontera. Era lógico que quienes pensaban en un acercamiento con los cristianos se sintieran incómodos con la estrategia llevada a cabo entonces por Pincén. Pero siete años después, en 1877, la razón principal de las deserciones, de la separación entre un capitanejo y su cacique, era el hambre, que comenzaba a hacer estragos en las tolderías. Bien dice Alfredo Ebelot: "Los indios pierden más gente de la que ganan por la deserción desde que el hambre se hace sentir entre ellos".

El robo de "los blancos de Villegas"

Casi dos semanas después de la muerte de Currite,[22] uno de los más importantes capitanejos que por entonces tenía Pincén, exactamente el 21 de octubre de 1877, 53 caballos de "los blancos de Villegas" (tal vez cuatro tropillas entabladas) fueron robados del cuartel de Trenque Lauquen por los indios de Pincén. Por su excelente estado, constituían una atracción para cualquiera que gustase poseer buenas cabalgaduras. Sobre su extremo cuidado, comparado con el de los soldados, cuenta Manuel Prado (1976), testigo adolescente de aquellos días:

22 También puede aparecer como Courrín o Currín.

Y se habían dado casos de estar cubiertos con buenas mantas los mancarrones, mientras que el pobre milico tiritaba de frío, sin otra cosa encima de sus cuerpos que una chaquetilla llena de agujeros y un chiripá deshilachado y sucio.

Los hechos se desarrollaron del siguiente modo. El 18 de octubre, en horas de la tarde, Villegas dispuso que la caballada del 3 de caballería fuera encerrada en el corral de invernada, a 200 metros del campamento de Trenque Lauquen (en el fortín Nicolet). El sargento Francisco Carranza y diez soldados estaban esa noche a cargo de la custodia. Habiéndose quedado dormidos, los indios, agazapados desde horas antes en las cercanías, aprovecharon la oportunidad para arrebatar del corral "una punta" de ellos.

A orillas de la laguna El Dorado (en Bajo Hondo, partido de Vedia), tiempo después de recuperar su libertad, Pincén le comentó al capitán Pablo Vargas cómo sus indios habían planificado y ejecutado tamaña osadía. En *La lanza rota,* así lo narra Schoo Lastra (1951), por haberlo escuchado de boca del propio Vargas:

"Travesura que costó cara", dijo Pincén. "Pocos eran ellos; menos de veinte; curioseando rondaban aquella noche al cuartel de Trenque Lauquen. Vieron luces en la guardia y en la carpa-capilla de la que no se apartaba un centinela armado. Estaba en ella un soldado desertor que al ser capturado había hecho armas contra sus compañeros y que fue fusilado en las primeras horas de la mañana".

Se trata del soldado Eustaquio Verón, santiagueño, del 3° de caballería, quien efectivamente fue fusilado por desertor aquella madrugada. Había desertado cansado de que no le llegara la baja.

Antes de morir, arrodillado frente al pabellón nacional, escuchó la sentencia. De pie, luego de gritar "Viva la Patria", recibió la descarga que puso fin a sus desventuras.

Según Schoo Lastra, así continuó relatando los hechos Pincén al capitán Pablo Vargas:

Los blancos habían quedado esa noche en el gran corral de zanja próximo al cuartel. Uno de los muchachos indios, apeado, introduciéndose en la zanja que lo bordeaba, penetró en el mismo, con cautela como sabían hacerlo para no inquietar a los caballos que dormían, echados unos, otros parados. Deslizóse hasta el extremo opuesto al corral; allí estaba un centinela de bruces sobre los brazos cruzados apoyados en los postes de un palenque. Dormía de pie, en los mismos postes había afirmado su fusil.

Otros ocho hombres arrebujados en sus ponchos dormían tendidos, cerrando con sus cuerpos la entrada del corral. El intruso no lejos de ellos, agachado junto al suelo, lanzó un grito cortado, aullido de zorro -mejor no lo hubiera hecho un auténtico-, ninguno de los hombres se movió ni levantó la cabeza, estaban bien dormidos. Repitió el aullido; desde el lejano extremo opuesto del corral sus compañeros le contestaron del mismo modo y apeados, con sus lanzas y cuchillos, cavaron los bordes de tierra arenosa de la zanja, y los redujeron hasta facilitar el paso a través de ella. Tomaron ellos a las yeguas madrinas cuidadosamente, silenciando sus cencerros, los sacaron por el referido paso y tras ellas siguieron los blancos. Eran más de trescientos.

Ya apartados del lugar montaron sus caballos, siguieron al tranco y lejos emprendieron trotes y galopes acelerando la marcha hasta su toldería en los montes. En ellas, tan cansados como satisfechos de su hazaña, los autores del rapto se durmieron casi todos, sin pensar que desde tan lejos y tan pronto, caerían sobre ellos los mayores Sosa y Solís con

cincuenta soldados del tres, cuyos afilados sables no dejaron indio ni toldo en pie.

Mientras en el fuerte de Trenque Lauquen todo el mundo dormía, los indios de Pincén se llevaban los 53 caballos blancos. Se tocó la diana a la hora acostumbrada, minutos antes de aclarar. Y habiendo escuchado Villegas los partes de los oficiales, sólo restaba el del sargento Carranza, que apareció media hora después, tambaleándose como un ebrio, pálido y desencajado. La información que tenía que dar podía costarle no sólo su carrera militar, también la vida... ¿Cómo decirle a Villegas que faltaban sus "blancos"?

El celo de Villegas tiene una explicación. Al indio se le peleaba en igualdad de condiciones o se debía resignar la posición alcanzada. Sin caballadas en buen estado, independientemente del pelo que tuvieran, no había posibilidad alguna de perseguir la más pequeña descubierta. El caballo era tan importante que por entonces era considerado "arma de guerra", y cuidarlo importaba cuidar nada menos que la propia existencia.

Carranza pidió que Villegas lo enjuiciara y lo condenara a muerte porque creyó que su falta así lo merecía. Villegas no lo ejecutó, pero decidió dejar su destino un poco en sus manos y otro en la suerte. Mitigó la probable desgracia poniendo al frente de la misión a dos de sus mejores hombres. Envió a Carranza junto a los mayores Germán Sosa y Demetrio Solís y una partida de cincuenta soldados a recuperar "los blancos" con la consigna dada por la expresión siguiente -que me permito recrear-: "No vuelvan sin los blancos, y si no los encuentra, sin más trámite me fusila a Carranza en el medio del campo".

Sin decirlo, tal vez Villegas daba a Sosa y a Solís la facultad de guardar de por vida el secreto de permitir a Carranza desertar si no hallaban los caballos, pero una deshonra así era difícil de llevar sobre sus espaldas.

Primero Villegas desprendió al mayor Solís, tercer jefe del 3 de

caballería, con una partida de dieciséis soldados, con la orden de llegar hasta los toldos si no alcanzaba a los indios en el trayecto. Pocas horas después, desprendió al segundo jefe del regimiento, el mayor Germán Sosa, con cuatro caballos en protección del mayor Solís, y la misma orden. Los ladrones fueron alcanzados en el paraje Tromen Lauquen (Laguna del Unco), 50 leguas al oeste de Trenque Lauquen, a las ocho de la mañana del 23 de octubre. La caballada de "blancos" estaba extendida y los indios se entretenían en jugar. Al ser sorprendidos, corrieron a sus lanzas, trabándose en combate con la fuerza que, toda reunida, les cayó encima. El resultado fue la muerte de más de cincuenta indios, se salvaron sólo tres en toda la toldería, uno de ellos herido gravemente.

Es casi seguro que el bombero se quedó dormido. Los indios habían estado despiertos toda la noche, cavando con sigilo la brecha por la que sacaron los caballos del corral de zanja donde estaban; y llevaban acumuladas varias horas de marcha sin descansar entre ida y vuelta.

La fuerza militar se fraccionó en dos: unos juntaban el ganado propio y el de los indios mientras los otros sableaban a los indios. Todo a la vez, durante media hora. Tomaron prisioneros a treinta de "chusma". La milicada volvió con las maletas al tope de chafalonías y pilchas finas.

Una vez más, quedaba demostrado que el indio atacado en sus tolderías era un ser indefenso, puesto que en el afán de salvar a los suyos, no peleaba con el mismo vigor que demostraba en los malones.

Un indio sobreviviente escapó y dio aviso de inmediato a las tribus de Nahuel Payún y Pichi Pincén, que se hallaban más cerca. Nahuel Payún organizó rápido una fuerza que se dirigió al lugar, buscando permanentemente con sus arremetidas que pudieran escapar los cautivos que llevaba la tropa. La necesidad de forzar la marcha y abandonar el ganado que se rezagaba le permitió a Nahuel Payún recuperar una buena parte de los caballos que los

soldados habían tomado y unas 50 cautivas lograron huir de la vigilancia; las restantes personas, 36 entre niños y mujeres, fueron celosamente custodiadas o no pudieron escapar a causa de los hijos que iban con ellas.

Al llegar al fuerte, las cautivas fueron incorporadas a la guarnición. Con autorización de la oficialidad, se unieron a los soldados. Algunas de las "chinas" habrán formado nuevos círculos de afecto, mientras que otras habrán esperado la oportunidad de volver con sus familiares. Entre los prisioneros indios se encontraba una cautiva que dijo ser de Pergamino, que habitó en las tolderías desde muy pequeña; no recordaba el nombre de sus padres y dijo llamarse Mariquita.

Al día siguiente, cuando Villegas le refirió a su amigo Ataliva Roca estos hechos, agregó:

> *Los indios han llevado una sableada que se acordarán toda la vida los que se salvaron de ella [...] los indios jugaban [a las cartas] a quien se quedaba con los blancos [caballos], [...] El cacique que los mandaba, Cayuqueo y un capitanejo Neculché [...] se trajeron 36 chinas (aquí se renovó la escena aquella) [...] Pincén se ha mudado 30 leguas más allá de estos toldos que han sido destruidos con sus moradores y hoy está en un paraje, llamado Luán Lauquen [...] Los milicos han pilchado bastante; mantas, estribos de plata y frenos, juegos de botones, pues el cacique Cayuqueo era platero. Estos indios son chilenos y son los que siempre venían a robar caballos. Mi nombre no les era desconocido, pues un indio, en momentos que un soldado le apuntaba con la carabina, le dice:*
> *"No matando, hermano; ahí está todo, todo lo caballo blanco del coronel Villegas, no falta ninguno".*

No hubo lugar a la súplica, tal como informará Villegas a sus superiores. Todos los participantes del malón fueron ejecutados.

Descendientes del cacique (Gerónima y Evangelio Cheuquelén Pincén) me han contado detalles no conocidos de este singular hecho. Los caballos blancos fueron hallados por las tropas de Villegas en unos médanos que hoy se encuentran en el partido de Tres Lomas (provincia de Buenos Aires). El indio bombero se había dormido, y cuando entraron al bajo los piquetes todos se desbandaron, pero un indio logró escapar y salvar su vida (el abuelo de Jacinto Moyano, vecino de Trenque Lauquen), montado en un petiso bayo. Mientras iba al galope y los soldados se le acercaban para sablearlo, el indio se defendía brillantemente con la *macana.*[1] Este indio era uno de los más diestros para utilizar esa arma, y gracias a que escapó pudo dar aviso a Pincén de lo ocurrido. En el trayecto "volteó" a muchos milicos que lo seguían, mientras otros renunciaron a la persecución.

Martina Pincén de Cheuquelén (madre de los informantes del episodio anterior), poco antes de morir y encontrándose en grave estado, le dijo a su hijo Evangelio:

> *¿Sabés por qué Pincén le robó los caballos blancos a Villegas?*
> *Porque Villegas le había cautivado una hija predilecta, y además por las muchas mujeres que los soldados se llevaban de las tolderías y después se divertían con ellas en los fortines. El robo de los caballos fue en venganza por todas esas cosas.*

Villegas tenía varios indígenas al servicio de su esposa en la casa de Buenos Aires. La indiecita Ponoy es mencionada en la correspondencia. El historiador trenquelauquense José Francisco Mayo dio a conocer en 1994 interesantes cartas entre Conrado Villegas y su esposa Carmen Granada. En una fechada en Trenque Lauquen el 18 de mayo de 1878, le dice a su esposa: "A Ponoy que se porte bien lo mismo que la bienaventurada Inocencia". El historiador especula que Ponoy pudo haber sido hija de cacique o

capitanejo.

Es sabido que en los fuertes y fortines muchas mujeres eran indias o mestizas. La "historia" de las prostitutas traídas de los burdeles de Francia o de las casas de prostitución de Buenos Aires y llevadas a los fortines no tiene asidero alguno. Manuel Prado, testigo de aquellos días, en *Conquista de la pampa* llama "estas infelices" a las cautivas indias que estaban en los fortines, y cuenta que se resignaban al destino y se quedaban esperando el momento de su liberación. Preferían quedarse, porque en caso contrario "se las arrearía a la Capital", a Martín García o a servir de *chinitas* en las distinguidas casas de Buenos Aires.

La prensa extranjera en Buenos Aires, que también se hacía eco de los acontecimientos de la frontera, da a conocer lo siguiente (puede tratarse del mismo hecho del robo de los "blancos de Villegas" o de otro ocurrido días después):

> *Un telegrama fechado en Trenque Lauquen anuncia que los indios de Pincén en número de veinte o treinta han podido sacar los caballos de un destacamento apostado en Deheza. Al día siguiente el coronel Villegas envía un destacamento a perseguir a los ladrones. Siguiendo su rastro llegan a una toldería. Los indios sorprendidos en número de treinta fueron muertos. Los viejos y niños son conducidos al cuartel general. Se han traído de esta expedición trescientos caballos sin contar los que habían sido robados. Los soldados se habitúan al desierto y no se asustan de la inmensidad.*

El parejero pangaré de Airala

La lucha de fronteras aportaba muchas historias para contar; relatos que se iban afianzando o adquiriendo vida propia al pasar de boca en boca. La necesidad de decir siempre algo importante, algo novedoso, iba enriqueciendo con matices cada frase, cada secuencia del relato, más aun si en el fogón el narrador era alguien

que había servido en la frontera.

Dentro de la frontera interior, donde la vida era mucho más tranquila y los malones llegaban de vez en vez, cuando algún reconocido baqueano organizaba una boleada "en cerco" participaban entre diez y hasta cien boleadores a caballo. Terminada la cacería, se repartían las plumas en atados hechos con tendones del animal, mientras que otras partes, picanas y alones, eran asados durante la noche.

Luego de la cena, entre el mate y la guitarra, se comentaban las alternativas de la boleada, anécdotas de cacerías, de la superioridad de tal o cual caballo, tragedias de boleadores. Así se hablaba de la muerte de Ezeiza, "que se empapó; ¡él, que era todo un rumbeador! y atontado o enloquecido se perdió en el desierto y pereció de sed"; o de la aventura de Santos Vázquez, cuyo caballo, boleando, se quebró en una rodada y quedando el hombre a pie, fue devorado por los perros cimarrones. También se hablaba de la desaparición de Carpió Caro, a quien "se lo tragó el desierto", siendo el hombre más gaucho de los campos de afuera; o de la trágica muerte de cuarenta boleadores de Las Achiras, degollados por los indios en medio de un parlamento amistoso.[23]

Comentaban después las últimas noticias que corrían por la frontera; si era cierto que el rubio Airala le había quitado en sus propios toldos al cacique Pincén el parejero pangaré que éste le había robado en una sorpresa, y cómo los boleadores de Junín, mandados por el capitán Pablo Vargas, habían degollado a casi todos los indios de lanza del cacique Manuel Chico, allá por los altos verdes.

El episodio del robo de Pincén al rubio Airala, con la recuperación del parejero pangaré por el dueño en los propios toldos del cacique, ha sido tema de milongas bonaerenses que llevaron al registro escrito lo que era corriente escuchar en los fogones.

Pincén, que había cosechado fama por sus prodigios de valor,

23 Las citas intercaladas pertenecen a Gabriel Taboada (1992: 172-174).

estaba presente en el imaginario popular. La leyenda de Pincén perforaba las líneas de frontera con más facilidad que los malones: todos los relatos, del amor a los suyos, del respeto que le tenían los jefes de frontera, del odio de sus enemigos, en la pampa o en Buenos Aires, siempre expresaron admiración.

Primer ataque de Villegas a Malal

Con un perfecto conocimiento de la personalidad de Pincén y el afecto que tenía por los suyos, el ministro Adolfo Alsina opinaba por entonces en la Memoria de Guerra y Marina de 1877:

Pincén, indio indómito y perverso, azote del Oeste y Norte de la provincia, jamás se someterá, a no ser que por un golpe de fortuna, nuestras fuerzas se apoderen de su chusma. Si esto no sucede, Pincén se conservará rebelde aún dado el sometimiento de todas las otras tribus hostiles.

Las palabras de Alsina golpeaban en la mente de Villegas casi como un reproche; no encontraba aún la forma de prender a Pincén. El escurridizo cacique estaba en todos lados y en ninguno; sus guerreros merodeaban las cercanías del cuartel recabando información, por lo que cualquier decisión que tomara con alguna anticipación podía llegar a conocimiento del cacique.

Ante las permanentes instancias del ministro y sabiendo que tenía sus asentamientos en Loan Lauquen, Villegas decidió expedicionar sobre Pincén. Cuenta Manuel Prado (1960) que el 8 de noviembre de 1877 fue despertada la guarnición de Trenque Lauquen a una hora inusitada: “Eran las dos de la mañana cuando el trompa de órdenes de la comandancia en jefe iniciaba la diana”. Nadie entendía lo que pasaba. ¿Sería un malón de Pincén? Hubo que levantarse rápido. Pero tras comprobar que no se trataba de un malón, la duda asaltó a todos. ¿Qué le había pasado al Cabo Viejo -así llamaban a Villegas- que los jorobaba tan temprano?

Se ordenó carnear y racionar para tres días. El asombro campeaba, puesto que era la primera vez que se tomaba esa decisión. ¿Tres días comiendo charque? Al parecer la marcha iba a

ser forzada, sin detenerse siquiera a quemar un churrasco. Mientras se agilizaban los preparativos, los comentarios iban y venían. La mayoría protestaba por tener que ponerse esas corazas de cuero tan molestas que había mandado hacer Alsina. Se prepararon las cabalgaduras y se pasó revista.

Uno de los milicos, con cierta autoridad que le daba ser un veterano de guerra, decidió romper el murmullo general:

> *Bueno -copó un sargento viejo que nunca hacía comentarios cuando cumplía una orden- nadie sabe a dónde vamos; lo único seguro es que vamos a tener malambo y de lo fino. ¿No lo han visto al Cabo Viejo más contento que un carnaval?*

Durante el resto del día se preparó la expedición, armamento y otros enseres. Los que tenían mujer e hijos se despidieron.

A las seis de la tarde se mandó ensillar. Media hora después, el 3 de caballería partía del cuartel de Trenque Lauquen. Al atardecer atravesaron la zanja y se tomó el rumbo oeste, hacia los dominios de Pincén.

Sigue Prado:

> *En cuanto cerró bien la noche se prohibió fumar y conversar; se desprendieron flanqueadores, se ordenó trabar las anillas de los sables para evitar el ruido que producen al chocar contra la vaina y se recomendó que, en cuanto fuera posible, se evitara el relincho de los caballos. En esta disposición deslizábase la pequeña columna, como una serpiente de acero adelantándose cautelosamente hacia su víctima.*

Al amanecer llegaron a Sanquilcó, más precisamente a una inmensa laguna rodeada de médanos que había sido frecuente paraje de Pincén. Allí acamparon durante el resto del día sin encender el fuego para no ser descubiertos por los posibles indios

bomberos.

En la madrugada del 11 de noviembre, Villegas tomó nuevas disposiciones. El baqueano que llevaban, el viejo Lorenzo Maza, había sido cautivo de Pincén hacía ya muchos años; conocía el terreno hasta Lon- comay, donde se pensaba que se hallaría la toldería más próxima de Pincén; pero no sabía que había más allá de ese paraje. Se dudaba además sobre el real paradero de Pincén, si bien se presumía que estaba en Loan Lauquen, en los montes, por lo que se decidió forzar la marcha durante la noche y la madrugada de ese día, en el que se arribó a Loncomay.

> *Se despacharon descubiertas que volvieron con un viejo que dijo llamarse Pancho Guevas y que era el único morador de aquel paraje. El refirió que Pincén, con su tribu, residía en Malal, adonde faltaban cinco leguas para llegar, y se ofreció de baqueano.*

Guevas, mandado tal vez por Nahuel Payún para que distrajera a la columna expedicionaria y permitiese a la tribu buscar un refugio seguro, condujo la columna hacia un terreno pantanoso, del cual la tropa salió a duras penas. Descubierta la maniobra, Villegas ordenó el escarmiento. El cadáver de Guevas fue horriblemente mutilado. “El indio aquel, noble como lo eran todos los de su raza, jugaba la vida por salvar a los suyos. Fue lanceado sin más trámite” (Prado, 1960: 93).

Villegas, desesperado, comprendió que los indios de Pincén podrían estar alertados de la expedición; además había perdido mucho tiempo en desempantanar a sus amados “blancos”. La expedición estaba prácticamente perdida. ¿Qué le diría al ministro a su regreso? ¿Admitiría Villegas que había fracasado en su intento de encontrar y batir a Pincén?

El temor al fracaso y su desprestigio como oficial lo impulsaron: continuó la marcha, nervioso y sin más guía que su instinto. Al cabo de una hora divisó unas tolderías, ordenó que la

tropa montara, se introdujo en el bajo y cargó sobre ellas. Los indios supieron entonces que la misión de Guevas había fracasado y, al parecer, el viento estaba del oeste, porque no había traído el olor del *huinca.*

El relato de Prado no puede ser más esclarecedor e ilustrativo de lo que ocurrió después. Dice en *Conquista de la pampa*:

> *Quien no haya asistido a una de esas expediciones militares no puede darse cuenta de lo que es el ataque a las tolderías. En cuanto el trompa da la señal de ataque, la fuerza se desbanda, se fracciona y ya solo, cada soldado, o asociado a dos o tres, se lanzan en procura de algún toldo, de alguna tropilla, en persecución de un indio que huye o de una familia que se oculta en la espesura.*
> *Era aquello una confusión de todos los diablos. Carreras, gritos, imprecaciones, descargas de armas de fuego, llantos, alaridos, todos esos rumores llegaban a nosotros como si el infierno hubiera enviado sobre la tierra sus legiones. Estábamos en un valle al que los montes que lo circundan daban aspecto de picadero. En el centro, una laguna hermosísima y aquí y allá, diseminados en el mayor desorden, esqueletos de animales, trozos de cuero, restos del toldo de algún cacique, tal vez.*

En este escenario, Villegas atacó por primera vez las tolderías de Pincén en Malal-Co, 40 kilómetros al norte de Toay.

Una vez concluido el "malón blanco", se rejuntaron los animales que había en el lugar: unas doscientas vacas y cinco mil ovejas (las cifras dadas por Prado duplican y en algunos casos triplican las informadas por Villegas en el parte oficial), y se agrupó a las "chinas", muchachos, niños, ancianos y lanzas. A las once de la mañana toda la operación había concluido, mientras que se tomaba cuenta de que un soldado había sido herido levemente de lanza y que sumaban 92 los guerreros muertos y

más de 380 los prisioneros.

El 3 de caballería volvió con sus alforjas llenas de todo tipo de hechuras indias, chafalonías, sobrepuestos tejidos con perfección, ponchos pampas en el apero y demás objetos que hallaron al paso. Además, se carneó para alimentar a la tropa, cansada de charquear. Recuerda Prado: “Aquellas vacas de los indios eran una delicia. Hacíamos honor a su carne”. La cantidad de guerreros es exagerada por Prado. Villegas evaluará en sus comunicaciones que la fuerza total que entonces podía desplegar Pincén era de unos doscientos lanceros.

No obstante la gran cantidad de indios muertos y prisioneros, el grueso de la tribu había logrado huir a los montes y hacia las demás tolderías a dar aviso. No había pasado mucho tiempo del ataque, cuando se supo que más de cincuenta lanceros de Pincén al mando de Nahuel Payún se acercaban. Alas dos de la tarde ya se habían convocado cerca de doscientos lanceros, que le cerraban el paso a la tropa, procurando que los 380 cautivos prisioneros fueran puestos en libertad y dar escarmiento a sus captores.

Las ovejas, por su lentitud, no podían marchar a la par de los caballos y las vacas, de ahí que la tropa, por orden de Villegas y para evitar que los guerreros indios las recuperasen, comenzó a degollarlas. Asimismo dispuso Villegas que se procediera de igual modo con el indio que se retrasase o apartase de la columna.

Nahuel Payún alistó 200 lanceros (el total de la fuerza que comandaba) y se dispuso a enfrentar a los 160 hombres de Villegas, quien replicó disponiendo que 50 tiradores les hicieran frente; el resto continuó abocado a la vigilancia de la “chusma” y el ganado capturados.

Villegas repetía a menudo que un soldado armado de fusil equivalía a cinco indios y que en el entrevero, con su sable, el milico estaba en ventaja. Acaso por eso dispuso enfrentarlos a sable y lanza. Las lanzas de los milicos eran más cortas y, por lo tanto, se manejaban con mayor facilidad en el entrevero, pero se partían al chocar contra las fuertes lanzas indias.

Los soldados sacaron los sables y el entrevero se volcó a favor de éstos. Nahuel Payún sabía que si atacaba la columna, los 380 prisioneros podían resultar heridos o muertos; había mujeres, niños y ancianos que representaban mucho más que una gran victoria ante Villegas. Entonces cambió de táctica: optó por inmovilizar a la tropa, no dejarla avanzar.

Villegas interpretó esta intención y sacó de entre los prisioneros a una anciana india lenguaraz (de ochenta años aproximadamente) a la que mandó de mensajera con el encargo de decirle a Nahuel Payún que si no dejaba paso a la tropa, pasaría a degüello a toda la "chusma" y luego se abriría paso sable en mano. Le daba un cuarto de hora para que optara.

Nahuel Payún no lo pensó dos veces: se retiró del lugar dejando avanzar la tropa, que llegó al fuerte de Trenque Lauquen el 15 de noviembre.

La familia de Nahuel Payún se encontraba entre los prisioneros; las mujeres fueron tomadas por esposas y otros cautivos llevados a Martín

García. A su llegada, Villegas informó a sus altos mandos que el poder de Pincén había sido completamente quebrantado en ese golpe, pues Catrenao, indio valiente, era siempre el que los llevaba a la pelea. Habiendo dejado de existir éste, ya no era temible aquél.

El "Toro" Pincén se encontraba en los toldos de Baigorrita, en Poita- hué (Quenqué). Había ido para atenderse con una famosa *machi* por el tumor colosal que tenía en la pierna derecha, que le dificultaba montar a caballo. El responsable de repeler el ataque fue entonces el segundo cacique de la tribu, Nahuel Payún, pues Catrenao, valiente indio que era siempre el que les llevaba a la pelea, había dejado de existir. Habiendo sucumbido Catrenao, Pincén ya no era de temer.

Ataliva Roca leyó el 21 de noviembre:

El 17 ataqué las tolderías de Pincén con 150 hombres del 3,

en los montes de Malal a 54 leguas de este punto, consiguiendo el siguiente resultado: 80 indios muertos, 3 cautivos y 102 de chusma quitados, 300 caballos, 1.200 ovejas, 70 vacas y bueyes, lanzas [...] He perdido un soldado muerto de bala y he tenido dos heridos de lanza. Caballos he perdido tres en todo, los que hice matar por estar heridos de bala.

Ha sido un golpe mortal para este cándido, pues sus principales indios han muerto, entre los que se encuentra Catrenao, su segundo, indio valiente que murió en una carga que me trajo en la retirada. Su hermano Cueza también lo creo muerto, pues al lado de Catrenao cayó otro que debe ser él pues nunca se separaban.

Creo que pronto nos veremos. Hasta tanto, reciba el afecto de su siempre amigo. Conrado Villegas.

Si el poderío ofensivo de la tribu de Pincén dependía de un hombre: Catrenao, como suponía Villegas, su predicción se iba a desmoronar. Porque Catrenao y Cueza no habían muerto, tal como se comprobará más adelante. El Cabo Viejo estaba eufórico por el resultado obtenido y por haber comprobado que para entonces Pincén se encontraba en gran desventaja numérica.

Pero ¿cómo llegó Villegas hasta el seno de las tolderías de Pincén? Lo cuenta él mismo en su informe para la Memoria de Guerra y Marina. En algunos aspectos, su relato difiere del de Prado, tal vez porque era la visión de un soldado cadete de escasos años. La versión oficial indica que el 11 de noviembre de 1877 había recibido una carta "del malogrado ministro de la Guerra doctor Alsina", facultándolo para invadir a Pincén de la forma que creyera conveniente. Villegas cuenta que hizo "aprontar 160 hombres del Regimiento 3°, racionándolos de carne para siete días, la que salaron a fin de que no se perdiese por los calores". El día 13 salió de Trenque Lauquen, pasó por Maye Lauquen y en horas de la mañana del día siguiente llegó a Sanquilcó, donde

acampó para que la caballada y la gente comieran. Luego siguió hasta Potro Lo, descansó allí y siguió hasta Catri Lo, Usa-Repuig-Lo. Allí, "tres caminos se encuentran en el médano y toman distintas direcciones. El de la derecha va hasta los ranqueles, el del centro toma al sur, y según el baqueano va hasta Chile; costeando el río Colorado; el de la izquierda tomando así mismo al sud, conduce a Langheló, antigua toldería de Picen".

Siguieron el camino de los ranqueles hasta llegar a Arquen-Lo. Luego de andar varias horas, hallaron un nuevo camino hacia el norte, en dirección a la toldería de Pincén. Había poca distancia de un monte que Villegas conocía como Manuel-Tué, el que quería "descubrir", pues allí habían existido tolderías. Dice que le convenía tomar algún indio que le diese noticias exactas del punto donde se hallaba Pincén, pues las declaraciones de las chinas tomadas el 22 de octubre en Tromen Lauquen decían que estaba en Loan Lauquen.

El 15 de noviembre llegó a Manuel-Tué y sólo encontró toldos abandonados. Permaneció allí emboscado, temiendo ser descubierto, porque estaba ya "en los campos de los indios". Entonces decidió marchar de noche. Acampó en Leufu-Co, donde corría un arroyo de agua salada y había jagüeles. Avanzó hasta el monte Quitrá, donde encontró toldos abandonados y sementeras de pocos días. El 16 a la noche emprendió la marcha desde Quitrá, y en horas de la mañana sorprendió "en Pichi- Loco a un indio y tres chinas, que estaban ocupados en sembrar". Le tomó declaración al indio, quien le dijo que Pincén no estaba en Loan-Lauquen, sino en Malal, distante de allí 5 leguas.

De Pichi-Lo fue a Licancha, hasta que el 17 de noviembre arribó a una legua de los montes de Malal, donde ordenó ir al tranco. Así expresa Villegas en la Memoria de Guerra y Marina de 1877 lo que dispuso hacer ese día:

> *Estando cerca de los montes, hago echar pie a tierra, permanecer con el caballo de la rienda, esperando la madrugada*

para atacar. Cuando creí oportuno hago montar nuevamente, a las cuatro y cuarto a.m., y ataco las tolderías. La persecución duró cuatro horas en los montes, dando el siguiente resultado: 80 indios muertos, 4 cautivas rescatadas y 104 de chusma prisioneros,
300 caballos, 1.500 ovejas y 70 vacas y bueyes tomados. Después de tocar llamada y reunir la tropa dispersa en persecución, hago carnear a discreción, al mismo tiempo que descansaban y bebían las caballadas. Paso lista y ella es sin novedad. No hubo que lamentar desgracia alguna.
No pudiendo hacer llegar la majada al campamento de Tren-
que Lauquen, pues estaba a 52 leguas de él, la hice matar a fin de quitarle a los salvajes ese alimento.
La posición de Malal es pintoresca. Grandes montes de alga-rrobos, con pasto de primera clase. Una preciosa laguna de agua dulce (la más dulce que he encontrado en el desierto).
Mientras permanecía en los montes, los indios, por medio de quemazones, se reunían en distintas direcciones y a la vista. A las 12 hice ensillar y me puse en marcha, trayendo la caballada quitada, vacas y chusma. Así que salí de los montes, los indios me tomaron la retaguardia y flancos con fuertes guerrillas, las que se venían a cuatro y cinco cuadras de la columna. Dos individuos con rémington no cesaban de dirigir sus tiros a ella, hiriendo gravemente un soldado, el que a las pocas horas murió.
A las cinco y media p.m. los indios replegaron sus guerrillas, y me trajeron una carga por los flancos y retaguardia, como en número de doscientos. Los que atacaron por retaguardia vinieron hasta entreverarse con mi fuerza, cayendo muertos entre mis soldados dos bravos capitanejos con sus caballos. Los de los flancos llegaron hasta veinte pasos de la columna y en media vuelta llevaron muchos heridos. Los de retaguardia me hirieron en la formación dos soldados.

Después de rechazar el ataque, seguí la marcha, siempre al paso, como lo había empezado, los indios siempre hostilizándome, pero ya no se animaban a probar fortuna. Les hice llevar varias cargas por guerrillas, pero huían, y se acercaban cuando aquellas se replegaban. Viendo que no harían frente y que sólo lograría postrar mi caballada, seguí la marcha.
En mi contramarcha, vi salir de distintos rumbos pequeñas partidas que venían a reunirse con los que escaparon de Malal.
Esos indios eran de tolderías que había dejado a retaguardia en mi avance, y que no me habían sentido a pesar de estar dos días entre ellos. Todo el día fui hostilizado y mortificado por los dos rémington. Marché toda la noche.

El 18 de noviembre, Conrado Villegas llegó a Trenque Lauquen, sin más pérdida que el soldado herido de bala y tres caballos que hizo matar por haber sido también heridos de rémington. Evaluaba entonces el estado del poderío de Pincén luego del ataque que lo llevó al seno de sus tolderías. Se empezó a vislumbrar un fenómeno muy común en el cuadro de relaciones entre los jefes de los bandos que presienten la derrota: los de segunda línea comienzan a opinar con mayor frecuencia sobre cuáles deben ser los pasos a seguir y pierden respeto por la conducción centralizada, que parece no encontrar la forma de proteger más adecuadamente a los propios y se ve superada por la estrategia del oponente. Dice Villegas al respecto:

El terrible Pincén se puede decir que hoy está destruido. No tendrá a sus órdenes, cien lanzas. Sus antiguos caciques y capitanejos no le obedecen. Todos campan por sus respetos. Pichi Pincén, sobrino del viejo cacique, en Sanquilchegua, paraje que queda al sur de Malal. Iñaquel en Naiñay y Loncoche a 4 y 8 leguas al Norte de Malal. El viejo Pincén,

tengo noticias que se halla en Toay, lo que no creo, pues, no ha de tener punto fijo. Todos estos caciquillos sólo podrán juntar doscientos indios.

En noviembre de 1877 el estado de la indiada había disminuido notablemente en poder y cantidad; sin embargo, la necesidad los volvía audaces a costa de las bajas que sufrían. Pincén tan sólo tenía unos 150 indios de lanza; pero, por su prestigio ante sus congéneres, conseguía que para sus malones se le entregaran indios de otras tribus, entre ellas las del cacique Melideo, que acampaba con sus tolderías por el paraje denominado Nebucó.

Melideo o Meliqueo era hermano de Mariano Rosas y tío de Epumer. Vivía en las proximidades de los toldos de Pincén. Por alguna razón que desconocemos se aliaba a éste y no a los suyos; tal vez una vieja amistad nacida en tiempos que Pincén habitaba tierras ranquelinas.

El 18 de noviembre, el presidente Avellaneda estaba impaciente esperando el resultado de la expedición y había dispuesto que el telégrafo estuviera alerta. El ministro Alsina le retransmitió las novedades que le daba Villegas. Avellaneda le contestó a Alsina al día siguiente:

Nada tengo que decir sino enviarle mis felicitaciones y pedirle las transmita a los jefes expedicionarios en nombre del gobierno.
El resultado no puede ser más completo. Según la opinión pública, estos dos formidables golpes asestados sobre los indios son el principio del fin.

De este modo, Villegas cumplía con el deseo y la premonición de Alsina acerca de Pincén:

Jamás se someterá, a no ser que por un golpe de fortuna

nuestras fuerzas se apoderen de su chusma. Si esto no sucede, Pincén se conservará rebelde.

Así había ocurrido en otras oportunidades, y era conocido el amor de Pincén por su gente. El plan de ataque a sus toldos tenía como objeto procurar su captura o, en su defecto, cautivar a buena parte de su gente para constreñirlo a negociar un tratado de paz.

A dos días de su llegada al fuerte, con el fin de presionar las consecuencias previstas, Villegas le escribió a Pincén proponiéndole conversaciones de paz. El cacique le contestó siete días después, imponiéndolo de sus requerimientos. La carta, titulada "Carta de un cacique", fue publicada al mes siguiente en el diario católico *La América del Sud:*

He aquí la carta que ha dirigido al coronel Villegas, el cacique Pincén.

Salinas Grandes, 29 de noviembre de 1877. Al señor coronel don Conrado Villegas.
Muy respetado amigo:
Después de haber recibido su original del 22 del corriente e impuesto de su buena atención para entrar en los arreglos de paz, en este sentido estamos bien; yo mandé a mi comisión a presentarme ante el señor cacique don Alberito [Alvarito] Reumay ante el cacique secretario don Bernardo Namuncurá subyugándome a seguir con la buena armonía para con el supremo gobierno así como dichos caciques la sostienen en los arreglos de paz con el Superior Gobierno; como yo era ignorante de estos arreglos yo estuve un poco separado premeditando la guerra que supo tener lugar con cuyo motivo no ha sido contestada la de usted de anterior fecha, recibida hace como dos años; yo quisiera entrar en los arreglos de paz pero se les debe cumplir a mis caciques y quedar admisibles con el Superior Gobierno y los demás jefes de fronteras.

En cuanto a lo que me dice que los indios son invasores le diré que yo soy invasor, que mis indios aprendieron a invadir y a robar, pero es por la misma necesidad y por los que nos vienen tomando campos y además por la pérdida de familias; así pues he tomado mi consejo por las ideas de caciques antiguos y somos gustosos de querer ser amigos con el Superior Gobierno; y por tanto dispongo el mandar mi comisión para que se presente ante usted y reclame por mi parte a una mujer lenguaraz llamada Quintuyllán y otras tres mujeres más para que me le sirva darles libertad y al mismo tiempo para imponerme más mejor del modo de que debemos tratar.
Sin otro motivo lo saluda S.S.S. P. Autorización del señor don Vicente Pincén Calunáu, Bernardo Namuncurá - Secretario.

Resulta fácil advertir cómo los salineros alardeaban de tener buenas relaciones con el gobierno. Lograban convencer a otros caciques de que esto era así; por ello, para recomponer el diálogo con el gobierno, otros caciques recurrían a sus servicios por intermediación de Bernardo Namuncurá. No obstante, Pincén tomaba sus precauciones. Me ha contado un bisnieto (Andrés Cejas Pincén) que Pincén era desconfiado y siempre que escribía Bernardo Namuncurá se hacía leer las cartas por el lenguaraz que tenía.

Seguramente conocían las tribus que el ministro de Guerra había viajado en octubre a la frontera para ponerse al frente de una expedición punitiva contra Namuncurá, con fuerzas combinadas de Carhué, Guaminí y Puán. Pero no podían imaginar que en los próximos días los acontecimientos iban a tomar un giro inesperado. Estando en la frontera se agravaron las dolencias que desde hacía muchos años aquejaban a Alsina, y el 23 de noviembre debió regresar a Buenos Aires en estado crítico. Recluido en su casa de la calle Potosí, continuó impartiendo órdenes para que se llevara a cabo la expedición, de momento aplazada.

Al enviar esa carta a Villegas, el objetivo de Pincén era obtener la paz para los suyos, un lugar donde vivir, racionamiento como a cualquier tribu pacífica, y recuperar los 105 cautivos que le había tomado Villegas; en definitiva, sumarse a la frontera como tribu amiga.

El propósito de Villegas comenzó a vislumbrarse en algunas actitudes que puso de relieve a partir de entonces. Alsina había ordenado realizar interminables expediciones contra Pincén y proyectaba invadir a Namuncurá. Pero para esa fecha el titular del Ministerio de Guerra se encontraba gravemente enfermo y el jefe de la frontera norte estaba convencido de que Pincén ya no podía hacer más que pequeños malones de ratería. Es posible que Villegas haya intentado hacer la paz con Pincén para lograr que se incorporara como tribu amiga, salvando a su enconado y admirado oponente de la "guerra a muerte" que el ya firme sucesor de Alsina había anticipado que desataría sobre las tribus del desierto. Por esta razón el 22 de noviembre envió una carta a Pincén proponiéndole hacer las paces. Una vez recibida la respuesta del cacique con la aceptación, ¿quién iba a resolver en lo inmediato si el ministro estaba enfermo para morir?

Villegas conocía el pensamiento de Julio A. Roca. ¿Era esta propuesta de paz un salvavidas que Villegas arrojaba a Pincén? Sus constantes opiniones indicaban que el cacique estaba acabado, ¿tenían por objetivo desalentar una persecución a mansalva sobre su tribu? ¿Quién sino Villegas pudo remitir la carta de Pincén a algún dignatario eclesiástico que probablemente impulsó su publicación en el diario católico *La América del Sud,* carta en la que Pincén expresa su disposición a hacer la paz con el gobierno? ¿Era una forma de mostrar ante la influyente Buenos Aires que Pincén era un cacique dispuesto a hacer la paz? ¿Había elegido Villegas esta forma de presionar o forzar la toma de una decisión ante la duda de que no fuera Alsina quien condujera los destinos del Ministerio?

Enfermo para morir el ministro de Guerra, y conociéndose el

pensamiento de quien sería el sucesor, los tiempos urgían; con el riesgo de que fracasaran las conversaciones mantenidas entre Pincén y Villegas, no era conveniente intentar la celebración de un nuevo tratado. Dadas las circunstancias, mejor era adherir a uno ya celebrado, en este caso, el celebrado entre el gobierno y los salineros.

Pincén confió en Villegas, envió a sus comisionados para hablar con él y le informó al ministro que había entablado diálogo de paz. Le hizo diversas peticiones:

> *AI señor excelentísimo Ministro de la Guerra doctor don Adolfo Alsina. Salinas Grandes, 24 de diciembre de 1877*
> *Excelentísimo señor:*
> *Me dirijo al señor celebrando los tratados de paz por mi tribu y por la tribu del cacique don Naguel Payún, habiendo tomado el permiso de los caciques superiores general Manuel Namuncurá, don Alberito Reumay y don Bernardo Namuncurá y por consejos de dichos caciques he recibido las comisiones del señor coronel Villegas por medio de mis comisiones.*

El permiso que Pincén solicita a los caciques superiores de la tribu salinera no debe entenderse como subordinación. Está claro que la solicitud es para que le permitan ingresar a un tratado celebrado entre ellos, los Curá, y el gobierno. Sigue diciendo:

> *Tanto el cacique don Naguel Payún como yo nos allanamos a mandar nuestras comisiones a Buenos Aires ante el Superior Gobierno Nacional y ante S.E. a fin de unirnos al tratado de paz celebrado por ante el cacique general don Manuel Namuncurá, mandando las vacas y el nominal de los caciques, caciquillos y capitanes de ambas tribus, con la del cacique Naguel Payún incluso y como por consiguiente esperamos, señor, cumpla en pasarnos el racionamiento de*

seiscientos animales: trescientos para mi tribu y trescientos para la tribu del cacique Naguel Payún, trimestral, y las cosas de comestibles, vicios y bebidas que se nos pasen trimestral y además los regalos que se nos hagan a nosotros por cada vez que se nos ofrece pedir por medio de nuestras comisiones que mandamos, y los regalos para los comisionados; dos uniformes[24] para mí y para el cacique Naguel Payún y un vestuario completo a cada caciquillo y capitanejo que contiene la lista; una asignación de sueldo a todos los que se expresan en el nominal de lista y otros regalos más de ropas y prendas para las familias y al mismo tiempo se nos cumpla el percibir el valor del campo correspondiente a la frontera de Chipilafquen en unión con las tres personas caciques superiores del gobierno de estas dos tribus, nombrando por nuestro representante a nuestro compatriota don Damario Tapia y sea nuestro proveedor y su hijo o Catalino Tapia sea nuestro procurador y ambas [...] personas suministren nuestras tribus en unión con el cacique general don Manuel Namuncurá.

Después de algunos pedidos que se hacen para que se pongan en libertad todas las familias que se nos han tomado, nos ofrecemos con lealtad a cumplir todo lo que contiene la base de los tratados. En cuanto se ofrece dirigirme firmando el tratado a nombre de nuestras dos tribus, me ofrezco sumiso a su cumplimiento en atención del tratado que aprobamos; expresando que se les haga un regalo de mil pesos más a cada persona de los cinco que mandamos en comisión ante el Superior Gobierno y ante S.E. quedando agradecido se despide S.S.S. P. A. del señor cacique Bísente Pisen y los jefes de la tribu: Bernardo Namuncurá.

En el archivo del cacicazgo de Salinas Grandes hay otra carta

24 Parecería tratarse de un agregado del escribiente Bernardo Namuncurá, pues Pincén nunca usó ni pidió uniforme militar.

redactada en la misma fecha “al señor don...”, sin colocar nombre de destinatario. Se trata de un pase dirigido a la autoridad militar para que intercepte a los comisionados de Pincén que marchaban a Buenos Aires a celebrar el tratado. La nota, firmada por Bernardo Namuncurá por autorización del cacique *Bicente Piseñ Catrinau,* dice que le comunica tener autorización del coronel Villegas para enviar comisiones a Buenos Aires y que en esa ocasión van cinco personas encabezadas por el capitán Cheuquelén, como segundo capitán Ñancú y el capitán Bernardo Marcos Paz como lenguaraz, y que Cheuquelén representa al cacique Pincén y Ñancú al cacique Nahuel Payún. Continúa diciendo que además de estos tres capitanes (acompañados seguramente de dos indios más) lo seguían hasta Trenque Lauquen otros cinco indios, pero que éstos se volvían para los toldos encabezados por el indio Juan y que debían volver con ropas y animales para los caciques Pincén y Nahuel Payún, además de proveer ropas y vicios a los comisionados.

Es probable que en esa fecha no se conociera aún en las tolderías que había un ministro de Guerra interino, Rufino de Elizalde; tampoco iba a cometer Villegas la imprudencia de comentarlo a los comisionados arribados al fuerte de Trenque Lauquen por las consecuencias inesperadas que una noticia de ese tipo podía causar en las tratativas llevadas adelante. Pero también puede suponerse que supieran que el ministro se encontraba enfermo.

El pase iba acompañado de una carta dirigida a Villegas, fechada el mismo día en Salinas Grandes, en la cual se le responde e impone los “principios” para entrar en los arreglos de paz. Según la carta de Pincén, cualquier arreglo que se firmara debía contar “con el convencimiento y la aprobación de los caciques más principales”. En cuanto al llamamiento a ser amigos, habla de alcanzar arreglos para defender la “bandera nuestra, azul y blanca” -eso le gusta, dice-, cosa que comunicará a los caciques principales para que lo autoricen a proseguir los arreglos de paz

con el gobierno nacional. Menciona además que los arreglos anteriores se quebraron "como cuatro años" atrás, dando lugar al levantamiento de los caciques Catrieles, a quienes por cierto prestó su apoyo. Dice Pincén en la carta al coronel Villegas: *"Me puse en su ayuda de dichos caciques favoreciendo en su sublevación que hicieron*". Pero como ahora lo llaman a los arreglos de paz, solicita la libertad de *"todas las familias que se llevaron"* prisioneras, particularmente los miembros de la tribu de Nahuel Payún, a quien lo une desde siempre una fuerte amistad. Reafirma Pincén este concepto expresando: *"Yo siempre he sido con él".*

El pedido de recuperar la gente prisionera se reitera en varias cartas más: en diciembre, los caciques de Salinas Grandes le pidieron al ministro de Guerra por su gente, reclamando al indio Malín (preso en Martín García años antes) y a cuatro jóvenes tomados en la tribu de Pincén, parientes de Namuncurá (Guintruguan, Pichilén, Ahinguan y Inraiguan). Idéntico pedido le hicieron al coronel Antonio Dónovan en Bahía Blanca el 7 de diciembre. Ese mismo mes se reclamó de este modo:

> *Y espero se le ponga en libertad; y en Trenquelauquen se halla unas familias correspondientes a los caciques Pissen y Naguel Payún.*

El contenido de las cartas es claro: Pincén solicitaba la devolución de su gente y se comprometía a mantener la paz, a incorporarse como tribu amiga, con sueldos para él y sus capitanejos. Y algo curioso: el reclamo por el valor de las tierras de Chipilafquen.

Los indios y el derecho de propiedad

Desde distintos ángulos y prismas ideológicos se ha repetido irresponsablemente que los indios no tenían incorporado el derecho de propiedad de la tierra, a diferencia de la concepción que tenían y tenemos aquellos que avanzamos sobre sus

territorios. Nada más alejado de la realidad. Desde tiempos de la colonia, muchos blancos se habían aquerenciado en las tribus, el mestizaje alcanzaba a un porcentaje importante de la población indígena y no pocos documentos revelan que los caciques eran conscientes de la propiedad que detentaban sobre las tierras que ocupaban y que esas tierras tenían valor económico.

Luego de ocupada la frontera en 1876, Manuel Namuncurá le escribió al comandante Nicolás Levalle:

> *Por los deslindes de la frontera de Puhan, Carhué, Guaminí y Chipilafquen, de todo el campo perteneciente a dichas fronteras que se han tomado, piden todos los caciques doscientos millones de pesos m/c a los que esperan se les mande. [...] nosotros somos dueños propietarios de dichos campos.*

En Salinas Grandes y Malal-Co se estaba avanzando en la alternativa de venta de las tierras que las tribus sabían que ocupaban sus ancestros desde tiempos inmemoriales, los últimos agrupamientos por herencia de los anteriores, del mismo modo como el Estado argentino decía heredar el territorio colonial de España. La diferencia temporal entre herencias era -como mínimo- de trece mil años.

Muerte de Alsina, muerte de las tratativas

En el plan de Alsina y Villegas, si la tribu de Pincén se sumaba a la frontera, se aceleraban los tiempos. Desde la frontera a unas 60 leguas no iban a encontrar más que toldos abandonados; Namuncurá precipitaría su partida hacia las faldas de la cordillera, y nada hacía prever que los ranqueles opusieran gran resistencia.

El doctor Alsina no llegó a resolver el tema en cuestión: abandonó este mundo el 29 de diciembre de 1877, probablemente sin haber leído la carta de Pincén y sin haber dado directivas al respecto. Al día siguiente, el diario *La Pampa* informó su deceso y

el mal que lo aquejaba: Alsina padecía una estrechez uretral que al agravarse derivó en una insuficiencia renal crónica (uremia). La muerte sobrevino por intoxicación al no poder evacuar la orina y por la alteración de los riñones.

Su dolencia no era nueva; ya en 1865 había viajado a Europa en busca de tratamiento y en Buenos Aires lo asistían dos relevantes médicos y profesores porteños: Mauricio González Catán y Manuel Arauz. En su documentada obra *La medicina en la campaña del* desierto, Antonio Alberto Guerrino traza un cuadro clínico del enfermo. A partir de una presunta glomerunefritis, de incierta antigüedad, se desarrolla una más o menos típica sintomatología. En palabras de Guerrino:

> *Fiebre intensa, cefaleas, etapas alternantes de lucidez y obnubilación y trastornos gástricos conformaban un cuadro de uremia, probable causa de su muerte.*

El lugar dejado por Alsina lo ocupó Julio Argentino Roca, que asumió el 3 de enero de 1878. Era un hombre que no tenía en miras hacer la paz con las tribus; procuraba obtener un crédito personal, y el deseo de vivir en paz del bravo y afamado Pincén iba en contra de sus planes políticos. Roca pensaba resolver la cuestión indígena de otro modo, y las expectativas de Conrado Villegas no deben haber sido muchas. Las directivas recibidas entraban en contradicción con lo conversado con Pincén. Roca creía en la necesidad de hacer tratados de paz, pero como una vía de entretenimiento que le iba a permitir organizar las expediciones que acabarían con la presencia indígena en la pampa. Para ello debía prolongar el estado de guerra cuando en realidad la contienda estaba prácticamente acabada.

La carta de Pincén no iba a ser tenida en cuenta, y la posibilidad de incorporarlo a la frontera como "indio amigo" también quedaría archivada.

"El principio del fin..." Estas palabras definían -según

Avellaneda- la situación de las tribus conforme la sensación que estimaba tenía la opinión pública, tan influyente en la clase dirigente como lo es ahora, máxime si se tiene en cuenta que faltaba poco más de un año para que nuevamente hubiera comicios presidenciales.

El plan político-militar de Roca permite suponer que en algún momento pensó: "¿Y si repito la hazaña de Rosas?". Tiempo antes había manifestado que para llevar a cabo su plan necesitaba dos años: uno para prepararse y otro para ejecutarlo. Pero la proximidad de las elecciones, el deplorable estado en que se encontraban las tribus y la incapacidad de éstas de generar un plan de defensa conjunto -debido a las profundas diferencias que tenían y que el gobierno conocía- probablemente constituyeron las razones de peso que determinaron un adelantamiento de los preparativos.

Desde muchos años atrás, gobierno y ejército sabían que las tribus eran incapaces de sostener en tiempo prolongado un plan de defensa común de sus intereses: las diferencias que tenían se profundizaban ante cada oferta de arreglos particularizados que ensayaba de continuo el gobierno. Señala Santiago Arcos en su informe al coronel Paunero en 1860:

> *Cualquier hombre que haya vivido entre los indios sabe que, por mucho empeño que hiciesen los más inteligentes de entre ellos, no conseguirían reunir los hombres de pelea de las diferentes tribus para oponerse a una invasión de su territorio, y si bien hay que temer el arrojo del indio cuando viene a invadir, no hay que esperar seria resistencia en el caso contrario.*

Así se vio en el tiempo cómo fueron absolutamente transitorias y deficientes las uniones de las tribus durante el gran malón de 1872 con motivo de la batalla de San Carlos y la llamada "invasión grande" de 1875, donde cada tribu llevó a cabo su juego

en un desesperado intento que tuvo como sola finalidad apropiarse del ganado fronterizo.

Estos factores, que jugaron a favor de los planes del gobierno, contribuirían en gran medida a obtener los resultados exitosos que sobrevinieron con mayor prontitud de la que se esperaba.

En lo que respecta a las ambiciones políticas de Julio A. Roca, no es que arribe a esta conclusión desprendido del contexto, porque entonces también razonaban de este modo otros actores de esa realidad, como el ingeniero Alfredo Ebelot, que en un extenso trabajo publicado en *La Revue des Deux Mondes* de fecha 1 de mayo de 1880, planteó que la campaña del general Roca fue llevada a cabo con excesiva premura debido a la impaciencia del ministro de Guerra, que tenía aspiraciones presidenciales.

El coronel Conrado Villegas, que conocía las ideas del ministro Julio A. Roca, le pidió el 7 de enero de 1878 que su división fuese reforzada. El "Toro" tenía pensado mantener la paz con Pincén y apertrecharse bien con el objeto de combatir a los ranqueles. Pero Roca tenía otros planes: pensaba operar contra todas las tribus, erradicarlas definitivamente de la pampa, prender a sus caciques y capitanejos, matar a todo aquel que se opusiera y apelar a cualquier vía de entretenimiento esperando la oportunidad para lanzar el zarpazo sobre los toldos. Por el momento, le ordenó a Villegas quedarse en Trenque Lauquen y mantener a raya a un Pincén con escaso poderío ofensivo, confiando en que con los efectivos que tenía Villegas podía hacerlo sin mayores sobresaltos.

Se decidió entonces reforzar Carhué y enfrentar a Namuncurá con la tranquilidad de que otros caciques -como Pincén- estaban entonces en buena relación con los jefes de frontera.

Pincén intercambiaba correspondencia con Villegas. He aquí algunas misivas que hemos hallado en el legajo personal del coronel y que, no teniendo fecha, suponemos con cierto grado de certeza que corresponden a este periodo de buenas relaciones, colaboración e intercambio de información y de cautivos (los que estaban en las tolderías y los que, habiendo sido tomados en la

expedición de noviembre del año anterior, se encontraban en el cuartel de Trenque Lauquen):

Señor G. Billegas.
Estimado amigo: Le voy a pedir un prestado, que no es [¿incomodarlo?] porque manda el gobierno que me haga el bien de mandarme un poco de maíz, un poco de yerba, un tabaco, arroz, que no es ración que le pido sino un servicio que me haga el bien de hacerme. Amigo, también le haré saber que el cautivo que me pregunta no tiene el nombre que usted me dice porque el que yo he tenido antes se llama Francisco Laites y que es un negrito y la madre se llama Felisa y no lo tengo yo ahora... porque lo he vendido y es traído de Tapalqué.
Nada más tengo que decirle éste su amigo, Bísente Pisen

El 30 de agosto de 1876, la joven Felisa Lista fue hecha cautiva por indios de Pincén. Permaneció en sus toldos dos años. Era de Tapalqué, y en un movimiento que hizo la tribu hacia el lado de Córdoba, escapó entre el grupo de mujeres y niños y llegó a Italo. Desde allí se comunicó con su madre, quien pidió ayuda a Roca el 24 de septiembre de 1878. Poco después, Felisa volvió con sus familiares.

Otra de las cartas enviadas por Pincén al coronel Villegas en esos meses, hallada incompleta en el legajo personal existente en el Archivo General de la Nación, señala lo siguiente:

Al señor teniente coronel don Conrado E. Villegas, jefe de la frontera de Trenque Lauquen
[...] mujer es cristiana y no se sabe cuándo ha sido cautivada y ni comprada; lo que sí se sabe que ha sido casada por su gente y así se le reclama como mujer perteneciente al capitán Chauquelén, pues dicho capitán al haber marchado en comisión ha sido por consejo de ella misma y es deber

reclamarla; así espero de usted que haga pasar mis palabras al Superior Gobierno para que se hagan las paces; pues si es de su gusto el hacerlas pasar pueda, para que se hagan bien los tratados de paz; pues si pasan mis comisiones a presentarse ante el Superior Gobierno, que pasen cinco personas y a las otras las hace regresar con las familias que se le piden para saber si acaso las entregan; pues si en caso me mandan a dichas familias voy a hacerle presente los tratados que he tenido a toda mi gente, haciéndole saber a todos los arreglos de los tratados de paz; pues a dichas familias que se reclaman una se llama Leupaiman, otra Piopucal, otra Guimanguanquí, otra Mulus, otra Mana- sa, otra Chipaicoy, otra Gumtuillán, otra Quichilén, además con la hija y el hijo de Eumanguanguí, con diez personas cuyas familias han sido tomadas por el jefe que las llevó, cuando llegó la invasión de los cristianos, estoy impuesto que han sido llevados por la orden del jefe que las tomó y no por orden del Supremo Gobierno.

Con respecto a los caballos que me reclama, no he sabido nada que mi gente los haya quitado pues mi gente la tengo sosegada esperando a mis comisiones y por lo mismo no han salido a robar, que si hubieran robado dichos caballos, tendría usted qué reclamar; yo le hablo con palabras de razón [...] entendido que han sido robados por los indios dichos caballos, me impuse de saber y me han dicho que han sido los indios del cacique Epumer y no son los míos, pues a mis indios no les he dado permiso de que salgan a invadir, les he dado permiso de que salgan a bolear y así los tengo sosegados, que yo no hablo esto por hablar sino por las palabras de que tengo sosegados a mi gente; por ahora queda contestada su carta esperando que a la comisión conductora de la presente no la haga demorar más de dos días y la hace regresar a su destino, pues el chasque que ha venido irá acompañado con dos indios más, esperando [...]

que serán bien tratados y usted si es de su gusto el mandarme un poco de yerba, azúcar, galleta [...] bebida, estimaré con aprecio regalos de usted
S.S.S. Vicente Picen

Otra carta: en la siguiente, por ejemplo, el papel dañado no permite su correcta lectura, pero un párrafo deja entrever el intercambio de un cautivo cristiano por una cautiva india en poder de Villegas, que era reclamada por un pequeño indiecito de la tribu, aparentemente su hijo:

Señor don Conrado
Estimado: Recibí su muy estimable carta por la que veo que se halla bueno con su gente, quedando yo bueno del mismo modo.
Amigo, por lo que me dice está muy resentido por no haberle hecho saber [...] ha presentado Puelban como ha de ser [...] yo si ha sido una equivocación que [...] como yo no estoy todos los días pluma en la mano, así es que extraño que me equivoque. Usted, amigo, muchas veces tendrá equivocaciones, así es que de mí no es extraño amigo, otra vez no lo volveré a [¿hacer?].
Amigo, también le haré saber que el [...] Puelban se ha ido llevando robado [...] caballos al amigo Benito y dos [...] caballos del partido [...] que el dueño de los caballos [¿serían?, ¿buenos?] pero de esos no me informo porque no son de ensillar [...] Amigo, me hará el bien de recibir [un] cautivo que le mando, para cambiar [...] me tiene cautiva.
Amigo, también le diré que por qué el motivo que nada me dice si voy a recibir [...] raciones o no, ¿o no he hecho tomar a conocer al gobierno que si me puede dar alguna cosa?, ya se me van acabando los caballos de tanto mandar chasque y nada recibo, ni esperanza de recibir.
Sin otro motivo dará [¿recuerdos?] a todos y usted recibirá

el [¿saludo?] de éste su amigo y S.S. Nahuel Paiun

Nahuel Payún, segundo cacique de la tribu y tío de Pincén, había tenido primero su asentamiento en un paraje llamado Pilín Toro y luego en Toay. También él se dirigió a Villegas por aquellos días, y el contenido de su carta resulta de suma importancia por los motivos que paso a exponer.

Cuando Estanislao Zeballos entrevistó a Pincén en el batallón 6 de Retiro, luego de su captura, el cacique le manifestó que era indio argentino. En su momento y posteriormente se han deslizado algunas especulaciones en torno a la sinceridad de estas manifestaciones, calificadas de oportunistas, es decir, para obtener algún beneficio. Las cartas que Nahuel Payún le dirigió a Villegas durante el período de paz que estamos analizando refuerzan lo transmitido por Zeballos y la autenticidad del sentimiento argentino de Pincén.

Señor don Mando Billegas
Mi estimado amigo: Después de saludar a usted paso a decirle que ¿cómo quiere que yo me vaya a donde usted se halla, si yo no sé el gusto del gobierno? Así es que yo no puedo ir a donde establece. Yo sé firmemente que usted es bueno de todo corazón, pero no sabemos el gusto del gobierno, así es que yo no puedo aceptar lo que usted [¿pide?], es por no saber el gusto del principal.
Amigo, usted me dice que cuanto antes me acerque y que recibiré raciones como las familias, ¿cómo quiere amigo que me acerque si no sé el gusto del principal? Así que tendrá un poco de paciencia que no faltará tiempo para eso.
Amigo, también le haré saber que yo deseo estar en buenas paces con usted porque yo soy argentino, que yo no puedo irme a agregarme al general Namuncurá ni al general Baigorria porque yo soy argentino y no podemos vivir bien y yo con el amigo Pisen somos argentinos, así es que estamos

en buena amistad.
Amigo, para que crea que yo no puedo allegarme a ninguna parte porque también [tiene] que saber amigo, por parte de mi abuela soy cristiano porque mi abuela ha sido cautiva, ha sido del Sauce, así es que quiero a los argentinos y no tengo a donde agregarme, amigo.
Sin otro motivo recibirá recuerdos a todos sus capitanejos y usted, recibirá el aprecio de este S.S. Naguel Paiun
P.D.: Amigo, también me hará el bien que por qué son la causa que me tiene detenida la comisión que yo le mandé, me hará el bien de decirme si es la causa mía o de mis soldados. Me hará el bien de contestarme porque he sabido que los tiene arrestados y no sé las causas cuáles son. Amigo, también me hará decir si mis soldados han hecho algún daño para haberlos puesto arrestados. Así es que si no tiene causa me haga el bien de soltarlos y que anden en libertad.
A mí también me hará el servicio de dármele de comer al chasque porque no lleva nada como para pasar uno o dos días que lo detenga usted no lleva plata para comprar nada para comer, así que; me haga el servicio de dármele la manutención por dos o tres días.
Amigo, me hará el bien de prestar tres o cuatro caballos para volver el chasque.

El problema que entorpecía las buenas relaciones entre los jefes de frontera con los caciques que habían hecho la paz (y que denuncia Nahuel Payún en esta carta) era que los comisionados o portadores de cartas que mandaban los caciques eran detenidos cual palomas mensajeras, hasta que al jefe fronterizo se le ocurría enviar un nuevo mensaje al cacique. Esta privación de la libertad estaba supeditada también a la espera de instrucciones de Buenos Aires.

Resulta este documento de valor trascendental, revelador de la actitud del coronel Villegas pidiéndole a Nahuel Payún y a

Pincén que prontamente se acerquen a la frontera de Trenque Lauquen para recibir racionamiento y salvarlos de la batida final que iba a ordenar el ministro Julio A. Roca sobre cada rincón de la pampa.

Asimismo, cuando Nahuel Payún dice: *"Yo sé firmemente que usted es bueno de todo corazón, pero no sabemos [él y Pincén] el gusto del gobierno"*, se puede ver el sentimiento de la tribu de Pincén para con el coronel Villegas, haciendo una distinción clara entre lo que representaba para la tribu Villegas y lo que representaba el gobierno nacional, al que tenían por incumplidor. Villegas se había ganado no sólo la admiración como guerrero, sino también el afecto de la tribu de Pincén.

Pero en definitiva, Villegas proponía y Roca disponía, y lo hacía con directivas opuestas a las negociaciones emprendidas. A nombre del gobierno, Villegas había prometido racionamiento y paz. Como era de esperar, el ministro de Guerra no avaló su actitud y empezó a desplegar su ofensiva final, que por supuesto incluía la ruptura de relaciones con las tribus que habían pactado la paz y con aquellas que, como la de Pincén, deseaban lograrla, en un tiempo donde la miseria comenzaba a hacer víctimas en tolderías y fortines.

El incumplimiento de los tratados por parte del gobierno era moneda corriente y la causa principal de la mayoría de los malones registrados desde la caída de Rosas hasta la finalización de la llamada "conquista del desierto".

Decía el misionero Savino a monseñor Aneiros que la única causa de la infelicidad de los indios era la poca fidelidad del gobierno para cumplir sus compromisos. Y acerca de ellos:

> *En nada son inferiores a los blancos por su inteligencia y sagacidad, como he podido en mil ocasiones averiguar, comprenden muy bien y repiten a menudo que si ellos tienen deberes que cumplir respecto del gobierno, el gobierno también tiene sus obligaciones respecto de ellos y por otra*

parte, por malo que se quiera suponer al indio, nadie podrá negar que la primer necesidad del hombre y particularmente el salvaje, es satisfacer el hambre.

Nahuel Payún reclamó a Villegas que se cumpliera con lo prometido y se respetara la palabra dada a Pincén.

Colilafquen, 22 de mayo de 1878
Al señor teniente coronel don Conrado E. Villegas
Estimado amigo: La presente se dirige a usted manifestándole que con el comisionado Manco Paz he recibido su nota y en contestación paso a decirle que yo estoy bajo las órdenes del cacique Pissen y espero se le respeten las palabras de dicho cacique y se le cumpla con lo que se le ha prometido, pues el cacique Pissen ya le contestó por extenso y yo no tengo que hacer nada más que pedirle por favor se me mande mis dos familias llamadas [¿Amosfil?] y [¿Marice?] y quedaré agradecido; como ser su amigo y segundo cacique de la tribu de Pissen espero se respeten las palabras de Pissen.
Por ahora no me extiendo más, esperando que si es de su gusto se me sirva mandar regalarme un poco de yerba, azúcar, tabaco y bebida, quedando a su disposición, espero su contestación, S.S.S. Nahuel Payún.
PD: Le comunico que en estos días voy a salir a las boleadas, por si se ofrece presentarse alguno de su gente, pueda tener conocimiento, así que vamos a ser amigos haciendo los tratados de paz.

Esta situación se mantuvo por unos meses, hasta que, lejos de mejorar, se perfiló hacia un desenlace forzado por el gobierno.

Pincén aguardaba el devenir de los acontecimientos en su asentamiento principal de Malal-Co, en los montes de Potrillo Oscuro.

El toldo de Pincén y el malón de Roca

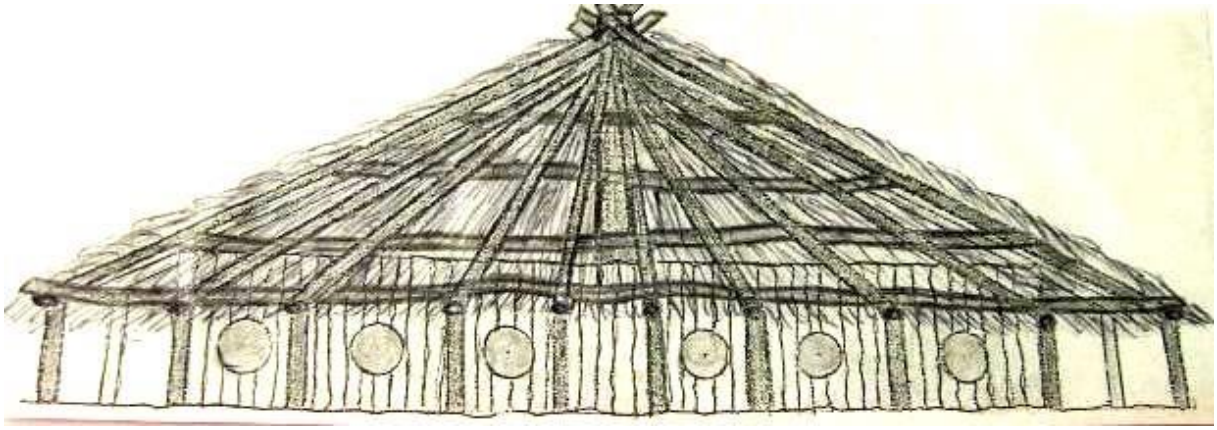
En el último período de su cacicazgo, Pincén tenía allí su asentamiento principal, en el corazón de los montes pampeanos, que los indios llamaban Mamuil Mapu ("Tierra de los árboles"). El nombre Potrillo Oscuro responde a una leyenda sobre un hermoso potrillo, destacado entre todos los que se pudieran ver cerca de esos parajes. La indiada siempre había querido bolearlo, y ninguno de los innumerables tiros que le arrojaron hasta los mejores boleadores pudo voltearlo para apoderarse de él. El potrillo oscuro siempre se internaba en el monte y se perdía de vista. En una oportunidad lo persiguieron mucho, hasta que se metió en una laguna grande del monte y desapareció. Según la creencia, el animal había nacido cerca de una salamanca (lugar sagrado), de ahí su invulnerabilidad y la explicación misteriosa de su desaparición, pues allí supuestamente habitaba un ser que otorgaba poderes. Se dice que en Sierra de la Ventana, provincia de Buenos Aires había una en la que Ignacio Coliqueo y Pincén habían sido iniciados y obtenido poderes.

Los bosques de Potrillo Oscuro eran milenarios, y según Schoo Lastra (1951) fueron visitados por míster Thays,[25] quien se sorprendió al observar "cortes transversales de los troncos" en círculo, que daban la sensación visual de estar en un gran corral:

> *Dos leguas dentro de los mismos se hallaba la mejor aguada de la región: un lago situado en una depresión del terreno que almacenaba considerable caudal de agua llovida en todos esos contornos. Junto a él tenía su toldo el cacique Pincén.*
> *La habitación común del indio fue el toldo, tienda transportable de cueros con el pelo hacia fuera, sujeto con una armazón de palos y varas. La exigió su vida nómade [...]*

25 Jules Charles Thays, urbanista y paisajista francés nacionalizado argentino que, entre otros muchos proyectos, diseñó el Jardín Botánico de Buenos Aires.

Pincén, no obstante su desaliño personal, en lo que concernía a su hogar, lejos estuvo de ser un despreocupado. Al contrario, lo tuvo dispuesto hasta con gusto que aventajó a alguno de los cascos criollos [...] En la margen del gran lago y al reparo de algunos algarrobos, acertadamente esparcidos en un desmonte, tuvo él su casa a la que por su forma circular llamaban los indios: Malal, corral, denominación que daban también al paraje en que se hallaba.



Su techo de paja, cónico, desde el vértice descendía en contorno con doce metros de diámetro hasta dos metros del suelo, asentado sobre postes equidistantes, rodeándola de un corredor exterior de unos dos metros de ancho. El muro de palo a pique, hecho con troncos seleccionados, tenía aberturas ojivales al exterior, de sorprendente corrección en sus líneas. La entrada, una abertura, mediante un trozo de muro curvo interno, paralelo, y también de troncos, estaba dispuesta como boca de un caracol, o como hacen la abertura de su nido de barro los horneros, resguardando el interior que no carecía de cierta comodidad: los tabiques que dividían las habitaciones, el tapizado de los muros y el pozo eran de cueros y sobre estos últimos a manera de carpetas, algunas matras *[mantos].*
Por dentro el muro a poco más de un metro de altura tenía muchas argollas de metal en las que fijaban sus labores, sus

tejidos: matras *y ponchos que a mano hacían las seis mujeres del cacique y sus hijas. Inmediatas a la primera, otras dos construcciones pequeñas más sencillas y con techo de una agua eran, una la despensa y la otra la cocina.*

Continúa relatando Schoo Lastra que aquel lugar era un paraíso botánico, y que en aquellas 80 leguas de Potrillo Oscuro, *"un jinete viajero en su recorrido sólo encontraba muy de tanto en tanto, entre uno y otro bosque, claros o espacios sin árboles que difícilmente excedían de veinte cuadras".* Desde este lugar enviaba Pincén a sus emisarios en el último período de su cacicazgo, con destino al fuerte de Trenque Lauquen, buscando una paz duradera para su gente, una paz sincera, sin retáceos y falsas promesas. Una actitud diametralmente opuesta a la que el gobierno acostumbraba tener con él.

Roca hacía sus aprestos para terminar con las tribus, fueran o no poderosas u hostiles, tuvieran o no voluntad de hacer la paz. Esgrimía sus razones de "progreso", pero las tribus -aun con todas las vicisitudes que soportaban- también tenían ancestrales motivos para insistir en la proclama de sus derechos sobre las tierras que ocupaban, las mismas sobre las que el nuevo conquistador demostrará un apetito insaciable.

En junio de 1878, las relaciones de paz entre Villegas y Pincén debieron romperse cuando el primero, por órdenes superiores, comenzó a enviar tropas al oeste para atacar los asentamientos del cacique. Varias partidas fueron detectadas por los bomberos, y en el cuartel de Trenque Lauquen el comentario era que otra vez iba a haber "baile".

El 12 de julio, en respuesta a esa actitud oficial, un hijo de Pincén al mando de una partida maloneó sobre la zanja en las cercanías de Trenque Lauquen. Los soldados, comandados por el mayor Moritán y el sargento Sáenz, les salieron al cruce, los enfrentaron y los derrotaron.

Siete días después, seiscientos lanceros de Pincén y Nahuel

Payún invadieron el fuerte de Puán. El sargento mayor Camilo García se largó a la persecución de la columna guerrera y la atacó en la laguna de Mari- lán Cargué. Si bien no hubo un decisivo combate, el saldo fue de muertos en ambos bandos y prisioneros indios en manos de los soldados. La cantidad de lanceros parece exagerada ex profeso por el jefe que comunicó el acontecimiento; la finalidad no era otra que engrandecer el éxito personal e incorporar una actuación destacada en la foja de servicios.

El objetivo de Villegas era ubicar en forma precisa al cacique y los parajes por donde se movía. Actitud extraña, si se quiere, puesto que desde noviembre del año anterior sabía que se encontraba en Malal-Co y que frecuentaba otros de sus toldos en Toay, Vuta Lauquen y Loan Lauquen.

Acuerdos de paz como entretenimiento

Los caciques Epumer Rosas y Baigorrita firmaron un acuerdo de paz con el gobierno nacional el 24 de julio de 1878. Ofició de testigo el presbítero Marcos Donati. En el artículo 13 se comprometían a que en caso de guerra exterior, invasión de extranjeros o caciques chilenos, prestarían decidido apoyo al gobierno y los detendrían; a cambio de ello recibirían racionamiento y demás beneficios, meras promesas llegado este punto de los acontecimientos.

Acompañando el tratado firmado, enviaba el ministro Roca a Baigorrita una nota fechada el 3 de agosto del mismo año, en la que se comprometía a hacer cumplir lo escrito aclarando: *"Pues es voluntad del gobierno que los indios amigos tengan siempre motivos para estar contentos de su generosidad y justicia".* Le adelanta que en lo sucesivo verá avances de tropas por toda la pampa, que llegarán hasta los ríos Colorado y Negro y hasta "los confines del Sud" si es preciso, persiguiendo a los indios enemigos de Namuncurá y Pincén. *"No descansaremos hasta acabarlos sin misericordia",* le dice Roca a Baigorrita. Pero le pide que no se alarme ni tenga el menor cuidado: *"Sus intereses, sus campos y los*

de su tribu serán respetados".

Baigorrita no se debe haber quedado muy tranquilo, porque las tribus sabían que para las tropas lanzadas a la cacería "todos los gatos eran pardos". Baste con saber a modo de adelanto que a Baigorria se le persiguió hasta las faldas de la precordillera neuquina, donde fue muerto el 18 de julio de 1879 junto a varios de sus guerreros.

El 14 de agosto de 1878, el Poder Ejecutivo Nacional presentó al Congreso un proyecto de ley de ocupación del río Negro. En el mensaje señala el presidente Nicolás Avellaneda:

> *Los ranqueles [...] se hallan reducidos en la actualidad a menos de seiscientas lanzas, prefiriendo vivir al abrigo y protección inmediata de la Nación y de sus tropas, antes que en el desierto.*

Luego califica al cacique Pincén:

> *El más atrevido y aventurero de los salvajes, montonero intrépido que no obedece a otra ley ni señor que sus propios instintos de rapiña, ha sufrido rudos golpes que lo han desmoralizado completamente. Su residencia es la laguna de Malalicó, 10 leguas al oeste de Trenque Lauquen, y el número de sus indios alcanzará apenas a cien.*

Si ensanchando el prestigio del oponente se procura prestigiar la victoria sobre él y la propia labor, describir al enemigo en estos términos tenía por objetivo similares resultados: crear en la influyente opinión pública y en la clase dirigente de entonces la conciencia de que la tarea del gobierno y el Ministerio de Guerra era la apropiada, más cuando la población de Buenos Aires pujaba para que se terminase con el problema aborigen, aunque no apoyando unánimemente un exterminio a mansalva de las tribus. Las conclusiones de Roca sobre Pincén difieren diametralmente

de las vertidas por su antecesor en el Ministerio, el malogrado Adolfo Alsina.

El mensaje de Roca volvía a constituir un reproche hacia Villegas. Ante este anuncio, tal vez muchos de sus pares se habrán preguntado cómo era posible que Villegas no pudiera con tan sólo cien lanceros. Y en parte habrían tenido razón, puesto que a la poca voluntad de Villegas de vencer definitivamente a la tribu de Pincén se sumaba el hecho de que el huidizo cacique había optado por mudarse permanentemente entre sus asentamientos. Así, quienes exigían desde la metrópoli portería su pronta captura parecían no tener en cuenta que atraparlo era como pretender retener arena entre los dedos.

Roca profundizó y generalizó para las restantes tribus el "malón blanco", que ya se había desatado contra Pincén. Para ello fue necesario romper los tratados celebrados un mes antes. Se sucedieron en este contexto una serie de actos ignominiosos por parte de las autoridades militares de frontera y por la falta de responsabilidad del gobierno al incumplir la entrega de las raciones acordadas.

El cacique Baigorrita se quejó ante fray Marcos Donati, que había intervenido en el acuerdo. Y sin que mediara provocación alguna, el ministro de Guerra le ordenó al comandante de la Villa de Mercedes, Rudecindo Roca, que tomara presas a las comisiones de Namuncurá, Baigorrita y Epumer. Los comisionados de los dos primeros fueron detenidos en forma sorpresiva; los de Epumer, advirtiendo una maniobra sospechosa, se resistieron, pero fueron encerrados en un corral y fusilados. El hecho causó indignación en la congregación religiosa que había propiciado los acuerdos.

Los comandantes Rudecindo Roca, desde Villa Mercedes, y Eduardo Racedo, desde Río Cuarto, no tuvieron tregua alguna con los ranqueles, y llevaron a cabo en los meses siguientes importantes redadas, apresando caciques, capitanejos, lanceros, mujeres, ancianos y niños.

Las expediciones ligeras hacia las tolderías se repitieron con

mayor intensidad, sabiendo las tropas que, a estas alturas, las tribus le temían menos a las incursiones militares que al hambre.

Pequeños grupos de indios de Pincén maloneaban procurando perforar la línea de frontera para hacerse de ganado. Las expediciones militares le habían llevado al cacique sus arreos de vacas, caballos y ovejas; y en tal estado, su tribu debió soportar un nuevo ataque: el 8 de septiembre de 1878, Villegas destacó al sargento mayor graduado Evaristo Ruiz con cincuenta hombres del 3° de caballería a fin de sorprender los toldos del cacique Nahuel Payún. El objetivo era dejar a Pincén sin su segundo al mando, para después de este golpe forzarlo a que se entregara prisionero en el fuerte de Trenque Lauquen.

La expedición no dio el resultado esperado, pero previsiblemente produjo un impacto fuerte en la tribu. En la Memoria de Guerra, dice Villegas sobre el mayor Ruiz que, sentido por los indios, a 20 leguas de la línea, iba a retirarse cuando consiguió tomar a un aborigen que lo llevó donde una partida invernaba caballos para invadir. La madrugada del día 11 "los sorprendió matándoles al capitanejo Carriqueo de Luchué y a cuatro indios, tomándoles veintiún prisioneros, entre ellos un capitanejo y un cautivo, 88 caballos y una muía, escapando tan sólo un indio con un muchacho enancado". El parte militar de este hecho dice:

> *Trenque Lauquen, septiembre 14 de 1878 En este momento regresa el mayor Ruiz que se mandó con sesenta hombres a invadir a Pincén 10 leguas fuera de la línea.*
> *El 11 por la mañana sorprendió una partida de treinta indios pertenecientes a Pichi Pincén y Manuel Payán, los rodeó, mató al capitanejo Carriloneo que los mandaba y a cinco indios, tomó 21 prisioneros, otros capitanejos, 88 caballos gordos y una muía. Los prisioneros declaran que los indios que entraron por la madrugada del 6 e iban a invadir a los toldos del Pelado y Fuerte Venado, que son de*

Namuncurá y Cural, de los ranqueles. Dos indios solos se han salvado enancados de la sorpresa del mayor Ruiz: el capitanejo Leripín y su hijo. Pronto pienso hacerles otra visita tomando nuevo rumbo, pues Pincén está muy vigilante.

Julio A. Roca acusó recibo y le contestó con el clásico: *"No deje de invadir a Pincén".* Asimismo, dispuso que el coronel le enviara los prisioneros tomados para destinarlos a la Marina o a los trabajos de agricultura en Entre Ríos o Tucumán.

El 25 de septiembre se presentaron al campamento de Trenque Lauquen dos "chinas" con una criatura, mujeres de indios de la partida de baqueanos, seguramente alertadas por sus esposos para que se acercaran a la frontera porque la batida final se aproximaba y correrían serio riesgo si permanecían en las tolderías.

El día 28, el mayor Ruiz se internó nuevamente al sudoeste y obtuvo indicios sobre la ubicación de los toldos de Nahuel Payún, supuestamente en Toay. Al llegar allí, dio muerte a un capitanejo y a cuatro lanceros, capturando con vida a otro capitanejo y veinte indios de lanza.

Villegas consideraba que luego de estos duros golpes el poder de Pincén ya estaba terminado, máxime teniendo en cuenta que sus principales capitanejos habían sucumbido en combates o se hallaban prisioneros. Además veía al cacique, ya entrado en años, desanimado para intentar recuperar el terreno perdido. Es desde este punto de vista que Villegas no quería un fin deshonroso para Pincén. Por ello, en esta instancia de los acontecimientos, le solicitó al ministro Roca marchar sobre los ranqueles. Entre solicitudes, notas y contestaciones, pasó agosto.

El requerimiento de Villegas a Roca para expedicionar sobre los ranqueles y no sobre Pincén habría sido conocido por el cacique en el momento de ser capturado, a juzgar por sus expresiones: *"Ahora yo siendo tu soldado para pelear a los picaros*

ranqueles”.[26]

Pero en Buenos Aires sólo se observaban indios y chinas prisioneros, desnutridos o enfermos, y Roca quería mostrar algún “trofeo de guerra”. Decidido a que fuera Pincén, el guerrero más indomable -según sus propias palabras-, el 8 de octubre le telegrafió urgente a Villegas:

> *Mande invadir a Pincén sin pérdida de tiempo. Ya tendrá ocasión de ir sobre los ranqueles en combinación con Racedo. Cuando salga la expedición avíseme su número y quién los manda.*

Dos días más tarde, Villegas aprestó sus fuerzas y las dividió en dos direcciones, aunque ambas a la busca y captura de Pincén, habiéndose quedado solamente la guardia de los fortines ubicada a lo largo de la zanja. El sargento mayor Moritán, al frente de 50 soldados y 10 baqueanos, marchó hacia Alcalín, mientras que el mayor Montes de Oca, a la cabeza de 75 soldados con 7 baqueanos, se dirigió a Toay por el camino de Sanquilcó en dirección a los toldos de Nahuel Payún. Así lo consigna la comunicación que cursó Villegas al ministro de Guerra.

El mismo día de la partida, 11 de octubre de 1878, el teniente coronel Bernardino París de la división Carhué, bajo las órdenes de Nicolás Levalle, envió al capitán Luis Levalle con cincuenta hombres a las órdenes del mayor Peiteado “al paraje denominado Naancó, con el objeto de sorprender unos toldos del capitanejo Pichi-Pincén y regresaron al siguiente día con cuarenta y seis prisioneros, entre indios de lanza y chusma”.

La magnitud de la cacería desatada por Roca quedó expresada en el telegrama que ese día le dirigió al comandante García. Dice de las expediciones ligeras:

---

26 La expresión “picaros ranqueles”, que figura en algunos relatos, no consta en el informe de Rhode, al que seguimos aquí. Hablaremos de este informe en el próximo capítulo.

Es preciso repetirlas a menudo para quebrar el espíritu del indio y mantener vivo el miedo y el terror entre ellos; así en vez de pensar en invadirnos, sólo pensarán en huir buscando su salvación en la espesura del bosque.

En realidad, hacía ya bastante tiempo que las tribus invadían para obtener un poco de alimento, tan escaso en el desierto, y no para hacer retroceder la frontera. El ganado era arrebatado de las tolderías en cada "malón blanco" y nuevamente era tomado de las fronteras por los malones indios en sus incursiones. Ya no se apuntaba al ganado vacuno; el blanco preferido de los malones eran las yeguas usadas en las expediciones como cargueros, para tirar los carros, y fundamentalmente para alimento.

Las instrucciones eran precisas: indio capturado que no proporcionara información sobre el punto donde se encontraba el resto de su gente, se lo fusilaba sin más trámite. Para muestra basta un botón. He aquí aspectos de la operación de rastrillaje sobre las tolderías situadas al norte del valle de Chiloé, encomendada al teniente coronel Bernardi- no París, quien le comunica a su superior, el coronel Levalle:

El siguiente día [11 de octubre de 1878] mandé por orden superior al capitán Monteagudo con cuarenta hombres, a seguir un rastro que al parecer era fresco. En efecto, al haber andado dicho oficial como cinco leguas más o menos, encontró once individuos entre indios y chusma, los que tomó prisioneros y los condujo hasta darme cuenta de su comisión. En estos prisioneros se encontraba el capitanejo Coñoloá y un hermano; y por negarse a declarar lo que se le preguntaba, pretextando no saber, dispuso el jefe expedicionario [Freyre] fuese fusilado el primero, lo que se ejecutó en el acto, y en el paraje Leffucó, como una hora después, el hermano del capitanejo ejecutado falleció

naturalmente en la guardia de mis fuerzas.

El 16 de octubre, Villegas informó al comandante general de armas que el día anterior una pequeña partida de indios había tomado 74 yeguas de uno de los fortines de la línea de la comandancia. Se ordenó la persecución del malón. Villegas estimó que si las partidas del mayor Moritán no le daban alcance, sí lo harían los soldados que patrullaban cerca de las tolderías. La especulación de Villegas se hizo realidad cuando recibió noticias de una de las columnas que había despachado en busca de Pincén. El 17 de octubre a las tres de la tarde, se recibió el siguiente parte en la oficina del Ministerio de Guerra:

> *En este momento recibo un chasque del mayor Moritán, diciéndome que el 14 sorprendió unos indios en Acullén, a 24 leguas de esta frontera, matándoles dos, tomándoles cinco de lanza y veinticuatro de chusma, además de 128 animales yeguarizos.*
> *Estoy esperando noticias del mayor Montes de Oca. Las yeguas que me robaron el 15 son las quitadas por la fuerza que regresa [...] Villegas*

El encuentro fue al noroeste del fortín Martínez de Hoz, a 24 leguas de la línea de frontera. La comunicación de Montes de Oca se hacía esperar, hasta que finalmente la recibió en persona del propio oficial. Villegas informó al ministro Roca:

> *Acaba de regresar el mayor Montes de Oca, el que ha ido hasta Toay. Todas las tolderías están abandonadas en pocos días, pues se encuentran en ellas* ***sementeras*** *recientes.*

Es de observar que en muchos documentos los jefes de frontera dejan constancia de la práctica de la agricultura por parte de las tribus. Con seguridad desde la época de Rosas, pero incluso

en este último período ya lo hacían los ranqueles y los de Pincén. Es decir que si hubieran sido respetados sus derechos de posesión de la tierra, las tribus habrían podido incorporarse perfectamente al proyecto agroexportador que entonces se pensaba desde Buenos Aires. No obstante, la ambición desmedida fue la razón que nunca pudieron escribir en los proyectos enviados a la Legislatura nacional. Aquí también hay una reparación histórica por hacer, además de evitar que se siga obligando a los indígenas a abandonar las tierras que actualmente ocupan.

Volvamos al relato.

La causa que forzó el repliegue de las tribus era una incursión del teniente coronel Marcelino Freyre al mando de la división Guaminí, llevada a cabo días antes.

A Villegas le había quedado algo en el tintero y comunicó nuevamente a Roca:

> *Los indios que robaron las yeguas [...] dejaron todo el arreo sin faltar un animal, en poder de la fuerza que recorre tierra adentro al mando del mayor Moritán. Van en pelos, han dejado caballos ensillados y lanzas.*

A raíz de estas persecuciones permanentes, la tribu de Pincén se iba replegando hacia los montes de Potrillo Oscuro, en Malal-Co. Otros, en cambio, acosados por el hambre, se entregaban prisioneros en el fuerte Trenque Lauquen. La desesperación era grande: los indios que decidían rendirse procuraban acompañarse de cautivos para obtener gracia en las tropas de frontera.

Al respecto, informa Villegas el 17 de octubre al comandante general de armas:

> *En este momento se presenta un indio con cuatro cautivos escapados de las tolderías de Pincén: dos de ellos son de Rojas y después que descansen tres días los remitiré al juez de paz.*

Conforme a la Memoria de Guerra y Marina de 1879, estos indios venían siguiendo la rastrillada de las fuerzas que se habían retirado de Toay. El indio y los cautivos que se entregaron aportaron información cierta sobre el lugar que en esos momentos ocupaba el cacique Pincén.

El 25 de octubre, Villegas comunica al inspector general de armas:

> *El 31 estarán, en Lavalle, indios y chinas [...] capturados en las tolderías, en enfrentamientos y los que se han entregado prisioneros.*

La batida final ya estaba en marcha. Así lo informaba Roca a Villegas, poniéndolo al tanto de los distintos movimientos que las columnas efectuaban en el desierto.

Villegas le telegrafió en contestación lo siguiente:

> *Recibo en este momento el telegrama de V.E. fecha de 26. Desde que el coronel Racedo debe estar sobre los toldos de Epumer, es ya inconveniente mi entrada. Así pues esperaré hasta que los otros jefes estén prontos. Mientras tanto, voy a ver si puedo sorprender a Manuel Payán [Payún].*

El coronel buscaba un resquicio de tiempo para que Pincén reflexionase y se entregase. De ahí que aun a riesgo de recibir una reprimenda de sus superiores, se atreve a opinar sobre cómo deberían operar las fuerzas y se abstiene -de momento- de invadir los toldos de Pincén, alegando que sería inconveniente una operación combinada.

La captura de Nahuel Payún iba a forzar la rendición de Pincén, sin tener que invadirlo.

Pero Roca frustró nuevamente las intenciones de Villegas: el mismo día le contestó: “Salga ya mismo a buscar a Pincén”. Y

obedeciendo la orden, el coronel le contestó (escueto, sin mayores palabras y -por qué no suponerlo- con cierto grado de descontento): “Recibí el telegrama de V.E. fechado hoy. Sin falta saldré el 2 con 300 hombres”.

Pero antes, cortando campo Villegas mandó un anciano indio a Malal para pedirle a Pincén que se entregara como indio amigo a la frontera de Trenque Lauquen porque tenía orden de ir a buscarlo “ya”.

Pincén le contestó al chasque: *“Anda y decile a Villegas que si quiere, que me venga a buscar”.*

No hay un desafío en estas palabras. Y si así fuera, por qué no aceptar un último rapto de hidalguía de quien solicitaba que su mayor oponente lo fuera a tomar prisionero. Es cuando se presiente la derrota que el orgullo de un jefe guerrero se manifiesta para -al menos en las palabras- poner las cosas en su lugar.

No iba a entregar Pincén con tanta facilidad la libertad que tanto amaba; muchos de los suyos habían dejado la vida por ella en los campos de batalla. Podía huir, como lo habían hecho otros supuestos grandes caciques; pero él era argentino y se sentía dueño de este suelo. Roca quería terminar con él, y él intentaría hasta el último momento defender a los suyos, su tierra y la libertad.

Capítulo 6
El principio del fin

La captura

Para conocer cómo fue la captura de Pincén, he podido conjugar perfectamente aquello que juzgo como las fuentes de mayor confiabilidad. Por un lado el parte detallado del coronel Villegas sobre la expedición que dio como resultado la captura del cacique. Forman parte de este documento (inserto en la Memoria de Guerra y Marina de 1879) aquello que detalló el teniente Jorge Rhode, escribiente del coronel Villegas; el relato de Dionisio Schoo Lastra (1951: 166-168), seguramente novelado pero confiable en cuanto a información que ha podido obtener de personajes que tuvieron trato con Pincén, como lo fue el capitán Pablo Vargas. Por otro lado, tanto o más importante, aquello que Martina Pincén, nieta del cacique, observó con sus propios ojos, le transmitió a sus hijos Gerónima y Evangelio Cheuquelén Pincén y éstos a mí en reiteradas entrevistas.

El 2 de noviembre de 1878, tal como le había prometido al ministro Julio A. Roca, Conrado Villegas partió con sus tropas desde la comandancia de la frontera norte de Trenque Lauquen con destino a Malal. Sabía que Pincén estaba allí, pero no era cuestión de subestimarlo, y por eso dispuso una operación de rastrillaje con 6 jefes, 12 oficiales y 300 soldados, orientados por 12 baqueanos. En 61 horas recorrieron los 215 kilómetros que mediaban entre el fuerte Trenque Lauquen y el paraje que los indios llamaban Japenque. El ritmo de marcha era tranquilo: avanzaban de noche y acampaban ocultándose durante el día para no ser descubiertos por los bomberos indios.

El 5 de noviembre la tropa descansó, y en la madrugada del día siguiente, luego de recorrer 60 kilómetros, Villegas atacó las tolderías del frente que iba de Licancha a Loan Lauquen. Pincén, en los montes de Potrillo Oscuro, *"tomó su mejor caballo, un zaino, lo enfrenó, púsole una* matra *en el lomo y calzando el pie en el codillo del animal -tenía ya setenta años- montó en él y se alejó al tranco. Al salir alzó a un indiecito de unos ocho años, hijo suyo, y se dirigió a un toldo que tenía a cierta distancia del lugar y sobre una orilla de los montes [...] A medianoche, Pincén, que había dormido un sueño, salió a*

observar su caballo atado a estaca pampa frente al toldo. El zaino, aparentemente tranquilo, levantando de tanto en tanto la cabeza, orejeaba para el lado de los cristianos. Contemplando el caballo, el cacique quedó entregado a sus cavilaciones: Villegas es muy Toro y muy capaz de venir a buscarme, se decía para sus adentros. El en sus tolderías estaba en condiciones de completa inferioridad; sus indios vivían muy dispersos debido a las necesidades de la vida pastoril, de sus dos capitanejos de confianza, Nahuel Payún y Pichi Pincén, su sobrino. El más próximo residía a una legua de distancia. No cometería el error de reunir a sus hombres porque era entregarlos en masa al fuego de sus enemigos [...] ¿Qué podía hacer allí y cómo despreocuparse de la suerte de sus mujeres a merced de los soldados? En todo el día siguiente, Pincén permaneció en el toldo, su caballo no dio señal alguna, pero al anochecer rondaba el animal muy inquieto la estaca y se detenía, alta y fija la cabeza hacia el naciente. Ya entonces a Pincén no le quedaban dudas: Villegas llegaba a buscarlo, marchando durante las noches y ocultándose de día en los montes. Al alba, al sentir el tropel, el estampido de los rémington repetido por el eco de la selva y los gritos de sus indios que huían a refugiarse, Pincén en la desesperación de su impotencia, montó a caballo con el niño y se dirigió hacia el fuego. Las tolderías habían sido atacadas por diversos puntos. Cuando los soldados lo divisaron lanzáronse tras él, que vio la oportunidad de distraerlos para que sus indios huyesen más fácilmente" (Schoo Lastra, 1951: 166).

Cuenta Lorenzo Cejas Pincén haber escuchado de sus mayores que Paula Rinqué (esposa principal del cacique) y Rosa Pincén (su hija y abuela de nuestro informante) se escondieron en una cueva de puma con algunos chicos menores: *"Pascual, Fernando y Genara Pincén, los tres dispararon montando un solo caballo. Martina fue capturada con la chusma".*

El cacique realizaba una maniobra para salvar a los suyos mientras éstos hacían otro tanto para salvar sus vidas. El amor recíproco del líder para con su gente se complementa con el relato que dejó Martina Pincén de Cheuquelén: *"Cuando disparó, Pincén lo llevó al hijo menor, el tío Nicasio, en el caballo. Pero estaba lastimado el abuelo"* (probablemente alude al tumor que tenía en la rodilla

derecha, que le dificultaba montar). Cuenta que hizo un círculo con el caballo *"y entonces los soldados lo buscaban"*, mientras *"las mujeres y los chicos le daban tiempo a disparar entreteniendo a la tropa"*. Ellos lo querían agarrar, *"pero no podían, pobrecito, porque lo que buscaban era matarlo".*

Aclaran Gerónima y Evangelio Cheuquelén algo que su madre repetía siempre. Pincén solía decir en la toldería que si los piquetes lo agarraban, lo matarían. *"Siempre los huincas venían a matar, por eso el indio mataba también"*, sentencia el bisnieto Evangelio.

Schoo Lastra (1951) narra qué hizo Pincén en aquella oportunidad: conteniendo su cabalgadura para tentar a sus perseguidores, los alejó como 2 leguas en dirección a Fotalauquen y, aflojando luego las riendas, se les perdió de vista detrás de un monte. Pero por allí el cacique divisó otras fuerzas: "Entonces, apeándose, quitó la *matra* al zaino, lo desenfrenó y castigándolo con las riendas lo hizo partir y se quedó a pie con la criatura."

Según nos informan sus descendientes (en especial Luis Eduardo Pincén), el pequeño Nicasio Pincén fue cuidado por el general Eduardo Racedo. Diez años después había vuelto a la zona de Trenque Lauquen y La Pampa, y años después habría finalizado sus días en Alto Verde, provincia de Santa Fe.

En el libro de nacimientos del Registro Civil de Trenque Lauquen (1889, folio 99) consta la presentación de Nicasio Pincén, de veinticinco años, domiciliado en Trenque Lauquen. Declara que el 23 de febrero de 1888 nació un hijo suyo de nombre Ignacio Pincén. En ese acto declara asimismo ser hijo de Pincén Catrenau y de Agustina Cutraiqueo, seguramente otra de las esposas de Pincén. La edad expresada puede ser estimativa, lo cual daría doce años al momento de la captura.

Tal vez tuviese dos o tres años menos, ya que el pequeño que Pincén abraza en forma tan protectora puede ser el mismo que intentó salvar en el ataque a sus toldos: el pequeño Nicasio.

Cacique Pincén y su hijo Nicasio.

Les contaba Martina Pincén de Cheuquelén a sus hijos (Gerónima y Evangelio, nuestros informantes) que Pincén tenía un caballo indio muy bueno, que "sentía el olor del cristiano y bufaba. Entonces Pincén sabía que venían a atacar sus toldos. Cuando se aproximaban los piquetes, las familias se quedaban y los hombres se desparramaban todos".

Villegas había realizado un trabajo de pinzas, enviando al mayor Solís a Malal. Desde allí partió Pincén en su huida a Vuta Lauquen, donde había quedado acampado el coronel esperando noticias del ataque de Solís.

¿Qué había en Vuta Lauquen y en Malal cuando llegó Villegas? Lo cuenta el teniente Jorge Rhode con motivo de la expedición llevada a cabo en diciembre:

> *El campamento es un campo con muchos jagüeles, circundado de tapias y cercos de madera hechos por los indios; también se encontraban algunos campos con maíz, etc., corrales y varios aparatos para tejidos.*

Al aproximarse Pincén a Vuta Lauquen, vio las tropas de Villegas

acampadas en el monte, bajó de su caballo y, cercado totalmente, buscó ocultarse. Entonces decidió esconderse "en una cueva de tigre. Lo había seguido su perro, un cuzco sin raza definida", escucharon Gerónima y Evangelio Pincén de boca de su madre Martina. Paula Rinqué, esposa del cacique, conservó a este perrito hasta la muerte del animal. "Cuando se acercó el piquete, el perro comenzó a torear y lo vendió al cacique."[27]

El quid del poder fin 2ds

> *El destacamento del mayor Solís, después de haber atacado los toldos de Malal, se dirigía a Fotalauquen a incorporarse al coronel Villegas. Faltaba el soldado Corvinas, desaparecido en la persecución de los indios; por ver si daban con él, seguían paralelamente a la columna a distancia de una cuadra. (Schoo Lastra, 1951: 166)*

Pero el piquete al mando de Solís llevaba un perrito que pertenecía al cabo Pita. Al acercarse a la cueva, ambos perros comenzaron a torearse. Los soldados no habrían advertido que había un segundo animal, el perrito de Pincén, tal vez confundido su ladrido con el del perro negro del cabo Pita, y se pensó que podría tratarse de un tigre o puma pampeano, agazapado en la cueva.

Sigue relatando Schoo Lastra que el soldado Pita seguía al perro; al verlo embravecido, desenvainó el cuchillo y volviéndose a sus compañeros dijo: *"¡Ha de ser tigre!".* El cabo se echó rápidamente la carabina a la cara aprestándose para efectuar un disparo, cosa que advirtió Pincén, *"y entonces se levantó de entre las plantas un indio flaco y alto, con una criatura en la mano".*

Se ha dicho también que al sentir los ruidos y movimientos propios de quien se apresta a efectuar un disparo, Pincén se puso de pie y, para evitar que su hijo saliera lastimado o muerto, exclamó a modo de ruego: *"¡No tiren, no tiren!"*.

Schoo Lastra señala además que, ante las señas de los soldados, *"se le aproximaron el mayor Solís y un trompa. El indígena que iba sirviendo de baqueano al destacamento, al ver al indio aquel,*

27 Evangelio Cheuquelén (bisnieto), Trenque Lauquen, transmisión oral de su madre Martina Pincén, testigo de los acontecimientos.

impresionado, no atinaba a hablar". Entonces tuvo lugar el siguiente diálogo:

-¿Quién es éste? -inquirió con energía el mayor Solís.

-El cacique... es Picén -respondió el aludido.

El baqueano curiosamente se llamaba Mariano Pincén, sobrino del cacique, que de inmediato pidió gracia para la vida de su tío, la que no obstante el gesto estaba concedida, por la importancia del prisionero y porque la orden de Villegas era prenderlo con vida. Esto ocurrió el día 6 de noviembre de 1878.[28]

Evangelio Cheuquelén afirmó: *"Contaba mi padre Bartolo Cheuquelén que el cacique tenía como setenta y seis años cuando lo agarraron"* (Bartolo, casado con Martina Pincén, era a su vez hijo de Conrado Cheuquelén, capitanejo de Pincén).

Consta en la Memoria de Guerra y Marina de 1879 (informe de Rhode) que antes de atarle las manos con un tiento crudo, Pincén fue sentado sobre un matungo, ayudado por su sobrino Mariano Pincén, y conducido a Vuta Lauquen, donde estaba acampado el coronel Villegas. De inmediato, "cuando se llevó a Pincén a la Guardia de Prevención, donde se encontraba la chusma, éstas se sacaron los collares y pulseras de brazo y pierna, destrenzándose el cabello, como prueba del sentimiento, dolor y duelo de que estaban poseídas", a la vez que se abrazaban y lloraban consolándose entre sí, llenas de dolor al ver prisionero a quien tanto amaban.

Martina Pincén de Cheuquelén (nieta del cacique y testigo presencial) afirmó en un reportaje a la revista *Siete Días* el 23 de febrero de 1970:

> *Estábamos todos nosotros cuando vino el general y le habló, y el abuelo [Pincén] dijo que no lo maten. "No me maten", decía el abuelo. Pero después dijo: "Si me van a matar, que se salve mi familia". El cacique se paró, alto como era, blanco, estaba vestido de gaucho: chiripá y bota potro, camiseta, camisa blanca.*

28 La Memoria de Guerra y Marina de 1879 refiere este suceso en pp. 252-256, y en pp. 267-275 se encuentra el amplísimo informe del subteniente Jorge Rhode.

Villegas le respondió al cacique: *"No tengas miedo, te hago gracia de la vida"*. El cacique, ahora más distendido, le manifestó:

Acabado Pincén. Ahora seré tu amigo. Quiero ser tu soldado para pelear a los ranqueles. No me trate como Pincén sino como su amigo.

Todo aquel que perdonara la vida en aquel desierto del siglo XIX era un amigo. Pincén se ofreció a Villegas para pelear a los ranqueles porque sabía que el coronel deseaba sumarse a Racedo.

En el citado reportaje, Martina Pincén añade:

Después pidió gracia al coronel, para mandar uno de los prisioneros a decir a los indios, que habían escapado de la tribu, que él ordenaba que se presentasen al coronel Villegas, que de lo contrario él los invadiría y los traería. Que ya sabían que él era baqueano de los campos.

Villegas accedió a este pedido. Según la Memoria de Guerra y Marina (1879), "para el efecto se mandó un indio, que por lo menos tendría cien años. Al dar esta orden al comisionado, lo hizo con una voz imperiosa y sonora, propia del hombre que está acostumbrado al mando y a ser obedecido".

Luego de ello se llevaron al cacique, apartándolo de su gente prisionera.

Y lo sacaron así, con camisa y todo. Se lo llevaron. Estaban todos allí, la finada mamá, mi tía María. Se lo llevaron.- concluye Martina-

En una carta del ingeniero Octavio Pico a Estanislao Zeballos, inserta en el diario *La Prensa* del 28 de enero de 1979, se lee:

Así quedó cumplida la profecía que corría entre los indios [...] Por aquella época, es decir, casi un mes, el planeta Venus acompañaba a la Luna desde la mitad de su curso,

próximamente hasta su ocaso. De estas observaciones astronómicas deducían ellos, muy lógicamente, que un jefe iba a ser tomado.[29]

Las tropas realizaron luego una operación de rastrillaje. En los médanos cercanos, los indios se reunieron en pequeños grupos para consolarse, planificar cómo dar aviso al resto y, si era posible, reunir las fuerzas que permitieran recuperar la libertad de los prisioneros y del cacique. Habiendo aprehendido a algunos indios que merodeaban en las cercanías, las fuerzas militares emprendieron el regreso por los mismos parajes por los que habían llegado a Malal.[30]

Puede conjeturarse a Pincén montado en su caballo, junto al coronel Villegas, conversando durante los días de marcha hacia el fuerte de Trenque Lauquen. El investigador Manuel Amado[31] imaginó la situación:

En un gateado cabos negros lista tuerta, aperado solamente con un cojinillo de carnero de buena lana, un pegual y el bocado con las riendas, venía montado el cacique Pincén. Vestido con bota de potro, chiripá ceñido con la faja pampa y en su cabeza sujeto el pelo con una ancha vincha tejida.
A su lado, en un magnífico tostado doradillo calzado de tres, el coronel Villegas se golpeaba la caña de la bota derecha con la fusta, mientras pensaba cuál sería la suerte de ese valiente.
Fue justo al pasar la zanja de Alsina que el cacique le dijo al coronel:
-Mi coronel y amigo Toro Villegas, te voy a pedir que antes de entrar al Trenque Lauquen, me dejes agarrar mi mejor flete y

29 Esta carta da cuenta de la expedición comandada por el coronel Eduardo Racedo, llevada a cabo desde el 12 de diciembre de 1878 a los toldos ranqueles, durante la cual el 18 de diciembre de 1878 se capturó al cacique Epumer Rosas. También el *Itinerario de la Expedición a los Ranqueles...,* escrito por Octavio Pico en la Memoria de Guerra y Marina, 1979, pp. 384 ss. Asimismo, véase Estanislao Zeballos, *Episodios...,* p. 548.

30 En la edición de *Pincén, vida y leyenda* incluyo el parte detallado de la expedición que dio captura a Pincén. Es un documento de interés sólo para los estudiosos (se trata del informe del subteniente Jorge Rhode, en la Memoria de Guerra y Marina de 1879).

31 Amigo a quien agradezco la gentileza de recrear la escena para este libro.

mis mejores pilchas. No quisiera que mis peñi *[hermanos] me vean mal empilchado.*
Moviendo afirmativamente la cabeza, el coronel se dio vuelta, ordenó hacer alto y dio una orden a un subalterno:
-A ver, sargento Acevedo, hacete escoltar y llevá al cacique hasta su tropilla que va a ensillar su mejor caballo y dale todas sus pilchas.
Luego, dirigiéndose a otro de sus hombres, ordenó:
-Cabo Rivas, ensílleme mi parejero y que toda la tropa cambie de caballo que vamos a entrar en Trenque Lauquen, nada menos que con Pincén, ¡Qué caray!
Cuando llegaron a la cresta de la lomada frente al mangrullo, el trompa de guardia saludó el arribo del jefe y sus compañeros, que vieron a la gente amontonada junto a la comandancia, esperando la llegada de aquello que habían adelantado los chasques.
El Cabo Viejo venía en su mejor pingo, un brioso tordillo cabos negros cara ahumada que se ponía de costado escarceando ante la inminente llegada a su querencia. Lo acompañaba a su lado el indómito Pincén, en un espléndido zaino negro media res, estrellero, aperado con un soberbio chapeado que incluía un arreador de caña de coligue con virolas de plata.
Los dos, separados unos metros del resto y al tranco, se miraban de vez en vez, mientras señalaban hacia tal o cual lugar, en lo que parecía una animada y amigable conversación.
Al apearse frente a la Comandancia, los presentes no pudieron olvidar la mirada altiva y desafiante del temido cacique.

Los días en Trenque Lauquen

El arribo de Pincén a Trenque Lauquen fue un suceso que quedó grabado en la memoria de todos los allí presentes. El historiador Luis Scalese rescató de la memoria oral lugareña que la llegada de Pincén y su séquito a los cuarteles de la comandancia fue uno de los acontecimientos más destacados de la campaña. Oficialidad y soldados presumían que aquella acción era el principio del fin... ¡Cuánto soldado de entonces habrá imaginado que se encontraban

más cercanos los días en que podría volver a buscar a los suyos!

El parte detallado del subteniente Jorge Rhode destaca que Pincén tenía en ese momento cuatro esposas (había llegado a tener quince durante la plenitud de su mando), y que una de ellas era cristiana, cautiva de Río Cuarto, la que reiteradamente decía a los soldados ser sobrina del general Arredondo, que hacia 1870 había tenido el comando de la frontera con asiento en Mercedes, San Luis. Seguramente fue devuelta a los suyos días después. Como se verá, sólo una de las esposas de Pincén no permaneció a su lado en los días siguientes, cuando fue conducido a Buenos Aires. En la estimación de Rhode, la edad de Pincén en ese momento era de unos setenta años.

En algún momento Pincén le obsequió a Villegas su arreador de ganado, hecho de caña de coligue con virolas de plata. El coronel lo conservó hasta el fin de sus días, no obstante haber dispuesto que la nieta del general Emilio Conesa (Luisa Figueroa Clerici Conesa) se lo entregara a Eduardo Castro Huergo, ahijado de Villegas. También pasaron a manos del comandante Dónovan las boleadoras que llevaba al ser capturado que, según el oficial, le fueron obsequiadas por el cacique.

El resultado de la expedición fue el siguiente: 6 indios muertos; prisioneros: el cacique Pincén, 2 capitanejos, 17 indios de lanza, 26 familias (mujeres), 36 chicos, 12 cautivas y cautivos, más 120 caballos y yeguas, algunas vacas, ovejas y carneros.

Como destaca Eduardo Ramayón, había caído "el puma de la llanura porteña", "temerario cacique, cuya voz era temible para sus enemigos, como el estallido del rayo y a cuya mirada no resistía hombre alguno sin temblar. Pincén, el centauro incansable, el guerrero más heroico del desierto, el indio que Calfucurá no pudo someter a su autoridad omnipotente".

Ya en el interior de la comandancia -que aún se conserva en el Palacio Municipal de Trenque Lauquen-, el coronel Villegas redactó el siguiente parte de guerra:

Trenque Lauquen, Noviembre 11, 5 p.m.
Al Sr. Ministro de la Guerra:
En este momento regreso del desierto. Resultado de la

expedición: [...] Prisioneros: cacique Pincén [...] En la chusma está toda la familia de Pincén [...] Es conveniente dejar a Pincén algunos días en este campamento, pues a su vista se han de presentar algunos.

El parte circulaba de mano en mano en los despachos del Ministerio de Guerra y la noticia corrió como reguero de pólvora. Ala vez, Villegas remitía a sus lugares de origen a los cautivos hallados. El diario *La Pampa* comentaba lo siguiente:

Han llegado al Rosario, procedentes de esta ciudad [Buenos Aires] cuatro cautivos tomados de la tribu de Pincén donde han estado por largo tiempo. Ellos son una mujer y dos hijos, y otras personas más. El hijo mayor, por dos veces intentó huir de esa tribu, cuando ya había caminado algunas leguas en el desierto, fue alcanzado por los indios, castigado de una manera cruel desde el punto en donde lo agarraron hasta los toldos. La otra ocasión, también tuvo la fatalidad de ser descubierto a pocas leguas, y entonces fue lanceado en la pierna derecha.

En la expedición que hizo a los toldos del cacique Pincén, el coronel Villegas se apoderó de estos cautivos, los hizo conducir a Buenos Aires, y de ahí son enviados con la madre y los hijos a la provincia de Córdoba y a otro, a San José del Morro (provincia de San Luis), a donde se encuentran sus familias.

La captura de Pincén, tal cual la reflejó el diario *La Nación,* fue festejada en Buenos Aires como un triunfo nacional.

El telégrafo de la comandancia no dejaba de recibir partes de felicitación:

Buenos Aires, 11 de noviembre de 1878. La toma de Pissen no puede ser más elocuente y lo felicito ardientemente por ello.
Al paso que vamos, pronto habremos limpiado la pampa. Dígame hasta donde ha alcanzado, y mándeme el itinerario de su marcha. Conviene que tenga siempre a vanguardia una partida de treinta a cuarenta hombres. El comandante [Ataliva] Roca en estos momentos debe estar llegando a Leuvucó. Las divisiones de La- valle, Freire y García sólo

esperan recibir caballos para salir a su vez. Le estrecha afectuosamente la mano su affmo. amigo Julio A. Roca

El diario *El Nacional* propagó la noticia reflejando en los conceptos del cronista la visión que se tenía del cacique en Buenos Aires:

El indio más audaz, más temerario, más bravo y más porfiado, el cacique Pincén, con la mayor parte de su tribu, acaba de caer en poder del bravo coronel don Conrado Villegas. El indio indomable, astuto y guerrero, está en estos momentos reducido a la más completa impotencia. El eterno peligro de la frontera del norte ha desaparecido por siempre y la realización de esta remarcable victoria despeja la superficie de la pampa.

Los partes telegráficos continuaban llegando a Trenque Lauquen. Dice uno fechado en Buenos Aires el 12 de noviembre de 1878:

Lo felicito por el éxito feliz de su expedición. Pissen paseando por las calles de Bs. Aires va a causar más asombro que el elefante enano. Massini

Por esos días, un afamado circo había llegado a Buenos Aires; muchos vecinos se agolpaban para ver las enormes y extrañas fieras pro- mocionadas, entre ellas la que se anunciaba como un "elefante enano". La asociación entre la exhibición de Pincén y la de las bestias del circo también fue hecha por el doctor Zeballos. En uno de sus editoriales, *La Prensa* se preguntó sobre Pincén:

¿Estará de humor para recibir los innumerables visitantes que se preparan para contemplarlo como a las fieras enjauladas del circo de Cooper y Bayley?

Al regresar del desierto, Villegas halló sobre el escritorio de su humilde despacho noticias de Carmen Granada, su esposa. El 13 de

noviembre le contestó:

Carmen mía: Al llegar del desierto el 11 a la tarde, me he encontrado con cuatro [cartas] tuyas, las que he leído lleno de contento. Tienen dos de ellas N° 7 y las otras dos 9 y para mí ha sido el mayor premio a mis desvelos el recibir noticias de la amada de mi corazón, en el momento que regresaba de la pampa trayendo prisionero al indio más indomable: Pincén. Estoy apurado pues va a salir el que conduce ésta. Darás mis cariñosos afectos a mamá y tú recibe el corazón de tu Conrado

He aquí otras comunicaciones dirigidas a Villegas, fechadas en Buenos Aires el 13 de noviembre de 1878:

He visto el parte de V.S. pasado al ministro, he recibido el dirigido a mí. Lo felicito muy de veras. Es un triunfo brillante. Si bien creí que siempre batiera y derrotara a Pissen, nunca pensé que pudiera este señor ser hecho prisionero. El ministro acepta el que V.S. se quede con Pissen por unos días, pero pasados éstos debe V. S. mandar a éste y todos los demás prisioneros a esta ciudad, pues es necesario no mantener en la frontera bocas inútiles. Así que vi el parte se lo mandé a su señora con mis felicitaciones y por intermedio del jefe de policía. Luis María Campos

Grande impresión ha causado en ésta la toma de Pissen, el cacique más temible de la pampa. V.S. ha sentado bien su reputación y estoy orgulloso por V.S., pero es necesario no demore a Pissen y lo mande con todos los tomados. Causará novedad su entrada en esta Capital. Julio A. Roca

Roca quería mostrar a Pincén en Buenos Aires como un lujoso trofeo de guerra de su gestión ministerial; pero Villegas hacía todo lo posible para retenerlo en Trenque Lauquen. El 14 de noviembre le agradeció a Roca sus felicitaciones:

Gracias, general, por su noble orgullo. Los soldados de corazón nos enorgullecemos siempre de los triunfos de nuestros compañeros y con más razón el superior con los de sus subalternos. Pronto le enviaré a Pincén pues si lo demoro es por útil tenerlo aquí por unos días. Está muy contento y dice que soy su amigo.

Por qué Villegas considera "útil" retener a Pincén tiene varias respuestas. Podría pensarse en una conveniencia estrictamente militar, en una personal o en una combinación de ambas. Tal vez quiso demorarlo hasta que llegara la fecha de su licencia anual y poder ingresar con Pincén a Buenos Aires, cosa que finalmente no ocurrió; tal vez la permanencia del cacique en el fuerte obedeció a un pedido del propio Pincén para que su gente se le fuera incorporando, evitando así ser víctimas de la operación de rastrillaje que se llevaba a cabo. O acaso Villegas tenía mucho para conversar con Pincén y conocer más a quien había sido su mayor oponente. Seguramente múltiples factores confluyeron para fundamentar tal decisión.

El 13 de noviembre el telégrafo seguía acercando felicitaciones y revelando la repercusión de la noticia en Buenos Aires:

Lo felicito calurosamente. V.S. ha dado el más importante golpe a los salvajes. Su familia buena. Lo saluda. Ojeda.

Tres días después llegan otras:

Felicito a V.S. por el espléndido triunfo que ha obtenido. Tomándolo al cacique Pissen es la muerte de los salvajes. Saluda atentamente a V.S. su atento subalterno y amigo. Don Geves, teniente coronel.

La operación que V.S. acaba de realizar sobre Pissen es una verdadera empresa. No seré de los primeros en felicitarlo, pero no quiero ser de los últimos en enviarle mis sinceras y ardorosas felicitaciones. Su camarada y amigo, coronel Lagos

Llego recién de la estancia. Es V.S. hombre que cumple lo que promete, la toma de Pissen, la que habíamos hablado algunas veces, le honra. Lo felicito ardientemente. Carlos Casares

Estimado coronel: Mil felicitaciones por el feliz resultado obtenido en su operación sobre los indios, muy especialmente por la captura de Pissen y la familia, lo cual sin duda trae como consecuencia el sometimiento de su barbarie, importante triunfo. En este hecho ha conseguido usted mi amigo coronel un título más a la gratitud de la patria. Los sucesos que felizmente se están desarrollando en las fronteras son las consecuencias lógicas y precisas de los trabajos proporcionados de nuestro malogrado doctor Alsina, venciendo las dificultades que entonces parecían insuperables, y haciendo desaparecer el misterio aterrador que envolvía al desierto. Si el doctor Alsina rindió su vida en persecución de ese gran pensamiento, y no pudo ver realizado en un todo sus sueños dorados que lo era la conquista del desierto y seguridad de las fronteras, el país lo verá y se convencerá de sus frutos, y la historia juzgará. Lo saluda afectuosamente su amigo. J. Arauz

El hecho de la toma del audaz rey de la pampa cacique Pissen y familia es una página más en sus glorias [...] de soldado y la patria agradecida sabrá agradecerle debidamente. En nombre de los intereses de mi patria felicito a V.S. y a la división por este marcado triunfo. R. Guzmán. juez de paz

Gracias por sus regalos [objetos pertenecientes a los indios de Pincén], La segunda edición de mi libro está ya en la prensa. Espero y recibiré con gusto sus observaciones. Mándemelas inmediatamente para que lleguen a tiempo. Puedo esperarlas diez días. Deme datos geográficos y topográficos de la expedición y si le es posible un croquis de su marcha para el libro. Lo felicito por su extraordinario triunfo. Estanislao Zeballos

El itinerario seguido por Villegas hacia las tolderías de Pincén fue incluido por Zeballos en la segunda edición de *La conquista de quince mil leguas.*

Luego de leer *La Prensa,* diario dirigido por Zeballos, recordemos que Villegas creyó oportuno efectuarle algunas correcciones:

Trenque Lauquen, noviembre 24 de 1878
He visto en algunos diarios que hablando de Pissen, dicen que es araucano. Esto es un gran error. Pissen es indio argentino, nacido en Carhué, en tiempo que mandaban allí dos caciques hermanos, llamados Cuñepán y Pablo.
Los indios de Pissen son casi todos criollos, y tienen mayor desprecio por los de Chile, diciendo que son muy cobardes y maturrangos. Asimismo tienen mucho desprecio por los ranqueles.
Yo también creo que los ranqueles son flojos, pues tengo motivos para ello. Con cincuenta hombres mal armados me he metido entre más de mil de ellos y les he impuesto, y si esto me hubiera sucedido con indios de Pissen, no cuento ese día el cuento. Los indios de Pissen son valientes, pues los he visto pelear y morir lanceando entre mis soldados.
Los araucanos del tiempo de la conquista eran valientes pero yo creo que no hay entre ellos ya ni sangre de Lautaro, Tucapel y Rengo.

Las conversaciones mantenidas con el cacique le permitieron a Conrado Villegas completar sus amplios conocimientos sobre la historia y la realidad indígena. Sus diálogos dieron lugar a esta carta, cuya información nos ha permitido conocer y transmitir dos cosas muy importantes: la confirmación de las profundas diferencias que había entre los agrupamientos indígenas, en especial entre Pincén y los salineros y ranqueles (chilenos), y también la develación de parte del misterio sobre su origen y el porqué de su sentimiento argentino.

En el desierto aún quedaban capitanejos, indios, mujeres, niños y ancianos de la tribu de Pincén, que se reunían lamentándose de la

suerte corrida por el cacique y los demás capturados, como también de la que sufrirían de allí en más. Algunos de ellos decidieron presentarse prisioneros en la comandancia de Trenque Lauquen.

Desde Italo, al norte de la frontera, el comandante Nelson se dirigió a Malal y en el trayecto encontró tolderías abandonadas; no así en el paraje principal de Pincén, donde halló un pequeño grupo de indios, que al sentir la proximidad de las tropas se refugiaron con rapidez en los montes. Eran aquellos indios que al llegar Villegas días antes, escondidos en la espesura y en cuevas de puma, habían logrado escapar a la operación de rastrillaje.

La previsión de Villegas comenzó a dar resultados. El 25 de noviembre le escribió a Luis María Campos que el cacique Catrenao (aquel que Villegas creía muerto un año antes) se había presentado ese día "con trece indios de lanza y trece de chusma. Este indio es hermano del capitanejo que manda mi partida de baqueanos. Ha sido el brazo derecho de Pincén por su valor, y hace tiempo he estado tratando de atraerlo. Sería conveniente dejar a estos indios aquí para que sirvan de plantel a los que se seguirán presentando".

En otra comunicación fechada ese 25 de noviembre y publicada en *La Nación* dos días después, Villegas le comunicó a Luis María Campos que creía conveniente que los indios permanecieran en Trenque Lauquen, aun cuando tuviera problemas para alimentarlos: *"De todas maneras hay que darles de comer y yo sólo hago racionar a los grandes"*.

He aquí la causa principal del estado de desnutrición que presentaban los indios al llegar a Buenos Aires. En los márgenes de las actas de defunción de la isla Martín García, a donde fueron remitidos los prisioneros, consta en muchos casos asentada la muerte de los pequeños indios por "debilidad". Si sólo se racionaba a los indios mayores, indudablemente éstos compartían el alimento con los niños, con lo cual podemos imaginar el estado de desnutrición general que padecían. Tal condición, sumada al hacinamiento y la falta de higiene, los hacía propensos a contraer la tan temida viruela que se desató por entonces entre las tribus, como también el cólera que, aunque en menos casos, aún hacía estragos, sobre todo entre los indios prisioneros.

Luis Scalese recogió este testimonio de la transmisión oral:

A cada momento que transcurría, llegaban patrullas de las líneas, conduciendo capitanejos que se entregaban con sus familiares, lanceros y chusmas. Se iban fijando lugares para habilitar en las cercanías de los médanos y al lado de las barrancas de las lagunas cercanas a todos los grupos que desarmados no constituían un peligro, mientras que los otros de alguna representación y antecedentes eran conducidos prisioneros a Buenos Aires y distribuidos en lugares seguros.

La Prensa, órgano periodístico de tendencia oficialista y de propaganda del ministro Roca, informaba el 27 de noviembre bajo el título "Importantes noticias":

El coronel Villegas avisa que muchos de los indios de la tribu de Pincén acuden a presentársele espontáneamente. Son los frutos de su expedición, por la cual debemos congratularnos.

Luego de informar otros resultados de expediciones ligeras llevadas a cabo por otros jefes de frontera, finaliza la crónica:

El pánico es completo entre el enemigo. Los indios van al fin a ser domados por la Nación. El duelo de tres siglos toca a su fin.

Aquel 27 de noviembre de 1878, Villegas envió al sargento mayor Germán Sosa con cien hombres del 3° de caballería con el objeto de llegar hasta Pueya All-Picún-Lauquén, poco más de 20 leguas al oeste de Toay, información que se dio a conocer públicamente al día siguiente. Esta expedición tuvo como objeto principal encontrar los restos de tolderías que hubieran quedado en el desierto.

En Buenos Aires había comenzado a generarse expectativa por el arribo del coronel Villegas, y preocupaba su estado de salud. El diario *La Prensa* informa el 30 de noviembre:

Debe llegar de un momento a otro este jefe de la frontera nor-

te. Viene enfermo, con síntomas de una dolencia grave.

Luego el rumor se aclaró; el mismo diario que lo había lanzado lo cuestionó *{La Prensa,* 5 de diciembre de 1878):

Se había anoticiado que el coronel Villegas se hallaba gravemente enfermo. La noticia carece de fundamento, según nos lo ha comunicado una persona que tiene motivos para ello.

Versiones y contraversiones de una dolencia que padecía el coronel y que tímidamente empezaba a conocerse.

El 6 de diciembre de 1878, Villegas le informó a Roca:

He recibido esta madrugada chasque del mayor Sosa, que mandé con cien hombres del 3° el 27 del mes pasado a Puelcha- picunlauquen. Viene de regreso habiendo conseguido el siguiente resultado: siete indios muertos, prisioneros: dos capitanejos, veintiún indios de lanza, ciento catorce de chusma, ciento veinte caballos y yeguas y una punta de ovejas. Dicho jefe soltó dos indios viejos que tenía, llevando una carta mía para los capitanejos de Pincén y Nahuelpaya [Nahuel Payún], Entre otros prisioneros viene el capitanejo Cueza [al que Villegas también creía muerto un año atrás], hermano del cacique Catrenao, Yocoqueien de la partida de Vaqueoño, quien… (se refiere a Cueza) *… se ha presentado con su familia. Así que regresen carros que fueron a Junín a llevar a Pincén, remitiré a todos los tomados. Ahora por correo mandaré parte detallado a la Comandancia General de Armas. Los baqueanos bien.*

Camino a Buenos Aires

Pincén y los restantes prisioneros indios ya habían sido remitidos. Fuertemente custodiados, los carros emprendieron la ruta hacia fuerte Lavalle (Ancaló) y de allí a Junín, donde hicieron un alto y el relevo de carros, pues los que habían ido debían volver a Trenque Lauquen (otros carros, en cambio, hacían un trayecto más

largo, dejando a los prisioneros en la estación de trenes de Chivilcoy, donde eran cargados en vagones hacia Buenos Aires).

El transporte en carro lo realizaban los contratistas, que cobraban al Estado, por el trayecto Trenque Lauquen-Chivilcoy, 20 pesos fuertes por los prisioneros mayores de doce años, algo menos si tenían entre cinco y doce, y los niños de hasta cinco años pagaban medio pasaje.

El diario *La Prensa* dio a conocer el 10 de diciembre noticias provenientes de Junín:

> *Diciembre 9 de 1878 h. 2.30 p.m. Al siglo. Llegó Pincén, mañana marcha para esa con indios, mujeres y niños casi desnudos. El tipo del feroz cacique no responde a sus hechos. Está taciturno y habla poco. Teme su suerte. Antonio Urrutia*

Se ha dicho que al llegar a Junín y al pasar por una fonda, se hizo un alto en el lugar. Un fotógrafo -cuyo nombre no ha trascendido o desconocemos- tomó conocimiento del arribo de Pincén y quiso retratarlo. El profesional armó la máquina con trípode y, una vez cubierto con el clásico paño oscuro, debió detenerse ante el cacique que con una mano en alto debía querer decirle algo. El cacique pidió que le permitieran despedirse de su familia antes de matarlo, convencido de que con esa máquina lo iban a ejecutar.

Los carros siguieron el camino a la última parada del Ferrocarril del Oeste, donde los indios escoltados por el mayor Baigorria y el teniente Leiva, con soldados a su mando, abordarían el tren a la Capital Federal. Dejaron atrás una espantosa epidemia de viruela, que hacía estragos en las tolderías y entre los prisioneros indios que se hallaban en Junín.

El virus de la viruela, al alojarse en el torrente sanguíneo y el sistema nervioso central, puede producir focos infecciosos en diversos lugares del cuerpo. Fueron muchos los indios que murieron de viruela; otros, luego de varios días en coma, quedaron con secuelas, como parálisis de uno o varios miembros o, si el virus estaba en el nervio óptico, ceguera. Dos hijos de Pincén (Luisa y Manuel) quedaron ciegos por el virus contraído en Junín, y esto asestó un

duro golpe en el abatido corazón del anciano cacique.

Habiendo derrotado Villegas a los temidos y valerosos indios de Pincén, presentó al cacique en Buenos Aires, prisionero, en medio del asombro general. Lógicamente había mucha expectativa entre los periodistas de Buenos Aires sobre cuándo se produciría el arribo. *La Prensa* publicó el 12 de diciembre, bajo el nombre del cacique en mayúsculas como título:

> *Algunos colegas anuncian que anteanoche había llegado el cacique Pincén. Esto no es exacto, pues según se nos informa anoche recién era esperado, con la probabilidad que hasta hoy no llegase.*

En efecto, ese día llegó Pincén a Buenos Aires. El diario *La Nación* reflejó el acontecimiento al día siguiente:

> *Ayer llegó a esta ciudad el famoso cacique Pincén, que fue hecho prisionero, últimamente, por las fuerzas que expedicionaron a las tolderías, a las órdenes del coronel Villegas. Acompañan al cacique varias mujeres, que son otras tantas esposas suyas. El soberbio prisionero fue alojado en el cuartel del batallón 6 de infantería de línea. Muchas personas fueron ayer a conocer personalmente al cacique. Pincén se muestra muy abatido. Parece que extraña los aires de la pampa.*

Sin duda. Cómo no adivinar el motivo del abatimiento de una persona que acababa de perder su libertad, su tribu, su gobierno, sus tierras. El cacique era alguien que había sido separado de la mayoría de los suyos y -aunque para el caso es un dato menor, es real- venía de pasar más de seis interminables días de marcha desde Trenque Lauquen a Buenos Aires. Sus días de gloria, que seguramente burbujeaban entre los recuerdos que paladeaba en silencio, constituirían un remanso donde aplacar la sed del doloroso presente.

La prensa capitalina era como el tañido de campana del acontecimiento que seguían de cerca muchos vecinos. Publicó *La Pampa*:

El señor Pincén famoso cacique de la Pampa, se aloja aquí desde anteanoche. Siempre es mejor tenerlo por acá, que en las inmediaciones de las fronteras.

Y el diario *El Porteño*:

Un repórter de "El Porteño" fue a reconocer a Pincén. Es un tipo que nada dice: regular estatura, indio puro, y un poquito de bigote. Venía malamente vestido. Le dirigió la palabra, llamándole general, y nada contestó. Le dio un cigarrillo, lo guardó y nada dijo tampoco. Estaba retobado. Viven con él las siete mujeres y las hijas. Estas exhalan un perfume, que despedía a los curiosos de su lado. El salvaje está alojado en el cuartel, del bizarro 6° de línea. Que Dios lo ayude.

En fin, un mal periodista, de los que cubren una nota de mala gana, como deja traslucir su crónica. Para otros periodistas, con distinta predisposición, la experiencia fue más rica y productiva, ya que obtuvieron de Pincén alguna palabra. Por ejemplo, el del diario *El Nacional*:

Pincén en Buenos Aires. Esta mañana, en el tren que llega al Parque a las 11 y 20 vino el cacique Pincén, prisionero del coronel Villegas, Pincén el famoso caudillo del desierto, donde se hizo temible por su audacia salvaje y su bravura sin límites. Acompañan al prisionero cinco mujeres que le pertenecen. A éstas vienen unidas otras indígenas, la mayor parte con indiecitos de corta edad.
Y todas cubiertas con harapos. Pincén y sus compañeros venían encerrados en un vagón de carga.
El valeroso indígena es de regular estatura, no mira de frente y tiene pelo recortado, el bigote escaso, duro y grueso. Su fisonomía enjuta y cobriza infunde cierto pavor, sobre todo cuando alza Pincén la mirada, para hacerla girar rápidamente sobre los que lo inspeccionan.

-¿Sientes mucho dejar los toldos? -le preguntó nuestro repórter.
-Pincén ir a sufrir y rabia -fue toda su contestación.
Viste chiripá, sombrero chambergo, ancho calzoncillo, poncho blanco y botas de potro. Todos fueron conducidos al cuartel del 6 de línea, seguidos por más de doscientos curiosos. Al entrar al patio, se dejaron caer al suelo, sin levantar la vista y dominados por el más profundo abatimiento.
Todos estos prisioneros venían bajo la custodia del Mayor Baigorria y el teniente Leiva, del 3° de caballería de línea.

La expectativa por el arribo de Pincén también quedó reflejada en el diario *La Pampa,* que reproduce el texto de *El Porteño* del día anterior.

El mismo medio dio a conocer detalles de su viaje hacia la Capital Federal. Indignado, un cronista reprodujo lo que otro diario del interior había constatado:

Transcribimos de un diario de Chivilcoy lo siguiente: se nos asegura que Pincén y sus indios durmieron anteanoche en la estación, puestos en cepo de lazo. ¿No estaban bastante seguros con los centinelas del piquete que les custodiaba? ¿A qué ese lujo de crueldad?

La Prensa daba a conocer más detalles de las primeras horas de Pincén en Buenos Aires:

Este cacique se halla alojado en el cuartel 6° de línea, situado en la plaza General Lavalle, y lo acompañan sus cuatro mujeres, dieciséis indios de escolta y cuarenta de chusma. Pincén tiene el tipo de indio puro, es bajo y delgado, cara delgada, con un pequeño bigote afeitado en la parte superior. Acusa una edad de más o menos setenta años.
Viste chiripá, sombrero chambergo ancho, calzoncillos, botas de potro y un poncho blanco. Se halla sumido en el más profundo abatimiento. Su lenguaraz es un soldado que en otro

tiempo sirvió en el ejército de la frontera. Todos los indios e indias que acompañan a Pincén se hallan en la mayor miseria. Algunas personas caritativas que han ido a visitarlo, han provisto a él y a su gente de yerba y otros recursos de primera necesidad. Una de las personas le dijo que no se abatiera, que muchos generales como él habían caído prisioneros y habían sido bien tratados. El indio, avisado por su lenguaraz, movió la cabeza y contestó con una amarga sonrisa.

Finalmente el periodista lanza una crítica:

Las sociedades de beneficencia debieron amparar a estos desgraciados y así cumplirían con su deber. Casi todos están completamente desnudos.

Otra perla, rescatada de *La Prensa,* muestra que entre la gente que fue a ver al cacique no todos buscaban una sensación similar a la que les produjo "el elefante enano". Destacable también es la opinión crítica sobre la ausencia de instituciones de beneficencia en este caso.

La llegada fue un suceso que motivó a muchos porteños a agolparse en las inmediaciones del cuartel donde Pincén y los suyos estaban detenidos.

Aquel día, luego de atravesar "la vidriera" espontáneamente formada por el público, el cacique descansó en el cuartel.

Las fotografías tomadas por Antonio Pozzo

En horas de la mañana del 13 de diciembre de 1878, la guarnición del cuartel fue despertada temprano -como de costumbre- aunque con inusuales aprestos. El cacique Pincén y los familiares que estaban prisioneros con él habían sido solicitados por un prestigioso fotógrafo de entonces para ser retratados. Concedida la autorización, fueron trasladados cerca del mediodía. El diario *La Nación,* al día siguiente, publicó una detallada crónica de lo ocurrido en la casa de fotografía, la que por ilustrativa reproducimos fielmente. "El cacique Pincen en una fotografía", titula el 14 de

diciembre de 1878 el diario *La Nación* la nota que reflejó cómo se hizo cada toma fotográfica:

> *Ayer a medio día fueron conducidos del cuartel del 6° de línea donde se hallaban alojados, a la fotografía de Pozzo, establecida en la calle Victoria [actual Hipólito Yrigoyen] esquina San José, el cacique Pincén, sus varias mujeres, sus muchos hijos y todos los indios que con él fueron tomados prisioneros y con él se encuentran aún.*
> *Se los llevaba para retratarlos, accediéndose a un pedido que en tal sentido había hecho el mencionado fotógrafo. La traslación de Pincén y de sus compañeros se hizo en un carruaje, en un carro de mudanza y a pie. En el carruaje iban Pincén, un indio que está herido en una pierna y no puede caminar, el fotógrafo y un soldado. En el carro iban las mujeres y los muchachos. Y a pie los demás indios, escoltados por algunos soldados del 6° de línea.*
> *En el acto de llegar la comitiva pampeana a la fotografía, ésta se llenó de curiosos, que de algo sirvieron, pues a moción del fotógrafo, se acordó que cada uno de esos curiosos contribuyeran con 5$ m.c. destinados a formar una regular cantidad que en ese mismo momento fue distribuida entre los indios. Pincén fue el primero en recibir su correspondiente cuota, que alcanzaba casi a siete pesos. Comenzó enseguida la operación de fotografiarlos.*

El diario *El Nacional* hace público el momento vivido:

> *Se trató primeramente de retratar solo a Pincén, pero el guerrero del desierto, creyendo que se lo iba a colocar frente a algún cañón, se resistió, manifestando que antes moriría con todos sus compañeros. Sólo después de haber sido retratados todos ellos en grupo y después de empeños y vencer resistencias, se consiguió retratar a Pincén, que miraba asombrado y confundido la máquina de fotografía.*[32]

32 Estas fotos se encontraban en poder de la familia Benoit Granada, que prestó el origi-

Coincide con el anterior el periodista de *La Prensa*:

El cacique Pincén y los indios y chinas que llegaron últimamente han sido retratados ayer en la fotografía del señor Pozzo. Varios indios se rehusaban al principio ponerse frente a la máquina a la cual le dirigían miradas de recelo y desconfianza.
Pincén fue el que opuso mayor resistencia. Se creían encontrarse al frente de un cañón. Se consiguió no obstante sacar su fotografía conjuntamente con sus compañeros y también solo.

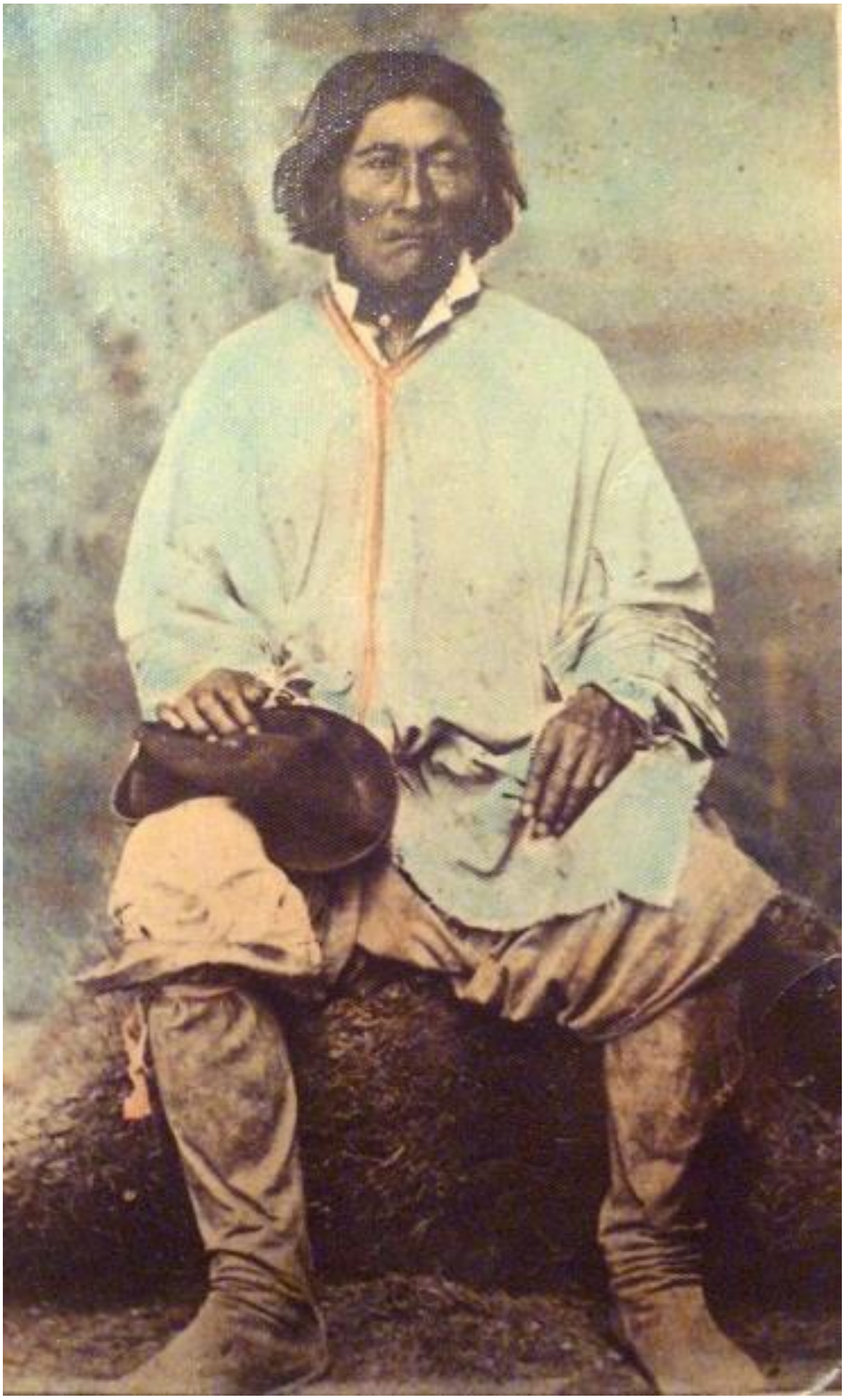
Difieren las versiones periodísticas. Para el cronista de *La Nación,* la sesión de fotos dio comienzo y "también esta vez Pincén fue el primero. Se lo retrató sentado sobre una roca vestido de poncho, chiripá y bota de potro". En realidad estaba sentado en un asiento similar a un fardo de pasto. Más adelante dice:

En esta posición, nadie que lo viera podría imaginar que este hombre era el feroz guerrero de la pampa. Su actitud, en verdad, de todo tenía, menos de viril y mucho menos de guerrero.

Observación importante, y suficiente para saber que el cronista conoce a los guerreros que con ropa apropiada y cara altiva posan para la posteridad; pero olvida que está frente a un hombre que acaba de perderlo todo, abatido, y no es capaz de imaginarlo en plena arenga ante sus guerreros.

---

nal para que el Archivo General de la Nación hiciera copias.



Fotografía coloreada digitalmente

Según la crónica de *La Nación* sobre lo ocurrido en la casa de fotografía, “luego se hizo un segundo retrato del cacique, formando grupo con cuatro de sus hijos”.

Fotografía coloreada digitalmente

Continúa el mismo cronista:

En el tercer retrato entraron los ocho hijos de Pincén, que con él fueron tomados prisioneros y tres de sus mujeres. La menor de éstas no muestra tener más de diecisiete años, y sin embargo, es la madre de dos hijos, uno de los cuales es de cuatro años.

Tras afirmar que “el cuarto retrato lo forman todos los indios de

lanza y la familia de un capitanejo comprendido entre ellos",[33] el cronista de *La Nación* concluye:

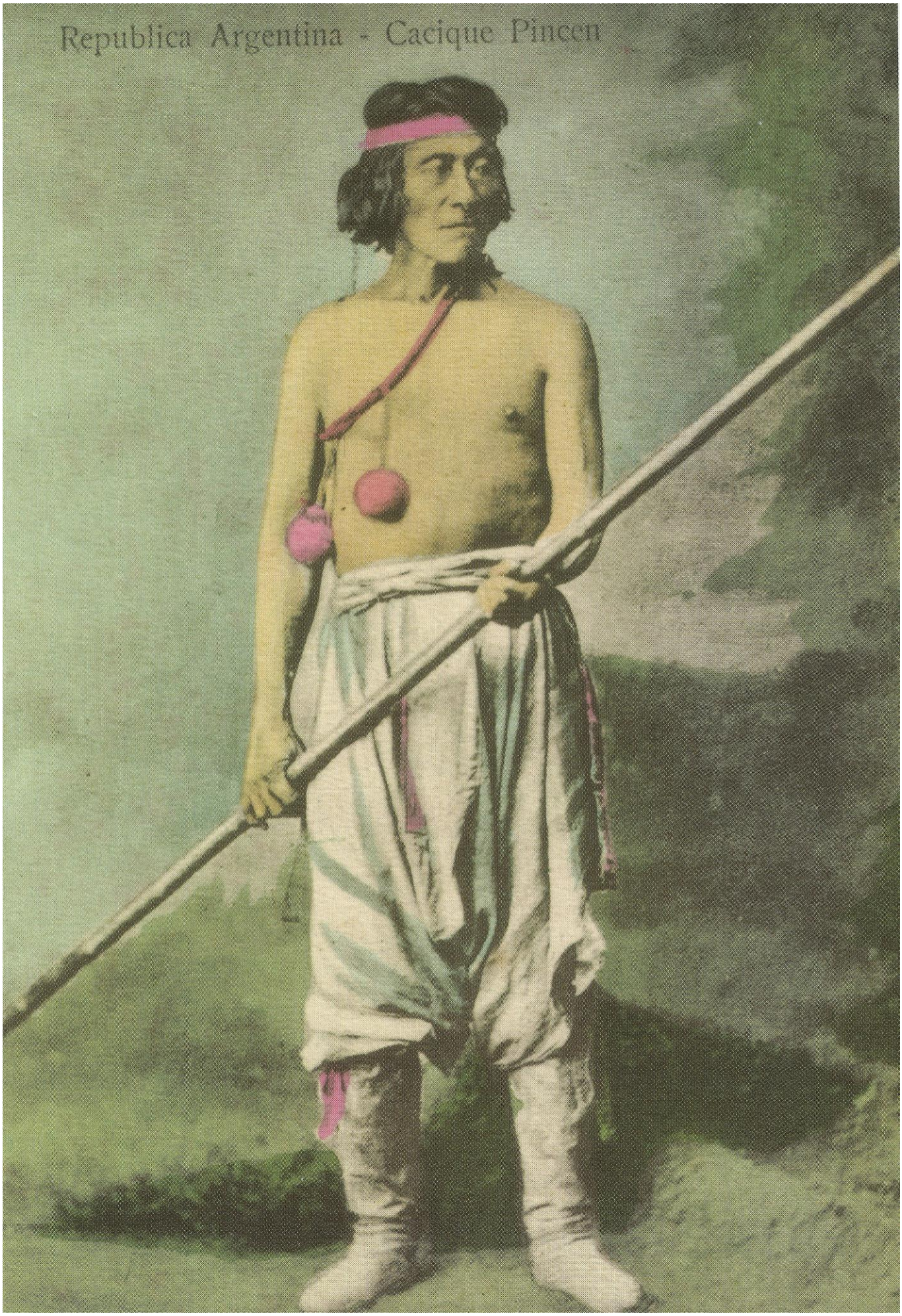
Con esto hubo de darse por terminada la operación fotográfica; pero entre los espectadores se hallaba el señor don Francisco P. Moreno, y esta circunstancia dio lugar a la parte más interesante de este episodio. El señor Moreno, como es sabido, ha atravesado la pampa, explorando hasta sus confines, y ha vivido largos meses entre los indios, estudiando sus costumbres y su dialecto, a la vez que practicando las demás investigaciones científicas que constituían el objeto de su viaje. El señor Moreno se hallaba, pues, en condiciones de poder entablar envidiables diálogos con Pincén, y así lo hizo, llenándose éste de satisfacción, que se reflejaba vivamente en su fisonomía, al encontrar a un cristiano que hablaba su lengua, que conocía las comarcas en que había nacido y vivido,

33 Esta fotografía no ha sido hallada.

y que le daba detalles sobre estos sitios para él tan queridos y sobre otros caciques que, como él, hasta hace poco se consideraban los dueños soberanos de la vasta pampa.
Atraído Pincén por estos hechos, accedió a hacerse retratar tal como era, cuando vivía libre y era obedecido por su poderosa tribu. El señor Moreno había llevado del Museo Antropológico, del que es director, todos los objetos necesarios para este fin, entre ellos una lanza que perteneció a un capitanejo del mismo Pincén, muerto hace unos años en las inmediaciones del fortín Machado. Cuando el indio vio la lanza, experimentó una emoción tan viva, que sus ojos relampagueaban y se agitaba fuertemente su pecho.
En el acto se quitó el poncho y las dos camisas que llevaba, quedando así únicamente con el pequeño chiripá. Se ciñó la frente con una vincha, tomó unas boleadoras que le dio el señor Moreno y comenzó a arreglarlas a su estilo para convertirlas en arma de combate, tal cual ellos las usaban para sus ataques y sus defensas. Largo rato demoró en esta operación hasta que los nudos quedaron hechos a su entero gusto. Entonces las colgó de sus hombros, cruzándolas sobre el pecho y las espaldas [en bandolera], Enseguida tomó la lanza; la blandió repetidas veces, mirándola con cariño por haber pertenecido a un valiente, como lo dijo él mismo, y contestando a una invitación del señor Moreno, para que se hiciera retratar como un hueichave *[guerrero], dijo:*
"Que me pongan como entro en la pelea".

La lanza con la que está retratado Pincén va a ser mencionada en otra oportunidad por Moreno. En 1880, un año después del hecho relatado, el Perito Moreno dialogó con Saihueque a través de los lenguaraces Gavino y Loncochino en la toldería del jefe del País de las Manzanas y le dijo:

¿Recuerda mi compadre la lanza con el caballo, que Tapayú me regaló cuando éramos amigos? Con ella está retratado el Toro Pincén, como lo llaman aquí, y su retrato sirve de *collón* (máscara) para asustar a los muchachos.



Fotografía coloreada digitalmente

Así termina de narrar el cronista de *La Nación* lo ocurrido en el estudio fotográfico de Pozzo:

> *Enseguida se hizo otro retrato del mismo Pincén acompañado de sus dos hijas mayores, adornadas con redecillas y otros objetos que el señor Moreno proporcionó,*[34] *y con esto se dio por terminada la tarea.*
> *Momentos después, el cacique con sus mujeres, con sus hijos y sus compañeros de cautiverio, regresaban al cuartel 6° de línea en el mismo coche y en el mismo carro que los había conducido a la extraña casa que tan vivas emociones les había proporcionado.*

La lanza y la cámara

Un excelente artículo sobre la figura de Pincén salió en la revista *Viva* del diario *Clarín* (Selser, 2004). En un apartado, el historiador fotográfico Abel Alexander habla de "la lanza y la cámara": "En la dominación de las indómitas tribus del sur, la cámara fotográfica jugó -junto al fusil Rémington y el telégrafo- un importante papel". Agrega que Pincén fue protagonista de dos episodios fotográficos muy interesantes, y los narra. Primero el de Junín, cuando el cacique pensó que la cámara era un arma para fusilarlo; y el segundo, sobre las copias tomadas en Buenos Aires en la casa de fotografía del italiano Antonio Pozzo, donde el cacique, con una diferencia de escasos tres días, no sólo había comprendido que la cámara no era un arma, sino que además había demostrado comprender la trascendencia política de la naciente fotografía al decir: "Que me pongan como entro en la pelea". Su última foto lo mostraba como el jefe guerrero que fue.

El cronista de *La Nación* consultó al Perito Moreno, y al día siguiente dio a conocer la crónica titulada "Pincén en la pampa":

> *Las circunstancias de haberse retratado el famoso cacique Pincén en el mismo traje y con las mismas armas de que hacía uso cuando guiaba su poderosa tribu sobre las fuerzas*

34 Esta fotografía tampoco ha sido hallada.

fronterizas han hecho conocer un interesante episodio de la vida aventurera de este personaje; episodio referido por el mismo cacique a uno de los caballeros que presenció aquella operación y que conoce el idioma de los habitantes de la pampa.

Durante una tenaz persecución de que fue objeto hace años la tribu de Pincén, un oficial consiguió alcanzar al cacique y descargó sobre él su revólver. La bala penetró en las espaldas de Pincén, que cayó en tierra sobre su lanza. El oficial sujetó su caballo al lado del cuerpo del indio, que parecía inanimado, y le gritó:

-¿Estás muerto, Pincén?

-No -contestó el cacique-, estoy encogido.

Este oficial boleó la pierna para bajar del caballo. En ese mismo instante el indio se irguió con la rapidez de un tigre y clavó su lanza en las espaldas del oficial. Y Pincén agregaba textualmente:

-El cristiano murió primero que Pincén y yo, me fui en su caballo.

La cicatriz debe haber sido realmente llamativa, y Pincén la mostraba con orgullo por haber tenido la fortaleza suficiente para salir de ese difícil trance cada vez que al descubrir su torso alguien le preguntaba por ella. Al recuperar su libertad, encontrándose en la casa del hermano del presidente de la República -había sido llevado allí por el capitán Pablo Vargas-, Pincén le mostró las cicatrices de ese enfrentamiento, como se verá.

El enviado del diario *La Pampa* al estudio de Antonio Pozzo reparó en otros aspectos del acontecimiento y detalles valiosos. Dice su crónica del 14 de diciembre:

Pincén, o Pissen, como le llaman algunos creyendo andar más acertados, es hoy un objeto de curiosidad pública.

La nota reproduce al principio situaciones descriptas en otros diarios sobre la secuencia fotográfica, luego cita textualmente el

relato sobre el origen de Pincén publicado el día anterior en *El Siglo* con la firma "Lincancho", y cierra con reveladores comentarios:

> *Lo acompañan tres de sus mujeres: una de ellas es de sesenta años, de nombre Eaitú, otra de cuarenta años de nombre Nesftuyau. La tercera es una joven bien parecida, que no tiene noticia de su origen. Se llama Pepa.*

Eaitú es Laitú, tal como aparece en las partidas de Martín García agregado entre paréntesis a continuación del nombre de la esposa: Paula Rinqué (Rinquín o Rincunecul). Laitú es apócope de Llaitupán ("la que observa o vigila a los pumas"). El artículo del diario *La Pampa* prueba que Pincén se encontraba con su esposa cuando fue llevado prisionero a Buenos Aires.

Esta crónica comenta que estaba acompañado por nueve de sus hijos, una joven de veinte años bien parecida, y que todos los demás eran chicuelos de ambos sexos. Continúa:

> *Se hace notar por su tristeza y su concentración la hija mayor de Pincén. Se cubre constantemente el rostro para ocultar sus lágrimas. Parece inconsolable de la caída de su dinastía y de*

su imperio.
Vienen con la comitiva de estas grandezas caídas tres cautivas. Una de ellas se llama Santos Soza, mujer de sesenta años, fue cautiva en la Villa de Mercedes, hace como veinte años. Otra es una joven de veinte años cautivada en el Sauce Corto. Su nombre es Carmen Alcántara. Otra muchacha de nombre Pepa sólo sabe de su origen que fue cautiva muy chica en Mulitas [actual 25 de Mayo],
Todas estas mujeres son de feísimo aspecto, que su desnudez aumenta. Las preocupa mucho la idea de que las separen de sus hijos. Se ha procurado tranquilizarlas; y se sienten más tranquilas cuando se les llega a persuadir que serán atendidas junto con sus hijos.

Algunas características fisonómicas de Pincén permiten extraer conclusiones a partir de la observación de las fotografías. La primera es que era diestro. Basta para concluirlo ver con qué mano empuña la lanza, cómo colocó las boleadoras al alcance de la mano derecha, y que con esta mano sostiene el sombrero en la foto en la que se lo ve portando una lanza.

Los periodistas que cubrieron su arribo a Buenos Aires destacan que Pincén era de "regular estatura" *{El Porteño* y *El Nacional)* y "bajo y delgado" *{La Prensa).* Por la foto en la que está de pie, a los setenta y pico de años se calcula que su estatura era de 1,70. Lucía a esa edad un cuerpo de perfecto guerrero. Entre los treinta y cuarenta años, con sus músculos vigorosos y dos o tres centímetros más de estatura, debió ser una pantera moviéndose de un lado a otro en pleno combate, como indican los relatos de sus hazañas. A la edad en que fue capturado, otros caciques se encontraban obesos y enfermos.

Los pocos familiares que estaban junto a él fueron separados de inmediato. *La Prensa* informó el 15 de diciembre que quienes se encontraban en el cuartel habían pasado al asilo de huérfanos y la Sociedad de Beneficencia les daría colocación (al parecer, el cuestionamiento del periodista de *El Nacional* sobre la ausencia de las instituciones de beneficencia en este caso dio resultado); pero no era ésta la circunstancia del cacique: "Pincén con una de sus mujeres

se encuentra aún en el cuartel, adonde van a visitarlo una infinidad de curiosos".

Probablemente, la mujer que se quedó acompañándolo fue Llaytu- pán (Eaitú, en la crónica), su esposa principal, a quien al año siguiente -como veremos- le será impuesto el nombre de Paula Rinqué (Laitú).

Zeballos y Pincén

Estanislao Zeballos, el reconocido investigador de aquellos días, obtuvo permiso para entrevistar a Pincén. El cacique, en un aceptable castellano, respondió amigablemente todas las preguntas y le habló con precisión acerca de la región que había recorrido y habitado y que conocía como el mejor de los baqueanos (esta descripción y ubicación de los parajes le sirvió mucho a Zeballos para su libro *La conquista de quince mil leguas* en las ediciones que siguieron). Conversaron sobre las hermosas pasturas de Carhué, que servían a las tribus para alimentar el ganado con el que subsistían y que comercializaban. Zeballos le comentó al cacique su interés en comprar algunas tierras por la zona de Salinas Grandes, idea equivocada ajuicio de Pincén:

> *Cuando en 1878 fue tomado prisionero el famoso cacique Pincén [...] tuve con él largas conversaciones sobre estos territorios y sobre sus moradores. Pincén me había dicho estas palabras: "De Carhué para afuera todo el campo es muy feo, mucha arena y piedra, en Leuvucó hay pedacito bueno, Salinas Grandes muy mal".*
>
> *A pesar de estos datos, yo creía otra cosa. Me parecía que los indios desacreditaban por sistema sus tierras, para evitar que nuestra codicia se fijase en ellas; pero debo confesar que, contra lo ordinario, esta vez fui yo más desconfiado que el indio, y éste más leal de lo que son generalmente.*
>
> *Lo que acabo de explicar abona la veracidad con que Pincén me daba una completa descripción de estos territorios, aconsejándome que no comprara estancia en ellos.*

Muchas cosas hablaron Pincén y Zeballos, interesado el último por ciertas decisiones importantes que el cacique había tomado en su vida, como cuando decidió no aliarse más a Calfucurá: "¿Por qué te separaste de Calfucurá?", le preguntó Zeballos. Y Pincén le contestó: "Porque yo soy indio argentino y Calfucurá es boroano de Chile, usurpador de nuestra tierra".

No era el único que pensaba así. El cacique Chacayal (suegro de Sai- hueque) le dijo al Perito Moreno en 1876, en referencia a los cristianos, que se molestaban los indios de allí cuando los atacaban, pero agregó: "No decimos nada cuando pelean en Salinas, porque Namuncurá es intruso y Dios no le dio esos campos".

En esas largas conversaciones que Zeballos mantuvo con Pincén en el cuartel de Retiro, también le preguntó: "¿Cómo siendo tú tan valiente y hombre gaucho te dejaste tomar dormido?". Alo que contestó Pincén: "Porque a todo hombre le llega su hora". Otra vez nos sorprende este monumental ser humano. Entonces comprendemos por qué a un hombre de estos quilates los mapuches le otorgaban el ragno de *Genpín* ("dueño de la palabra").

En aquellos días muchas fueron las visitas importantes, y a juzgar por lo que recoge la transmisión oral, Pincén tuvo un encuentro con Julio A. Roca, entonces ministro de Guerra. No es extraño que se hayan encontrado; se había hablado mucho de Pincén, y Roca no lo conocía personalmente; ahora tenía la oportunidad de ver a quien él mismo había calificado como *el cacique más temido de la pampa.*

Un bisnieto de Pincén en Trenque Lauquen me dijo haber conocido de sus mayores que Roca en una oportunidad conversó con el cacique Pincén y le ofreció algo. Ello motivó que el cacique le contestara "que no deseaba su dádiva y que sólo quería vivir en paz en su tierra". No se han podido precisar las circunstancias de esta respuesta tan significativa. Una deuda quedaría entre ambos, que intentaría saldar Roca cuatro años después, siendo ya presidente, al concederle la libertad al cacique.

El presidio en Martín García

El Ministerio de Guerra dispuso el traslado de Pincén a la isla Martín García. El martes 17 de diciembre de 1878, la breve

información publicada en los diarios *El Nacional* y *La Libertad* indica que ese día, acompañado de su familia, Pincén sería trasladado a bordo del bergantín goleta *Coronel Rosales.*

La Prensa publicaba al día siguiente:

> *Este cacique fue despachado ayer con destino a Martín García en el vapor* Rosales. *Acompañan a Pincén nueve indios y dos mujeres pertenecientes estas últimas a la familia del cacique.*

¿Qué fue de los indios que acompañaron al cacique a Buenos Aires? Lo informó *La Prensa*:

> *Los llegados últimamente con Pincén han sido distribuidos del modo siguiente: cinco al 6° de línea e igual número al regimiento de artillería. Todos éstos han sido destinados al servicio de las armas por el término de seis años. Pincén acompañado de nueve indios y su familia fue conducido ayer en el vapor* Rosales *con destino a Martín García, como anunciamos ayer.*

Otros diarios reflejan la noticia de su traslado al presidio agregando impresiones. *La Pampa* informa:

> *Con destino a la isla de Martín García, partió ayer el bergantín* Rosales. *Lleva a su bordo al guerrero Pincén y su familia, que serán confinados en esa isla. Para el prisionero que tuvo por hogar toda la pampa, la isla de Martín García parecerá una verdadera y pequeña jaula.*

Pese a estos artículos, como se comprobará luego, el cacique o bien no fue remitido a la isla el martes 17 de diciembre o bien, habiéndoselo remitido, se lo trasladó a Buenos Aires nuevamente tres meses después. Porque en marzo de 1879 la prensa periódica habla de su presencia en el batallón 6° de línea.

La batida final

En el fuerte de Trenque Lauquen se seguían presentando indios de Pincén, buscando alimentos y seguridad. Así lo atestigua el siguiente parte militar:

> Boletín telegráfico. Trenque Lauquen, diciembre 15 de 1878.
> Al señor inspector general de armas: Se acaba de presentar un indio de la familia de Pincén y dice que los caciquillos Antenán y Nicacú, hijos ambos de Pincén, vienen a presentarse con otros más. He mandado a encontrarlos, pues vienen de a pie. El mismo declara que en estos días han de venir más a presentarse pues se estaban reuniendo, que si no lo han hecho antes es porque tienen miedo. El mismo dice que las divisiones del sud estaban acampadas en Trebolauquen hace días. Que Namuncurá tomaba rumbo a la costa de Carillú.
> Saluda a V.S., coronel Conrado E. Villegas.

Villegas se puso inmediatamente en camino para Buenos Aires haciendo uso de su licencia anual, que podía tomar a partir de diciembre. Dejó en el mando al comandante Sáenz y arribó a la Capital Federal el 19 de diciembre. Los diarios dieron cuenta de su llegada y pronto comenzó a recibir personalmente las felicitaciones por la captura de Pincén:

> *Coronel Villegas, con placer saludamos a este jefe que acaba de llegar de la frontera a atenderse de los males que lo aquejan.*
> *El coronel Villegas puede jactarse de haber limpiado de indios la parte del desierto cuya vigilancia le está confiada. La caída de Pincén ha resuelto el problema allí.*

Las expediciones en territorio indígena continuaron. *La Libertad,* periódico de Buenos Aires, informó:

El indio Namuncurá, el más aguerrido de los caciques de la pampa después de Pincén, acaba de recibir un rudo golpe en sus dominios.

No se trataba de un parecer aislado; reflejaba una opinión dominante en las autoridades políticas y militares y en la población de Buenos Aires.

El 28 de diciembre, efectivamente, se entregaron Nahuel Payún y Pichi Pincén. Así lo da a conocer *La Nación* al día siguiente:

El comandante Sáenz ha enviado el siguiente informe desde Médano de la Laguna: "He llegado a este punto y se me han incorporado los caciques Nahuel Payún y Pichi Pincén, cinco capitanejos, 51 indios de lanza, 4 cautivas y 164 familias y chusma. Muchos vienen marchando a pie".

La permanencia del cacique en el fuerte y el envío de ancianos indios llevando cartas del jefe de frontera invitándolos a rendirse, diciendo que iban a ser bien tratados y recibirían alimento y protección, estaban dando el resultado buscado por Villegas. Prisionero Pincén, la lucha había concluido. Junto a Nahuel Payún y Pichi Pincén, que arribaron al fuerte de Trenque Lauquen el 31 de diciembre, se entregaron en calidad de prisioneros los capitanejos Pichimau, Reyneu, Santos, Guillican, Chauan Urquiza, Rinquén, Nahuele Che, Huen-Choal, Cascia, Mieul y Tacunao, con 62 indios de lanza y 178 de chusma, entre mujeres, niños y ancianos.

El comandante Sáenz en su informe para la Memoria de Guerra señaló:

Los caciques presentados me comunican que Namuncurá se encuentra actualmente en Livé-Calel y Baigorrita con Epumer, en Nahuel-Cu, lo que hago saber a V.S. por si el gobierno creyera conveniente invadir nuevamente a los toldos.
Aunque la estación de verano es avanzada, aquí el tiempo es demasiado fresco todavía y sería fácil enviar una fuerza a los toldos sin tocar inconvenientes de importancia.

Debo hacer presente al señor inspector que los caciques presentados se encuentran en un estado favorable para servirse de ellos en caso de una invasión, pues que han sido hostilizados durante la marcha por Namuncurá, el que les ha arrebatado la mitad de las familias.

Remitidos a Junín, continuaron sus padecimientos hacinados en el cuartel. Sólo la Iglesia Católica se ocupó de ellos. El párroco de Junín, presbítero Manuel Seijas, lo hizo personalmente y del modo que pudo a la vez que requirió al arzobispo de Buenos Aires, monseñor Aneiros, que le enviara algunas religiosas para atender a los muchos enfermos en el lazareto -distante una legua de la parroquia-, especialmente a los atacados de viruela, que morían uno por día.

En Buenos Aires comenzó a hacerse sentir la preocupación porque varios indios llevados allí padecían la enfermedad. Se produjo un intercambio epistolar entre el presidente Julio A. Roca y el titular a cargo de la municipalidad de Buenos Aires, José P. de Guerrico. El 19 de noviembre abrió fuego este último manifestando su preocupación, carta que tomó estado público en el diario *La Pampa.* El 20 de noviembre le contestó el ministro de Guerra negando imprevisiones y que los indios padecieran viruela en tal magnitud como para alarmarse.

No convencido con la respuesta, el titular de la Municipalidad le pidió a Roca que se tomaran medidas prontas de precaución para alejar a los indios fuera del municipio y que no se permitiese la introducción de otros, ya que podrían exponer la ciudad al contagio de una epidemia maligna.

Pasada la etapa de asombro por la llegada de Pincén y parte de su familia, los sospechosamente enfermos y harapientos indígenas comenzaron a ser un estorbo para la coqueta Buenos Aires.

En la pampa aún se llevaban a cabo batidas sobre los toldos. El 31 de enero de 1879, el sargento mayor Evaristo Ruiz regresaba de su incursión en territorios otrora de Pincén (Colo-Lauquen, 13 leguas al sur de Toay). Su superior, el mayor Germán Sosa, informó que Ruiz traía prisionero al capitanejo Pichunlan, cinco indios de lanza,

diecinueve de “chusma” y tres caballos, únicos elementos de movilidad con que contaban los indios, lo que hace presumir que la falta de alimentos los llevó a sacrificar no sólo el escaso ganado que pudieran tener, sino también los caballos de montar y de reserva. La Memoria de Guerra consigna:

> *Según declaración de uno de los indios tomados, y que recién habían venido del campamento de Baigorrita situado en Coichui, 25 leguas de Colo-Lauquen; los capitanejos pertenecientes a Pincén: Reynsu, Santos, Guillican y Chauan Urquiza, iban a mudar su campamento, viniendo a situarse con su tribu en Pueltri-Ma- traer y una vez allí sabiendo que había sido recibido (prisionero) Nahuel Payún, se presentarían también ellos.*

Ruiz informó que ya no había más indios de Pincén en el frente de la división norte. No era mejor lo que les esperaba en el presidio de la isla Martín García.

El Nacional del 3 de marzo de 1879 daba a conocer que entre el 17 y el 24 de febrero habían fallecido en Martín García, como consecuencia de la viruela, un soldado de escuadrón guardacosta, siete indios, cuatro chinas y cinco criaturas.

Para entonces habían transcurrido casi cuatro meses de su captura. Recordemos que Pincén, o no había sido llevado aún a la isla, o había sido trasladado de allí a Buenos Aires por alguna razón que desconocemos. Se encontraba detenido en el cuartel del batallón 6° en compañía de algunos de sus familiares. Tal vez la explicación de su permanencia en ese lugar fuera la peste de viruela que asolaba la isla. Lo acompañaba ahora, prisionero también, el cacique ranquel Epumer Rosas.

Los diarios seguían ocupándose de ellos, por ejemplo en una nota titulada “Los caciques a paseo” publicada por *El Nacional* del 3 de marzo de 1879, que informa:

> *Los caciques Pincén y Epumer Rosas, últimamente capturados y detenidos en el batallón 6° de línea, son sacados a pasear*

todas las tardes por la plaza del Parque, custodiados por dos soldados de ese cuerpo.

Allí esperaba Pincén una decisión oficial, una orden de traslado a Martín García que, pese al empeño puesto, no he podido hallar. Sólo encontré un documento que revela que hasta 1881 los prisioneros indios se enviaban a la isla sin mayores formalidades, y eso expresaban las quejas. Es posible entonces que Pincén haya sido remitido de este modo.

municipio de tu

Respecto de aquel tiempo, indica Manuel Prado en *La guerra al malón*: "Al expirar el año 1878, no hay en la pampa una sola tribu capaz de intentar el más insignificante malón".

Sin embargo, el 9 de abril de 1879 partía desde Trenque Lauquen la expedición con destino Río Negro a las órdenes de Villegas, mientras que otros jefes se encargaban de continuar la rastrillada final. Godoy ocupaba los viejos pagos de Pincén y Nahuel Payún: Malal y Toay.

No había datos precisos. Roca leerá más tarde su proclama en Carhué, el 26 de abril de 1879:

Aún quedan restos de las tribus de Namuncurá, Baigorrita y Pincén, y otros caciques que pronto caerán en poder de las divisiones encargadas de hacer la batida general en el circuito de la pampa, mientras otros toman posesión del Río Negro [...] Dentro de tres meses quedará todo concluido.

La Memoria de Guerra de ese año reproduce la presentación hecha al Congreso de la Nación sobre el resultado final de estas expediciones, cuyas cifras hablan por sí solas:

Prisioneros: cuatro caciques soberanos, Epumer Rosas, Pincén, Catriel y Cachul, en el cuartel de Retiro [...] El total de los indios suprimidos de la pampa, donde no quedan sino restos de fugitivos e insignificantes que pronto caerán en nuestro poder, asciende pues a 6.959.

En Buenos Aires, los indios que iban llegando eran distribuidos

en distintos lugares según su condición, edad, estado, etc. A fines del año anterior, *La América del Sud* en su edición del 19 de diciembre de 1878 comunica:

> *Los indios llegados últimamente con el cacique Pincén han sido destinados del modo siguiente: cinco al batallón 6° de Línea e igual número al regimiento de artillería. Todos estos indios han sido destinados al servicio de las armas por el término de seis años.*

De los demás indios no se hace mención, pero con seguridad varios centenares fueron destinados a la isla Martín García. Muchas mujeres y jovencitas, como era usual entonces, fueron puestas a cargo de la Sociedad de Beneficencia y luego de la Defensoría Nacional de Incapaces. Estas instituciones hicieron una distribución muy cuestionada, sobre todo por la Iglesia Católica, puesto que enviaron a las "chinas" a servir en las distinguidas casas de Buenos Aires, a cambio de un plato de comida y una cama en una habitación al fondo de la casa.

La Memoria de Guerra y Marina admite que la mayor parte de las mujeres indias con sus hijos fueron distribuidas "en las familias acomodadas de esta ciudad". En verdad, muchos niños fueron separados de sus padres y no los vieron nunca más. Allí trabajaban todo el día, no recibían instrucción adecuada y a las mujeres se las separaba de sus esposos, novios e hijos, siempre con la amenaza de ser remitidas al presidio de Martín García si no hacían lo que se les ordenaba.

La numerosa familia del cacique Pincén fue dispersada por varios lugares. Esta es una de las causas por las que encontramos el apellido Pincén en distintos puntos del país y escrito de distintas maneras.

Evangelización y mujeres

A pesar de no tener relación directa con Pincén, no quiero privar al lector de las revelaciones sobre este tan importante tema de las que he tomado conocimiento en el transcurso de mi investigación sobre el cacique.

Desde 1873, el arzobispo Aneiros realizaba distintas gestiones in-

tentando que los indios se convirtieran al cristianismo. En realidad, el plan de Aneiros era llevar a cabo una gran evangelización mandando misioneros a las tolderías para que enseñasen el idioma, instrucción primaria y sobre todo el catecismo. Al gobierno sólo se le requería la cesión de algunas tierras para sus asentamientos poblacionales.

La Constitución argentina mandaba convertir los indios al catolicismo y la suerte de éstos parecía estar echada. Aun así, el plan de la Iglesia difería en algún aspecto con el del gobierno. Lo demuestra el mensaje que en 1873 el presidente Avellaneda presentó al Congreso Nacional:

> *Es inútil recordar en este momento lo que se ha escrito durante los últimos años sobre las razas inferiores destinadas irrevocablemente a ser absorbidas y devoradas por las razas superiores, únicas capaces de fundar sobre un territorio nuevo el asiento duradero de su establecimiento social.*[35]

Luego, tras afirmar que la conversión de los indios al catolicismo era un precepto constitucional que había que cumplir, señala que a tal fin "la civilización necesita emplear todos los medios en esta obra de reducción pacífica".

El proyecto de ley gubernamental señalaba que "la palabra del Misionero" era "por sí misma insuficiente", y debían ir en su ayuda "agentes más poderosos". Citaba además al presidente de Estados Unidos, Ulises Grant, quien sostenía y ponía en duda la posibilidad de que los indios pudieran incorporarse a la civilización. Asimismo, algunos hombres de la Iglesia hacían denodados esfuerzos para lograr la incorporación de los indios a la sociedad nacional a través de la enseñanza de los preceptos cristianos, que mandan considerar a los hombres como iguales, todos hermanos de Cristo e hijos de Dios.

Los caciques comenzaron a aceptar que el dios creador de los mapuches (*Nguenechén*), era el mismo que el de los *huiricas* y que

35 Archivo General de la Nación, Legajo 155, Julio A. Roca, p. 10, informe para la Memoria de Guerra y Marina (1879).

había buenos cristianos y malos cristianos, del mismo modo que había indios buenos y malos.

Muchos misioneros se ganaron el afecto de los caciques y lograron su conversión al cristianismo, pero la obra que se había propuesto la Iglesia se vio frustrada en el interior de las pampas. Concluida la "campaña al desierto" de Roca, a excepción de la labor de los misioneros de Junín y Los Toldos, entre otros, el grueso de la tarea se concentró en la isla Martín García, donde fueron confinados muchos de los indígenas capturados.

Los indios llegaban a Buenos Aires poco menos que desnudos y, para colmo de su infortunio, se declaró entre ellos la temida peste de la viruela, que tanto daño solía hacer entre las tribus del desierto. Sabiendo el destino que tendrían todos los detenidos, monseñor Aneiros solicitó al padre Révelliere misioneros con destino a Martín García para átender espiritual y materialmente a los indios. El 28 de diciembre de 1878 le contestó el titular de la Orden de los Lazaristas que le iba a enviar a dos misioneros cuando Aneiros lo juzgara oportuno. El 10 de enero de 1879, el ministro de Guerra dispuso que el misionero José Birot pasara a esa isla a prestar sus servicios como capellán en reemplazo del padre Gabriel Magaña.

Los primeros contingentes de aborígenes llegaron a la isla Martín García a principios de 1879, luego de haber recibido algunos la vacuna en experimentación llamada *virus vacinicus* en las afueras de Buenos Aires o en los fuertes y fortines de frontera, si es que la poseían.

Con fecha 30 de abril de 1879, Roca dictó una orden general a los jefes que tuvieran indios a su cargo:

> *Ya sea en servicio, en calidad de amigos o prisioneros, pongan el mayor cuidado en que éstos se sujeten a las buenas costumbres de la civilización prohibiéndoles absolutamente el casamiento con dos o más mujeres y las demás ceremonias de la tribu que ofendan de cualquier modo la moral y decencia, para cuyo cumplimiento usarán, no sólo el buen consejo, sino también de medidas represivas, si fuese necesario.*

La moral, las buenas costumbres y la religión cristiana condenaban tener más de una esposa; nada se decía de las amantes. Tampoco en la legislación, que sólo penaba el adulterio de la mujer, siendo delito en el hombre únicamente si existía "manceba".

Numerosos documentos dan cuenta de la inmediata incorporación de indios a la Armada, el rechazo de algunos por "inútiles", luego de haber sido evaluados físicamente y constatado que padecían alguna enfermedad. Pero, como dijimos, la mayor demanda fue de mujeres para el servicio doméstico a cambio de cama y comida. Si no aceptaban... a Martín García.

Luis María Campos requería por nota al jefe militar del presidio que al regreso del lanchón *Don Gonzalo* remitiera treinta indias "de las que existen presas en esa isla, eligiendo las de mejor talla y constitución física, observando en la elección mucha prolijidad pues en las que últimamente se remitieron han resultado muchas inútiles. El oficial que las conducirá tiene la comisión de elegirlas".

El 19 de febrero se dispuso la remisión de prisioneros en el vapor *Santa Rosa* (98 hombres, 120 mujeres y 13 niños y ancianos) y que a la vuelta regresaran a la Capital Federal todas las mujeres indias y sus hijos que estuvieran en condiciones. Volvieron 63 mujeres y 35 criaturas.

También había pedidos especiales. Sólo por citar algunos: una china y dos chicos, varón y mujer, para el juez correccional doctor Boneo; una familia india "de las que existen en la isla" al teniente coronel don Eu- doro Balza; el pedido por el indio Jacinto Segundo Tucepán; el pedido para que el capitanejo Lepitruz fuera remitido a la Villa de Mercedes (San Luis) a disposición del teniente coronel Rudecindo Roca; 11 familias completas para el señor Gregorio Torres; 50 mocetones que había seleccionado el coronel Ignacio Fotheringham; 150 indios para instrucción en la Marina a pedido del ministro Julio A. Roca; otros tantos al bergantín goleta *Rosales* para instruirlos en trabajos de marinería; 10 familias completas: 8 nuevamente para don Gregorio Torres y 2 para el gobernador Carlos Casares. Curiosamente, en este pedido se instruye que si algunas chinas no tuviesen marido, se le pongan algunos de los que existen en la isla. También hay frecuentes pedidos para que se remitan a la

Capital Federal todas aquellas familias que estén en condiciones.

Los jefes y oficiales de la isla también pedían indias, y el comandante Matoso elevó la solicitud a Luis María Campos el 30 de enero de 1879. Lamentablemente para los solitarios muchachos de la isla, cuatro días después se les hizo saber que no podía hacerse lugar a ese pedido, "por cuanto están esas chinas a disposición del Excmo. Gobierno".

Conforme la documentación del Archivo de la Armada, que estoy citando, el 1 de febrero se dispuso la remisión de 165 camisas e igual número de calzoncillos para hombres y 185 camisas de mujeres, con prevención de que fueran distribuidas proporcionalmente con arreglo a las edades.

Reclamos estremecedores

Es relativamente poco lo que conocemos sobre Pincén en la isla, pero podemos saber qué ocurrió allí durante el tiempo en que estuvo detenido. El estado de debilidad -por falta de alimentación- en que arribaban los contingentes hacía poco menos que imposible resistir airosamente las afecciones. No se originó "la peste" en las tolderías, como algunos sostienen; fue traída por los europeos, aunque encontró ámbitos propicios de propagación en las tolderías dado el estado de miseria y desnutrición padecido por los indios en los años previos a la culminación de la contienda.

Señala en su obra el cardenal Copello (1944):

> *A principios de febrero de 1879, Monseñor manda la siguiente circular: la viruela se ha desarrollado notablemente y hace muchas víctimas entre los indios residentes en la Isla de Martín García, que ascienden actualmente a unos setecientos y serán ineficaces los cuidados y esfuerzos de las Hermanas de Caridad enviadas por el Excmo. Sr. Arzobispo a dicha isla para auxiliarlos, si no se les proporciona, a la brevedad posible, los recursos de que carecen.*

En los primeros días de febrero de 1879 llegaron los dos misioneros lazaristas a la isla, los presbíteros José Birot y Juan Cellerier, de

profunda vocación cristiana, demostrada durante esos años de abnegado servicio que dedicaron a los nativos presos. A poco de llegar, los informes y reclamos del padre Birot eran estremecedores. Los indios llegaban en estado calamitoso y en la isla no había alimentos para darles. La subvención mensual que el gobierno enviaba era insuficiente y motivaba permanentes reclamos.

La prisión que soportaban los aborígenes en Martín García no era en absoluto pasiva. Por el contrario, durante la mayor parte del tiempo se los hacía trabajar en el monte o picando piedras que se destinaban luego al empedrado de las calles de Buenos Aires. Por lo demás, siempre había cosas para reparar o construir en aquellas instalaciones.

Los trabajos eran ordenados por la autoridad militar de la isla, pero la Iglesia, gracias a los reclamos de Birot, el 9 de febrero logró que los indios no trabajaran los domingos ni los días de "fiestas de guardar", es decir, en los que hay obligación de oír misa.

La isla no contaba con auxiliares de la medicina ni medicamentos. Las únicas enfermeras que había eran las *machis* indias, que pese a sus esfuerzos no podían contra las pústulas y la fiebre, en particular porque no contaban allí con determinadas hierbas que tenían en la pampa. El único remedio para atenuar un poco a los convalecientes era un vaso de vino generoso, que aumentaba -de forma inexplicable- la capacidad de recuperación, pero lamentablemente la gran mayoría de los indios que se recuperaban de la peste morían poco después de desnutrición.

Gracias a la preocupación de Birot y las gestiones de Aneiros, la Iglesia Católica envió a la isla tres Hermanas de la Caridad para que asistieran a los enfermos. No habiendo enfermeros, el padre Birot se erigió como "enfermero en jefe". Esa era toda la asistencia con que contaban los indios enfermos, y tal la despreocupación del gobierno nacional por su suerte. Hay que reconocer que si no hubiera sido por la Iglesia, a través del dinero que se reunía en las parroquias y el aportado por los propios sacerdotes, todos los indios presos en la isla habrían sido víctimas de la peste y el hambre.

Sobre el espíritu del padre José Birot, destaca Copello que allí, "entre el hedor de la peste, ante esas pústulas repelentes, con peligro

de su propia vida" estuvo "junto a su hermano, el indio desvalido, por amor a Cristo". Se comprenderá entonces por qué muchos indios bautizados en la isla, al ser compelidos a elegiro un nombre "cristiano", adoptaron José, que anteponían al nombre mapuche, que finalmente quedó haciendo las veces de apellido. No obstante, en las actas, Birot solía colocar "José" entre paréntesis, haciendo con este simple gesto un acto de humildad.

El vapor *Santa Rosa,* uno de los que conectaban la isla con el continente, trasladaba en su mayoría indios enfermos. Buenos Aires no deseaba tenerlos por temor a un contagio generalizado. Desde allí el padre Birot informa al Arzobispo el 2 de marzo de 1879 que la peste estaba haciendo estragos entre los indios, que los bautismos alcanzaban a 386 y que los "ladrones de Paraíso" llegaban a 81. Señalaba: "Estos indios se mueren como han vivido. En la pampa se llevaban ganado, aquí en pocos días se roban el cielo".[36]

Había transcurrido un mes de la llegada de José Birot a la isla cuando informaba al Arzobispo que ya eran 500 los bautizados. Cuatro días después le escribía que los que se encontraban sanos ya habían regresado a Buenos Aires y se hallaban allí o en los alrededores. Le hacía saber que los bautizados alcanzaban a 537 y que 140 indios habían sido incorporados a la Marina. Señalaba luego: "Casi todas las mujeres de la Parroquia han cumplido con la Iglesia; han cumplido también como la mitad de los varones".

Las Hermanas de la Caridad también fueron destinatarias de pedidos especiales por parte de los desvalidos indios. El 16 de marzo de 1879, Julio A. Roca ordenó al jefe militar de la isla que permitiera "a una de las Hermanas de Caridad en esa, a quien un indio ha legado sus dos hijas, el tenerlos o traerlos a esta Capital a su venida, si el estado de su salud lo permitiese o si no, cuidarlos allí hasta que puedan venir".

El mismo día se cumplió con la entrega.

El 3 de abril de 1879 Birot comunicó que habían salido de la isla todas las mujeres indias y los que llamaban "chusma". La decisión

36 Si bien esta frase de Birot puede resultar irónica o cruel, para la época, y tratándose de un sacerdote, era una expresión piadosa, pues ubicaba a los indios (herejes y paganos para la sociedad porteña) en un plano de igualdad.

había sido tomada en Buenos Aires, sin tener en cuenta que separaban a los padres de los hijos y a los hombres de sus mujeres. A raíz de ello pidió Birot que las novias de los indios y caciques pudieran regresar a la isla para celebrar los matrimonios.

Pero aún quedaba más de un centenar de indios prisioneros, entre los que se hallaba Pincén. El cirujano de la guarnición le hizo saber a Maximino Matoso que seguía siendo necesario continuar con la vacunación de los indígenas presos, que ya no había vacunas, y pidió que le enviaran la cantidad suficiente para vacunar "cien o más personas".

El 8 de abril, Bonifacio Zapiola informó a Matoso que habiendo declinado considerablemente la epidemia de viruela, habían quedado fuera de peligro más de 130 individuos (hombres, mujeres y niños) y podían ser llevados a otra parte sin temor a que llevasen consigo el germen del flagelo. Le comunicó además que había veinticinco enfermos, casi todos en periodo de convalecencia. No se habían registrado casos nuevos desde hacía varios días. Opinaba que en los días siguientes sería rara la aparición de algún caso, que veía innecesaria en la isla la presencia del practicante mayor de medicina que había llegado del Hospital Militar de Buenos Aires. Frente a ese panorama alentador, decía, pronto iba a ser posible suprimir el lazareto de varicosos y "reducir todos los indios al depósito general"; así pues, la asistencia médica en adelante sería fácil pudiéndola hacer el informante, sin necesidad de perjudicar a los estudiantes de medicina, que tenían que asistir diariamente a sus clases.

En Buenos Aires se realizaban colectas de fondos para ayudar a los indios de Martín García. Bajo el título "Limosna para los indios", el diario *La Nación* daba a conocer el 10 de mayo de 1879 la suma obtenida de la colecta hecha en las iglesias: 36.600 pesos moneda corriente.

El invierno en la isla debió ser muy cruel, era el primero lejos de la *mapu,* lejos de la amada pampa, de los montes de Potrillo Oscuro, donde había quedado la *ruca* (casa, toldo). El primer invierno del desarraigo es el más frío de todos porque hiela la piel, pero llega al corazón.

El padre José Birot se retiró de la isla el 6 de junio de 1879, pero

manifestó al comandante que regresaría para bautizar a los indígenas aún no bautizados. Finalmente, el 18 de julio de ese mismo año se dispuso darlo de baja de la guarnición.

Algunos familiares de Pincén y miembros de la tribu habían quedado en Junín y Los Toldos. El presbítero Manuel Seijas, párroco de Junín, había pedido enfermeras religiosas para atender los muchos enfermos de viruela. Luisa y Manuel, hijos de Pincén, habían quedado ciegos y el cacique estaba especialmente preocupado por ellos, ya que no se podían valer por sí mismos. Desde el presidio pedirá a quien será días después su madrina de bautismo y casamiento, Paula de la Fuente Pérez, que se haga cargo de sus hijos hasta que él salga de la cárcel.

El 15 de agosto de aquel año llegó un grupo de religiosas pertenecientes a la congregación Hijas de Nuestra Señora del Huerto, que contribuyeron a cambiar la situación. El sacerdote además gestionó un terreno e instrumentos de labranza para la tribu, presentándose personalmente al doctor Demaría, ministro interino de Hacienda, para acelerar el asunto. El proyecto del campo La Cruz, que finalmente sólo beneficiaría a unos pocos jefes de la tribu rendida, estaba en marcha.

Bautismo y casamiento católico en la isla

El 11 de agosto de 1879, en la Parroquia del Pilar, se bautizaron los caciques Juan José Catriel, Juan Melideo, Marcelino Catriel, Cañumil y Faustino Huanchiaquil, además de veinte indios e indias. Tres días antes, el diario católico *La América del Sud* adelantaba la noticia de la partida de padres lazaristas para *"bautizar a los famosos caciques Epumer Rosas y Pincén"*. En nota formal de Luis María Campos al jefe de la isla, coronel Donato Alvarez, se consignaba que se iba a *"cristianar a los indios de Pincén, Epumer Rosas con sus caciques respectivos y a los indios marineros del bergantín* Rosales".

La esposa principal de Pincén se encontraba con él, como de costumbre, para las ceremonias previstas. Sin embargo, éstas se realizaron casi cuarenta días después de publicada la noticia. La demora puede atribuirse a la tardanza en el arribo los familiares de los caciques, pues la intención era hacer todos los actos religiosos el

mismo día.

Así llegó el 15 de septiembre y, sin que faltase nadie en la capilla, la primera en bautizarse fue la esposa de Pincén: Paula Laitú. Indudablemente dijo su nombre abreviado: Llaitú (de Llaitupán), y le fue impuesto el nombre *huirica* de su madrina en la ocasión: Paula de la Fuente Pérez. Su padre había sido el cacique Rincunecul, más conocido como Andrés Rinqué (o José Rinquín), incorporado en 1863 a la tribu de Coliqueo en Los Toldos.

Luego se bautizó al cacique Pincén como Francisco Pincén Cathunao. Sabemos por qué manifestó sus nombres mapuches (*Pincén*, su apodo guerrero, y *Cathunao,* el nombre familiar), pero ignoramos por qué le fue agregado *Francisco.* Es muy posible que haya sido obligado a adoptar un nombre cristiano, al igual que su esposa, y que se lo llamara así por haber sido apodado "Pancho" en la isla.

Seguidamente se bautizaron un hijo y una hija de ambos: Simón Martín Nahuel-Guor e Ignacia (Cathinao) Martina. En el último caso parece que se anotó primero como Ignacia Cathinao, imponiéndosele después el nombre *huinca* Martina (probablemente porque su madrina se llamaba Martina Clavero Harepi), lo que obligó al párroco a colocar el apellido familiar o de linaje entre paréntesis.

Luego se realizó la ceremonia en la cual el cacique Pancho Pincén Cathunao confirmó ante la fe católica apostólica romana su matrimonio con Paula Rinqué (Llaytupán Rinqué). Nuevamente fueron padrinos Paula de la Fuente Pérez y el sargento mayor Bonifacio Zapiola.

Pincén continuó prisionero en Martín García, pero más tarde su esposa Llaytupán volvió a Los Toldos (General Viamonte) donde estaban algunos de los hijos de ambos y otras familias. Allí lo esperó a Pincén hasta que salió del presidio. El Censo de 1895 revela que allí vivía en ese año, hasta que se trasladó a Trenque Lauquen, donde quedó al cuidado de sus dos hijas y muchos nietos. Murió el 7 de mayo de 1917.

Nahuel Payún, preso con Pincén

Se dice que Nahuel Payún, el fiel y leal segundo cacique de Pincén, era su tío; no se sabe aún si hermano de su padre Ayllapán o

de su madre Amuypán, pero sí que lo acompañó en todo momento y en las circunstancias más difíciles declaró por carta y ante las autoridades de frontera su lealtad a Pincén. Ahora también estaba preso con él. Había sido remitido a la isla el 6 de enero de 1879, en el lanchón *Don Gonzalo,* junto con otros dos capitanejos. Fue bautizado meses antes que Pincén, el 11 de mayo de 1879. Y del mismo modo que a Pincén y tantos otros, a Nahuel Payún le fue impuesto o adoptó el nombre "José", en este último supuesto tal vez por admiración a la labor del padre José Birot. Fueron sus padrinos el cacique Juan Andrés Antumil y Angela Harespi.

Nahuel Payún fue tal vez el mejor capitanejo que tuvo Pincén. Su nombre significa "Barbas de Tigre"; se lo llamó así por la forma en que le crecía la barba: incompleta, destacándose la abultada patilla. De frente se vería como un tigre, con los pelos hacia los costados. El final de sus días lo halló dedicado a la actividad agropecuaria. Tras recobrar su libertad, tomó el apellido Blanco y fue criador en la provincia de San Luis, en las cercanías de Cerro Varela. El conocido investigador pampeano Enrique Stieben afirma que falleció en Telén, provincia de La Pampa, en 1908.

Avasallamientos, resistencias y disposiciones

Muchas veces, los médicos se encontraban con grandes dificultades para desarrollar su labor. El jefe militar de la isla Martín García le había encargado al cirujano de la guarnición que revisara a toda la población indígena para detectar probables casos de enfermedades venéreas y sifilíticas. Puede el lector empezar a imaginar qué fue lo que ocurrió. El médico Gabino O'Donnells contestó que habiendo hecho reunir a las mujeres del batallón Artillería de Plaza del Piquete Guardacostas (y a algunos de los indios presos), cuando procuró que se desnudaran para reconocer su estado mediante la debida inspección científica, absolutamente todas se resistieron, y que debido a ello nada pudo informar.

No fue el único inconveniente a superar. En los primeros días de abril de 1880, las autoridades de la isla dispusieron que se les cortara el pelo a los indios presos. La medida no fue del agrado de algunos, que se resistieron provocando grandes disturbios, lo que

llevó a los jefes a comunicar lo sucedido a Buenos Aires y que se implementaran castigos.

Con el paso de los días se fueron apaciguando los ánimos y quedó probado que los caciques no habían aprovechado los disturbios para sublevarse. Con fecha 6 de abril, Luis María Campos le escribe al jefe de la isla, Donato Alvarez:

> *Si como creo los caciques Catriel no tomaron parte en el suceso de que dio V.S. parte cuando se trató de cortarles el pelo, disponga V.S. se les quite [los] grillos que hoy llevan.*

Al día siguiente, Donato Alvarez procedió a cumplir la disposición, aclarando que efectivamente los Catrieles no habían participado del alzamiento, y que los grillos les habían sido puestos por haberlo ordenado la Comandancia General de Armas.

El 25 de mayo de 1880, el segundo jefe de la isla, Maximino Matoso, manifestó su preocupación al ministro Luis María Campos por el tiempo de detención que llevaban los caciques Epumer Rosas y Pincén sin que se les hubieran quitado los grillos. Lo mismo le preocupaba respecto de los capitanejos Melideo y Cañumil. Luis María Campos le contestó el 1 de junio que en esa fecha se había dispuesto quitarles los grillos a los mencionados caciques. Matoso hizo efectiva la medida el 3 de junio al recibir el oficio de Buenos Aires, dejándolos en las mismas condiciones que a los hermanos Catriel. La razón fundamental fue que no habían participado en el alzamiento registrado en la isla (posiblemente cuando se resistieron a cortarse el pelo).

Hechos criminales ocurrían con frecuencia entre la tropa de la guarnición y los presidiarios. Por eso Joaquín Viejobueno, comandante general de armas, le ordenó a Matoso el 25 de enero de 1881 que los reprimiera con los medios a su alcance, para que dejaran de ocurrir.

Con fecha 14 de febrero de 1881, dos hijos del cacique Epumer Rosas salieron del presidio hacia la Capital Federal, retirados por el sargento mayor Bonifacio Zapiola.

El trabajo en la isla era intenso y permanente, pero no sólo aquel

que cotidianamente los mantenía ocupados. El 30 de enero de 1882, un fuerte temporal provocó una creciente del río nunca antes vista allí. Los destrozos en casi todas las instalaciones fueron enormes y en particular se derrumbaron los precarios sitios donde se alojaban los indios. Donato Alvarez, a cargo de la guarnición, dio al inspector y comandante general de armas, Joaquín Viejobueno, un resumen de lo ocurrido en la isla, en particular con los indios prisioneros, durante 1881 y hasta el 1 de febrero de 1882:

> *Es sorprendente, señor comandante general, el cambio que se ha operado en estos indios desde su arribo a esta isla hasta la fecha: ya no son aquellos hombres que habitaban nuestra extensa pampa; no son aquellos que se oía con frecuencia su alarido salvaje de guerra, de destrucción y de sangre, ya no son aquellos valientes para el saqueo y el pillaje; ya no son en fin aquellos que les horrorizaba el trabajo honesto y honrado [...]*
> *Hoy pueden rivalizar con los mejores obreros del mundo; verdad es que, para despojarlos de esos hábitos salvajes y de indolencia, se ha precisado, es indudable, disponer de una voluntad de hierro, de una perseverancia a toda prueba; pero se ha conseguido el objeto. Todas las obras de propiedad del Estado que existen en esta isla se conservan en el mejor estado posible por el cuidado prolijo y trabajo cotidiano de los indios. La plantación de pastos artificiales para el sostenimiento de muías y caballos que se emplean en el servicio del gobierno, los edificios de material que se han levantado, la elaboración de millones de ladrillos, la conservación de las baterías, caminos cubiertos y demás calles, cuidado de hospitales y de puertos, obras de carpintería y herrería, todo es ejecutado con la cooperación de los indios.*

Luego se avanza en recomendar la mano de obra allí existente para hacer ladrillos destinados a grandes obras públicas, colchones para los hospitales de Buenos Aires, entre otras cosas. Las maravillas que informaba el jefe militar de la isla respecto de las condiciones de

vida de los indios prisioneros se contraponen con lo que nos cuenta el propio Pincén, como se verá.

El 1 de mayo de 1882, mediante orden general N° 145 de fecha 30 de abril, los aborígenes del lazareto que padecían alguna dolencia fueron revisados por el médico cirujano Luis Nelli. El paciente masculino que en planilla figura con el número 37 es el cacique Pincén, el cual registra como dolencia un "tumor". Es la segunda constatación de que el cacique tenía un tumor, tal como lo señala Zeballos en su entrevista realizada en el batallón 6: "Pincén tiene un tumor de tamaño colosal en una de sus rodillas".

Mientras Villegas se encontraba llevando a cabo las últimas etapas del plan militar en el sur patagónico, Pincén le envió la carta ya mencionada con fecha 6 de mayo de 1882, dándole trato de amigo. A modo de ruego le pedía su libertad con desgarradoras palabras, las que revelan la situación lastimosa en que se encontraba el cacique y los demás indios prisioneros:

Señor general:
Aquí me tiene usted padeciendo, enfermo y con mis hijos ciegos, Luiza y Manuel, que quedaron ciegos de la viruela en Junín. La única que está bien es Ignacia, que se la he dado a nuestra madrina hasta que usted me saque de este presidio como me prometió ya, mi general amigo.
Estoy más para morir, pueden pedir un informe al médico.
Yo me siento morir al ver a mis hijos tan desgraciados y que no pueda yo darles ni un pan.
En fin, mi general, si usted es padre sabrá hacerse cargo de lo que sufro. Si consigue mi libertad tiene un esclavo mientras viva.
José Pincén (cacique)

Si a Ignacia la he dado, ha sido por conservar su honor. Usted me recomendó lo conservase y aquí es imposible porque estamos en un cuartel todos juntos y yo todo el día en los trabajos.

Y si bien al enviar Pincén esta carta, Conrado Villegas no había

alcanzado el grado de general, fue premiado por la operación realizada en el sur y ascendido a ese grado meses después, el 3 de noviembre de 1882.

Cuando ya se hicieron sentir los primeros grandes fríos de la estación, el jefe militar de la isla pidió a Viejobueno que le gestionara "una ración extraordinaria de café y azúcar" para los indios presos que trabajaban en las obras y no recibían sueldos. Era un pedido para los meses de invierno, como lo habían tenido años anteriores. Al día siguiente se negó tal gasto alegando que el presupuesto no podía abastecerlo.

Varios meses habían pasado desde que Pincén pidiera su libertad. Pero Villegas, quien lo había privado de ella, ahora no se la podía devolver, pese a que había prometido hacerlo. Pero las gestiones para obtener la libertad de Pincén existieron, al menos las de don Ataliva Roca, hermano del presidente de la República.

CAPÍTULO 7
Ultimas noticias

En libertad

Afirma Dionisio Schoo Lastra que el anciano cacique salió de la isla Martín García cuando tuvo lugar la epidemia de cólera. Por de pronto, resulta difícil asociar estos dos acontecimientos, porque en Buenos Aires hubo varias epidemias de cólera; pero a juzgar por los hechos que en enero de 1883 lo hallarán en libertad, debió de ser liberado en los últimos meses de 1882.

Schoo Lastra (1951) revela detalles del reencuentro de Pincén con antiguos conocidos. Estaba allí en la isla, resignado a que el cólera terminara con su existencia, tal vez pensando que Villegas no había cumplido su promesa de sacarlo del presidio, cuando Ataliva Roca pidió a su hermano, el presidente, que le permitiera sacarlo de allí:

> *Pena le daba que aquel valiente de la pampa en desgracia y ya inofensivo, concluyera innoblemente en poder de los cristianos, sentir que compartió su hermano el presidente.*

Con los recaudos del caso por el riesgo del contagio, salió de la isla en la embarcación del médico que iba diariamente a la misma, en la que llegó a buscarle Vargas. Grande fue la alegría de Pincén al verlo y hablar con él. Allí nadie entendía su idioma.

Don Pablo [Vargas] lo llevó a una tienda de artículos de hombre proveyéndole de prendas de vestir; y así, con indumentaria ciudadana y bien empaquetadas sus pilchas pampas, se instalaron aquella tarde en la casa [...]

Aquella noche en Buenos Aires, calle Santa Fe, entre Azcuéna- ga y Larrea, numeración impar, en la residencia señalada con el número 2363, tenía lugar una recepción, uno de los tantos grandes bailes que hicieron época en el tradicional ambiente porteño de aquel entonces [...] La hilera de carruajes dejaba su contenido bajo la marquesina de la galería de la lona improvisada, cuya alfombra llegaba hasta el cordón de la acera. En el jardín de entrada, desde el exterior de la lona, por una rendija de la misma, espiaban el acceso de los invitados dos gauchos trajeados de puebleros, uno de los cuales se volvía a su compañero exigiéndole compostura porque cada vez que dos camareras con hábiles manos extendían las colas de los vestidos de las invitadas, el paisano tentado se oprimía la boca con las manos, conteniéndose por no estallar de risa, lo que a su pesar y con contrariedad de su compañero fue tan en aumento que este último, tomándolo de un brazo se lo llevó hacia el interior por un gran espacio abierto al costado del edificio.

En su recorrido se detuvieron ante una de las grandes ventanas a través de cuyas celosías se percibía el interior, mirando hacia donde, el que se había estado riendo, dijo, aludiendo a alguien que descubrió adentro: "¡Faillu Toro!". Se refería al dueño de casa que a la entrada de uno de los salones, con su esposa, recibía a sus invitados. Al rato el inesperado ruido de cierre de una de las aberturas en lo alto del edificio hízole mirar hacia allí donde algo lo impresionó

de tal manera que, emitiendo un gruñido gutural, echóse resueltamente hacia atrás, tirando de la manga a su compañero que no se explicaba lo que ocurría, y se lo preguntó.
Tratábase de un balcón del piso alto, sobresaliente, que lo atemorizaba, persuadido de que podía caerles encima. Continuaron paralelamente a la casa hacia el interior por el extenso jardín arbolado, al final del cual otro cuerpo del edificio daba a la calle Arenales. Eran las cocheras en cuyo piso alto tenían ellos sus habitaciones; hasta allí llegaba el eco de las orquestas. Eran el capitán Pablo Vargas y el cacique Pincén, recién alojados en casa del señor Roca a quien, a través de la ventana, reconoció el último.
A la mañana siguiente, próximo ya el mediodía, estaban los dos al final del gran jardín tomando amargos de aperitivo. Hallábase con ellos el hijo del señor Roca, joven de quince años [...] Tenía de la mano a un niñito que pocos palmos sobresalía del suelo, Manuelito Rodríguez, llegando a saludar a su madrina de bautismo, la dueña de casa, en oportunidad de estrenar sus primeros pantalones que, absorto, contemplaba el viejo cacique [...]
Así estaban cuando llegó hasta ellos el dueño de casa que recién iba a ver al cacique desde su salida de la isla. Cordial, sonriente junto al indio que permanecía sentado en su sillita, al palmearle la espalda detrás del hombro izquierdo, penetró involuntariamente su mano en una acentuada hendidura.
El indio se puso de pie y empezó a desnudarse el busto, hablando a Vargas, que le explicó al señor Roca: Pincén quería mostrarle algo y en efecto muy ufano el aludido le hizo ver bajo la clavícula izquierda de frente una cicatriz y volviéndose, en la espalda a la misma altura, otra mucho mayor, la salida del proyectil de fusil que lo había bandeado diciendo en castellano:
-¡No matando Picen... ah!
-Bien, muy bien. Dígale, Pablo, que lo felicito. ¿Y cómo se en-

cuentra ahora?
-Está bien. Contento desde que me vio ayer y más a gusto desde que tiene la sillita, no la deja; se queja de lo molesto que lo ha pasado hasta ahora con las sillas altas, no le gustan; es el mejor obsequio que podía hacérsele. Anoche estuvimos mirando la fiesta, ¡cuánta gente!

-¿Qué le parecieron a Pincén las buenas mozas?
-No le gustaron.
-Pregúntele dónde quiere vivir.
-Está deseando que se lo saque de aquí; quiere estar en el campo y con los suyos.
-Que lo resuelva a su gusto. Podemos llevarlo a San Francisco en Junín, junto a la Mar Chiquita, o, si prefiere, a los Montes de Potrillo Oscuro donde estoy poblando La Segunda. Allí está su casa Malal, intacta, próximas a ella se construyen las poblaciones del establecimiento. Una vez que se decida, usted se encargará de instalarlo donde le plazca.
-Ya me ha dicho donde quiere ir, pero sin saber lo que usted le ofrece ahora.
Dirigiéndose don Pablo al cacique en su idioma, se le animó el semblante al oír lo que se le proponía. Demoró su respuesta, que dio sólo después de terminar y hacer roncar el mate que tenía en la mano [...] valoraba el ofrecimiento de volver a los que fueran sus montes; pero [...] ya no eran para él lo mismo. Bien pensado prefería, si le era permitido, levantar su rancho por la laguna de El Dorado, cerca del de don Pablo.
-¿A usted le parece bien? -dijo el dueño de casa.
-No tengo ningún inconveniente -señaló Vargas-, Le gustó porque están instalados allí algunos indios de su tribu que han llegado con tropillas de él y otras cosas suyas, según me han hecho escribir mis hijos.
En aquel momento llamaron al dueño de casa, que antes de dejarlos preguntó a don Pablo qué tal les daban de comer.
-A mí muy bien. El se alimenta; pero no muy a gusto cuando

sirven pastas o pescado, lo que ni prueba, saborea el asado, mas extraña la carne de potro. Le alegra saber que pronto nos iremos de la ciudad.

Y en los días que quedaron allí y después en el sereno ambiente de El Dorado, conversando tantas veces, supo Vargas por el mismo Pincén cómo lo habían capturado [...] cómo le habían robado sus indios a Villegas sus célebres caballos blancos [...]

Conversaban don Pablo y el cacique de tantas cosas. Así recordó el primero que una vez, en Ancalú Grande, a poco de señalarlo él para el fuerte que fue Lavalle Norte, él don Pablo, después de una brava jornada con los suyos, cansados, "muy peleados"; estaba mudando el caballo con ellos, cuando por sobre el lomo humeante del suyo, después de haberle volteado el apero, vio pasar cerca dos indios principales en sus caballos livianos de pelea, ¡qué pingos!: un zaino y un tostado. Uno de ellos ya en pelo y el otro, el del tostado que quería verlos a ellos, levantó el muslo, desprendió el correón soltando la cincha y soliviándose echó atrás todo su recado, por sobre el anca de su caballo.

Lo arrojó al suelo y pasando de la media rienda a la carrera se puso a la par de su compañero.

-¿Quiénes eran? -le preguntó Pablo Vargas a Pincén.

-Yo y el del tostado, Pichi Pincén, mi sobrino.

-¡De saberlo los sigo hasta quién sabe dónde y los tomo!

-¿Tomarnos...? ¡Ahora estamos tomando mate! ¿Cómo no lo tomó usted a Pichi Pincén cuando le salió solo detrás del médano con su caballo sin apero ni riendas y se les arrimó a usted y a sus junineros? ¿No se da cuenta de que a él y a mí tampoco nos hubiera alcanzado?

Frunció el seño Vargas; pero al prorrumpir el cacique en una exclamación, ambos coincidieron en la emotiva evocación de un recuerdo.

-¿Y el "moro de Salgado"? Para ustedes un parejero de tiro corto pero para nosotros, cuando lo tuvimos [...] ¡nunca se

vio otro igual!

Los indios de Pincén habían tomado ese famoso caballo de los pagos de Junín, y en otro malón llevado por los indios de Pincén a Rojas, los paisanos de Bragado lo recuperaron del capitanejo que lo montaba, que murió de un tiro de carabina y a su lado quedó el "moro" con una mano rota en la rodada.

De ello habían quedado hablando el cacique y don Pablo, completándose en su diálogo pormenores del suceso.
A la conversación la terminó el primero, explicándole a su interlocutor cómo y por qué sus caballos eran tan buenos. Según él, debíase a varias razones. Al avanzar la frontera y con ella los cristianos, miles de baguales huían al desierto y a sus montes, donde ellos elegían los mejores. También en sus aduares ellos adiestraban y, sobre todo, ejercitaban constantemente a los que tenían en uso. Y en viaje, no cometían el error de exigirles marcharan a la par, lo hacían dispersos permitiendo que cada animal tomara su andar natural, lo que contribuyó a que sus jornadas normales pudieran ser de treinta leguas.

Por entonces, Julio Costa Paz le dirigía una carta a Segundo Roca diciéndole que "los indios de Pincén, recién reducidos, con su célebre cacique situado allí, a un paso, junto al rancho del capitán Vargas en la laguna El Dorado", se habían transformado, gobernados por Segundo Galeliano, "en eximios cuidadores de planteles puros de vacunos yeguarizos y lanares, cuyos padres de cabaña; padrillos, toros y carneros se tenían estabulados en galpones de paja y barro confortables".

Al norte de Lincoln (entonces en el partido homónimo, hoy partido de Leandro N. Alem, Vedia), en los campos que primero fueron de Ramón Buhigas y luego de Juan Coquet, desde 1884 funcionó un centro agrícola llamado El Dorado, que recibió el nombre del paraje y la laguna homónimos. Se hallaba próximo a la

estación Vedia del ferrocarril de Junín a Mercedes. En el centro-sur del predio, que entonces tenía más de 16.000 hectáreas, se encontraba la laguna, en lo que llaman el Bajo Hondo. Cercano a los campos de Ataliva y Agustín Roca, antes partido General Arenales, el lugar es una gran depresión circundada por médanos que le dan el aspecto que describe su nombre.

Schoo Lastra (1951) indica otros datos respecto de la ubicación exacta del lugar. Cuenta que junto a la laguna El Dorado, donde después estuvo la estancia de Benito Villanueva, tuvo su rancho el teniente coronel Pablo Vargas, y que allí había de llegar después el mismo cacique. A su salida de Martín García en libertad relativa, acota, "con los familiares que le quedaban se radicó en las márgenes de la laguna de El Dorado junto al rancho de don Pablo Vargas ya en retiro. Allí transcurrió el resto de su existencia". Esta última afirmación no se ajusta a la verdad, pues como veremos Pincén no se radicó definitivamente en ese paraje.

Los más memoriosos del aún hoy sereno paraje El Dorado tienen noticias de este asentamiento de Pincén y sus indios en la pendiente de la gran loma, sobre una de las márgenes de la laguna o del Bajo Hondo. La gente del lugar y los investigadores de Vedia tienen conciencia de la presencia del cacique y su gente en el lugar, aunque en los registros de Estado Civil de las ciudades de Vedia y Lincoln no surja información. Sí la hay en la parroquia Inmaculada Concepción de Lincoln.

Allí, en el fuerte Lavalle (cercano al lugar) vivía Ignacia Pincél (escrito así en el documento parroquial) en 1889, veintisiete años y de profesión planchadora. Ella bautizó el 25 de marzo de ese año a dos de sus hijos: Marcos y Paulino Pincél. ¿Será aquella que el 6 de mayo de 1882 Pincén menciona en la carta dirigida a Villegas?: "La única que está bien es Ignacia, que se la he dado a nuestra madrina [...] Si a Ignacia la he dado, ha sido por conservar su honor". Probablemente se trate de aquella joven que en Martín García fue bautizada como Ignacia (Cathinao) Martina, teniendo en la ocasión como madrina a Martina Clavero Harepi. Cuando Pincén dice "nuestra", tal vez se refiera a quien actuó como

madrina en la mayoría de las ceremonias celebradas ese día, Paula de la Fuente Pérez.

No hallamos en los años siguientes noticias sobre Ignacia y sus hijos en Vedia, pero sabemos que descendientes del cacique han vivido en una amplia zona con epicentro en Junín y también en otros lugares del país. El grueso de ellos se encuentra en Trenque Lauquen, donde la comunidad es más arraigada.

Las memorias de un antiguo poblador de El Dorado, el doctor Juan S. Green (escritas en 1880 en inglés) refieren que allí había un asentamiento indígena, establecido luego de finalizada la "campaña" del general Roca.

El sereno ambiente del lugar dejó de ser sereno hacia mediados de 1883.

Se encontraba Pincén con su gente en El Dorado cuando un corresponsal de *La Campaña* en Lincoln lo vincularía a un hecho ocurrido en el corazón de la actual provincia de La Pampa (Loan Lauquen), que adquirió gran resonancia en Buenos Aires: la muerte de William Me Clymont, de su capataz Alexander McPhail, de su amigo Andrew Purvis y de varios peones.

Durante décadas, según José Mayo (1970), el suceso marcó una bisagra histórica entre los pobladores de Trenque Lauquen. Cuando tal o cual circunstancia no se podía ubicar temporalmente, se solía decir: "¿Eso fue antes o después de la muerte del inglés?".

La muerte del inglés

William Me Clymont -o don Guillermo, como todos le decían- había nacido el 18 de julio de 1834 y tenía cuarenta y ocho años cuando ocurrió el suceso que acabó con sus días.

Hacia 1882 tenía su estancia La Caledonia en Cañuelas, cuando una larga serie de lluvias inundaron su campo y se le murieron ahogadas muchas de sus ovejas. Celedonio Pereda, fundador de la estancia Nueva Castilla, relata en sus memorias que Me Clymont había llevado el ganado a Trenque Lauquen por una sequía en Cañuelas. Por entonces, el gobierno ofreció en venta y a muy bajo

precio grandes lotes de campo “libres de indios”, en los territorios nacionales recientemente conquistados. William Me Clymont hipotecó sus estancias y compró 50.000 hectáreas de campo en Loan Lauquen. Como tantas otras que procuraban adelantarse a la llegada del ferrocarril, se trataba de una inversión con futuro, puesto que el tren ya llegaba hasta 9 de Julio y se tenía el proyecto de llevarlo hacia el oeste hasta Trenque Lauquen. En poco tiempo la inquietud de Me Clymont lo condujo a la tragedia. Sin tomar en cuenta el consejo de sus amigos, no quiso esperar a que sus dos hijos mayores regresasen de Escocia, donde se hallaban estudiando, y decidió en cambio partir solo hacia el oeste y asentar en su nueva propiedad diez mil cabezas de ganado.

Ante rumores de que la zona no estaba del todo libre de indios, Me Clymont se resuelve a pedir ayuda militar al presidente Roca, pedido que éste rechaza aduciendo que no estaba dispuesto a dispersar soldados en cada establecimiento de fronteras. Fue el presidente quien le sugirió que armara un grupo de peones.

Resuelve entonces Me Clymont tomar un grupo de hombres, entre ellos el capataz escocés Alexander McPhail, el compañero de estancia Andrew Purvis, y nueve o diez peones, todos ligeramente armados. Desde la terminal del ferrocarril en 9 de Julio, viajaron con el ganado y carros de bueyes llenos de provisiones y postes de alambrado, atravesando el más avanzado establecimiento civilizado, hacia el oeste, Trenque Lauquen.

En junio de 1882, Celedonio y Eulogio Pereda, dos de los primeros colonos rurales trenquelauquenses, preparaban en el establecimiento rural 13 de Abril (uno de los que poseían, situado al norte del ejido urbano de Pehuajó) una incursión de reconocimiento de las tierras que más allá de la frontera de Trenque Lauquen -al igual que Me Clymont- habían adquirido al gobierno nacional.

En enero de 1883 Eulogio Pereda partió desde 13 de Abril con idea de inspeccionar el campo, pero una vez que llegó a Trenque Lauquen las autoridades no le permitieron salir debido a los rumores de que andaban los indios.

Desde la ocupación de la nueva línea de fronteras, el manejo administrativo fue realmente dificultoso. Por ello se determinó que los jueces de paz de Lincoln extendiesen su jurisdicción hasta Trenque Lauquen, por ser aquel partido el último que lindaba con el desierto en la región noroeste. Para 1882 se habían establecido subcomisarías subordinadas a la Municipalidad y al Juzgado de Paz de Lincoln, entre ellas la del fortín Lavalle, que el 9 de junio de 1882 fue trasladada a Trenque Lauquen y extendería su jurisdicción desde Gainza al norte hasta el fortín Necochea al sur, y desde Las Tunas al este hasta el límite de la provincia al oeste, poniéndose los delincuentes capturados a disposición del juzgado de Bolívar.

El 1 de enero de 1883 el gobierno de la provincia había tomado posesión de Trenque Lauquen puesto que antes era considerado territorio nacional. En consecuencia, se designó un subcomisario de campaña como única autoridad. Se retiró el escuadrón del 10° de caballería y los cuarteles pasaron a ser denominados “de policía”. La dotación policial, 29 hombres entre superiores y subalternos, recibió equipamiento el 2 de marzo de 1883. Nadie imaginaba entonces que el flamante vestuario se iba a estrenar con motivo de un episodio que conmovió a la provincia y a la Capital Federal. La población total en Trenque Lauquen era de escasos 409 vecinos.

No obstante existir una autoridad policial local, el subcomisario Máximo Reynoso, tomó intervención la autoridad superior, el comisario volante Juan Sustayta, que tenía su jurisdicción sobre la zona, conduciendo una partida integrada por la policía rural y vecinos de Trenque Lauquen.

La cantidad de ganado de Me Clymont allí era tan grande, que al parecer no había corrales que pudieran contenerlos. Cuenta Celedonio Pereda que la carne en aquellos tiempos en Trenque Lauquen era de contrabando, y se comía cuando al capataz de Me Clymont “se le ocurría carnear alguna de las muchas mestizas que poblaban y se paseaban por las calles de Trenque Lauquen”.

Sin hacer caso a las advertencias, Me Clymont y quienes lo

acompañaban se adentraron en el territorio de la actual provincia de La Pampa. La mayoría de ellos no regresaría jamás. Pocos días después, uno de los peones de Me Clymont regresó a Trenque Lauquen porque casualmente se había herido con un cuchillo, y contó que los demás estaban bien y trabajando en el oeste conforme lo habían decidido. Pero en la noche del 21 de abril regresaron dos peones más, Oriza y Urquiza, esta vez con alarmantes noticias: informaron al comisario Sustayta que Me Clymont y su gente habían chocado con un grupo de indios y estaban en peligro. La tragedia había tenido lugar el día anterior. En Trenque Lauquen ya se conocía la verdad sobre lo ocurrido. Según Pereda, Me Clymont salió del fortín y distinguió un grupo de boleadores, entonces quiso arrebatarles las caballadas pero fracasó en su intento y fue asesinado por los boleadores.

La prensa de Buenos Aires conoció el hecho cuatro días después, por supuesto distorsionado. Un telegrama de *La Campaña* de Lincoln dirigido a los diarios de Buenos Aires desató una tormenta de especulaciones. Vinculaba a Pincén con el hecho y el cacique, nuevamente, era víctima de su leyenda.

En los diarios de 1883

"Invasión de indios a la zona fronteriza", "El famoso Pincén en campaña", "Robo de 3.000 cabezas de ganado", "Asalto a unos hacendados alemanes", "Varios muertos y heridos". Estos títulos, en diferentes tipos y tamaños, se leen sobre un telegrama transmitido por el corresponsal del diario *La Campaña* de Lincoln. *La Prensa* del 24 de abril de 1883 informa que ese telegrama estampa la versión corriente en Lincoln de que el invasor "es nada menos que el célebre cacique Pincén", y narra sus antecedentes:

> *Pincén, prisionero de Martín García, fue libertado por el señor Cambaceres y lo puso bajo formales promesas en su estancia de Lincoln. Ultimamente fue puesto preso por desacato por las autoridades de ese partido y era voz pública que el cacique hacía trabajos por reclutar los indios*

sometidos que abundan en esos lugares. Es probable que haya logrado su objeto y reuniéndose con las pandillas de indios y malhechores que aún quedan en la zona fronteriza se haya lanzado a la venganza que debe arder en su alma. La conjetura es fundada.

Es de advertir que la región que ha servido de teatro al malón está poblándose extraordinariamente, hecho que hacía temer que los forajidos de la pampa han de haber causado grandes daños en vidas y haciendas.

Es necesario que las autoridades agoten sus elementos de persecución para devolver la confianza al mercado sobre la seguridad de las comarcas fronterizas, al amparo de la cual la tierra se valoriza y puebla rápidamente.

Cita luego los despachos telegráficos, entre ellos, uno del día anterior, 23 de abril:

Participo esta grave noticia para que pueda anticiparla en edición extraordinaria. Ayer, más adelante de Trenque Lauquen, varios señores alemanes y otros hacendados de este partido, que conducían ganado para un nuevo y grande establecimiento que está formándose en la frontera, fueron repentinamente atacados por una partida de cincuenta indios más o menos, con los cuales se trabó combate.

Los indios perfectamente dispuestos, pelearon con valor y consiguieron herir como a 15 personas y matar otras, cuyo número no se puede constatar hasta ahora. Los indios llevan más de 3.000 vacunos y toman la dirección de afuera. No se saben las bajas que han tenido los salvajes, porque marchan a toda prisa.

El comisario Sustayta del fuerte Lavalle, con la policía rural y vecinos, salieron ayer a las doce de la noche, en persecución de los invasores, pero se cree que no puedan darles alcance por la gran distancia que llevan y la falta de elementos de movilidad.

Aquí se supone con fundadas razones que el invasor sea el ex cacique Pincén, del que ya he hablado, y se levanta con sus amigos.

Termina haciendo referencia a la desvalorización de las tierras: en Trenque Lauquen, a raíz de los hechos narrados, cada legua de campo "se depreció un 50%", informa, agregando que hay alarma en la región. Las primeras noticias llevadas por los chasques confundían el sitio de los acontecimientos o alertaban sobre otro ataque:

Lincoln. Abril 23 de 1883. A La Prensa. *Por chasque llegado anoche del pueblo de Lavalle se sabe que han sido sorprendidos por una partida de indios los vecinos de Trenque Lauquen.*

Bajo el título "Invasión de indios" ampliaba *La Nación* haciendo hincapié en nuevos aspectos:

Una partida de cincuenta indios ha hecho una invasión a Lua- lauquen, 22 leguas fuera de Trenque Lauquen, rodeando el establecimiento en formación de Me Clymont.
Las noticias fueron llevadas por dos peones que escaparon con algunas heridas de la estancia. Quedaron sin caballo y con las municiones a punto de acabarse. La policía de la provincia avisó al jefe de la guarnición de General Acha para tomar a los indios por la retaguardia, del mismo modo ordenó a las partidas policiales de Trenque Lauquen, Deheza, Gainza y otros puntos que salgan a atacar por el frente a los indios, aunque la región invadida pertenece a territorio nacional.

El 25 de abril, *La Prensa* seguía ampliando la noticia sobre la base de las comunicaciones que enviaba el corresponsal de Lincoln:

> *Hasta el momento nada se sabe aquí de la fuerza que salió en persecución de los indios invasores [...] Confirmo en todas sus partes mi telegrama anterior, agregando los siguientes detalles.*
> *El chasque que trajo la noticia al pueblo de Lavalle es un peón de unos señores alemanes que están poblando con muchas haciendas un campo situado como a 12 leguas afuera de Trenque Lauquen.*
> *Es exacto que, según ese chasque, los indios llevan como 3.000 cabezas de ganado vacuno de propiedad de los señores Me Clymont.*
> *El peón pudo escaparse milagrosamente de la muerte, pues estuvo en medio de los salvajes. De la refriega salió con un lanzazo.*
> *Se dice que el encuentro tuvo lugar en los médanos de Algarrobillo. Agrégase que los alemanes que acompañaban al arreo han sido heridos. Las poblaciones están alarmadas y todo el mundo pide garantías al gobierno.*

El hecho desató un torbellino de críticas al gobierno y un sinnúmero de especulaciones. Me Clymont no era un colono más. Al igual que sus antepasados escoceses, poseía espíritu de pionero. Llegó a ser conocido como un hábil ganadero y amasó considerable riqueza. Dentro de la comunidad escocesa fue respetado por su noble carácter, y su esposa se refería a él como un hombre de profunda fe religiosa. Para la gente de Cañuelas, Me Clymont constituía una figura familiar, que gustaba cabalgar vigilando sus tierras, con sus largas piernas asomando bajo la monta del caballo. Su generosidad para con los necesitados le valió ser localmente reconocido como “el padre de los pobres”.

Era también de carácter aventurero, amante de las carreras

cuadreras y se comprometía en la política vecinal, cosa que todo habitante de origen británico trataba de evitar. En 1874 Me Clymont colaboró con la campaña del general Mitre al punto de enviarle un grupo de peones armados con lanzas de tacuaras y tijeras de esquilar. Luego de la derrota de Mitre, William fue hecho prisionero político durante varios meses. Más tarde tuvo mejor suerte prestando su apoyo al general Roca, y fue recompensado con el obsequio de una magnífica montura de plata, que perteneció a la familia hasta que fue donada al príncipe de Gales cincuenta años después.

Al día siguiente de conocidos los hechos en Buenos Aires, el 25 de abril, *La Nación* volvía a hacerse eco de lo acontecido en el corazón de La Pampa:

> *¿Galgos o podencos?*
> *Como desde hace un mes atrás se sabía de la expedición de ganado, suponen los conocedores que en lugar de indios podrían ser ladrones cristianos entre los cuales puede haber algún indio.*
> *[...] otros conjeturan que los invasores son puros salvajes y hasta llegan a hablar de tal o cual cacique famoso que podría encabezar la invasión.*

Instalada en Buenos Aires la noticia de lo ocurrido en Loan Lauquen y la presunta relación de Pincén con el hecho, *La Prensa* recibió notas del senador Cambaceres y de Ataliva Roca a fin de clarificar los pormenores de la liberación de Pincén tiempo atrás. El artículo revela importante información sobre el lugar en el que residía Pincén: el campo de Ataliva Roca, inmediato a la colonia agrícola El Dorado. *La Prensa* del 25 de abril dedica el artículo de fondo, de casi una columna, a la seguridad de la frontera; nadie es culpable de lo sucedido, señala, y sobre Pincén afirma:

> *Era un prisionero enfermo, abatido, quebrado, que obtuvo su libertad bajo promesa de hacer una vida pacífica y cuando*

no existía el peligro de reconstrucción de las tolderías en el desierto. Pincén obtuvo su soltura en las mismas condiciones de muchos otros indios que no causan daño en las comarcas en que viven vencidos y diseminados. Todo indicaría que la seguridad nacional y provincial es insuficiente, no importa si no son indios, igual causan daño. Como la zona de la frontera se está poblando rápidamente, se necesitan partidas pequeñas de alrededor de seis soldados para que tengan más movilidad.

Y en la columna "Boletín del día" informa:

Pincén: En la rapidez con que se redactó anteanoche el encabezamiento de los despachos telegráficos que anticipamos en edición extraordinaria respecto de la invasión habida afuera de Trenque Lauquen, se dijo que Pincén fue libertado de Martín García por el señor Cambaceres.
Este detalle no es exacto y así nos lo participa el señor Cambaceres en la carta que publicamos más abajo, anticipándose a la rectificación que pensábamos hacer en nuestro número de hoy. Los ex caciques Pincén y Epumer Rosas, prisioneros en Martín García, fueron libertados en el mismo día, el primero bajo la responsabilidad de don Ataliva Roca y el segundo bajo la del señor Cambaceres. La equivocación de nombres se explica pues.
El señor Roca hizo ayer telegramas a su estancia, averiguando el paradero de su protegido, con la orden de que si no fuese cierta su sublevación, lo manden en el acto a esta Capital. Como una medida precaucional, se nos informa que el señor Cambaceres ha impartido también orden para que baje en el acto Epumer Rosas a Buenos Aires.
Pincén cuenta en Junín y comarcas adyacentes con bastantes amigos -indios que pertenecieron a su tribu, hoy sometidos-. No es difícil que los antiguos súbditos sigan la suerte de su soberano, en el supuesto de su sublevación. Basta esa

circunstancia para sacar al bravo guerrero de los campos que por tantos años trilló con sus hordas y respirando la atmósfera con que se crió.

Contemplar en dominios de cristianos esos lugares que fueron suyos, en tanto que él come un churrasco de limosna en la estancia del jefe con quien tantas veces midió sus armas, es una situación peligrosa para la paz de ese espíritu indomable.

Cuando fue liberado estaba enfermo; tenía un tumor en la rodilla, el cual agregado a sus años apartaba el peligro de su sublevación. Sin embargo, los hechos ocurridos, háyase o no sublevado, convencen de la prudencia que hay en sacarlo de allí, en obsequio a la tranquilidad moral y material de las poblaciones. Los viejos guerreros, apoyados sobre un báculo y con la espalda encorvada

por los años, se estremecen al rumor de la corneta de las batallas.

¿No sufrirá Pincén iguales emociones en el supuesto de no haberse sublevado al ruido de la invasión habida?

Hasta la hora que escribimos estas líneas, nada se avanza respecto de ese deplorable suceso. Eso parece indicar que la persecución sigue hasta muy lejos. La noticia ha causado malísima impresión en el mercado. Los negocios de tierra en la zona invadida han quedado paralizados.

Por el Ministerio de la Guerra se impartieron órdenes a las fuerzas de la frontera para que se pongan en movimiento. Las fuerzas del pueblo General Acha, al mando del coronel Campos, deben haber salido cortando la retirada a los fugitivos, que por lo menos serán obligados a abandonar el arreo vacuno, pues así únicamente podrían huir sin ser alcanzados fácilmente.

Hasta anoche el gobierno no había recibido noticias sobre esos movimientos. En la sección telegráfica publicamos el despacho que recibimos anoche del corresponsal de Lincoln. He aquí ahora la carta antes aludida del señor Cambaceres.

Señor director de La Prensa
Muy señor mío:
Al dar usted hoy la noticia de la invasión de indios a la zona fronteriza, refiriéndose al cacique Pincén, dice su diario lo siguiente [reproduce el párrafo que lo vincula a la liberación de Pincén], Esto no es exacto. Al que liberté de Martín García fue al cacique ranquelino Epumer Rosas, a su mujer, una hija de diez años, un hijo de veinte y otro de catorce. Esta familia toda se halla actualmente en el Bragado, en mi estancia Las Cañas, ocupada en trabajos pacíficos. En carta de mi mayordomo, el señor Blan- che fecha 19 del corriente, me dice: "Los chinos siguen comportándose bien y en este momento se ocupan, en la chacra que les he señalado, rompiendo tierra, para lo cual les he dado los arados, bueyes y útiles necesarios".

Inspirada seguramente en la nota que Cambaceres hizo llegar a la redacción, este medio procuraba encontrar la verdad sobre la participación de Pincén en el episodio. La situación era delicada. Las críticas a los hombres de gobierno por el tratamiento dado a la cuestión de indios y, en particular, por soltar a Pincén tiempo antes, no se hicieron esperar por parte de los opositores.

El 25 de abril, informa un corresponsal desde Lincoln:

A fin de saber la verdad y cumpliendo con el pedido de La Prensa, *mandé hasta el paraje El Dorado, residencia de Pincén, a saber si estaba o no. Puedo ahora asegurarle que se encuentra allí con su mujer e hijos y que no se ha movido. Está, al parecer, muy tranquilo.*

El 25 de abril, el mismo corresponsal escribe desde Guaminí:

Accediendo a su pedido, le envío los detalles que son conocidos respecto al malón dado por un grupo de indios, según se cree. El comisario Sustayta, después de una marcha veloz, logró llegar al establecimiento del señor don Guillermo Me Clymont, que está situado en Loa-Lauquen. Es

allí donde los salvajes han hecho estragos.
Cuando el señor Sustayta llegó, los indios habían huido hacía poco, llevándose las caballadas y dejando dispersas las haciendas vacunas. Fueron encontrados los cadáveres del señor Guillermo Me Clymont, estimado hacendado, que se estableció en ese paraje hace poco, dos de sus capataces y cinco peones. Se notaba que debe haber habido una lucha desesperada, entre las víctimas y asesinos.
Los cadáveres fueron sepultados por el comisario y agentes.
El establecimiento está situado en territorio nacional, 25 leguas más afuera de Trenque Lauquen. Allí quedaba el comisario Sustayta, dando descanso a sus caballadas para continuar la persecución.
Se tenían fundadas sospechas de que los indios se habían guarecido en los montes conocidos por "de Pincén". Hasta ahora no se sabe si los invasores son efectivamente indios o gauchos malos. Supónese sean de las dos cosas.

El 26 de abril, *La Prensa* da a conocer más información enviada desde Lincoln el día anterior:

Las fuerzas que salieron en persecución de los indios hállanse en los Montes, sin haber conseguido darles alcance por falta de baqueano, que han pedido y se les ha mandado ya. Esas fuerzas persisten en darles alcance.
En Trenque Lauquen ha aparecido otro de los peones de los alemanes con tres lanzazos. No hay esperanzas de que viva. Está sin habla. Nada más se sabe aquí.

Y en la columna "Boletín del día":

Guillermo Me Clymont. Las últimas noticias llegadas de la Frontera comunican la dolorosa nueva de la inmolación de don Guillermo Me Clymont. ¡Ojalá no se confirme la lúgubre noticia!
Lo deseamos con toda nuestra alma.
El señor Me Clymont es uno de los estancieros acaudalados

de la provincia, un cumplido caballero generoso y progresista, querido por todos los que lo conocen. En la revolución del 74, partidario sincero del movimiento, le prestó importantes y desinteresados servicios. Hospedó en su casa a un grupo revolucionario, lo proveyó, racionó sus fuerzas, armó sus peones con sus tijeras de esquila armadas en tacuaras y él mismo, con lazo a la grupa y con rifle a media espalda, siguió por algunos días a sus amigos, poseído de ardor patriótico, pagando todo.

Era un joven de fortuna sólida, adorado por sus convecinos por sus relevantes prendas morales. Pasaban esos sucesos en su espléndida residencia de Cañuelas, en donde todo abundaba generosamente. ¡Noble corazón!

Hacemos fervientes votos porque no se ratifique la dolorosa nueva, pero si por desgracia ella se confirmase, la memoria de Guillermo Me Clymont será imperecedera en los que lo conocieron.

Ese mismo día, *La Prensa* publicaba en un aparte:

Pincén: Los despachos que recibimos de la frontera y los recibidos en la Casa de Gobierno anuncian que Pincén no se ha sublevado. Sin embargo, sabemos que anoche uno de los redactores del colega La Campaña *a quien pertenecía la noticia afirmativa de la sublevación del cacique la sostenía aún como cierta.*

Otro diario de entonces, *The Standard* -escrito en inglés-[37] también se hacía eco de la noticia, con una postura crítica hacia la decisión del gobierno nacional. Le achacaba vender tierras que aún no estaban en condiciones de ser habitadas. No obstante, tenía una definida posición a favor del proceso de cambios que llevaba adelante Julio A. Roca. Dice el número del 26 de abril a sus lectores:

37 Las citas de este diario han sido traducidas al español por la antropóloga e investigadora Martha Drovetto.

Esta invasión demuestra que vamos muy rápido en la toma de nuevas tierras de la frontera. Mientras escriben este artículo el ganado se está llevando hacia Italo, Gainza, Media Luna y por desconocer las regiones más allá de la zanja de Alsina no podemos dar los nombres de otros lugares en donde se están formando y poblando nuevas estancias. Pero lo que le pasó al señor Me Clymont mientras llevaba el ganado a su nueva tierra debe inducir a la gente a ser más cautos y se debe tomar como regla que nadie debería tomar tierra que está más allá de la protección del Estado nacional o provincial.

Ninguna estancia está segura si no se mantienen fuertes para protegerlas. ¿Dónde estaban las tropas cuando en pleno día en una zona a dos días de viaje de Buenos Aires, tres mil cabezas de ganado fueron sopladas y su dueño y sus ayudantes asesinados?

Ya que el ganado no va muy rápido puede ser recuperado por las tropas o los vecinos.

Aquí estamos hace tres días sin noticias y si mañana no recibimos ninguna, sentiremos que es nuestro deber mandar un telegrama al general Villegas felicitándolo y diplomáticamente informándole que hay muchas probabilidades de que las primeras tropas de ganado que hayan encontrado un nuevo y más conveniente paso para llegar a Chile por Bariloche sean las de nuestro asesinado amigo Clymont.

Las últimas noticias: fue imposible alcanzar a los saqueadores. La policía que llegó al lugar de la pelea encontró a los dos mayordomos de Me Clymont y a él gravemente heridos. Esta noticia nos llega de un testigo presencial. El comisario Sustayta espera órdenes, mientras descansa a sus caballos. Parece que los indios se retiraron a las sierras conocidas como de "Pincén" pues allí estaban sus tolderías. La policía recorrió 57 leguas en dos días para llegar a la escena de la catástrofe que está en la 8- sección del Territorio Nacional, 7 leguas al oeste del meridiano 5. Como no hay allí tropas

nacionales debió actuar la policía.
Pincén no se ha movido de Lincoln y nada tuvo que ver con la incursión. Se recibió la noticia de la muerte de Me Clymont.
El corresponsal de La Prensa *de Lincoln telegrafió el martes a la noche confirmando la incursión de indios o gauchos, que llevaron tres mil animales. El chasque debió pasar entre los salteadores pero sólo recibió un lanzazo.*

El 26 de abril, *La Nación* publicaba un nuevo telegrama de su corresponsal. En consonancia con el planteo de *The Standard,* comenzó a instalar la idea de que el plan de Roca aún estaba inconcluso:

La invasión de indios: telegrama. Los policías partieron el lunes 23 desde puntos nombrados más San Genaro y Lavalle. La hacienda ha sido quitada a los invasores, los cuales se han fugado ocultándose en los bosques de caldén que se extienden desde Laulauquen hasta las fronteras de San Luis y Mendoza. Han sido muertos Me Clymont, dos mayordomos, cinco peones y fueron enterrados en un paraje denominado Ñañiñanel, cerca del monte Garay. La policía no tiene detalles y se inclina a pensar que no son indios según el jefe interino Latigau.

La posición antirroquista de *La Nación* no se hizo esperar a la hora de sacar las conclusiones. En un artículo de fondo, titulado "El sangriento episodio de la frontera", el 27 de abril expresaba:

La guarda de seguridad de la frontera es incompleta y deficiente. Es vergüenza después de la victoria que grupos de nómades se burlen del gobierno.

Por el contrario, *The Standard* estaba alejado de la puja política desatada entre los grandes diarios del país. No hacía una lectura interesada de los hechos, sin dejar de ocultar que su preferencia: su corazón estaba con la colectividad inglesa y con el

esfuerzo que ésta hacía por poblar la pampa, adelantándose al ferrocarril:

> *La tragedia de Lao-Lauquen. El año pasado cuando Me Clymont compró las tierras pidió al presidente Roca un piquete de soldados para cuidar las tierras [antes menciona lo poco que se conocían esas tierras]. Roca le negó la protección diciendo que sería ilógico que el gobierno protegiera a cada estancia cerca de la frontera y le sugirió que tomara peones y los armara. Me Clymont esperó unos meses pero como gente de Throgmorton Street en Londres había comprado tierras allí y la línea de frontera se estaba desarrollando maravillosamente, el tren llegaría a 9 de Julio, así que se animó a hacer lo que su padre cuando cincuenta años antes pobló La Cabaña en Cañuelas. Los señores Purvis y McPhail acompañaban a Me Clymont. Ellos y otros muertos que no se conocen son los héroes del progreso que lleva este país adelante.*
> *Noticias del editor. Los animales no eran de Me Clymont sino de Newbery pero están a salvo pues los indios los abandonaron, el hijo de Me Clymont llegó ayer.*

Aun cuando todo indicaba que Pincén no estaba vinculado al episodio y se habían desvirtuado todas las conjeturas de *La Campaña,* preventivamente se ordenó su detención y remisión a Buenos Aires. Así lo consigna *La Nación* ese 27 de abril en un apartado:

> *A pedido del inspector general de armas y como medida precaucional, será remitido a esta capital por las autoridades de Lincoln el cacique Pincén.*

Mientras tanto, desde Trenque Lauquen llegaban a las redacciones de los diarios noticias sobre el hallazgo de los cadáveres. El tema estaba instalado y existía premura por darlo a conocer:

Telegrama del corresponsal de Trenque Lauquen de fecha 27. Ayer volví del campo del encuentro. Encontramos muerto a Me Clymont, al mayordomo y a Andrés Purvis, con cuatro peones más. Los sepultamos, el comisario Sustayta está esperando orden de marcha. El lugar de los sucesos queda a 30 leguas del pueblo.

La confusión por desconocimiento del suceso, la zona y el uso de especulaciones tendenciosas motivaron a un vecino del fuerte Lavalle (Lincoln) a manifestar por *La Prensa* el día 27 su desacuerdo con el modo exagerado en que se había dado a conocer la noticia en Buenos Aires:

Suspendan su juicio respecto de la invasión de indios. Los partes publicados allí con fecha 24 y 25 son un tanto exagerados.
Nada sabemos aquí de un modo positivo sobre lo ocurrido. Salieron los policías de este pueblo, Trenque Lauquen, Deheza y San Genaro. Un vecino.

Pasada una semana, se había especulado todo lo que el hecho permitía; pero aún se desconocía información sobre los responsables, que al parecer habían tomado suficiente distancia de las fuerzas policiales de Lincoln y Trenque Lauquen. Frente a esta realidad, cobraron vida las especulaciones en torno a Pincén, y *The Standard* el 28 de abril continuó con los embates contra la inseguridad de la frontera:

La tragedia de Trenque-lauquen. Dudan si el muerto es Mc Clymont. Un telegrama desde Lincoln, fechado el 27 a las 12.15 horas dice que no hay pruebas positivas de una invasión de indios. La distancia de aquí es mucha. Me Clymont no podía haber llegado al lugar donde reportan la invasión 72 leguas de Lincoln, 25 de Trenque Lauquen.
La mesa del editor: El "Diario" contiene algunas revelaciones extrañas sobre el cacique Pincén quien, según parece, sale todas las noches a cazar gamas a pesar de las objeciones de

"Mrs. P" [la esposa del cacique] y vuelve cada día al alba por lo cual se sospecha su complicidad en los sucesos recientes.

Al día siguiente, en *La Nación,* un suscriptor de Cañuelas expresó su dolor por la muerte de Me Clymont. En la segunda nota destacada, bajo el título "La invasión de indios", se lee:

Se escapa sin ser castigada, alcanzada por fuerzas nacionales salidas de General Acha que no lograron su propósito de detener a los invasores. El coronel Campos recibió la noticia el día 24 y mandó al mayor Méndez con cincuenta hombres del regimiento 1° y al mayor Alba con cincuenta hombres del batallón 1°, los últimos rescataron a un cautivo indio de Junín. Los capitanejos Brejo, Peineo, Guandi Queen y Nellypán son los que vienen capitaneando a los indios cuyo número es de catorce lanzas. Por falta de telégrafo, los militares se enteraron tres días después.

En el mismo número *La Nación* publicó el telegrama del señor Amarante, comisario de frontera, Guaminí, 27 de abril, al jefe de policía:

"Mc Clymont con diez hombres sorprendió a los indios robándoles la caballada, eran cincuenta y algunos tenían rémington.
Los peones de Me Clymont se habían puesto a cuidar la caballada y la abandonaron para ayudar a su patrón. Entonces los indios la remataron, persiguiendo y matando al grupo. Se salvaron los peones Oriza y Urquiza. La policía de Trenque Lauquen sepultó los cadáveres y siguió hasta el antiguo campamento del general Lagos. Los indios se han internado en los montes de Pincén, con 150 caballos y dejando dispersa la hacienda vacuna."
Queda demostrada que la famosa frase "no hay más indios" no es todavía una realidad completa. El general Roca tiene la obligación de exterminar por completo los últimos restos de la barbarie. Esperan que no deje perder su obra personal

y mande expediciones ligeras al corazón de la pampa.

El gobierno advirtió que no era suficiente la detención de quien estaba sospechado de ser autor intelectual o instigador del hecho; había que encontrar autores materiales, por lo que *La Prensa* el 29 de abril publica otro telegrama del comisario inspector Paulino Amarante, dirigido al jefe de la policía de la provincia, en el que se da cuenta de la captura de unos indios. Asimismo, en la sección "Boletín del día" de *La Prensa* se comenta sobre los inconvenientes que genera la falta de telégrafo en la frontera, que provocó que la noticia de lo sucedido se supiera tres días después. La nota avanza en dar los nombres de capitanejos "chilenos" a los que se cree autores de las muertes.

El desconcierto en la población continuaba y participaba del debate. Un suscriptor de *The Standard* se preguntaba ese mismo día:

> *Qué respuesta satisfactoria puede darse a los rumores que dicen que los líderes indígenas fueron liberados y por canales conocidos tienen influencia indirecta en sus súbditos o desertores de sus tribus que accionan en la pampa. El presidente sobrestimó su triunfo sobre los indios.*

Las especulaciones seguían alimentando la avidez periodística. *The Standard* transmitía a sus lectores precisiones emanadas de la autoridad policial. En medio de tantos dimes y diretes, a nueve días del suceso, algunos se acordaron de que más allá de la frontera había unos cadáveres que retirar y organizaron un grupo para ir a buscarlos. Publica *The Standard* el 29 de abril de 1883:

> *De la mesa del editor. Las tropas rescataron a un cautivo quien dijo que los malones mataron a un inglés llamado Andrés.*
> *La policía fue más clara: primero Mc Clymont y su grupo atacaron a los indios y les sacaron los caballos, éstos luego los atacaron en La Isla donde estaban acampando, hubo una pelea desesperada, los saqueadores eran cincuenta y tenían*

rémington, los peones que cuidaban a los caballos que habían sacado a los indios los dejaron para ayudar al grupo de Mc Clymont y los indios los recuperaron. Mc Clymont empezó a retirarse pero fue alcanzado y muerto, junto con A. Purvis y McPhail, cinco hombres, dos peones se escaparon. De los indios murieron cuatro. Mientras en Buenos Aires se organizaba un grupo para ir a buscar los cadáveres a Trenque Lauquen.

Según la versión de los hechos proporcionada por un cautivo a la policía de Trenque Lauquen, Me Clymont y su grupo provocaron a los indígenas robándoles los caballos que llevaban y luego fueron pasibles de un escarmiento que se cobró con sus vidas.

Mientras tanto, Pincén era detenido y llevado a Buenos Aires. Otra vez su nombre era usado para lavar culpas ajenas y en carácter de actor involuntario, obligado a participar de una parodia montada alrededor de un hecho policial.

Al tiempo que el abatido cacique era llevado prisionero otra vez, *El Oeste de la Provincia,* impreso en Mercedes, publicaba una nota reveladora del sentimiento de nuestro cacique en esos duros momentos y detalles de su residencia en la zona. Es el número del 29 de abril:

Noticias sobre Lincoln. Una persona que ha llegado anteanoche de Lincoln nos da los siguientes detalles sobre el ex famoso cacique Pincén. Desde que fue sacado de Martín García, Pincén vive (o mejor dicho ha vivido, pues ahora se lo lleva a la capital) a 6 leguas del pueblo de Lincoln, en dirección a Santa Fe, alojado como huésped en el campo de un amigo de él, un antiguo refugiado entre los indios que después de pasar varios años entre ellos ha vuelto a la vida civilizada [se refiere a Pablo Vargas], Junto con Pincén están algunas chinas y unos diez o doce indios de lanza.

Tanto el ex cacique como sus compañeros gozan de una completa libertad y pretenden no obedecer a ninguna autoridad. Los vecinos de Lincoln están justamente alarmados por la presencia de tales señores y anhelan que

cuanto antes las saquen de allí.
Hace como un mes que, teniendo la policía de dicho partido que hacer una averiguación, mandó llamar a Pincén para que prestara una declaración. Pincén se negó a ir y entonces fue mandado llevar por la fuerza a la que pretendió resistir, pero inútilmente. Estando preso, alguien le escuchó estas palabras, en su castellano especial: "Para vivir preso, vale más morir peleando".

Luego, respecto de la sensible muerte del señor Me Clymont y la participación de Pincén en los sucesos que la habrían provocado, dice:

Se cree con generosidad que Pincén está en comunicación constante con las partidas de indios que aún vagan por la pampa, que les dé avisos interesantes sobre sus fechorías y que en este caso no ha sido extraño Pincén a lo ocurrido. De la averiguación levantada allí resulta que Pincén ha estado 24 horas a fines de la semana pasada, fuera de su campo sin que se pueda justificar bien dónde ha pasado ese tiempo. Hay más: una persona le ha encontrado una noche, galopando, armado de su lanza de combate.

Informa sobre el encuentro:

Conversando con Pincén, le preguntó para qué había estado haciendo boleadoras los días anteriores y obtuvo esta respuesta:
"Mi compadre Ataliva me ha permitido que salga a cazar gamas".

Entonces opina, y recuerda lo que en Buenos Aires se sabía del cacique:

Haya o no tomado parte Pincén en el último sangriento hecho, es indispensable que se lo lleve a la Capital. Sabido es que ha sido el cacique más astuto y cruel, que es valiente y

atrevida la manera como formó personalmente su tribu en medio de las de sus vecinos, peleando con éstos y recogiendo a todos los indios fugitivos de las otras pampas o araucanos, da a conocer bien cuán terrible es.

Para terminar, informa que copiará textualmente la expresión exacta y pintoresca que dio al diario un hombre de campo hablando de Pincén:

Nos dijo así: "El indio, señor, es como la perdiz, jamás se domesticó. Por más tiempo que se le tenga a la perdiz y se le acaricié, cuando ve el verde vuela. El indio por más bien que se le trate, cuando ve la pampa hace de las suyas".

El cacique había llegado a Buenos Aires el lunes 30 de abril. Enseguida fue llevado a una guardia y alojado en las barracas, según hace público *The Standard* el 2 de mayo de 1883. *La Prensa* dio a conocer la noticia el 1 de mayo:

Anoche, en el último tren de Bragado, llegó a esta ciudad [Buenos Aires] el ex cacique Pincén, que se encontraba en la estancia de Ataliva Roca en Junín. Un cabo y dos soldados del regimiento 1° de artillería lo recibieron en la estación 11 de Septiembre [Once] y lo condujeron al cuartel del mismo cuerpo.

Cuando el cacique estaba en el sereno ambiente de El Dorado y en el campo de Ataliva Roca, las especulaciones se hacían en Buenos Aires; cuando fue detenido y llevado a la gran capital, las conjeturas comenzaron a hacerlas los diarios del interior... Como siempre, el corresponsal de La *Campaña,* desde Lincoln, prendía la mecha; y desde Mercedes le hacía eco *El Oeste de la Provincia,* que el 1 de mayo publicó un artículo titulado "¿Dónde está Pincén?":

Se ha dado noticia de que el audaz cacique fue conducido a la capital a requisición de las autoridades, pues en presencia de los lejanos parajes en donde se hallaba, inquietaba a la

población y causaba serios temores por la influencia y predominio que el astuto cacique ejerce sobre los indios. Pero parece que Pincén huye en compañía de los indios que ha lanzado al pillaje, a estar a lo que el corresponsal de La Campaña *comunica desde 9 de Julio.*

He aquí la comunicación. 9 de julio, 28. Todos están alarmados. Aírala anda con los que invadieron. Pincén esquiva la persecución, pues ha vuelto a sus toldos después de llevar varios indios para robar ganado. La salida de la hacienda de Me Clymont era conocida por ellos. Según me dice, han esperado y seguido esa tropa para tomarla desprevenida en un paraje cercano. Triste fin nos espera si avanzamos. El comisario Sustayta continuaba la persecución en dirección a los montes. El 27 salió de Lincoln una comisión para cooperar y auxiliar a la policía de Junín que persigue a Pincén. Veremos si el audaz indio, cuya captura costó tanto esfuerzo anteriormente, burla a los policías de nuestra campaña puesta en acción.

¿Desinformación? ¿Fabulación? ¿Vedetismo ante sus pares de la Capital F ederal?

Se cumplía así el pedido de Ataliva Roca, hermano del presidente, de que Pincén fuera llevado a Buenos Aires con el objeto de que se aventaran todas las dudas sobre su supuesta participación en el hecho. Entendía Ataliva que los derechos de Pincén iban a estar mejor resguardados en la Capital que si permanecía en el campo, donde estaba en conflicto permanente con la policía de Lincoln y donde un periodista imaginativo lo suponía sublevado.

Mientras tanto, en Buenos Aires los medios que habían confiado en las mentiras del corresponsal de *La Campaña* seguían tejiendo fábulas en torno a la legendaria figura de Pincén. El mismo día de su arribo a la gran urbe, algunos creían haber hallado definitivamente al culpable y toda actitud certera o inventada que hubiera o no asumido el cacique en los días previos y posteriores a la tragedia era evaluada y relacionada con el hecho. *The Standard,* el 1 de mayo de 1883, descargó en Pincén

todo el odio que tenía reservado para cuando se hallara un culpable:

> *La invasión de los indios. Con fecha 27 de Abril el corresponsal de Lincoln dice que el día 15 cuando estaba desayunando con Arthur Thompson y Thomas Duggan el primero le dijo que al alba se encontró a Pincén y cuatro hombres, bien armados, a 7 leguas de allí. El señor Thompson fue a un lugar vecino para saber qué pasaba y le dijeron que Pincén iba a visitar a una tribu amiga.*
> *Otra vez, el día 11, Anthony Escurraye encontró a un capitanejo y a cuatro indios viniendo de la estancia del señor Hale, San Juan, quienes dijeron que estaban buscando a dos desertores con doce caballos del fuerte Sarmiento y que ellos iban a la residencia del capitán Bargas para saber dónde estaban los desertores. Es, por lo tanto, de temer que estos campos estén llenos de indios.*
> *Pincén, a pesar de sus promesas será siempre Pincén, siempre que se encuentre en su propia tierra y absolutamente libre. Requiere la inocencia de un tonto para creer en el juramento de sumisión del maestro de los carniceros, Pincén. Si este enemigo del hombre no está implicado por el momento, pronto lo estará. Sin nada con que vivir, nadie puede vivir, Pincén no tiene un centavo ni está físicamente capacitado para ganarse la vida.*
> *De la mesa del editor. Lo último sobre el temible Pincén es que él ha escapado y está ahora entre lo que queda de su tribu y de las otras, listo para operar contra los blancos y sus vacas. Esta es la forma que hacemos las cosas en el Plata. ¿Cómo en nombre del sentido común fue ese indio asesino y ladrón liberado bajo palabra? ¡Bajo palabra! Es suficiente para hacer gritar a un caballo.*

Sin dejar de inculpar a Pincén, este diario procuraba esclarecer a sus lectores con algunas especulaciones propias, pero también recabando información en la frontera y desacreditando versiones infundadas. En la nota de fecha 2 de mayo, el cronista

piensa que los indios y algunos villanos de Trenque Lauquen tenían en la mira a Me Clymont. Los oficiales de frontera dicen que no hay grupos de cincuenta indios, que deben ser matreros. Alaba a Dantas, jefe de la policía provincial, y señala que *La Campaña* se equivocó al decir que Pincén había escapado.

Las causas de la detención de Pincén se hallan expuestas en una nota enviada por el ministro de Guerra y Marina a Viejobueno en ocasión de darle instrucciones sobre las maniobras tendientes a capturar a los responsables. Hace pública esta nota *La Prensa* el 3 de mayo:

> *Benjamín Victorica le indica a Viejobueno que dé aviso a los oficiales previniéndoles que se ha creído conveniente asegurar a Pincén, por sospecha de connivencia y en virtud de haber comunicado la autoridad local que el cacique se mostraba altanero e indómito, buscando ponerse en comunicación con los indígenas que se encontraban trabajando tranquilos en distintos puntos.*

Pero la sospecha de connivencia estaba fundada sólo en apreciaciones personales de la policía, del cronista de *La Campaña* y del vecindario de Lincoln. Todos ellos en realidad querían que "los Pincén" se fueran de la zona.

Al mismo tiempo se conocieron los nombres de los capitanejos directamente involucrados en el suceso, pero subsistían las sospechas sobre Pincén y quedaba mucha tinta por correr.

El 3 de mayo, *La Nación* se hizo eco de la nota del ministro y publicó el telegrama de fecha 1 de mayo con la respuesta de Viejobueno desde Mercedes, San Luis. Se señalaba en él que los indios que habían llegado de Chile con Yancamil, acusados de haber dado muerte a los colonos, habían sido batidos y tomados prisioneros, entre ellos el cacique que los conducía.

El hecho cobró tal magnitud y las versiones fueron tan contradictorias, que *La Nación* designó corresponsal al periodista Benigno Lugo- nes para acompañar al contingente que iba a buscar los restos de Me Clymont y los mayordomos, según *La Nación* informa el 4 de mayo.

Lo ocurrido tuvo connotaciones paradójicas. El comisario Juan Sustayta en Trenque Lauquen continuó investigando y las novedades siguieron sorprendiendo a los lectores. Ese 4 de mayo, *La Prensa* reveló "Más sobre la invasión de indios":

> "La Campaña" *de Lincoln publica el parte del comisario Sustayta, quien fue el primero en perseguir a los indios. Los que defendían eran el indio Ignacio, Molina, Negrette y Me Clymont (dueño del establecimiento). Negrette dispuso la retirada a Trenque Lauquen. Los indios mataron a ocho de diez. Negrette e Ignacio están desaparecidos, Me Clymont muerto. Juan Negrette, el baqueano, es un hombre en todo legal, es cristiano pero por mucho tiempo ha estado entre los indios. Es cuñado de Pincén y era la mejor lanza que tenía el cacique, quien respetaba a Negrette mucho y hasta tenía miedo a su valor y a su musculatura [...] Jamás salía de Lavalle sin su lanza [...] que por primera vez la dejó cuando fue baqueano del señor Me Clymont. Negrette fue el primero que sintió las pisadas de los indios y dijo que eran chilenos.*

El mismo día, y respondiendo seguramente a las sugerencias de Ataliva y a tenor de las declaraciones del indio Negrette, publicadas en los medios, se dispuso que Pincén fuera exhibido públicamente con el objeto de crear la imagen y la idea de que el anciano cacique no había escapado a la pampa y, de algún modo, que no había participado del hecho de Loan Lauquen.

La noticia, por cierto vistosa, sale en *La Prensa* el 5 de mayo bajo el título "Pincén en la calle Florida":

> *El famoso ex señor de la Pampa quiso sin duda dar ayer una prueba pública de su ninguna participación en el último malón dado por los indios. Ayer se paseó a media tarde por la calle Florida. Lo acompañaban un indio y un hijo. Los tres iban enfilados, como acostumbran, unos en pos de otros, llamando la atención de los transeúntes.*

Luego, el cacique Pincén y su hijo fueron puestos a disposición

del capitán José Avalos para ser transportados en calidad de presos a Martín García. Por alguna razón no se hizo el traslado de inmediato y quedaron en el cuartel de Retiro. Ahora eran dos los sospechados: por un lado, Pincén, detenido preventivamente y acusado de colaborar con los que dieron muerte a Me Clymont y sus acompañantes; y por otro lado, Yancamil, prófugo y acusado de comandar el grupo.

Los diarios de Buenos Aires continuaban publicando versiones sobre el hecho. He aquí la que da *The Standard* el 5 de mayo:

> *Mc Clymont salió a reconocer tierras para poner una estancia, un hombre se lastimó y debió volver a Trenque Lauquen. Se encontraron con una tropilla de caballos y Mc Clymont ordenó ponerlos con los suyos, vieron a dos indios vestidos con piel de tigre merodeando en el monte, al seguirlos se encontraron con un grupo de indios desnudos, también había dos con ropa de soldados y con remingtons, los demás tenían lanzas. No se sabe quién empezó, pero hubo una pelea, luego los indios recuperaron los caballos y Mc Clymont mandó pedir ayuda.*
> *Los baqueanos que llevaba Mc Clymont están desaparecidos, uno era Negrette, ex mano derecha de Pincén, quien peleó defendiendo a su patrón. Posiblemente el otro sea el que la tropa rescató en General Acha. Un alemán ayudó a la partida que fue a buscar a los restos del grupo. Viejobueno le informa con fecha 2 de mayo a Victorica sobre Guaugaiguen y Neipan, que invadieron Loau-Lauquen. A perseguirlos salieron los integrantes de la 2da. brigada a las órdenes del sargento mayor Julio Alba.*

The Standard transcribe a continuación la carta del ministro de Guerra y Marina publicada por *La Prensa* el 3 de mayo.

El 6 de mayo, Benigno Lugones, periodista destacado de *La Nación,* saca su primera nota sobre el acontecimiento:

> *Lau-Lauquen (laguna del Guanaco). El enviado especial cuenta la marcha de la expedición en busca de los restos de*

Me Clymont. Según declaraciones de José Uriza, Juan Negrette y Eugenio Urquiza que iban adelante, sorprendieron una caballada cuidada por un indio, se la quitaron y volvieron al grupo. Juan Negrette, puntano o cordobés [...], durante la pelea cambiaba invectivas con los indios y dijo que eran chilenos. Negrette, Me Clymont y Domingo Puebla eran los únicos que se sostenían con valor. McPhail lloraba y proponía comprar la caballada [...] Cuando el caballo de Purvis se cansó, éste gritaba que no lo abandonaran. La hacienda vacuna de Me Clymont nunca salió de Trenque Lauquen y no corría por consiguiente peligro alguno, hoy está en poder de la familia del finado.
Toda la culpa del desastre ha estado en la imprudencia de salir con mal armamento, fuera del meridiano 5°.

El mismo día *La Prensa* da cuenta de lo ocurrido entre el juez de paz y el subcomisario de policía de Junín en oportunidad que se dispuso la detención del cacique Pincén. El artículo afirma que el gobierno nacional le envió un telegrama al juez de paz sustituto, Isidoro de la Sota, pidiendo la captura de Pincén y su remisión a la Capital. El comisario no cumplió la orden del juez pues Pincén se encontraba en Lincoln y no era su jurisdicción.

The Standard informó al día siguiente que los indios fugados a través de la frontera se habían separado destruyendo los rastros. Dos días después, el mismo diario revelaba que el indio Juan Negrette, de niño, había sido tomado cautivo por Pincén y luego rescatado.

El 8 de mayo, procedentes de Villa Mercedes, llegaron a Buenos Aires detenidos Yancamil y nueve de sus indios, acusados de dar muerte a Me Clymont, y fueron remitidos a Martín García. Yancamil estaba sindicado como desertor del 12 de infantería de línea.

Conrado Villegas, que se encontraba en el sur completando el plan de avance iniciado siete años antes, manifestó que Yancamil andaba en la pampa central desde hacía seis meses con un número de sesenta u ochenta lanceros. No obstante, se dudaba de su participación en la partida que había enfrentado a Me Clymont y

escolta. Así lo hizo saber *La Prensa* el 10 de mayo.

A los dos días, dice *La Prensa,* llegó a Trenque Lauquen desde Loan Lauquen la expedición que había ido a buscar los restos de las víctimas. Y el 13 de mayo *La Nación* dio a conocer los dichos de un testigo. Bajo el título "Declaraciones del indio Ignacio Justo" se lee que fueron a ver los campos que querían poblar Purvis y dos personas más, cuando desde una loma vieron indios jugando a la "chueca", un juego similar al hockey al que los mapuches llamaban *palín.* Tras describir el juego, el testigo afirma que "fueron sorprendidos mientras los miraban, perseguidos y acosados hasta ser muertos uno a uno", que eran catorce indios "que se ocupaban de invernar sus caballadas esperando la oportunidad de aumentarlos por medio de ratería". El redactor pide que se aclare por qué en telegramas oficiales hablan de cincuenta indios y de robo de caballada y, además, que se extienda el telégrafo de Carhué a General Acha. Informa que la expedición de cuarenta y dos personas, entre las que se contaban familiares de los ingleses (Leanes, Mazzini y Van Zanten, holandeses), halló los cadáveres removidos y comidos por los zorros. Al final describe el entierro de los nativos y el traslado de los ingleses en féretros.

El 13 de mayo de 1883, según *La Nación,* Pincén fue llevado a Martín García hasta que se aclarase su situación:

> *Hoy será transportado a la isla Martín García en calidad de preso por orden del ministro de Guerra, el ex cacique Pincén, rey y dueño en un tiempo de un inmenso territorio argentino. Esta medida es tomada a consecuencia de los sucesos de Luan-Lau- quen, habiéndose atribuido a Pincén alguna connivencia con el grupo de indios que apareció en esa ocasión. Es de esperar que el Gobierno usará con Pincén todas las consideraciones que merece un prisionero de Estado.*

El 17 de mayo, *La Nación* adelantaba que al día siguiente, en horas de la noche y por el ferrocarril, iban a arribar a Buenos Aires los restos de Me Clymont, McPhail y Purvis. En las primeras horas del 18, *La Prensa* hacía conocer a Buenos Aires que el lugar

de la tragedia no había sido Loan Lauquen, sino Angui y Anguel. Esta declaración también fue difundida por *The Standard* el día 19.

Las noticias iban poniendo fin al suceso. El día 20 *La Nación* informó que el coronel Rodríguez había vengado la muerte de los colonos persiguiendo y matando a todos los indios implicados, que, como lo había adelantado *The Standard* el día anterior, no había dudas de que eran chilenos.

El 22 de mayo los restos de Me Clymont, Phail y Purvis recibían cristiana sepultura en el cementerio inglés (La *Nación,* mismo día). Entretanto, y al cabo de toda esta historia en la que nunca se supo con certeza quiénes dieron muerte a Me Clymont y sus acompañantes, Pincén continuaba preso en Martín García.

Allí fue también otro de los sospechados: el cacique Yancamil, remitido el 29 de mayo junto con veintisiete individuos de tropa desde el cuartel de artillería 1°. Su destino era el batallón de artillería de plaza en la isla. Una curiosidad: esa lista de soldados está encabezada por un individuo llamado "Martín Fierro". ¿Habrá sido el inspirador del personaje de José Hernández? Posiblemente se encontró con el cacique Pincén. Ambos sufrían la misma suerte...

Por esos días, aproximadamente a unas 28 leguas de Victorica en dirección a Toay, en el paraje donde antes estaba la toldería del cacique Pincén, se estableció un fortín con 25 soldados de los regimientos 9 de caballería y 10° de infantería, al mando de un oficial. Con el fresco recuerdo de lo sucedido a Me Clymont y sus compañeros, presume una noticia del diario *La Tribuna Nacional* el 14 de junio de 1883 que de ese modo "ya no habrá que temer malones en el corazón de nuestra extensa pampa".

Al mes siguiente, el 6 de julio, por orden del ministro de Guerra y Marina, Benjamín Victorica, el titular de la Prefectura Marítima solicitó al coronel Maximino Matoso dispusiera que al regreso de la ballenera de la Prefectura fuera remitido a Buenos Aires el indio llevado por Pincén a la isla de Martín García. La ballenera viajaba diariamente y la orden se presume cumplida de inmediato. Se trataba del hijo que lo acompañó desde el momento en que fue detenido y caminó con él por la calle Florida.

El 17 de julio de 1883, el comandante militar de la isla

comunicó al titular de la Prefectura Marítima que le remitía al indio Francisco Pincén. Al día siguiente, el jefe de la Prefectura le hizo saber al comandante militar:

> *El indio Francisco Pincén, cuya remisión se sirve V.S. comunicarme por nota fecha 17 del corriente, fue recibido y entregado al señor don Agustín Roca, por orden de S.E. el señor ministro de Guerra y Marina.*

Nuevamente el cacique estaba en libertad. Lo había ido a buscar don Agustín Roca, que junto con otro hermano del presidente, Ataliva, compartían la propiedad de unos campos cercanos a la colonia agrícola El Dorado, en la cual se encontraban viviendo los familiares del cacique.

Nunca sabremos qué motivó el gran interés de Ataliva y Agustín Roca por Pincén. ¿Contar con un "trofeo de guerra"? ¿Sentirse más poderosos por tener como peón de patio o frecuente trabajador golondrina al más valiente de los caciques? ¿Contar con una "curiosidad" para mostrar a sus amistades luego de una cabalgata durante un día de campo? O tal vez, como dijera el periodista de *La Prensa* el 25 de abril de 1883 en la columna "Boletín del día" aludiendo a Pincén, "comiéndose un churrasco de limosna en la estancia del jefe con quien tantas veces midió sus armas". Es cierto, a los legítimos dueños de la tierra sólo les quedó espacio para recibir dádivas.

Lo mismo había hecho el senador Antonio Cambaceres con el cacique Epumer Rosas, que terminó como peón en su estancia El Toro en Bragado. El último jefe ranquel permaneció allí sólo unos meses, hasta que falleció de hepatitis el 13 de junio de 1884.

Pero algo ocurrió meses después: un hecho que desconocemos condujo nuevamente al presidio de la isla Martín García al cacique Pincén.

La fuga

Una reciente e importante investigación de la antropóloga Martha Drovetto de Favetto, *"La fuga de Pincén"*, confirma aquello que vagamente sabíamos a través de la transmisión oral de los

descendientes del cacique. Su trabajo ha servido de base para tratar el suceso expuesto a continuación.

La noche del 29 de noviembre de 1883 había una tensa calma en el lazareto de la isla. Más de una decena de indios, la mitad de ellos presos (entre los que se encontraban dos afamados caciques), y la otra porción, marineros de la subprefectura, ultimaban detalles de una singular fuga que protagonizarían al día siguiente. Contaban con la complicidad del marinero indio Juan Márquez, que se encontraba de centinela esa noche y dispuesto a ser de la partida.

Juan Márquez preparó los elementos necesarios en una pequeña embarcación a remo (falúa) que se encontraba varada a la espera del vapor que diariamente concurría a la isla. En horas de la madrugada, mientras la guarnición del presidio se encontraba entregada al sueño, los caciques Pincén y Yancamil, junto con los indios Francisco Torres, Pascual Autes, Nereco Maidana, Miguel Andes, Orbita Orellanos,

Manuel Tacunao, Nicolás Avellaneda, Ceferino Artigas, Juan Huinca, Juan José, Ñancú y Juan Márquez subieron a la falúa. Tras remar varias horas llegaron a Punta Dorado, al sur de la población de Carmelo (Uruguay). Escasas horas después, el encargado de la custodia, de apellido Chávelo, tomó conocimiento de que en la cuadrilla a cargo del presidiario Pedro Ramírez no se había hecho presente un indio. Luego constató que faltaban dos más de la cuadrilla que trabajaba en el horno de ladrillos.

Habida cuenta de la frecuencia con que ocurrían estas faltas, porque algunos indios solían mantenerse rezagados para librarse de trabajar -lo cual devenía en un posterior castigo de prisión-, en un principio Chávelo restó importancia a lo sucedido, quedando a la espera de la aparición de los renuentes. Pero una vez que el encargado del lazareto le informó que faltaban diez indios más y que la embarcación a remo ya no estaba varada en el puerto, decidió dar aviso al segundo jefe de la guarnición, coronel Maximino Matoso.

El comandante Leopoldo Nelson envió de inmediato otra falúa a la costa oriental para que siguiera a los desertores. Al llegar a Punta Dorado hallaron la embarcación abandonada, pero tomaron

conocimiento de que los indios prófugos habían sido detenidos por personal policial de Carmelo. Nelson le sugirió entonces al inspector general de armas lo que convenía hacer: reclamar a los prisioneros y luego someterlos a un castigo ejemplar. En parte oficial, le advirtió: “No sería extraño que se repitan estos casos”.

Al día siguiente, Nelson se dirigió por nota al vicecónsul argentino en Carmelo, Alfonso Pons, requiriéndole la extradición de los prisioneros. Para ello despachó una falúa al mando del ayudante mayor Benjamín Rosas junto con un piquete de custodia. Le solicitó al diplomático argentino que accediera a gestionar ante las autoridades del vecino país la remisión de los evadidos, trámite que -evaluaba, en virtud de las excelentes relaciones entre ambos países- se realizaría sin inconvenientes. Requirió además que, de ser posible, se efectuara la remisión por una vía simple, evitando el largo trámite legal de la extradición -que en definitiva arrojaría el mismo resultado-, y finalmente, que interpusiera su influencia para evitar complicaciones en el retorno de los evadidos. Dilatar el regreso podía aventar rumores sobre el éxito de la fuga, y éste era el temor de Nelson, pues ello podía influir en la moral y disciplina de la guarnición de la isla al motivar nuevos hechos de esa naturaleza.

En cuanto a la situación de Pincén en particular, Leopoldo Nelson le informó al inspector general de armas que la familia del cacique estaba en Lincoln, en el paraje Bajo Hondo, cerca de la laguna El Dorado, al norte de aquella localidad. Por fin, comunicó a Viejobueno que todos habían sido asegurados con grilletes, “a excepción de los caciques Pincén y Llancamil y del marinero Juan Márquez”, a quienes se había puesto “una barra de grillos”.

El fantasma de Pincén

Es posible saber con certeza que el cacique se hallaba en la zona de Lincoln y Junín en los primeros meses de 1884, cuando al parecer volvió a tener problemas con la autoridad del lugar, se lo detuvo y fue trasladado una vez más prisionero a la Capital Federal.

El 24 de marzo de 1884, conforme el acta de reunión de municipales, se acordó en Junín el pago de 69 pesos con 28

centavos moneda nacional oro a Tomás Berges por importe de gastos para la conducción a Buenos Aires del cacique Pincén e hijo, vigilancia de custodia y manutención de los mismos.

Este pago hecho a Berges no puede corresponder a los anteriores traslados (noviembre de 1878 o abril de 1883) porque en tales oportunidades Pincén fue transportado en carro hasta el punto extremo del ferrocarril (Bragado o Chivilcoy) y de allí conducido en tren hasta Buenos Aires. Concluyentemente, el traslado abonado a Berges debe corresponder a los días inmediatos anteriores, motivado por una nueva detención del cacique que una vez más lo llevó a la isla Martín García.

A partir de este hecho, el rastro de Pincén empieza a desdibujarse. Luego de tantas tribulaciones, hallar un lugar donde permanecer en el mayor anonimato y en paz el resto de su existencia bien pudo ser un objetivo de Pincén. Y ¡vaya si lo logró!

José Francisco Mayo, biógrafo del general Conrado Excelso Villegas, dijo alguna vez: *"Pincén aparece y desaparece de la historia como un fantasma"*. Es en esta instancia de la vida del cacique donde se incrementan las hipótesis y especulaciones. Existen documentos y testimonios que abonan la conclusión del historiador, signando el período final de una vida legendaria.

En los tribunales de Junín puede verse un poder especial, fechado el 1ero. de marzo de 1889, otorgado por Salvaje Ponoillán de Pincén (tal vez una de sus viudas, o la de un hijo o un sobrino que también portaba el nombre *huinca* "Vicente"), vecina de Junín:

> *Por sí y por su hijo menor de edad llamado José Angel Pincén, a don Andrés Curráis, vecino de este pueblo, para que inicie y siga el juicio testamentario sobre los bienes quedados por fallecimiento de don Vicente Pincén, esposo de la otorgante y padre del referido menor, para que una vez obtenida la declaratoria judicial de herederos, venda a quien le pareciere, por el precio y condiciones que crea conveniente, las acciones y derechos que a su referido esposo le corresponden por ley de cinco de septiembre de mil ocho-cientos ochenta y cinco, en virtud de haber prestado sus servicios como alférez en el avance sobre las fronteras del*

Río Negro a las órdenes del general Villegas.[38]

En virtud de lo dispuesto en la ley 1.628 (sancionada el 2 de septiembre de 1885 y promulgada tres días después) sobre *Entrega de tierras a jefes y Oficiales expedicionarios del Río Negro,* artículo 1°, le correspondían a "los subtenientes, alférez, abanderados, portaestandarte, y todo oficial que reviste en las planas mayores de frontera, mil quinientas hectáreas". Y según el artículo segundo, las tierras ubicadas "en ambas márgenes del río Negro o en otros parajes apropiados para el objeto a que se destinan".

Últimas noticias

Respecto de quienes sirvieron a las órdenes de Villegas, esta ley clarifica en su artículo 8°:

> *Son igualmente acreedores a este premio, los jefes, oficiales y tropa que han quedado de reserva en la 1° y 2° línea de fronteras y fuerzas navales que operaron en combinación con la 2- División del Ejército al mando del general Villegas en su última expedición.*

Cuatro años después reclama Salvaje Ponoillán de Pincén. Pero el cumplimiento de la ley era dificultoso; no se establecían con precisión los lugares, y quienes no recurrían a un gestor o escribano quedaban fuera del reparto. En cuanto al reclamo de la viuda, no es difícil concluir lo que ocurrió, a juzgar por las normativas que se dictaron con posterioridad.

Con fecha 19 de octubre de 1891, el presidente Carlos Pellegrini dictó un decreto "para facilitar el cumplimiento de la ley 1.628" y dispuso la entrega de certificados de tierra a los soldados y oficiales seleccionados por una comisión. Obviamente, en esta "selección" deben haber quedado sepultadas las expectativas de muchos, más aun de indios y soldados. El sistema implementado hacía casi imposible el acceso al reparto a quienes no estaban en la Capital y tenían cierta influencia. Disponía la entrega de los certificados, numerados (un total de 56.500) que acreditaban,

38 Tribunales de Junín, Poder Especial, Escritura N° 58, folio 19427.

cada uno, el derecho de portador de 100 hectáreas de terreno en los Territorios Nacionales del Sud.

Imagínese el lector de qué forma fueron sorprendidos en su buena fe los fortineros que, conchabados como peones en las estancias bonaerenses y frente a las necesidades acuciantes por las que atravesaban, debían viajar a Buenos Aires a retirar los certificados; y en el supuesto de que algunos lo hubiesen hecho, debían venderlos por escaso valor a los intermediarios, que a su vez los revendían a quienes en definitiva se terminaron quedando con las tierras. Fue ésta una de las formas en que se burló el objetivo de la ley 1.628. Como corolario que consumó el despojo, el 15 de mayo de 1900 se dispuso el plazo de seis meses para reclamar tierras y un año para canjear los certificados.

¿Llevó el general Conrado Villegas al cacique Pincén sumándolo a sus tropas en la expedición a Río Negro? La información que poseemos nos lleva a concluir que existe un escaso margen de probabilidad. El 28 de abril de 1883, Villegas ya se encontraba en Buenos Aires, oportunidad en la que recibió una extensa felicitación del general Roca. En febrero de 1884, una importante mejoría le permitió regresar de Montevideo a Buenos Aires y pensó en hacerse cargo nuevamente de la segunda división, para activar los preparativos de la expedición militar que en breve iría hasta los Andes.

Del 1 al 14 de abril de 1884, Villegas permaneció en Buenos Aires. El 5 de ese mes se le concedió licencia para trasladarse a Europa, viaje que habría iniciado el día 22. Pero no regresó más a la Argentina; falleció en Francia el 26 de agosto de ese año.

Por el momento, no se alcanza a advertir en qué circunstancia estas dos vidas llenas de vicisitudes pudieron volverse a reunir, o en qué oportunidad pudo haber dispuesto Villegas que se le otorgara a Pincén el grado de alférez como para que Salvaje Ponoillán hiciera tal reclamo. Existe la posibilidad de que el Vicente Pincén que figura en el reclamo de Salvaje Ponoillán sea el sobrino del cacique, conocido en la guerra de fronteras como “Pichi” Pincén, notable baquiano cuyos servicios pudo haber utilizado Villegas en su viaje al sur.

La próxima noticia sobre el cacique Pincén la proporciona

nuevamente una crónica periodística. Con motivo de haber arribado de Francia a Buenos Aires los restos mortales del general Villegas, el doctor Zeballos publicó en *La Prensa* el 31 de mayo de 1885 una extensa e interesante nota recordatoria, que en parte reproducimos:

> *Era ya coronel en la frontera de Buenos Aires y fundador de pueblos como Auca-loo [Ancaló] (Lavalle del Norte) y Trenque Lauquen, cuando el valeroso cacique Pincén, ahora peón de Cambaceres, llegaba hasta el bastión de sus fortines a gritarle: "¡Ese coronel Villegas! ¡Si vos Toro, también yo Toro!" [...] y Villegas salió dos veces enardecido a recoger el guante, jugando la vida con la heroica indiferencia de los cadetes que suenan con el primero de los galones.*

Si este relato se ajusta a la verdad, en mayo de 1885 Pincén se hallaba nuevamente en libertad y trabajando en algunos de los establecimientos rurales de Antonino Cambaceres (hoy Comodoro Py), en el partido de Bragado. Sobre este punto he de detenerme luego, pero a modo de adelanto y a fin de evaluar el grado de certeza de lo afirmado por Zeballos, vale aclarar que éste y Cambaceres en esa fecha se veían con frecuencia, y se hallaban ligados a la suerte política de quien el mes anterior había lanzado su candidatura presidencial: Miguel Juárez Celman, apadrinado por su cuñado el presidente Julio Argentino Roca, que iniciaba el último año de su primer mandato.

Zeballos lo apoyaba desde la prensa oficialista, aunque también haciendo aportes creativos a la campaña electoral, mientras que Antonino Cambaceres funcionaba como uno de sus hombres de mayor confianza. A modo de ejemplo, resulta ilustrativo el relato del historiador José María Rosa:

> *En abril, al inaugurar Roca el ferrocarril de Mendoza a San Juan se oyeron vítores al "futuro presidente Juárez Celman" que Roca no reprobó. Juárez, partícipe de la excursión, recibió plácemes en todo el trayecto. En Buenos Aires se instala el comité central de su candidatura presidido por*

Antonino Cambaceres y se realiza una manifestación nocturna para recibir al candidato cuando regresase. Los concurrentes llevan faroles en la mano, idea de Estanislao Zeballos.

Tal vez allí nació el apodo de "faroleros" para los exagerados.

Varios descendientes que la tuvieron en sus manos me han hablado sobre una tarjeta personal de Roca dirigida a Pincén. Era conservada por una de las hijas del cacique, radicada en Santa Rosa, La Pampa, y en ella Roca había puesto su firma, invitando a Pincén a reclamar las tierras que le iba a dar, asegurando que le correspondían a él y a su gente porque habían vivido en ellas.

En los primeros días de 1886 se adoptaban las últimas medidas respecto de los indios que permanecían presos en Martín García. El Estado Mayor de la Armada envió una misiva al comandante militar de la isla el 4 de febrero, poniéndolo al tanto de las disposiciones superiores tomadas respecto de los indios presos allí:

Comunico a V.S. que por resolución superior de fecha 1 del corriente mes, se ha resuelto sean entregados al señor gobernador del Territorio de Misiones, coronel don Rudecindo Roca, los indios con sus familias que se encuentran en la isla de Martín García y que han revistado hasta ahora en calidad de indios presos [...] han sido encargados para recibirse de ellos el capitán don Justo Domínguez del batallón 1° del regimiento al mando del señor gobernador del referido territorio de Misiones.

El titular militar de la isla, Maximino Matoso, recibía el 16 de febrero la indicación de "mandar por separado la nómina de los indios y chinas entregados al capitán don Justo Domínguez" y los que quedaban en la isla, fuera como presidiarios u otros. Pincén no fue destinado al territorio de Misiones.

No se sabe si para esa fecha el cacique se encontraba nuevamente preso o si fue detenido en los meses siguientes, probablemente por similares razones a las detenciones anteriores,

y llevado por cuarta vez a Martín García.

En julio del año anterior, 1885, producido el alejamiento de Benjamín Victorica de la conducción del Ministerio de Guerra y Marina, asumió Carlos Pellegrini, que hasta ese momento y desde 1881 se desempeñaba como senador nacional. Cuando se produjo la última liberación de Pincén, además de ministro desde el 11 de abril de 1886, Pellegrini era vicepresidente de la Nación, electo de la fórmula que integró con Miguel Juárez Celman. El encuentro entre Pincén y Pellegrini se produjo escasos días antes de su asunción, el 12 de octubre de 1886.

Un artículo de *El Oeste de la Provincia* informa el 2 de octubre de 1886:

> *Por orden del ministro de la Guerra fue llevado anteayer a la Capital de Martín García el famoso cacique Pincén, tomado prisionero el año 78 en el paraje de la Pampa central, denominado Monte de Malal.*
> *Siete ataques consecutivos había llevado Pincén al regimiento 3° de caballería mandado por el coronel don Conrado Villegas, cuando el cabo del 3° escuadrón José Miguel Galván lo tomó prisionero luchando con él a arma blanca. Obedecían entonces al terrible cacique 1.500 lanzas.*
> *Desde allí se lo condujo a la isla de Martín García donde permaneció durante ocho años[39] bajo la inmediata y severa vigilancia de la guarnición.*
> *Conducido a presencia del doctor Pellegrini, le manifestó éste que quedaba en completa libertad hasta tanto no diese motivo que lo hiciese nuevamente acreedor a la pena de prisión.*
> *Con mal disimulada humildad prometió el indígena acatamiento a las autoridades de la Nación, manifestando su deseo de ir a establecerse en el pueblo de San Carlos, donde esperaba encontrar algunos miembros de su familia.*
> *Durante veinte años fue Pincén el azote de los pueblos del*

39 Obsérvese que el mal informado periodista cree que el cacique nunca había salido en libertad desde su captura. Sabemos que esto no fue así.

norte de la provincia de Buenos Aires, tales como Junín, Rojas, Arrecifes y Pergamino, en donde todavía se guarda de él una triste memoria. Es de suponer que durante ocho años de contacto con la civilización haya perdido los instintos sanguinarios que le han dado una triste celebridad.

Apoco de ser capturado, las versiones sobre su detención debían circular por todos los fogones. También es cierto que en algunos ámbitos "lo que no se sabe, se inventa" o se recoge una versión equívoca. Tal vez sea el caso de esta falaz versión, seguramente lanzada por un tal José Miguel Galván, quien alardeaba de haber capturado a Pincén luego de batirse con él en un duelo a facón. Tras lo visto hasta aquí, el lector concluirá cuán desinformado estaba el cronista que rescató esta versión de Galván como captor de Pincén, porque en Buenos Aires la prensa periódica no desconocía que la captura del cacique estaba asociada a la figura del coronel Villegas y del mayor Solís. Concluyo que el periodista apeló a un relato cualquiera que sirviera de prólogo a la única información que tenía en miras dar a conocer, y que es la contenida en los dos últimos párrafos citados.

La última noticia

El Oeste de la Provincia publicó el 9 de noviembre de 1886 lo que hasta el momento constituye la última noticia conocida del cacique:

Dentro de pocos días el renombrado cacique Pincén irá a vivir al partido de Bragado. Se establecerá en la Barrancosa en casa de Pedro Melinao con quien lo unen vínculos de sangre.

Si se repasa el origen de Pincén, se hallará que ambos pertenecieron a la tribu boroana patriota, puesto que este Pedro Melinao (1849-1916) era descendiente del homónimo hermano del cacique Pablo y de Venancio Coñuepán, cabezas de la tribu en la que se crió Pincén.

Sea que Pincén haya permanecido más de un mes en Mercedes

o que *El Oeste de la Provincia* haya contactado informantes, publicó dos probables destinos del cacique: uno en San Carlos (hoy partido de Bolívar) y otro en La Barrancosa (hoy Olascoaga, partido de Bragado). También es posible que el cacique haya transitado los dos lugares en forma consecutiva, o que no lo haya hecho y sólo hayan sido planes sin concreción.

La despedida

Los familiares de Trenque Lauquen ubicaban a Pincén en Los Toldos, partido de General Viamonte. Gerónima y Evangelio Cheuquelén me contaron que su madre (Martina, nieta) siempre les dijo que "después de estar en libertad, el cacique pasó por Los Toldos". Durante esa estadía, informa una bisnieta en Trenque Lauquen:

> *El cacique llevaba a mi madre que era pequeña, a su esposa Paula y a otros hijos y nietos, todas las mañanas en medio del campo y comenzaba a orar en la lengua al Ser Todopoderoso que había creado todas las cosas. Le agradecía por las cosechas y le pedía para que nunca faltase el pan y por la familia. La ceremonia se repetía cada atardecer, cuando el sol se escondía.*

Cuando su esposa e hijos se radicaron en Trenque Lauquen y Pincén volvió a la zona de Bragado, Junín y Los Toldos, la nieta que sabía ubicarlo y visitarlo era Martina Pincén de Cheuquelén, quien siempre decía: "El cacique nunca nos abandonó". Andrés Cejas Pincén supo por transmisión oral que Martina "tenía su carácter" y cuando discutía con sus familiares "solía montar a caballo y, tomando un trayecto hacia aquellos lugares, iba a visitar al cacique". Otros familiares reafirman lo apuntado por Andrés, ya que también escucharon de sus padres que "Martina se iba enojada y desaparecía por varios días; luego volvía calmada". Pincén, establecido en esa zona, solía dar sabios consejos a los familiares que lo visitaban y se imponía del estado en que se hallaban los suyos.

El paso del cacique por la población de Los Toldos fue

corroborado por Dionisia Cayún, quien en 1967, a la edad de ciento cuatro años, recordaba que al llegar de Martín García Pincén y parte de su familia se alojaron en la casa de ella durante un tiempo, para después irse a Guaminí, “donde habían nacido y vivido”. Evidentemente, Dionisia Cayún perdió contacto con la familia Pincén, porque los Pincén estuvieron radicados allí una década, hasta que algunos miembros de la familia hicieron un breve paso por Guamíni (según el Censo de 1895) y casi en el mismo tiempo se radicaron definitivamente en Trenque Lauquen, según el mismo censo. El cacique, no obstante, se quedó en la zona de Junín, Bragado y Los Toldos.

En algún momento -del que no se cita fecha-, como corolario de una agitada vida o tal vez al sentirse muy mal de salud, el cacique advirtió que la hora de su muerte estaba cercana. Fue entonces “a Trenque Lauquen a despedirse de su esposa, hijos y nietos”. Es lo que el bisnieto Evangelio “Cacho” Cheuquelén dijo haber escuchado de boca de su madre, Martina Pincén.

Martina Pincén de Cheuquelén (originalmente, Choiquelén) y su nieta Angela, 1970.

En aquella oportunidad, cuando llegó a Trenque Lauquen, los suyos le preguntaron el lugar donde iba a morir; entonces su hija Rosa Pincén recordó aquello que dijo el cacique y ella transmitió de generación en generación:

Yo ya soy viejo y no entiendo la civilización de los huincas, pero tú que eres pequeña comprenderás todo al fin.

Rosa también lo escuchó decir:

Nadie sabrá dónde voy a morir. No quiero historia. He perdido la guerra otra vez. Mi raza sabrá decir dónde yo voy a morir.

Me contaba esto Andrés Cejas Pincén, a la vez que Evangelio Cheuquelén refería haberle escuchado a su madre, Martina: "Fue la última vez que lo vi". Andrés supo por su madre, Marcelina, que cuando Pincén se despidió de Trenque Lauquen, volvió a Los Toldos y mantuvo una conversación con el cacique Coliqueo. El gobierno había dispuesto que una porción de las tierras destinadas a los indios en Los Toldos le correspondían a la familia Pincén; pero el cacique, que aún recordaba que las tierras habían sido suyas, repitió lo mismo que le había dicho a Roca: "Yo no quiero dádivas". No las aceptó y se fue.

Situado en campos cercanos a Bragado y Junín, Pincén se desempeñó como peón rural. La última referencia -poco precisa- lo ubica hacia 1896 en San Emilio, lugar distante 15 kilómetros de Los Toldos, de camino a Junín, donde existe una pequeña población rodeada de chacras. Electo Urquizo, fundador de Los Toldos, en sus memorias dice a su hijo Gregorio, recordando la batalla de la Tapera de Díaz (9 de octubre de 1876):

El cacique invasor que acompañaba a don Justo [Coliqueo] fue el terrible cacique Pincén, a quien vos lo conociste veinte años después juntando maíz en las chacras de San Emilio.

La muerte

Un documento revela que el cacique murió con anterioridad al 22 de diciembre de 1904. Ese día su hija Luisa Pincén, en Junín y ante el escribano Jesús Melián, otorgó junto a otras personas un poder especial:

> *Comparecieron doña Juana y doña Bernabela Fuentes, solteras, hijas de Manuel Fuentes; doña Luisa Pincén, hija del cacique Pincén Grande, casada con Pablo Farías quien está presente y en prueba de concederle su venia marital para este acto firma también la presente [...] todos de este vecindario, mayores de edad hábiles y de mi conocimiento doy fe y dijeron: que confieren poder especial bastante en derecho a favor de don José Sisinni, vecino de la ciudad de Mercedes de esta provincia y hábil para que en sus nombres y representando sus personas, acciones y derechos inicie y siga hasta su completa terminación el juicio sucesorio de sus ascendientes don Manuel Fuentes, Pincén Grande, doña Remigia Cayulef o del cacique Faustino Cayulef, don Nonque Calderón, don Felipe González [...] confieren igualmente poder especial al mencionado señor Sisinni para que en su representación tome parte en el juicio de división y reconocimiento del condominio del campo donado al cacique Coliqueo y su tribu, situado en el partido de 9 de Julio.*[40]

"Pincén Grande" no es traducción castellana del mapuche "Vuta Pincén" sino una simple diferenciación con otros descendientes varones que portaban el nombre Pincén a modo de apellido.

Cuándo, cómo y dónde falleció el cacique Pincén es un misterio. En el Registro Civil y Capacidad de las Personas (provincia de Buenos Aires) no hemos hallado partida de

40 El documento se conserva en los Tribunales de Junín (Escritura N° 456, poder especial de fecha 22 de diciembre de 1904, "Puentes, doña Bernabela y otros a don José Sisinni").

defunción que mencione a Pincén (o las variantes de su nombre). Como el Registro fue creado en 1889, si Pincén falleció entre fines de 1886 -fecha en que visitó a Pedro Melinao en La Barrancosa- y fines de 1888, no habrá partida que buscar, por lo que las pistas para probar su muerte deberán ser otras. Si, como señala el investigador pampeano Enrique Stieben, Nahuel Payún murió en Telén, provincia de La Pampa, habiendo adoptado el apellido "Blanco", ¿por qué no suponer que al mismo procedimiento apeló Pincén luego de tantos problemas que lo llevaron a prisión reiteradamente? Aquí otra vez se complica la búsqueda, porque nadie ha dicho nada sobre un cambio de apellido en nuestro cacique.

Debemos recurrir a lo que nos han informado sus descendientes, que es muy poco, como si le hubieran perdido el rastro a su antepasado durante los últimos años de vida.

Existe cierta creencia popular en que los indígenas pasan de generación en generación determinados secretos, que portan generalmente los ancianos. Esta convicción también ha sido materia de especulación en torno al "misterio Pincén". Pero el bisnieto más anciano que he conocido, y a título de amigo, don Julio Fogtmann Pincén (hoy fallecido), me ha dicho que tal secreto no existe, que no hay razones para tal ocul- tamiento y que en realidad ningún familiar sabe dónde están los restos del cacique.

A lo largo de varias décadas de investigación se ha afirmado con llamativa contundencia que Pincén falleció en tal o cual lugar. Sin citar fuentes o repositorios, varias publicaciones han sostenido equivocadamente que el cacique falleció en Martín García de fiebre tifoidea y que sus restos fueron cremados; pero otras procuran alguna apoyatura testimonial, que merece tenerse en cuenta. Emilia Mansilla (Los Toldos), nieta del cacique e hija de María Pincén (de la rama de los Pincén que quedaron en Los Toldos y Junín) escuchó decir a su madre: "Pincén falleció poco antes de nacer yo" (su libreta dice que nació el 28 de febrero de 1898, pero es un dato poco seguro, puesto por un médico en alguna oportunidad), y que el cacique "fue enterrado en el cementerio indígena de la tribu de Coliqueo", detallando que el cuerpo fue envuelto en un cuero con sus pertenencias y sepultado

en la barranca de la laguna.

El cementerio indígena de los Coliqueo se encuentra cercano a la localidad de Los Toldos. En una barranca de cuatro o cinco metros de altura, cercana a una pequeña laguna, hasta 1902 se enterraban los cuerpos de los indios fallecidos de la tribu de Coliqueo. No existe en el terreno ninguna identificación, y razones de respeto y conservación del lugar impiden realizar excavaciones.

Esta versión contradice lo informado por Martina Pincén de Cheuquelén (Trenque Lauquen) a sus hijos Gerónima y Evangelio respecto de que, luego del velatorio, “unos blancos” se habían llevado el cuerpo del cacique. Lorenzo Cejas Pincén, otro bisnieto, también escuchó esa versión. Al ser interrogada Martina por su sobrino acerca de dónde estaba “el cuerpo del cacique”, aludiendo a que ella se estaba “poniendo vieji- ta” y querían saberlo (pues según Marcelina, hermana de Martina, un chasque había llevado la noticia), la tía Martina respondió: “Sí, vino un chasque de Los Toldos y nos dijo que el cacique había muerto. Se hizo un velatorio a la usanza indígena y después el cadáver los blancos se lo llevaron. No sabemos dónde”.

En otra oportunidad, Lorenzo Cejas Pincén mantuvo este diálogo:

-Tía Martina, ¿dónde se encuentran los restos del cacique?

-¿Usted para qué quiere saber?

-No -replicó Lorenzo-, porque alguien tiene que saberlo y se cree que anduvo por San Emilio.

-Por San Emilio tiene que andar -contestó Martina-, pero deje que el cacique descanse en paz.

En la década del 70, el historiador José Mayo ya poseía la información de Pincén juntando maíz en San Emilio hacia 1896, por lo que debe haber consultado a los bisnietos y éstos a “tía Martina”, como la llamaban.

Hay quien dice que Martina no quiso revelar el lugar, dio una respuesta de ocasión y se llevó el secreto a la tumba. Otros, que apeló al misterio, cuando en realidad desconocía dónde estaban los restos de su abuelo. Su nieta, Angela Fosatti Cheuquelén, me ha dicho que ella no cree que su abuela supiera el lugar, excepto

aquello que afirmó acerca de que luego del funeral pampa los blancos se llevaron el cadáver.

Vuelvo aquí sobre el adelanto hecho páginas atrás, porque otra versión abre juicio sobre la posibilidad de que Pincén haya sido rescatado por el senador Cambaceres y tomado como capataz de patio en una de sus estancias en Comodoro Py, partido de Bragado. Según esta hipótesis, habría concluido sus días allí, siendo enterrado donde antes se alzaba una pequeña capilla en la estancia Las Lomas. En el mismo lugar estarían los restos del cacique Epumer Rosas.

Investigando esta última versión, he concurrido al lugar, donde en la cresta de una loma, cercana a lo que fuera el casco de la estancia, aún hay restos de los cimientos sobre los que se levantaba la pared perimetral de la capilla. Sólo una excavación arqueológica y -de hallarse restos humanos- pruebas posteriores de ADN podrían confirmar o desechar la posibilidad de hallar en ese lugar los restos del cacique.

Pero es poco probable que estén en ese lugar. La versión indicaba que los restos de Pincén estaban sepultados allí junto a los del cacique Epumer Rosas, pero recientemente parte de la versión quedó desmentida. Marcela Coñequir ha hallado en Bragado la partida que indica que el último jefe ranquel falleció el 13 de junio de 1884 y otros documentos indican que Epumer fue inhumado en el cementerio de Bragado.

En una reciente investigación que hemos realizado, creemos haber hallado el lugar donde fueron inhumados los restos del cacique Pincén, bajo el nombre de **José Catrenao** y **fallecido el 23 de mayo de 1895** en el Cuartel VII de 9 de Julio –Los Toldos- (Pcia. de Bs. As.).

Entonces los descendientes decidirán el destino final de sus restos, para que descansen en paz, tal vez en el suelo que en otro tiempo fue corazón de sus dominios y en el que se ha afincado el grueso de su descendencia.

Así, el pueblo de Trenque Lauquen, que siempre le ha rendido homenajes y lo tiene como una de sus máximas figuras históricas, podría honrar su memoria, como se merece tan noble y legendario guerrero argentino.

Bibliografía

- ARENAS, José (1968), *Ensayo histórico del partido de Olavarría,* Buenos Aires, Municipalidad de Olavarría.
- AVELLANEDA, Nicolás (1910), *Escritos y discursos,* Buenos Aires, Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, t. VI.
- BAIGORRIA, Manuel (1977), *Memorias,* Buenos Aires, Eudeba.
- BECCO, Horacio J. (1985), *Cielitos de la patria,* Buenos Aires, Plus Ultra.
- BECHIS, Martha (1998), "Fuerzas indígenas en la política criolla del siglo XIX", en *Caudillismos rioplatenses, nuevas miradas a un viejo problema,* Buenos Aires, Eudeba.
- BLASI, Hebe Judith (1979), "Trenquelauquen: un pueblo originado en la empresa de Alsina", en *Congreso Nacional de Historia sobre la Conquista al Desierto General Roca,* Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia.
- CAPDEVILA, Ramón Rafael (1963), *Tapalqué en la historia,* t. 2, Buenos Aires, Municipalidad de Tapalqué.
- CHINDEMI, Norberto (1995), *Historia y política,* Buenos Aires, Los Nacionales.
- *CLIFTON GOLDNEY, Adalberto (1963), El cacique Namuncurá. El último soberano de la pampa, Buenos Aires, Huemul.*
- *COPELLO, Santiago (1944), Gestiones del arzobispo Aneiros a favor de los indios hasta la conquista al desierto, Buenos Aires, Difusión.*
- CRAWFORD, Robert (1974), *A través de la pampa y de los Andes,* Buenos Aires, Eudeba.
- *CURRUHUINCA-ROUX (1986), Saihueque, el último cacique, señor del Neuquén y la Patagonia, Buenos Aires, Plus Ultra.*
- DEL VALLE, Antonio G. (1926), *Recordando el pasado,* Azul, Plácente y Dupuy.
- DEL VALLE, Héctor (2005), *Cosas de la historia chica,* Buenos Aires, Huellas del Sur.
- DROVETTO DE FAVETTO, Martha E. (1998), *"Recuperando la memoria"*, taller de historia oral realizado con los descendientes de Pincén (copia facilitada por la autora). (1991), *"Pincén, una pasión compartida"*. Copia en la

Biblioteca del Museo Histórico Regional de Trenque Lauquen. (2006), "La fuga de Pincén", Primeras Jornadas de Historia Regional del Oeste Bonaerense, Trenque Lauquen; (2008), *"La familia del cacique Pincén en Trenque Lauquen"*, Segundas Jornadas de Historia Regional del Oeste Bonaerense, Trenque Lauquen, edición en CD.

- *DURÁN, Juan Guillermo (2006), Namuncurá y Zeballos. El archivo del cacicazgo de Salinas Grandes (1870-1880), Buenos Aires, Bouquet.*
- *EBELOT, Alfredo (1968), Frontera sur. Recuerdos y relatos de la guerra de fronteras (1875-1879), Buenos Aires, Plus Ultra.*
- ERIZE, Esteban (1960), *Diccionario comentado mapuche-español,* Santiago de Chile, Peuser, (1987), *Diccionario mapuche,* Santiago de Chile, Yepún.
- ESPÓSITO, María (2003), *Diccionario mapuche,* Buenos Aires, Guadal.
- ESTÉVEZ, Juan José (1991), *Pincén, vida y leyenda,* La Plata, Dirección de Impresiones del Estado y Boletín Oficial; (2000), *Historia trenquelauquenche,* Editorial Trenque Lauquen; 2012, *"Los restos del cacique Pincén"*, Jornadas de Historia del Oeste Bonaerense, Trenque Lauquen, Memoria en Marcha, Seguimos la Huella.
- *FALKNER, Tomás (1957), Descripción de la Patagonia y de las partes contiguas* a la América del Sur, *Estudio preliminar de Salvador Canals, Buenos Aires, Hachette.*
- GARCÍA Enciso, Isaías J. (1980), *Tolderías, fuertes y fortines,* Buenos Aires, Emecé.
- GARCÍA, Germán (1960), Estudio Preliminar a Manuel Prado, *Conquista de la pampa,* Buenos Aires, Hachette.
- *GARCÍA, Pedro A. (1974), Diario de un viaje a Salinas Grandes, en los campos del sud de Buenos Aires, Buenos Aires, Eudeba.*
- GARRETÓN, Juan Antonio (1975), *Escritos, comunicaciones y discursos,* Buenos Aires, Eudeba.
- GIMÉNEZ COLODRERO, Luis (1945), *Historia del partido de Pergamino,* La Plata, Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires.

- GREEN, Juan S. (1880), "Memorias" (manuscrito en inglés), Los Toldos.
- GUERRINO, Antonio A. (1984), *La medicina en la campaña al desierto,* Buenos Aires, Círculo Militar.
- GUEVARA, Tomás (1898), "Historia de la civilización araucana", *Anales de la Universidad Nacional de Chile.*
- *GUTIÉRREZ, Eduardo (1961), Croquis y siluetas militares (Selección), Buenos Aires, Eudeba.*
- HIDALGO, Bartolomé (1967), *Cielitos y diálogos patrióticos,* Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- HOWDEN, Jorge (1967), conferencia pronunciada en Trenque Lauquen, copia del texto en el Archivo Histórico "Luis Scalese", Trenque Lauquen, Museo Histórico Regional.
- HUX, Meinrado (1972), "Los indios del campo La Cruz", *Historia de Junín,* año 4, N° 46, septiembre; (1992), *Caciques borogas y araucanos,* Buenos Aires, Marymar; *(1993), Caciques puelches, pampas y serranos, Buenos Aires, Marymar; (1979), Una excursión apostólica del padre Salvaire a Salinas Grandes, según un esbozo de diario completado por el P. M. Hux, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas; (1980), Coliqueo, el indio amigo de Los Toldos, Buenos Aires, Eudeba.*
- MAGUIRE, John W. (1968), *Loncagüé. Relatos de frontera,* Buenos Aires, s/e.
- *MANDRINI, Raúl (1984), Los araucanos de las pampas en el siglo XIX, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.*
- MANSILLA, Lucio V. (1907), *Una excursión a los indios ranqueles,* Buenos Aires, La Nación.
- MARQUES LLANO, Eduardo (1999), *Los mapuches voroganos en la historia bonaerense y en el partido de Bolívar,* Buenos Aires, Instituto Nacional de Investigaciones Históricas "Juan Manuel de Rosas".
- MARTÍNEZ, Alvaro (1967), *Orígenes de San Carlos de Bolívar,* Buenos Aires, Tor.
- MAYO, José F. (1970), *Apuntes para la historia de Trenque Lauquen,* Trenque Lauquen, s/e, (1996), General Conrado E. Villegas, cronología comentada, Trenque Lauquen, s/e.

- "Memorias de Lorenzo Deuz, cautivo de los indios" (1985), *Todo es Historia,* N° 115, Buenos Aires.
- *MONCAUT, Carlos Antonio (1979), Coronel Hilario Nicandro Lagos, 1840-1895. Una vida olvidada de luchas y sacrificios, La Plata, Ministerio de Economía.*
- MORENO, Francisco P. (1979), *Reminiscencias* (1942), recopilación de Eduardo V. Moreno, Buenos Aires, Eudeba.
- MUÑIZ, Rómulo (1931), *Los indios pampas,* Buenos Aires, Editora Buenos Aires.
- MUSTERS, George Chaworth (1979), *Vida entre los patagones,* Buenos Aires, Solar-Hachette.
- OLASCOAGA, Manuel (1939), *Estudio topográfico de La Pampa y Río Negro,* Buenos Aires, Comisión Nacional Monumento al Teniente General Roca.
- OLIVEIRA CÉZAR, Filiberto (1893), *El cacique blanco,* Buenos Aires, Peuser.
- PASTOR, Reinaldo A. (1942), *La guerra con el indio en la jurisdicción de San Luis,* Buenos Aires, Biblioteca de la Sociedad Histórica Argentina.
- PEREDA, Celedonio (1941), "Memorias (1860-1941)", mimeo (el único ejemplar está en poder de sus descendientes en Trenque Lauquen).
- PÉREZ, René (1950), *Apuntes para la historia de Junín,* La Plata, Archivo Histórico de la Provincia.
- PRADO, Manuel (1960), *Conquista de la pampa,* Buenos Aires, Hachette; (1976), *La guerra al malón,* Buenos Aires, Xanadú; (1920), *Campañas al desierto,* Buenos Aires, Montes.
- RAMAYÓN, Eduardo E. (1938), *Nahuel Huapi, Campaña Militar de 1881,* Buenos Aires, Santiago Gil.
- RAMÍREZ Juárez, Evaristo (1968), *La estupenda conquista,* Buenos Aires, Plus Ultra.
- RAONE, Juan Mario (1969), *Fortines del desierto, mojones de civilización,* t. I, Buenos Aires, Biblioteca del Suboficial.
- RODRÍGUEZ, José E. (1904), *El 3 de Infantería de Línea,* Buenos Aires, Penitenciaría Nacional.
- RONCO, Bartolomé (1920), *Los indios pampas,* Azul.

- ROSA, José María (1974), *Historia argentina,* t. 8, Buenos Aires, Oriente.
- SÁNCHEZ, Justo (1906), *Efemérides militares de la República Argentina,* Barcelona, Talleres Gráficos Arsenal Principal de Guerra.
- SARRAMONE, Alberto (1993), *Catriel y los indios pampas de Buenos Aires,* Buenos Aires, Biblos Azul.
- SAUBIDET, Tito (1952), *Vocabulario y refranero criollo,* Buenos Aires, Kraft.
- SCALESE, Luis E. (1950), *Evolución de un pueblo,* Trenque Lauquen, Talleres Afianzar.
- SCENNA, Miguel Ángel (1981), "1874: Mitre contra Avellaneda", *Todo es Historia,* N° 167, Buenos Aires.
- SCHOO Lastra, Dionisio (1951), *La lanza rota,* Buenos Aires, Goncourt; (1977), *El indio del desierto,* Buenos Aires, Goncourt.
- SCUNIO, Alberto D.H. (1980), *Del Río Cuarto al Lime Leuvú,* Buenos Aires, Círculo Militar.
- SELSER, Claudia (1981), "El cacique Pincén en una fotografía", *Todo es Historia,* N° 169, Buenos Aires; (2004), "Indio bravo", *Clarín,* 5 de diciembre.
- *Revista 7 Días,* Buenos Aires, 23 de febrero de 1970, p. 30.
- *SOSA, Norma (2001), Mujeres indígenas de la pampa y la Patagonia, Buenos Aires, Emecé.*
- STIEBEN, Enrique (1966), *Toponimia araucana* (impresión postuma), Sección General, Gobierno de La Pampa.
- SULÉ, Jorge Oscar (2003), *Rosas y sus relaciones con los indios,* Buenos Aires, Instituto Nacional de Investigaciones Históricas "Juan Manuel de Rosas".
- TABOADA, Gabriel (1992), *Gauchos (Antología),* Buenos Aires, TEA.
- *TELLO, Elíseo (1946), Toponimia indígena bonaerense, Cañuelas.*
- TERRERA, Guillermo A. (1986), *Caciques y capitanejos de la historia argentina,* Buenos Aires, Plus Ultra.
- URIARTE DE GÓMEZ, Hebe F. y Nieves CASTILLO (1997),

Hechos que no se llevó el tiempo, La Plata, Gráfica Lourdes.
- VARGAS, Héctor Daniel (1987), "Pincén, el tigre de las pampas", *La Verdad de Junín,* 2 de octubre.
- VEDIA, Mariano de (1928), *Roca,* París, Cabaut y Cía.
- VlGLIONE DE ARRASTÍA, Hebe (1985), "La Conquista del Desierto a través de la prensa santafesina", Congreso Nacional de Historia sobre la Conquista al Desierto, General Roca, Academia Nacional de la Historia.
- *VÚLETIN, Alberto (1978), La pampa. Grafías y etimologías toponímicas aborígenes, Buenos Aires, Eudeba.*
- WALTHER, Juan Carlos (1980), *La conquista al desierto,* Buenos Aires, Eudeba.
- YABEN, Jacinto (1968), *Diccionario biográfico,* t. I, Buenos Aires, Elche.
- ZEBALLOS, Estanislao (1954), *Callvucurá y la dinastía de los Piedra* (1884), Buenos Aires, Hachette; (1960), *Viaje al país de los araucanos,* Buenos Aires, Hachette; (1986), *La conquista de quince mil leguas* (1878), Buenos Aires, Hyspamérica; (2004), *Episodios en los territorios del sur* (1879), Estudio preliminar, edición y notas de Juan Guillermo Durán, Buenos Aires, El Elefante Blanco.

Archivos y documentación

- ARCHIVO DE EMILIO MITRE. Documentos 959, 4.139, 4.158, 4.159, 4.160, 4.373 y 6.461.
- ARCHIVO DE LA BIBLIOTECA PÚBLICA MUNICIPAL "DOCTOR MENÉNDEZ". Documentos Históricos de Pergamino, 1842-1845, N° 6.
- ARCHIVO DE 9 DE JULIO, PROVINCIA DE BUENOS AIRES. Telegramas, 6-10-1976.
- ARCHIVO DEL ARZOBISPADO DE BUENOS AIRES. Libro de notas, 1872, p. 187; Legajo "El arzobispo Aneiros y la conversión de los indios" (copia en el Museo Histórico de Trenque Lauquen); libros de la isla de Martín García.
- ARCHIVO DEL ESTADO MAYOR DEL EJÉRCITO. Documentos 241, 242, 247, 249, 415, 418, 422, 460, 465, 472 y doc. del 1 de

junio de 1855, Caja 4 (sobre este punto también *La Tribuna,* N° 531, 8 de junio de 1855); documentos 1.250, 4.139, 5.890 y doc. del 19 de septiembre de 1869; Legajo Frontera Oeste: documentos del 25 de febrero de 1871, del 24 de septiembre y del 2 de octubre de 1871; documentos 4.373, 6.447 y 6.449; carpeta 2, mapa 9, doc. 6.537; doc. 6.609 del 3 de enero de 1874, doc. 8.098, documentos del 10 de marzo y del 18 de marzo de 1874; doc. 22-6746 del 11 de julio de 1874; documentos 22-6766, 22-6854 y 22-6753 del 14 de julio de 1874; documento del 28 de marzo de 1876; Biblioteca, Sección Historia, Caja 3, Campaña contra los Indios, doc. 1.334.

- ARCHIVO DEL GENERAL MITRE. Buenos Aires. 1912, t. ix, pp. 13, 38, 81, 88, 89 y 97; t. XVIII, p. 31; t. XXII, pp. 16, 21, 22 y 345; t. XXIV, pp. 37, 40, 41, 97 y 180.
- ARCHIVO del Museo Roca. Documento 7.726. Original o publicaciones del Museo Roca, documentos, V, anteriores a 1880, p. 158.
- ARCHIVO General de la Armada. Caja 24: documento del 25 de julio de 1873; Caja 26; Caja 29: nota del 22 de enero de 1879, documento del 4 de enero de 1879; Caja 30; Caja 31; Caja 34: nota 3210 enviada por la Inspección y Comandancia General de Armas y dirigida al jefe superior de la isla Martín García, listado de presos remitidos a la isla Martín García; Caja 35: nota del 6 de julio de 1883, notas del 18 de julio de 1883; Caja 15.284: documento 249 del 4 de febrero de 1886, documento del 16 de febrero de 1886 y del Archivo del Departamento de Estudios Históricos Navales; Caja 2.300: documento 3 de 1882, documento 7 del 11 de mayo de 1882.
- ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN. Sala x: Legajo 14-6-1; Legajos 27-5-5 y 27- 5-6 de 1833 (Expedición al Colorado); Legajo 155, julio A. Roca, Indios y Fronteras, 1833, doc. 331; Legajo 24-9-1; documento del 5 de mayo de 1871. Documentos del Museo Histórico Nacional, Legajo 40: 5.526 (LC 12.041, pp. 304-307), 5.890 del 29 de noviembre de 1871, 5.907 del 11 de diciembre de 1871 (LC 12.020, pp. 230-233), 5.913 (LC 12.033, pp. 272-275) y 6.005 (LC 12.057, pp. 367-369);

Legajo 42: documentos 6.159 (LC 12.210), 6.267, 6.375 (LC 12.250, pp. 186-189), 6.421 (LC 12.263, pp. 231-235), 6.434 (LC 12.268, pp. 253-257), 6.450 (LC 12.270, pp. 260-262), 6.523 (LC 12.294, pp. 346-349), 6.541 (LC 12.297, pp. 355-358), 6.544 (LC 12.298, pp. 359-362), 6.547, 6.561 (LC 12.301, pp. 370-372), 6.579 (LC 12.310, pp. 397-400); Legajo 43: documentos 6.281, 6.321, 6.338, 6.344, 6.345, 6.365, 6.367, 6.380, 6.383, 6.393, 6.425, 6.427, 6.438, 6.448, 6.479, 6.490, 6.508, 6.517, 6.525, 6.537, 6.557, 6.564 y 6.575; Legajo 44: documentos 6.562, 6.565, 6.615, 6.639, 6.650, 6.651, 6.661; Legajo 47: documentos 6.941 (LC 12.135, pp. 190-193); Legajo 46: documento 7.034; Legajo 48: documento 7.086; Legajo 49: documento 8.056 (LC 12.375, p. 116 ss.), documento del 2 de enero de 1874; Legajo 50: documentos 8.223, 8.253, 8.264, 8.328, 8.329, 8.337, 8.338, 8.343, 8.361, 8.364, 8.373, 8.380, 8.384, 8.385 (LC 12.410, pp. 230-233), 8.386, 8.389, 8.393 (LC 12.413, pp. 240-243), 8.401, 8.403 (LC 12.414, p. 244-247), 8.408, 8.414, 8.415, 8.417, 8.439, 8.446, 8.453, 8.457, 8.466, 8.472, 8.489, 8.515, documentos del 15 de mayo de 1874 y del 28 de mayo de 1874; en el N° 7672: documentos 8.349 (LC 12.394, pp. 182-185), 8.350 (LC 12.395, pp. 186-188), 8.356 (LC. 12.397, pp. 192-198), 8.392 (LC 12.412, pp. 236-239), 8.411 (LC 12.417, pp. 255-257), 8.429 (LC 12.422, pp. 268-271), 8.449 (LC 12.428, pp. 294-298), 8.461 (LC 12.432, pp. 312-316) y 8.464 (LC 12.433, pp. 317-320). Sala VII, t. 83, Legajo Conrado Villegas; Legajo 158: Documentos del Ministerio de Guerra y Marina; Sección fotografía, Inventario 304.850, negativo slide 1877; Sección fotografía, Caja 627: inventario 303.121, negativo B. 123.804; inventario 303.122, negativo 123.805; inventario 303.121, negativo B.123.806; inventario 303.954, negativo B. 125.237.

- ARCHIVO HISTÓRICO DE TRENQUE LAUQUEN. Documentos varios. Archivos de José F. Mayo y Juan José Estévez.
- ARCHIVO MUSEO HISTÓRICO DE LUJÁN. Papeles de Estanislao Zeballos N" 120 del 4 de agosto de 1874.
- ARCHIVO SALESIANO DE BAHÍA BLANCA, PROVINCIA DE BUENOS AIRES. EC3 C.

- ARCHIVOS PARTICULARES. Parte oficial confeccionado por el coronel Maximino Matoso sobre la expedición de Emilio Mitre (1858), gentileza de Julio Rifai que facilitó el original.
- DIRECCIÓN DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DEL EJÉRCITO. Caja 5, documentos 71 y 1.243.
- Libro copiador de contratos, años 1872-1880. Carpeta 991, pp. 45-48, Junín, provincia de Buenos Aires.
- MEMORIAS DE GUERRA y MARINA. 1858; 1870: pp. 260-263; 1872: pp. 7-13; 1873: pp. 51-53, 128-131, 174-182, 274; 1874: pp. 755, 608, 618-620; 1875; 1876; 1877; 1878; 1879; Anexo: 1881, Prefectura Marítima y dependencias; Memoria de 1882.
- TRIBUNALES de JUNÍN. Escritura N° 456. Poder Especial: Fuentes, Doña Berna- bela y otros a don José Sisinni.

Diarios, periódicos y otras publicaciones

- *Anales de la Sociedad Rural Argentina, t. XII, 1876, y t. X, 1876.*
- *El Nacional,* Buenos Aires, 18 de abril de 1876; 12 de noviembre de 1878; 12, 17 y 20 de diciembre de 1878; 3 de marzo de 1879. Archivo General de la Nación (Hemeroteca).
- *El Oeste de la Provincia,* Mercedes, 29 de abril de 1883; 1 de mayo de 1883; 6 de octubre de 1886; 9 de noviembre de 1886.
- *El Porteño,* Buenos Aires, 13 de diciembre de 1878.
- *El Siglo,* Buenos Aires, 13 de diciembre de 1878.
- *La América del Sur,* Buenos Aires, año II, N° 544, 1024 y 1027.
- *La Libertad,* Buenos Aires, 19 de octubre de 1878; 17, 20, 21 y 24 de diciembre de 1878.
- *La Nación,* Buenos Aires, 13 de octubre de 1878 ("Expedición al Río Negro"); 19, 20 y 29 de octubre 1878; 13, 26, 27, 28 y 30 de noviembre de 1878; 5, 13, 14, 15 y 29 de diciembre de 1878; 10 de enero de 1879; 1 de mayo 1879; 24, 25, 26, 27 y 29 de abril de 1883; 4, 6, 8, 13, 17, 18 y 22 de mayo de 1883; 17 de febrero de 1884; 31 de mayo de 1885.
- *La Opinión,* Trenque Lauquen, 15 de abril de 1967. Archivo Histórico de Trenque Lauquen.

- *La Pampa,* Buenos Aires, 8, 10, 12, 13, 14 y 19 de diciembre de 1878.
- *La Prensa,* Buenos Aires, 12 de octubre de 1878; 17 de noviembre de 1878; 12, 13, 17, 18 y 19 de diciembre de 1878; 28 de enero de 1979; 24, 25, 26 y 28 de abril de 1883; 1, 3, 5, 6, 10 y 12 de mayo de 1883.
- *La Revista de Buenos Aires, t. XIV, 1867.*
- *La Tribuna,* Buenos Aires, 24 de diciembre de 1876.
- *La Tribuna Nacional,* Buenos Aires, 14 de junio de 1883; 6 y 7 de julio de 1883.
- *Le Courrier de la Plata,* Buenos Aires, 26 de octubre de 1877.
- *The Standard,* Buenos Aires, 21 de mayo de 1874; 26, 27, 28 y 29 de abril de 1883; 1, 2, 5, 7, 9 y 19 de mayo de 1883.

Fuentes orales

De los descendientes de la Comunidad Cacique Pincén de Trenque Lauquen (1991). Bisnietos: Lorenzo Cejas Pincén, Andrés Cejas Pincén, Julio Agustín Fogtmann Pincén y Evangelio Cheuquelén Pincén; bisnietas: Angélica Gelos Pincén; Noemí Esther Cuello Pincén, Julio Fogtmann Pincén y Gerónima Cheuquelén Pincén; tataranieta: Angela Fosati Cheuquelén.